

SOCIOLOGÍA DE LA EXPLOTACIÓN

[Nueva edición corregida]

**PABLO
GONZÁLEZ
GASANOVA**

COLECCIÓN SECRETARÍA EJECUTIVA



**CLACSO
LIBROS**

González Casanova, Pablo. Introducción a la lectura. *En publicación: Sociología de la explotación. Pablo González Casanova*. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina. 2006. 240 p. ISBN: 987-1183-54-2

Disponible en la web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/gonzalez/intro.pdf>

Fuente de la Información:
Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América
Latina y el Caribe
de la red CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

<http://www.clacso.org>

Texto protegido con una licencia Creative Commons

Esta licencia Creative Commons especifica el reconocimiento de los créditos de todas las obras incluidas en esta biblioteca.

A saber: los usuarios deberán incluir los siguientes créditos a los textos aquí difundidos:

1. Citar completamente la obra de donde se extrajo el artículo.
2. Mencionar la fuente de la información: Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO - <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>.

INTRODUCCIÓN A LA LECTURA

ESTE LIBRO CONTIENE algunos ensayos para estudiar distintas formas de explotación de unos hombres por otros. El orden en que aparecen publicados es precisamente contrario al orden en que fueron redactados (primera y segunda parte). Un lector deseoso de seguir el proceso de la investigación tendrá que leer primero el último ensayo, y así sucesivamente hasta llegar al primero; un lector que dude sobre las posibilidades de una investigación científica de la explotación, entrenado o propenso por alguna circunstancia al empirismo y la operacionalización de los conceptos científicos, deberá empezar por el primero.

El libro está escrito sobre todo para los estudiantes de América Latina y de aquellos países que han adoptado el falso rigor empirista, tan estrechamente asociado a las ciencias sociales predominantes hoy en Estados Unidos. También está escrito para quienes se quedan en los *slogans* y las palabras pomposas del marxismo ortodoxo y dogmático, renunciando a las grandes tradiciones que el propio marxismo tiene de investigación científica de alto nivel, que siempre ha complementado y acompañado a la investigación militante.

Estos ensayos tienen algunos antecedentes más lejanos, que constituyen el *leitmotiv* de la investigación: el juego de las distintas formas de explotación del hombre por el hombre, de las clases y el colonialismo. El ensayo sobre “El colonialismo interno” –publicado hace años– ha sido ligeramente corregido. El ensayo sobre “El desarrollo del

capitalismo en los países coloniales” es la versión definitiva de un viejo borrador de 1959, destinado a un libro que quedó inédito, escrito cuando existía el Tercer Mundo.

De este último ensayo partimos a una exploración simultánea y a un intento de profundización, en problemas cuyas soluciones nos parecían demasiado ambiguas y forzadas. Al mismo tiempo tratamos de dominar y expropiar algunas técnicas básicas de la investigación empirista, cuya utilidad nos fue particularmente demostrada, cuando vimos cómo la propia teoría de los conjuntos, con formalizaciones matemáticas por demás elementales, nos precisaba algunos problemas históricos, a modo de una inteligencia separada de la nuestra y que la nuestra nunca habría alcanzado a precisar. En ello vimos la utilidad y la enajenación que las matemáticas pueden tener para el investigador, y avizoramos la necesidad de que las nuevas generaciones de investigadores tengan una preparación aún más profunda en historia y matemáticas, con la certeza de que éstas no son sino un instrumento simbólico cuya utilidad y sentido sólo se demuestran con el conocimiento histórico y político.

Queremos agradecer las observaciones, críticas y sugerencias que nos hicieron muchos amigos, y que ayudaron a corregir o ampliar sobre todo el texto principal. A Moisés Ikonicoff, Carlos Gómez Figueroa, Santiago Argot, Víctor Manuel Durand Ponte, Jean Casimir, Víctor Flores Olea, Umberto Cerroni, Arnaldo Córdova, Manuel Sadovsky y Camilo Dagum, nuestro agradecimiento, con la aclaración necesaria de que la versión definitiva debe mucho al diálogo que sostuvimos con ellos –latinoamericanos todos a excepción de Cerroni–, siendo como es de responsabilidad exclusivamente nuestra.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2006

AL RELEER ESTE TEXTO para una nueva edición viví varias tentaciones que la falta de tiempo me impidió realizar. Mi primer impulso fue quitar la lista de fórmulas matemáticas que aparecía al principio de la edición y que sirvió más para intimidar a los marxistas que para quitar a los empiristas el argumento de que el pensamiento crítico es incapaz de precisar sus tesis con modelos matemáticos. He logrado –con una benévola simpatía de los editores– que en esta nueva edición ya no aparezca al principio ni al final la lista intimidante. Lo que no alcancé, fue a preparar un texto ampliado que incluyera, junto con la sociología de la explotación, la sociología de la liberación. Espero que el propósito no se quede en proyecto pues ese desenlace permitirá leer y entender más a fondo el texto original. Me explico.

La *Sociología de la Explotación* no es un texto ecléctico. Su propósito principal, teórico y metodológico consiste en contextualizar la famosa fórmula de Marx p/v en un conjunto integrado por varios subconjuntos significativos para comprender su comportamiento y la forma ventajosa o desventajosa en que la relación de explotación funciona para los propietarios de los medios de producción y para los trabajadores.

La *Sociología de la Explotación* también busca mostrar cómo los propietarios o capitalistas que dominan el sistema tienen un mayor margen de libertad del que a primera vista parecieran tener, cuando no se contemplan las transferencias de excedente que pueden lograr de las

regiones coloniales o dependientes a las imperialistas y metropolitanas. Aquí el embate original del libro era contra los marxistas deterministas, que ya anunciaban el despeñadero y muerte de sistema como si éste no fuera a “reaccionar”. También era contra los “dependentistas” que no le daban a la “ley del valor” y a la necesaria explotación que acompaña al colonialismo y la dependencia, la enorme importancia que tienen para explicar lo que ocurre en la periferia y el centro del mundo.

La contextualización de p/v en los distintos subconjuntos de lo que más tarde se conocería como el “sistema-mundo capitalista” apareció vinculada a las alteraciones que en el mismo producen distintos “factores” como la tecnología y la estratificación social. Marx ya había alcanzado a incluirlos, y sus sucesores precisaron en gran medida su importancia. La aparición de sub-categorías –como las “aristocracias obreras” o los “trabajadores de cuello blanco”–no alcanzaron sin embargo a captar la importancia estructural que tenían en la construcción de una dialéctica mundial mediatizada por los “propietarios” y los “poderosos”. Esta sólo se volvería visible más tarde y con muchas resistencias y dificultades.

Tecnología y productividad, estratificación y movilidad social vertical y horizontal fueron más bien un coto de conocimiento de la sociología conservadora del sistema, que con el “subdesarrollo” quiso explicar el sentido de la modernidad y de la historia, dejando como “constante” implícito o explícito al capitalismo. Las contradicciones que las nuevas formaciones sociales entrañaban y la crisis inevitable del sistema capitalista sin que el advenimiento del socialismo fuera por ello la necesaria salida, fueron objeto de importantes estudios por los investigadores del pensamiento crítico marxista, algunos de ellos muy próximos a los textos considerados ortodoxos. Pero ni ellos, ni el propio Marx y otros clásicos que lo acompañaron y sucedieron, alcanzaron a vincular el análisis de p/v con la dialéctica mediatizada y sus variados comportamientos en los espacios del mundo. En su época no existían las matemáticas necesarias para hacerlo.

La fórmula de Marx p/v, ya de por sí planteaba una relación compleja en varios sentidos. Era una relación interactiva, y que no sólo se entendía registrando los distintos factores y actores que alteraban su numerador o su denominador, es decir su dinámica y dialéctica originales. También cambiaba según los distintos períodos en el tiempo, y según las distintas regiones periféricas y coloniales –que, a falta de experiencias históricas y de instrumentos de análisis apropiados, el marxismo clásico no podía incluir. Si el desarrollo de las ciencias naturales resultaría inconcebible sin las limitaciones de Newton, resulta inconcebible también el de las ciencias sociales de la explotación sin las limitaciones de Marx. El capitalismo, como sistema histórico con comportamientos diferenciados en el espacio y el tiempo sólo ocuparía

un lugar central con el desarrollo del neocapitalismo y el neocolonialismo que se iniciaron en el propio siglo XIX y que llegaron a su máxima expresión en el XX.

La complejidad de interacciones con múltiples variables y actores, cuyas relaciones cambian por las que se dan entre los subconjuntos del sistema serían analizadas y consideradas muy a fondo por el pensamiento crítico, reformista y revolucionario posterior. En análisis de una profundidad y exactitud considerables, fue poco lo que los nuevos pensadores críticos, y militantes, se interesaron en problemas que las matemáticas de su tiempo no ayudaban a precisar. Quienes las usaron, en general, las relegaron a un campo académico en que el paso del análisis cualitativo al cuantitativo sobre la explotación, los encerró en un mundo académico que fue visto con poca simpatía y hasta con desconfianza. Utilizar las nuevas matemáticas de los sistemas complejos para pensar y actuar, más que para calcular parece ser hoy una tarea necesaria en el análisis de la explotación y la liberación. Permitirá desechar debates y discusiones carentes de sentido, y considerar factores y actores olvidados sin los que es imposible comprender la historia, decadencia y muerte del capitalismo, y la posible creación de un sistema alternativo.

La *Sociología de la Explotación* se editó y reeditó en una época en que el pensamiento crítico tendió a hipertrofiar la categoría del poder como origen de todos los males, a costas de la explotación y la lucha de clases, términos y conceptos estigmatizados también por el pensamiento neoconservador en ascenso. El marxismo oficial no pudo responder a esa extraña coincidencia de pensadores críticos y neoconservadores. El poder arbitrario y corrompido del comunismo de Estado había hecho un dogma de la mentira sobre el socialismo realmente existente, que de socialismo tenía cada vez menos y estaba en vísperas históricas de regresar al capitalismo. La corrupción generalizada y la acumulación primitiva a costas del propio Estado, habían disuelto la famosa moral socialista. El lenguaje marxista-leninista se había quedado sin sentido, y sin poder de persuasión, de reflexión y de orientación de las luchas. En la URSS informal, no sólo había ido apareciendo cada vez más el rostro del capitalismo, sino el del viejo imperio del Zar que rehacía en sus “nacionalidades” a sus colonias interiores, ya lejos de aquellos primeros años tras la Revolución de Octubre, en que la Rusia soviética las liberaba y apoyaba en su identidad y desarrollo económico, social y cultural. Desde los sesentas del siglo XX la URSS vivió un proceso acelerado en que la pérdida de conciencia moral e intelectual, hacía de la arbitrariedad, el dogmatismo y el totalitarismo el arte de pensar, hablar y actuar. Por donde se viera, la caída de la URSS parecía confirmar lo que dijo Lord Acton de que “el poder corrompe, y entre más poder más corrompe”. En ese ambiente histórico e intelectual, luchar contra cual-

quier poder y contra cualquier manifestación del poder en la política y la vida cotidiana, en la escuela, el hospital, el manicomio, se volvió el objetivo principal y excluyente hasta puntos en que hizo imposible pensar que aparte de impedir el totalitarismo en el socialismo con la democracia, era necesario recordar que a los problemas de la dominación de unas clases por otras se añaden los del empobrecimiento, marginación y exclusión de las dominadas. Razones como esas no se querían ni oír, o se oían con una benevolencia despectiva y respetuosa, y más bien desinteresada, como pensando en pasar otra cosa. La *Sociología de la Explotación* atrajo muy poco al pensamiento crítico.

Algunas de sus categorías fueron objeto de acre rechazo por las más distintas corrientes del pensamiento crítico y dogmático. Poco era lo que se podía hacer para salir del pensamiento hegemónico de burócratas y pensadores neomarxistas o dependentistas, y de los empiristas y estructural funcionalistas que los veían con simpatía, como una corriente con la que ya se podía hablar y que empleaba el mismo lenguaje. El que en la *Sociología de la Explotación* apareciera un mismo despliegue de esas armas matemáticas para ir más allá del dependentismo hacia la ley del valor y para ir más allá de la epistemología dialéctica que exigía mantener la pureza textual de una lucha de clase contra clase provocó un desentendimiento comprensible. A pesar de eso, en varias escuelas de América Latina algo se hizo, más con un objetivo de legitimación ante el embate del empirismo y el estructural-funcionalismo, o como una muestra del respeto a las libertades académicas y sus valores – como en el caso de Joseph Kahl–, que como parte de un programa de investigación que tomara en cuenta los planteamientos del libro. Gracias a los profesores de esas escuelas, el libro fue reeditado una vez y reimpresso más de diez. Curiosamente hubo una excepción frente a la actitud más o menos general. Se dio en el caso del “colonialismo interno”, categoría que fue usada en varias partes del mundo para hacer investigaciones de campo sobre el tema. Pero incluso la categoría del “colonialismo interno” fue objeto de graves distorsiones por quienes creyendo acogerla impulsaban categorías abstractas como “la indianidad”. Sólo años después, el “colonialismo interno” sería indirectamente practicado en una lucha por las autonomías de los pueblos y las culturas indígenas, que no descuida ni la lucha de clase ni la lucha contra el imperialismo, que las trae del camino y en el camino las reencuentra.

La vigencia del objetivo de contextualizar p/v es indudable hoy, no sólo porque vemos renacen planteamientos en que a la defensiva todavía se defienden proyectos para cambiar el mundo sin tener el poder necesario, lo cual por sí es de tal modo aberrante que parecería un pensamiento abocado al olvido total, si no fuera porque con argumentos más sofisticados, son muy fuertes las corrientes que postulan la misma aberración desarmante.

El enriquecimiento de las matemáticas con la teoría de los conjuntos y la modelización de los sistemas complejos, auto-regulados, adaptativos y creadores permite hoy hacer uso de su instrumental con un objetivo específico: controlar los análisis de la dialéctica mediatizada, para evitar que nada significativo escape ni de las mediatizaciones y sus frenos ni de la dialéctica y sus desenlaces. Las matemáticas son útiles así para determinar lo que es posible e imposible en un sistema histórico como el capitalismo más que para vincular lo cualitativo y lo cuantitativo, para revisar si el análisis incluye todos los actores y variables significativos y para pensar en términos de conjuntos y subconjuntos que alteran las relaciones entre ellos y en el interior de ellos.

Las posibilidades e imposibilidades en un sistema y sus partes revelan ausencias de relaciones faltantes y que es necesario incluir para la comprensión y la acción. También descubren presencias sobrantes e inconsistentes, que se precisan con los conocimientos históricos y políticos, teóricos y prácticos, con la narrativa y el diálogo de experiencias de luchas compartidas y heredadas. La lógica de los modelos dinámicos y dialécticos obliga a considerar y precisar conocimientos descuidados que afectan gravemente las generalizaciones y explicaciones. Dos ejemplos fundamentales sirven para aclarar el problema: uno es la necesidad de luchar contra las mediaciones del capitalismo y, además, por las mediaciones del sistema alternativo, y otro, corresponde a la necesidad de plantearse una alternativa que construya al protagonista universal unido en la diversidad. La construcción de ese protagonista desde los explotados, marginados, excluidos, transterrados implica que sus integrantes respeten y hagan respetar a las más distintas ideologías, religiones, culturas, civilizaciones, así como a las autonomías articuladas en conjuntos humanos, con sus varias identidades y conceptos de dignidad y de vergüenza, todo sobre la base de que compartan y vivan la filosofía del respeto universal que tantos humanismos religiosos y laicos han querido expresar, y que tomen una firme posición unificadora y comprensiva en la lucha contra un sistema al que mueve la maximización de riquezas y de utilidades, y también un sentido de la dominación y la acumulación que viniendo de una historia de despojos, invasiones y ocupaciones violentas recae en ellas cuando la acumulación ampliada por la producción entra en crisis de sobreproducción o subconsumo, y cuando la caída de utilidades no hace que por sí solo caiga el sistema pues éste se vuelve particularmente agresivo y depredador, primero contra los pobres y los débiles, y después contra sus propios miembros y fuerzas de apoyo, pasando por los trabajadores organizados y de cuello blanco, a los que quita derechos anteriores, prestaciones y servicios públicos y sociales, para después arremeter contra los grupos de ricos y poderosos que en el centro de un bloque dominante o en distintos bloques compiten por el control de los mercados, los

recursos y las posiciones estratégicas, en una lucha que hoy amenaza la suerte del mundo, según los más connotados expertos. Acabar con ese sistema, y crear o construir las bases de uno alternativo en que los valores de la democracia, la liberación y el socialismo, aprovechen todas las experiencias anteriores de derrotas y triunfos, es una tarea esencial para la sobrevivencia de la especie humana.

Por pequeña que parezca, la contribución del rigor en los estudios políticos y matemáticos sobre el sistema y sus alternativas, es indudable que a su capacidad de persuasión añade una precisión que es necesario alcanzar, y en cuya búsqueda el propio Marx dio el primer ejemplo. Es cierto que las formalizaciones matemáticas por momentos parecen no conducir a ningún lado. Pero incluso cuando resulta tediosa su lectura ayudan a precisar el carácter desigual de la explotación y de las mediaciones a las luchas de clases y a las luchas de liberación. Si nadie va a interesarse en aplicarlas al cálculo de la tasa de explotación ni es posible esto sin la mediación del dinero y el cálculo siempre aproximado y subestimado de las transferencias de excedente, en cualquier caso sí contribuye a confirmar que la explotación subsiste en medio de todas las variaciones empresariales, institucionales y regionales, formales e informales. También permiten aclarar por qué las contradicciones del capitalismo ocurren como se prevé en la primera página del “Manifiesto Comunista” y no en la última. Recuérdese que en el segundo párrafo del primer capítulo se afirma que “la lucha de los opresores y los oprimidos...conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo régimen social o (subrayado por nosotros) al exterminio de ambas clases beligerantes”. En cambio al final del último párrafo de ese mismo capítulo se afirma que “La muerte de la burguesía y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables”. Si la primera afirmación corresponde más a la argumentación científica de Marx y Engels basada en su concepto de las “relaciones contradictorias” de clase, la segunda proposición no sólo obedece a las necesidades de una proclama movilizadora que efectivamente puede aumentar sus probabilidades de realización si fortalece la voluntad del colectivo a quien va dirigida. Pero también se basa en el concepto de las ciencias naturales que en ese tiempo daban un peso enorme al determinismo mecánico newtoniano, concepción que en forma intermitente aparece en Marx y Engels al lado de su gran descubrimiento de las relaciones dialécticas e interactivas, que van a confirmar las ciencias de la complejidad y sus generalizaciones no lineales. En la perspectiva de éstas no va a ocurrir necesariamente el colapso del capitalismo y también de quienes se benefician de ese sistema de dominación y acumulación. Tampoco va a ocurrir necesariamente el exterminio de ambas clases beligerantes, sino en su forma de opresión y explotación. Es perfectamente posible que el exterminio del trabajo-mercancía y de la explotación capitalista

sólo corresponda al fin de un régimen social que abra otra etapa a un nuevo régimen de explotadores-explotados: a un modo de dominación y acumulación ciber-esclavista, ciber-feudal y ciber-colonial. Por supuesto eso ocurriría tras un megagenocidio y ecodestrucción colosales, en el remoto caso de que puedan ser controlados por los nuevos anglonazis que han tomado la iniciativa en esta insensata conquista mundial. Lo que también es posible es el triunfo de los proletarios, los colonizados, los excluidos y los ciudadanos desregulados y desafortunados, en lucha por un régimen articulante de la democracia, la liberación y el socialismo.

El análisis de las relaciones de explotación puede llevar a otro más preciso de las relaciones de liberación. Para eso será necesario ir más allá de los actores y factores de la mediación que está al servicio del actual modo de acumulación, en actores y creadores de la mediación para un mundo o modo alternativo de dominación y acumulación. A la lucha esencial por la reestructuración social de la propiedad se añadirá la lucha inseparable por el poder de decisión comunitaria, nacional, ciudadana, obrera, trabajadora, así como el problema pedagógico-moral, político de organizaciones de pueblos, ciudadanos y trabajadores que se comprometan existencialmente con la suerte de los excluidos. La organización multitudinaria de quienes estén decididos a luchar hasta el fin constituirá un grupo de presión que, de acuerdo con las circunstancias, decidirá cuáles son las rutas a seguir. En ese terreno, ciencia, conciencia y organización tendrán las palabras y las decisiones de lo previsto y de lo incierto.

No quiero cerrar este prólogo sin agradecer a Atilio Boron y sus colaboradores el interés que han puesto en la reedición de este viejo libro. Mi agradecimiento también al profesor Miguel Ramírez Braulio, a la ingeniera Alethia Patricia Estrella Ruiz, al dr. Alejandro Álvarez Martínez, y al estudiante Raúl Romero Gallardo por haber colaborado en la edición electrónica del texto.

México, abril de 2006

PRIMERA PARTE

SOCIOLOGÍA DE LA EXPLOTACIÓN

POSIBILIDADES

Hace diez años Henri Denis definía la economía política como una investigación que por la vía de la abstracción estudia “la naturaleza profunda de los sistemas económicos y de las leyes esenciales del desarrollo”¹. Por el contrario, pensaba que “la sociología económica es un estudio comparativo sistemático de los hechos concretos que se relacionan a la vida de los hombres”².

En esa época era raro que un marxista acordara importancia científica a la sociología. El caso de Denis era más bien excepcional. La mayor parte consideraba que la sociología es una mera ideología burguesa, o destacaba el carácter esquemático de las técnicas sociológicas y las “graves consecuencias” que podía traer el uso de las leyes estadísticas. Esto ocurría incluso entre pensadores tan abiertos y finos como Gramsci, que al lado de la utilidad que tiene la “filología” para la precisión de los hechos particulares, reconocía la “utilidad práctica de identificar ciertas leyes de tendencia más generales, que corresponden en la política a las leyes estadísticas y de los grandes números”³. Pero que consideraba que la sociología es “La filosofía de los no filósofos”.

1 Henri Denis, *Valeur et capitalisme*, París, Éditions Sociales, 1957, p. 126.

2 *Ibid.*

3 Antonio Gramsci, *II materialismo storico et la filosofia di Benedetto Croce*, Torino, Einaudi, 1949, p. 124 ss.

Hoy no sólo ha sido aceptado el término, sino que muchas de sus técnicas características son usadas cada vez más en los círculos científicos socialistas. Pero por un hecho singular, el uso de estas técnicas ha estado aparejado, en los propios países socialistas, a una problemática con frecuencia semejante a la de la sociología empirista, mientras los problemas clásicos del marxismo siguen siendo objeto de estudios que emplean las técnicas, también clásicas, de la filología, la historia y la política para el análisis sistemático de los hechos particulares⁴.

En cualquier forma, la posibilidad de una sociología de la explotación tiene hoy menos probabilidades de ser contemplada con escepticismo por los sociólogos de los países socialistas, que por aquellos marxistas más cuidadosos de mantener las tradiciones técnicas de la escuela, y los problemas originales del marxismo.

En el terreno opuesto, el de la sociología empirista y neoliberal, las reservas frente a la posibilidad de una sociología de la explotación serían exactamente contrarias a las anteriores. Si para la mayoría de los marxistas ortodoxos lo que no es científico es la sociología, para la mayoría de los empiristas lo que no es científico es la noción de la explotación. Las dudas de los sociólogos empiristas, como es fácil suponer, girarían en torno al supuesto de que la categoría de la explotación está íntimamente ligada a juicios de valor; a conceptos morales, que en su opinión nos sacan del mundo positivo y el terreno empírico, característicos de la ciencia. Las palabras de Marx, en el sentido de que no había considerado a los capitalistas y los propietarios como personas, sino como “personificación de categorías económicas”, y que “no podía hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere por encima de ellas”⁵ resultaron, como era de esperarse, insuficientes para acabar con el escepticismo positivista, en sus distintas manifestaciones.

4 Es cierto que los autores clásicos dejaron constancia de su interés por las técnicas de campo y por los estudios matemáticos y estadísticos. Baste recordar *La Situación de la Clase Obrera en Inglaterra*, del joven Engels, la formalización matemática de *El capital*, o el uso abundante de las estadísticas disponibles que hace Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Pero tanto por razones de lucha ideológica contra el positivismo y el empirismo naturalista, como por las propias formas de trabajo intelectual e ideológico del marxismo, las técnicas de investigación de campo y de análisis estadístico ocuparon un lugar secundario frente a las técnicas históricas, filológicas y de abstracción dialéctica. Con posterioridad no se desarrollaron para el análisis de los problemas clásicos del marxismo —para el estudio de las clases, de la explotación, de las crisis políticas. Los trabajos más significativos en el campo correspondieron a una investigación militante; los de los profesores y académicos siguieron los métodos tradicionales de la historia y la filología, y respecto al análisis cuantitativo se orientó sobre todo a los problemas de la planificación socialista.

5 Carlos Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, Prólogo a la primera edición, t. I, p. xv.

El problema de la posibilidad de una sociología de la explotación se plantea pues en dos frentes. Pero si la mejor forma de demostrar a los marxistas tradicionales y académicos la utilidad del estudio depende de la validez y congruencia del modelo teórico que se les presente, en el caso de los sociólogos empiristas y neoliberales parece necesario ante todo invalidar las objeciones que los llevan a rechazar la idea misma de un estudio científico de la explotación. Por ello, antes de plantear el problema de una sociología de la explotación, puede ser conveniente analizar otros conceptos análogos, que sí se usan en la sociología empirista y en la economía neoliberal, y que se hallan directamente relacionados a valores. Estamos seguros que el escepticismo de los empiristas no terminará a base de puros razonamientos; pero, quizá, el mostrar en su propio lenguaje algunas de las incongruencias más significativas en que incurren, pueda contribuir a que consideren el marco teórico de una sociología de la explotación, como un conjunto de hipótesis relativamente viables. Sus discípulos serán sin duda, más sensibles al razonamiento.

DESIGUALDAD, DISIMETRÍA, DESARROLLO

En la mejor tradición científica liberal y empirista se manejan con lenguaje técnico y métodos sofisticados los conceptos de desigualdad, disimetría y desarrollo. El estudio de estos conceptos no es solamente útil para destacar sus vínculos con un sistema de valores, sino para advertir las diferencias que estos valores tienen respecto a los característicos del concepto de explotación. Si el primer objetivo puede mostrar una vez más a los sociólogos empiristas, que toda investigación científica del hombre está ligada a valores, incluida la que ellos practican, el segundo puede justificar el estudio específico del fenómeno de la explotación, en tanto que tiene características distintas.

I. El análisis de las desigualdades sociales es uno de los más frecuentes en la sociología y la ciencia política. Las investigaciones que implican un corte seccional de la población, y se basan en encuestas, o las que toman un año censal y comparan las distribuciones de una variable, en distintas naciones o provincias, constituyen las más frecuentes formas del análisis empirista de la sociedad contemporánea. Los investigadores de esta corriente han desarrollado esfuerzos notables para perfeccionar las técnicas correspondientes, sin pensar para nada que haya una imposibilidad científica, por tratarse de juicios de valor. Y sin embargo, no sólo se encuentra implícito, en el supuesto teórico de que parten, el valor de la igualdad de los hombres, sino que éste se transfiere a los procedimientos analíticos.

La medición de las desigualdades es inconcebible sin el trasfondo histórico no sólo de la sociedad de mercado sino de la Revolución Fran-

cesa y la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Las ideas sobre la desigualdad necesaria rechazan la medición de la desigualdad: el esclavo como “ser no humano” de Aristóteles; los “individuos excepcionales como fuerza de la historia” de Spencer; los “superhombres necesarios” de Nietzsche, no son un estímulo particularmente vigoroso para analizar y medir las desigualdades sociales; todo lo contrario. Y si en ocasiones se les llega a medir, la medición busca apoyo automático en variables biológicas.

Cuando las desigualdades se miden como fenómeno *sólo* social están inexorablemente ligadas al valor de la igualdad, al rechazo de la desigualdad social como consecuencia del “pecado”, a la “denuncia de las desigualdades extremas” por los filósofos de la Ilustración, y a la idea de que el “hecho social” puede y debe cambiar en un sentido: de mayor igualdad o menor desigualdad, mediante ciertos procedimientos como “la educación igual para todos” de Condorcet; la “comunidad de bienes” de Marshall; el paternalismo isabelino de las “leyes de los pobres”, el “crecimiento de las clases medias” de Mill⁶.

La medición de la desigualdad no es un fenómeno puramente científico y alejado de todo valor; en ocasiones reviste formas obviamente ideológicas que aparecen en el coeficiente de Pareto y en distintos tipos de análisis gráfico⁷; pero incluso cuando se usan las fórmulas que más fielmente expresan la desigualdad, como el índice de Gini o el coeficiente de Schutz, en la base de su aplicación se encuentra “el dogma central de un nuevo orden político y social” a que se refería Tocqueville, hablando de la sociedad capitalista de su tiempo. Y este dogma subsistirá en medio de las desigualdades de la sociedad capitalista. El irracionalismo, el fascismo y la discriminación racial o colonial no lograrán acabar con él, como valor, ni tampoco con el análisis empirista de las desigualdades.

II. La medición de las asimetrías alude de manera inmediata a las curvas de frecuencia simétricas, en particular a aquellas llamadas “normales” o próximas a las normales en que el valor medio es el predominante. El concepto de asimetría implica así una noción de desigualdad, sobre todo si se piensa que la mayoría de las curvas de fenómenos sociales son “hacia la derecha”, con lo que indican el predominio en la población de los valores más bajos: ingresos, salarios, etc. Pero las

6 Cf. Sandford A. Lakoff, *Equality in Political Philosophy*, Cambridge, Harvard University Press, 1964.

7 Cf. Hayward Alker Jr. y Bruce M. Russett, “On Measuring Inequality”, *Behavioral Science*, 9 de julio de 1964, pp. 207-218.

asimetrías también aluden a un tipo de *relación*, que es una propiedad de las escalas nominales.

Por simetría se entiende en estadística no paramétrica (y en lógica) que la relación que existe entre un fenómeno x y otro y implica una relación entre y y x para todas las x y todas las y . Dicho de otro modo, implica la noción de igualdad en el sentido de que si y pertenece a la misma “clase” que x se dice que x pertenece a la misma clase que y . Simétrico: $x = y \therefore y = x$ ⁸. En todo caso el término encierra la idea de *relación* y cuando esta relación es *asimétrica* quiere decir que la relación que existe entre x y y es “mayor que” o “mejor que” la relación existente entre y y x , –propiedad de las escalas ordinales.

También en lógica y en álgebra la simetría y asimetría se refieren a relaciones de díadas en que “una relación simétrica es una relación tal que si un individuo tiene esa relación con otro individuo, entonces el segundo individuo debe tener esa misma relación con el primero... Por otra parte una relación asimétrica es aquella en que si un individuo tiene una relación con otro individuo, entonces el segundo individuo *no puede* tener esa misma relación con el primero...”⁹. Así si $a R b$ implica $b R a$ la relación es simétrica y si $a R b$ excluye $b R a$ la relación es asimétrica. Este concepto de relación es más riguroso en tanto no se limita a la clasificación de individuos aislados en una misma categoría o en categorías superiores o inferiores (correspondientes a las escalas nominales u ordinales que usa la sociología empirista más común), sino en tanto “indica posibles pares a, b tales que “Dados dos conjuntos A y B se llama relación de A con B a un subconjunto R de $A \times B$, es decir a un conjunto R de pares (a,b) , $a \in A$, $b \in B$. Se escribe $a R b$ si el par (a,b) pertenece a R , es decir si $(a,b) \in R$ ”¹⁰. Las relaciones simétricas o asimétricas son así verdaderas relaciones de conjuntos de pares.

Con frecuencia cuando se destacan las relaciones disimétricas se dice que son irreversibles, o se menciona la irreversibilidad como una característica más del fenómeno. Ahora bien, en un sentido funcional, se dice que una relación del tipo $y = f(x)$ es irreversible si la función inversa $x = f(y)$ no existe. La función sólo es reversible en un sentido causal si puede ser interpretada tomando a x como causa y a y como efecto o viceversa. Si sólo x es causa y y sólo es efecto la función es causalmente irreversible.

8 Sidney Siegel, *Nonparametric Statistics for the Behavioral Sciences*, Nueva York, McGraw-Hill, 1956, p. 23.

9 Irving M. Copi, *Symbolic Logic*, Nueva York, MacMillan, 1966, p. 145.

10 Mischa Cotlar y Cora Rato de Sadovsky, *Introducción al álgebra*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1964, p. 87.

En este terreno es necesario distinguir la simetría que refleja una interacción o “cocausalidad” de la simetría que es una mera manipulación matemática que puede predecir x por y , no obstante que en la realidad histórica o social x sea la causa o el factor que determina a y . La estimación o predicción de x por y supone una simetría simbólica o matemática perfectamente legítima pero que no corresponde a un análisis causal en que x –variable dependiente de la estimación– es una variable dependiente en términos causales¹¹.

En cualquier caso en las ciencias sociales, tanto las relaciones asimétricas –o disimétricas– como las relaciones irreversibles apuntan a una noción de poder o de “influencia” política, a un “factor de dominio” en que un elemento de la proposición guarda con el otro una relación *mayor o mejor*; o en que lo que le puede hacer un elemento x a otro y , éste no se lo puede hacer a aquél; o dicho de otro modo, que lo que hace y obligado por x , no es posible que x lo haga obligado por y .

Es evidente que en todas estas proposiciones y mediciones de la conducta humana se alude a un valor –la libertad–, quizá más importante que el de la igualdad para comprender no sólo el fundamento *social* del análisis estadístico y sociológico, sus bases sociales, ideológicas y estructurales, sino algunas limitaciones científicas de la investigación empirista, relacionadas con el individualismo y con la propia sociedad de mercado.

Resulta difícil decir hasta qué punto el verdadero dogma a que se refería Tocqueville cuando estudiaba el nacimiento de la sociedad capitalista, no era la igualdad sino la libertad. Lo que sí es posible decir es que entre los filósofos y los investigadores más representativos del pensamiento clásico burgués, no es el igualitarismo sino el liberalismo la característica más significativa y la corriente de valores más profundamente arraigada. Desde la libertad de conciencia hasta la teoría del *laissez-faire*, con sus manifestaciones más específicas que van de la libertad de pensamiento, la libertad de expresión, la libertad política, hasta las formulaciones teóricas de la persona humana, asociadas a la “libertad de mercado”, a la “libre competencia”, a la “libertad del empresario individual”, a la “libertad del trabajador individual”, la idea de *libertad* formal y el valor que implica señorean el pensamiento de los filósofos e investigadores de la naciente sociedad capitalista. Que ellos postulen que las leyes naturales corresponden a su escala de valores morales, no les impide hacer juicios de valor, destinados a acabar con las limitaciones dogmáticas a la libertad de conciencia, o con las que el

11 Para un análisis más amplio, cf. Hubert M. Blalock, *Causal Inferences in Non-experimental Research*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1964, pp. 38 y 42 ss.

estado precapitalista imponía al empresario y el ciudadano, o con las que los estamentos y los gremios imponían a los hombres.

Es más, la idea de libertad está en la base de la inmensa mayoría de las luchas liberales contra el aumento de funciones del estado capitalista, contra el crecimiento de las asociaciones obreras y los monopolios, todas ellas relaciones asimétricas e irreversibles, objeto de lucha y de análisis. Y en el análisis influye la configuración misma de la libertad como valor individual, la lucha por darle derechos al individuo independientemente del grupo al que pertenezca, que va a hacer del individuo, separado del grupo, la unidad de datos prevaeciente hasta hoy en la sociología empirista, y de la sociedad, un *agregado* de individuos, lo cual trae aparejado un sinnúmero de problemas en la medición y análisis de los fenómenos, y en el intento de explicar las llamadas “medidas colectivas”¹².

Ahora bien, es evidente que la *asimetría*, como propiedad de las escalas ordinales o como función, es diferente de la *desigualdad* como distribución o dispersión, y que también es distinta en tanto que aquella apunta a una *relación* interna, directa y ésta no. La disimetría y la irreversibilidad apuntan a las relaciones *del ciudadano* con el Estado, de un ciudadano con otros, de un empresario con otro, del trabajador y su empleador; o a relaciones entre agregados de ciudadanos, empresarios, trabajadores, o entre los Estados, concebidos como agregados de aquéllos. Sobre este punto quizá valga la pena detenerse.

En el liberalismo clásico el problema de la libertad de las naciones no se plantea. Es más bien la escuela alemana, opuesta al liberalismo, que corresponde a las corrientes del nacionalismo económico, la que se ocupa del tema. En el liberalismo la “libertad de intercambio entre las naciones” se postula como una función de la libertad individual o del beneficio individual del empresario y del trabajador.

Mientras en la tradición griega la libertad es libertad de la Ciudad-Estado frente a sus enemigos –frente al dominio o ataque de éstos– y, posibilidad de la Ciudad-Estado de realizarse, mediante una participación sin trabas de sus ciudadanos en la vida pública, en el liberalismo clásico toda noción de libertad está asociada al individuo aislado o agregado. La idea de que el libre intercambio entre las naciones va a afectar la libertad de las naciones pobres y atrasadas no aparece ni siquiera en los liberales de entonces que vivían en América Latina y otras regiones atrasadas. No es sino hasta fines del siglo XIX y sobre todo en el siglo XX cuando el liberalismo crítico y sus herederos, en particular Hobson en Inglaterra y después Perroux en Francia, o Hirschman en Estados Unidos, se plantean el problema de las relaciones disimétricas entre las naciones.

12 Cf. *infra*.

En todo caso, tanto por el fenómeno apuntado como por las características analíticas del mismo, la desigualdad y la asimetría son bien distintas. La desigualdad está ligada a la idea de riqueza, de consumo, de participación que son analizados en los individuos –o las naciones– como atributos o variables, en sus distribuciones y correlaciones. La asimetría está ligada a la idea de poder y dominio; es analizada indirectamente como pre-dominio o dependencia, como monopolización de la economía, el poder, la cultura de una nación por otra; o directamente como *influencia* económica, política, y psicológica, que los hombres o las naciones con poder, riqueza, prestigio ejercen sobre los que carecen de ellos o los tienen en grado menor¹³. En esta última forma de análisis se estudian los actos, o secuencias y confluencias de actos, en que aparece la asimetría y la irreversibilidad, con análisis de grupos experimentales o paraexperimentales.

Así se hace apremiante la necesidad de considerar las “díadas” de individuos o naciones, y la diferencia entre desigualdad y asimetría es más patente, pues mientras aquélla mide las características que presentan los individuos o grupos aislados, ésta implica el registro y la medición de la relación concreta entre dos (o más) individuos o grupos. Pero si ambos conceptos son distintos se parecen en que uno y otro apuntan a valores, suponen valores, que en el trasfondo tienen todas las estructuras de la disimetría y la desigualdad.

III. El concepto de desarrollo económico –en cualquiera de sus definiciones liberales y empiristas– está íntimamente vinculado a la idea de un movimiento que va en “una dirección deseada”, a la de un cambio continuado “hacia algo mejor”. Y ésta es también la característica de un concepto más antiguo, el de Progreso, que si bien tiene antecedentes en Luciano –como progreso técnico–, o en San Agustín, como progreso de la industria humana, que permite mejorar en formas acumulativas “la casa y el vestido”, encuentra su verdadero origen en *El Siglo Ilustrado* y en la sociedad capitalista¹⁴.

13 La bibliografía sobre medidas de influencia y poder es muy amplia. Cf., entre otros: L. S. Shapley y Martin Shubik, “A Method for Evaluating the Distribution of Power in a Committee System”, *American Political Science Review*, vol. 48, 1954, pp. 787-792. James G. March, “An Introduction to the Theory and Measurement of Influence”, *American Political Science Review*, vol. 49, 1955, pp. 431-451. Darwin Cartwright, “A Field Theoretical Conception of Power”, pp. 183-220, en Darwin Cartwright (ed.), *Studies in Social Power*, Ann Arbor, 1959. Georg Karlson, “Some Aspects of Power in Small Groups”, en Joan H. Criswell, Herbert Solomon y Patrick Suppes (eds.), *Mathematical Methods in Small Groups Processes*, Stanford, 1962, pp. 193-202. Robert A. Dahl, “The Concept of Power”, *Behavioral Science*, vol. 2, 1957, pp. 201-215. James G. March, “The Power of Power”, en David Easton (ed.), *Varieties of Political Theory*, Englewood, Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1966, pp. 39-70.

14 Cf. John Baillie, *The Belief in Progress*, Londres, Oxford University Press, 1950, y Karl Löwith, *Meaning in History*, Chicago, The University Press, 1955.

Es bien conocida la noción cíclica de la historia que caracterizaba el pensamiento griego –todos vivimos antes y también después de Troya–, y que niega la de progreso; o la falta de “esperanza” de los pueblos bárbaros a que se refiere San Pablo, que piensan que la vida no les depara sino lo mismo que siempre les ha deparado y que no hay nada más –y que no es progreso–, o la esperanza en una salvación en el más allá del cristianismo, que no es progreso terreno, o las ideas judaicas de la “Nueva Jerusalén” y el Reino de Dios en la Tierra, que implican la noción de lucha y apocalipsis, de “destrucción del orden”, y están más emparentadas con el concepto de la revolución, que con el de un movimiento o cambio continuado y pacífico hacia algo mejor; característico del concepto de Progreso.

La idea de Progreso en la sociedad capitalista es distinta de la visión histórica de los griegos –cíclica–, de la cristiana-israelí –revolucionaria y apocalíptica–, o de la cristiana medieval, escatológica y ultraterrena. La idea de Progreso del liberalismo se refiere por el contrario a una mejoría acumulativa, inevitable, que “sólo una catástrofe puede impedir” (Condorcet); “que es un perpetuo ir más allá y que al mismo tiempo es una perpetua conservación” –como dice Croce refiriéndose al romanticismo alemán–, y que corresponde a una etapa de la historia humana, que se inicia con el nacimiento del mundo burgués y se dirige hacia una mayor riqueza y una mayor igualdad.

La idea de Progreso en la Edad Moderna corresponde a “la línea ascendente del desarrollo científico y tecnológico” (Mannheim), que se extrapola al resto de la sociedad y a los valores económicos, políticos y culturales. La aplicación a los fenómenos sociales, de la ecuación del tipo $Y = a + bX$, en la que X es la variable independiente, Y el valor de la tendencia de la variable dependiente; a y b las constantes que *no cambian* una vez que se determinan sus valores matemáticos, es inconcebible sin el sustrato de los valores morales del progreso. Otro tanto ocurre con el análisis dinámico de las medidas de desigualdad, desde la desviación media hasta el índice de Gini, que aplicadas al subconjunto de los países metropolitanos, registran un creciente progreso en la distribución, de donde se pasa a inferir en formas carentes de todo rigor matemático, que el proceso distributivo será semejante en el conjunto universal. En fin, la medición de la movilidad y la movilización mediante los más distintos índices y escalas constituye la expresión matemática de una idea que supone la combinación de valores tales como la libertad, la igualdad y el progreso, considerados como fenómenos característicos del individuo que progresa, participa, se iguala, es más libre.

Sin duda el concepto de desarrollo destaca un fenómeno distinto del concepto de disimetría y desigualdad, al enmarcar a éstos en un tiempo semidinámico, en que las constantes no cambian una vez que se determinan sus valores; en que se postula que b es superior a

cero, en que se piensa que las desigualdades tienden a disminuir y las disimetrías a desaparecer. Todos estos análisis encierran en su base el extraordinario desarrollo científico y tecnológico que ocurre en algunas regiones del mundo durante el período capitalista; pero tanto los análisis válidos como las extrapolaciones ilegítimas se fundan en valores morales y políticos.

Los límites en la validez del análisis se perciben cuando la ecuación no logra ajustar una realidad más compleja, cuando se estratifica el universo –social o histórico– y aparecen otras curvas, cuando se repara en el hecho de que las generalizaciones sobre el progreso, la igualdad, la libertad crecientes, se basan en muestras *sesgadas o predispuestas*, no representativas del universo al que se refieren, y en que no se toman ni las precauciones probabilísticas utilizadas para este tipo de inferencias, ni siquiera la precaución mínima de las técnicas de réplica. Pero incluso en el supuesto de que se tomaran todas las precauciones que aconseja el desarrollo de las ciencias sociales, el estudio más riguroso y “sofisticado” de cualquier “hipótesis de generalización” sobre las distribuciones, asimetrías, y tendencias lineales de los fenómenos sociales supone la existencia histórica y gnoseológica de los valores de igualdad, libertad y progreso y es siempre la expresión técnica y matemática de los mismos.

Lo que es más, el empirismo social no es menos científico porque esté relacionado con valores morales, o porque haga hincapié en la medición de valores matemáticos, ni porque la medición de los valores sea precisamente una expresión o manipulación, con símbolos matemáticos, de los valores morales que postula, sino porque recubre un ámbito superficial del *disgusto*, frente a una realidad –el sistema social– que se acepta como *totalmente dada*, que no se postula como histórica, sino sólo como susceptible de perfeccionamiento, de *cambios* destinados a *atenuar, disminuir* e incluso *acabar* con las desigualdades y las disimetrías que lo caracterizan, manteniendo siempre el sistema social como sistema *natural*, sin alternativa moral ni término histórico.

La falta de rigor científico del empirismo proviene de renunciar al estudio de sus valores y paradójicamente, consiste en afirmar que el sistema social es *natural* y que los valores que niegan al sistema no son *naturales*. El empirismo es así menos científico y más ideológico en tanto más renuncia al estudio científico de sus propios valores, en tanto más los relega a un orden extracientífico, asumiéndolos sólo en parte, sólo en tanto sus análisis no afectan al sistema mismo. No deja de usarlos, como hemos visto; los usa y los analiza, pero con límites, y su racionalización o ideología no consiste en que los use, sino en que no los analiza cabalmente, como fenómenos históricos y sociales, como categorías y símbolos cualitativos o cuantitativos, insertos en un sistema social también susceptible de un análisis científico, en que lo *natu-*

ral es que el sistema sea histórico, esto es, en que lo natural es que el sistema genere valores y fuerzas que lo rechazan como sistema y como entidad metafísica o metahistórica, o metaempírica.

La superficialidad del empirismo consiste en no ir más al fondo de las cosas; en tener por “constante” al sistema, en detenerse ante los patronos y la propiedad. Esta superficialidad le provoca una frustración científica y moral, que resuelve renunciando a asumir los valores morales como el trasfondo natural, histórico, de la ciencia social, y renunciando a registrar la realidad científica del sistema como el trasfondo de la moral y la política.

Así, el empirismo, por muy científico y técnico que sea su lenguaje, se detiene al borde de la realidad histórica y de la interpretación de lo cotidiano, no resuelve los supuestos sociales de sus propios valores morales, analiza la realidad de las desigualdades, la falta de libertad, las injusticias, en formas parciales, que se sostienen sólo en algunos momentos, con modas científicas que pasan y reniegan de sí mismas, en un despliegue formidable de frivolidad intelectual, hasta que, en las crisis, muchos de sus autores rechazan el racionalismo y los valores libertarios e igualitarios, para acogerse abiertamente a la injusticia y a la ideología fascista-tecnocrática.

En ese momento se da la máxima renuncia moral del empirismo y también, la máxima renuncia científica.

En cualquier caso, con los conceptos de desigualdad, asimetría, progreso, se ha hecho sociología en un ambiente científico, inconcebible sin los “dogmas” de la igualdad y la libertad crecientes. Desde este punto de vista es evidente así, que no se puede negar la posibilidad de una sociología de la explotación con el supuesto de que ésta quedaría automáticamente en la órbita de los valores, impropios de la ciencia positiva. El problema pues que queda por esbozar, consiste en precisar en qué forma una *sociología de la explotación* puede contribuir con algo *distinto y específico*, al conocimiento de la realidad social, que justifique el esfuerzo de investigación.

LA EXPLOTACIÓN

El concepto de la explotación, tal y como aparece en el marxismo, constituye una ruptura muy profunda con todas las formas anteriores –idealistas y materialistas– de analizar al hombre. Aunque el fenómeno de la explotación de unos hombres por otros había sido registrado con anterioridad¹⁵, siempre apareció como una manifestación dependiente de los conceptos clásicos del hombre y el ser.

15 Sobre la historia de la idea de la “explotación”, cf. Lewis L. Lorwin, “Exploitation”, *Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, MacMillan, 1957.

La explotación como pecado, la explotación como accidente, eran la característica o la propiedad de ciertos hombres que aparecían como explotadores, y la característica de otros que aparecían como explotados. La explotación era un fenómeno del orden moral –susceptible de ser moral o cívicamente corregido como en Robert Owen; o una ley bárbara dictada *por los capitales* –como en Charles Germain–; o un *derecho de la propiedad* a “gozar los frutos del trabajo sin realizar ninguna de las tareas del trabajo” como en Proudhon; o un abuso de los consumidores frente a los productores, como en Saint-Simon. En ellos y en Ravenstone, John Gray, Thomas Hoggkin, Willian Thompson, Babeuf, la explotación es un hecho accidental, una característica de la sociedad o parte de ella, que tiene su origen en la conciencia, la riqueza o la fuerza física. Lo constitutivo de la sociedad –Dios o las leyes naturales– es violado con la explotación; o la explotación obedece a leyes naturales. Pero siempre hay algo *fuera* de la explotación, causa de la explotación, que pertenece a un orden distinto y superior. El hombre está en primer término ligado a Dios o a la Naturaleza, a su conciencia, a su poder o su riqueza y, a partir de esa ligazón, indisoluble y constitutiva, explota a otros hombres que están ligados a Dios o la naturaleza, por su conciencia, su pobreza y su condición humana.

La relación de un hombre con otro aparece como una entidad derivada de algo distinto. Las propias imágenes de la relación de un hombre con otro surgen como “robinsonadas”, separadas de la sociedad –recuérdese el cuento de De Foe–, o separadas del mercado como en el señor y el criado de Diderot, o separadas de los procesos reales de la producción, como en el amo y el esclavo de Hegel; pero incluso cuando se les relaciona con la sociedad, con el mercado y la producción, incluso cuando se destacan las relaciones entre explotadores y explotados éstas tienen un *origen, dependen* de otras causas distintas de la explotación y distintas de la relación misma de los explotadores y los explotados.

La crítica que hace Marx a la concepción de Hegel sobre la propiedad privada, revela el punto de partida original del marxismo, no sólo respecto de Hegel sino de las demás filosofías. “Nada más cómico –escribió Marx– que la argumentación de la propiedad privada en Hegel. El hombre *como persona* necesita dar realidad a *su voluntad* como *el alma de la naturaleza exterior*; y por tanto, tomar posesión de esta naturaleza como su propiedad privada... La libre propiedad privada sobre la tierra –un producto muy moderno– no es, según Hegel, *una relación social determinada*, sino una relación del hombre como persona con la “naturaleza”, un “derecho absoluto de apropiación del hombre sobre todas las cosas”¹⁶.

En efecto, hasta la aparición del marxismo la relación del hombre con Dios precede a la relación del hombre con los demás hombres;

16 Carlos Marx, *op. cit.*, t. III, p. 574 (salvo especificado, edición 1964).

la relación del hombre con su conciencia o su voluntad precede a la relación con los demás hombres; la relación con el sistema natural, con la fuerza o la riqueza, precede a cualquier relación humana, incluyendo la relación de explotación, cuando se le llega a mencionar.

La explotación no es de hecho antes de Marx un tema central y sistemático de la filosofía; eventualmente surge como característica, como “propiedad”, más que como relación humana, y cuando se esboza como relación hay algo siempre que la constituye y la precede; algo que separa a los hombres antes de unirlos en forma *de lucha o de contrato*.

Con el marxismo, surge por primera vez como *constitutiva* “una relación social determinada”, que tiene varias características, en cuanto a su carácter constitutivo, y en cuanto a su delimitación o determinación. La relación social es constitutiva, pero a diferencia de las entidades constitutivas de otras filosofías es *histórica y contradictoria*. En otras filosofías toda entidad constitutiva es metahistórica –incluso en el positivismo y el empirismo– y coherente, en el sentido de que no representa la lucha, el conflicto, lo irracional, sino uno de sus términos, el bien o la razón. En el marxismo *la relación social* es constitutiva, pero además es histórica, contradictoria y *concreta*. Se trata de *un cierto tipo de relación social*: “Es siempre la relación directa de los propietarios de los medios de producción con los productores directos, la que revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda la estructura social...”¹⁷. Esta relación tiene “formas específicas”, “por las que se arranca al productor directo el trabajo excedente no retribuido”, las cuales dependen de relaciones históricas anteriores, y cambian y se modifican por las nuevas fuerzas que generan.

La relación social de explotación de unos hombres por otros *produce* –cosas, objetos, bienes– y también se reproduce como relación humana. Pero el círculo se rompe: los términos de la relación se alteran. La *producción* de las cosas y los instrumentos –incluidos los hombres considerados como cosas– implica un desarrollo de las fuerzas productivas, sin un cambio correlativo de las relaciones de producción fundamentales. Surge así una *contradicción complementaria* que modifica los términos de la contradicción original entre los propietarios de los medios de producción y los productores directos, cuyo trabajo no es retribuido sino en parte. Estos últimos, aumentan en número, concentración, capacidad de producir y actuar.

Ambas contradicciones –la del explotador y el explotado– y la que existe entre la relación social de explotación y los instrumentos y objetos que produce –las llamadas fuerzas de producción–, hacen que

17 Carlos Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947, t. III, vol. II, p. 917.

el sistema sea también histórico. La relación genera con el progreso técnico y social su propia destrucción.

Por ello el carácter constitutivo de la relación social de explotación no es concebible en un sentido metafísico, y como incontaminado de todo nacimiento –o término–, o como desvinculado, o más allá de una génesis, que es la expropiación de los trabajadores de sus medios de producción y la evolución de la propiedad privada de los mismos, o como separado de todo contexto –en un cielo, nirvana o espíritu puro–, sino relacionado con intimidad histórica al desarrollo de las fuerzas de producción que lo acompañan en el proceso cabal de sus distintas formas de nacer; evolucionar y extinguirse, generando la historia de las relaciones cotidianas y particulares de la explotación en el esclavismo, el feudalismo o el capitalismo, y generando la historia natural de los valores, que en las relaciones concretas de cada sistema plantean la solución mistificada o rigurosa de los problemas de la desigualdad, o de la libertad y la justicia, que aparecen, *dadas* ciertas relaciones o en el proceso de formación de *nuevas* relaciones –equivalentes en una visión global a nuevas *bases o estructuras*. Pero la relación social determinada es constitutiva en un doble sentido; desde el punto de vista epistemológico porque es la categoría inmediata, sin la cual los problemas del hombre y el conocimiento no son comprensibles, a menos de caer en un idealismo objetivo o subjetivo o en un materialismo cosificador; en que Dios, el ego, o “la economía” cosa, “la base” cosa, “la estructura” cosa “explican” los procesos y el funcionamiento de la sociedad, dando sus autores un traspíe tras otro en la explicación de las incongruencias de un mundo imperfecto de origen divino, de la realidad de un mundo objetivo, o de la libertad y responsabilidad de los hombres, no obstante la existencia de los determinismos económicos y estructurales. El carácter constitutivo de la relación social de explotación, resuelve estos problemas con mucha más profundidad y precisión que las categorías constitutivas que la preceden y suceden en la historia de la filosofía y la teoría.

De otro lado la relación es constitutiva, porque teniendo una génesis y una configuración histórica, inseparable de la expropiación y de las fuerzas de producción, siendo una relación entre propietarios y desposeídos, siendo una relación de producción, registra como el centro de las categorías concretas y de los procesos históricos reales, las relaciones históricas de los hombres que consisten en que unos explotan a los otros, las cuales se encuentran en la base –histórica y humana– que constituye la estructura –de-las-relaciones-humanas más significativas– para explicar el carácter también histórico de la “naturaleza” humana y el carácter natural e histórico de los valores abstractos más propios de esa naturaleza –de la libertad, la igualdad, la justicia–, y de su configuración y procesos concretos que consisten en que la relación de explotación es necesaria mientras existe propiedad privada de los medios de producción, y que

la relación de explotación sigue un curso histórico naturalmente ligado al desarrollo de las fuerzas de producción que genera las condiciones de distintos sistemas de explotación y la posibilidad de acabar *políticamente* con el régimen actual de explotación, si se aprovechan en formas técnicas –y revolucionarias– sus debilidades naturales y momentos de crisis.

Tomar así como “punto de partida la explotación”¹⁸, analizar la sociedad en clases que guardan relaciones de explotación –la burguesía y el proletariado– considerar el Estado como un instrumento de estas relaciones, y como “un órgano de dominio de la burguesía”, abandonar la idea de “condenar” las desigualdades para explicarlas por la explotación, para explicar la explotación; descubrir las luchas concretas de valores concretos –como luchas de clases– y determinar “su programa: que consiste en la adhesión en esta lucha del proletariado contra la burguesía”¹⁹, hace de la relación de explotación simultáneamente la realidad constitutiva epistemológica e histórica, natural y política más profunda de una sociología científica que asume concretamente los valores de la edad moderna y que identifica los antivalores, la realidad, en la sociedad de mercado, en el materialismo de las relaciones humanas, y en el egoísmo histórico de las relaciones del hombre que tienen como base la propiedad privada de los medios de producción.

De todos estos conceptos, en ocasiones difíciles de captar por la cortina que interponen los esquemas, o los prejuicios, el más difícil realmente es el primero, el que hace que el hombre no pueda ser concebido independientemente de una *determinada relación social*, que no sólo es cotidiana, diaria, sino fundamental y que es el tipo de relación que guarda en el trabajo y en la producción. Cuando se entiende este punto y no se deja cabida a otros conceptos –en que aparecen los hombres ligados *antes* que *entre sí* a cualquier otra entidad– surge una línea de razonamiento que constituye un *trastorno* en el terreno del conocimiento y de los valores.

El análisis de la relación social determinada o de la relación de explotación apunta también a una serie de valores, y de hecho con ella se vinculan los valores de la igualdad, la libertad y el progreso; pero de un modo *sui generis* y demasiado *próximo* o cotidiano, como para que sea comprendido con facilidad.

Ni la igualdad, ni la libertad, ni el progreso son valores que estén más allá de la explotación, sino características o propiedades de ésta*.

18 Lenin, “Ce que sont les ‘amis du peuple’ et comment ils luttent contre les social démocrates”, en *Oeuvres choisies*, Moscú, 1948.

19 *Ibid.*, p. 141.

* Reconocida la relación de explotación, aparecen históricamente articuladas a ella las relaciones del poder, sus represiones y mediaciones. Este es un fenómeno muy importante, consustancial a las relaciones de explotación y a sus interacciones con otras relaciones. *Vid.*, Pablo González Casanova, *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la Academia a la Política*, Barcelona, Anthropos, 2004.

En efecto, junto con la desigualdad, el poder y el desarrollo son parte de la *unidad* que forma la relación de explotación. En esas condiciones el análisis de la desigualdad aparece indisolublemente vinculado a la relación social determinada de los explotadores y los explotados, a la relación entre los propietarios y los proletarios; y todas las características con que se mide la desigualdad, que caen bajo la categoría primitiva de la riqueza, quedan ligadas a la *relación*: el capital-dinero, la técnica, la industria, los ingresos, el consumo, los servicios. *Del mismo modo están ligadas con la relación de explotación las características que quedan bajo la categoría primitiva del poder*; los soberanos y súbditos, los gobernantes y gobernados, las *élites* y las masas, los países independientes y dependientes. Otro tanto ocurre con las nociones del progreso, el desarrollo, el desenvolvimiento. Cualquiera de estas características o conceptos se entiende sólo cuando se vincula a la *relación* de explotación, y cualquier problema sobre ellos, cualquier pregunta que intente ser respondida en forma concreta y comprensiva se tiene que vincular a la relación. *El por qué de la desigualdad se explica por la relación entre los propietarios y no propietarios, el para qué del poder, el desarrollo para quién*. Pero entonces la desigualdad no aparece como un fenómeno natural, o individual, o metafísico, sino como un fenómeno ligado a la explotación y concretamente a la relación social determinada entre *los propietarios* de los medios de producción y los *no propietarios*. Las relaciones de fuerza y poder –la libertad y falta de libertad– no aparecen tampoco como fenómenos naturales, o individuales o metafísicos, sino como fenómenos históricos ligados a la relación social de explotación entre propietarios y desposeídos; el progreso tampoco aparece como fenómeno natural o individual o metafísico, sino como un fenómeno vinculado a la relación de explotación, a las clases que a lo largo de la historia se benefician de él, se lo arrebatan.

Entonces un valor que está en la base de los anteriores, que es el de la justicia –ya no aparece tampoco como natural, o individual o metafísico–, ni como un problema de redistribución de la riqueza o el poder, sino ligado a un fenómeno diario y cotidiano, la imposibilidad de que existiendo la relación de explotación y la propiedad privada *de los medios de producción* haya justicia, o libertad, o igualdad, o desarrollo que no estén limitados por la relación, por la explotación, siempre presente y recurrente como la “*petite phrase*” de Swamm.

El descubrimiento de la relación humana de la explotación por el marxismo causa tal desagrado e incertidumbre en el hombre burgués –que *no existe* ni *es* sin el proletario– como el descubrimiento del Ego y la Mónada, la Voluntad General y el Interés General, le causaron placer y fueron fuente de su seguridad intelectual y política, a partir de Descartes, Leibniz, Rousseau, Helvetius o Smith.

El descubrimiento de la relación social determinada es algo así como *La Caída* del Ego, y es rechazada por la conciencia de uno de los términos de la relación –el propietario, con toda su cultura y tradición filosófica y científica– como lo cotidiano desagradable, como la parte sobre la que el Ego no quiere *pensar* y que el burgués *hace*, indisolublemente, en forma diaria, con el proletario. Esta reacción de rechazo, particularmente dramática, genera una racionalización en el pensamiento y la ciencia del propietario que construye enormes y complejos edificios intelectuales, recogiendo, cultivando o revisando los de otras culturas, y añadiendo cuanto descubrimiento técnico y científico surge en el desarrollo de la sociedad capitalista. Pero lo que es drama para la conciencia burguesa corresponde a un júbilo equivalente en el pensamiento revolucionario, que escoge la *relación social determinada*, y la asume, la aprehende como entidad constitutiva de la realidad histórica y social, y de las ciencias humanas.

Nacen entonces una serie de problemas que dificultan la nueva investigación científica. Desde luego estos problemas no provienen de una vinculación con “valores” que distinga la investigación de la explotación por anticientífica, respecto de la investigación positivista y empirista. Tan ligada está a valores una como la otra. Pero el tipo de valores que encierra la investigación de la explotación, la forma en que concibe a la humanidad y a la sociedad actuales e ideales, no sólo son radicalmente distintos de la conceptualización burguesa –por más profundos en su explicación de lo cotidiano– sino distintos de una copiosa cultura metafísica.

De un lado, en su oposición a los intereses creados, el nuevo pensamiento encuentra una resistencia que sólo podrá romper mediante la lucha; pero no es ése su obstáculo más característico, ni el que más lo distingue de otros movimientos intelectuales, incluidos los de la burguesía en su época revolucionaria. El problema principal es que sus categorías no tienen la tradición, y sus investigadores suelen perderlas para volver a la sólida y recurrente cultura metafísica, mientras encuentran un vacío de datos y técnicas, que hacen particularmente ardua la tarea. En fin, los datos necesarios para el análisis de la explotación no están publicados, o están registrados en forma incompleta, o agrupados y agregados a modo que desaparezca el valor científico de los mismos para los propósitos de la nueva investigación; en ello hay un trasfondo no sólo político sino también metafísico, que se encuentra en las técnicas tradicionales de investigación de la historia, de la economía, de la sociología y hasta de la matemática y la estadística social, con sustratos ontológicos e individualistas que reaparecen donde menos se les espera.

Así, la investigación de la explotación tiene los mismos problemas de lucha de otras filosofías; a ellos se suman los problemas característicos del desarrollo de la ciencia social de su tiempo, y la endeble película

de una nueva metodología sin tradición y que no tiene organizados sus datos. Nada de ello hace imposible sin embargo la investigación científica nueva, como no lo hizo en otras corrientes de pensamiento y en otras épocas históricas; pero dificulta seriamente la tarea.

Entre los principales problemas que aparecen, y que caracterizan al marxismo vulgar, todos constituyen en alguna medida una vuelta a la cultura metafísica, y uno representa además la característica típica de las limitaciones de las ciencias de su tiempo. En principio estos problemas son los siguientes:

- 1 El carácter absorbente que suele tomar la relación de explotación; su desvinculación de otras relaciones y factores sociales, incluido el desarrollo de las fuerzas y producción. Aquí el error consiste en pensar que la relación de explotación es *todo* y explica *todo*. Es un típico error metafísico, que posee la vieja tradición de la *causa prima*, presente en todo, explicando todo, siéndolo todo.

- 2 La falta de especificación de la relación de explotación en distintos contextos históricos y sociales y la falta de un análisis concreto de la misma. Aquí aparecen varias formas de volver a la cultura metafísica o de quedarse en ella. Así, la dificultad de comprender los distintos mundos, universos, subconjuntos de la explotación, que ya anunciaba el sentido histórico del marxismo clásico, y que con frecuencia abandona para generalizar a partir del mundo cerrado e *invariado* de la metrópoli y la libre competencia. Este tipo de error corresponde al peso que tiene sobre la investigación empírica y dialéctica la noción de *causa sive ratio* o de *causa seu ratio* de Descartes y Leibniz, esto es, la idea de que hay algo determinante de la verdad de una proposición; que existe una premisa de la cual se puede inferir una proposición, un hecho del que resulta lógicamente otro hecho, y esta noción se inserta en el nivel de conocimientos científicos a que había llegado el hombre en el control de la generalizaciones, de las inferencias, cuando no existía aún la teoría de los conjuntos, ni el cálculo de probabilidades propiamente dicho, ni las técnicas de muestreo con las implicaciones lógicas que tienen, ni menos la teoría de los sistemas complejos.

- 3 El *olvido* de la *relación de explotación* como una entidad constitutiva que explica la historia y se explica con la historia del hombre. Olvidarse de ella y volver al idealismo objetivo o subjetivo es la consecuencia más inmediata.

Pero los errores en que tiende a incurrir la nueva investigación, que la repliegan a la antigua, o la hacen quedarse hasta hoy en el siglo XIX en

algunos puntos y técnicas, cuando la estructura, la historia y la ciencia son del siglo XX, pueden ser superados, en parte, integrando *las novedades* al gran descubrimiento de la relación social determinada y colocando ésta o buscándola en el nuevo contexto.

Si se analiza la teoría del valor trabajo en una economía en que prevalece la competencia monopolista, y se tiene presente la existencia de conjuntos de tal modo diferenciados, que no resulta legítimo el hacer inferencias de uno a otro, sin un estudio previo, que precise el comportamiento del fenómeno en sus aspectos económicos y políticos, la sociología de la explotación surge no sólo como una posibilidad sino como una tarea necesaria. Sus hábitos de trabajo, la forma en que precisa los conceptos para medirlos y observarlos, la forma en que selecciona sus *casos*, para comparar en forma sistemática y específica el comportamiento de las distintas variables y factores –de las relaciones concretas–, puede ser particularmente útil en la determinación de un universo, cuyas variantes ha precisado sólo la *praxis* revolucionaria.

ERRORES POSIBLES Y FUENTES DE ERROR

La descripción de los errores más frecuentes en que ha incurrido el análisis de la explotación parece indispensable, como una primera forma de enfrentarlos y controlarlos.

I. La relación social determinada entre los explotadores y los explotados, esto es, entre los hombres que poseen los medios de producción y quienes los trabajan –esclavos, siervos, asalariados– es una categoría constitutiva de todas las demás y una unidad concreta. Equivale a lo que representa el yo y el individuo en la filosofía liberal, y es así el concepto más abstracto y a la vez más concreto del marxismo.

Se trata de un lado de una categoría que sirve para *distinguir* a los hombres de acuerdo con el lugar que ocupan en sus relaciones de producción –como propietarios o proletarios–; para determinar otros tipos de relaciones humanas –económicas, políticas, culturales, psicológicas–; o las cosas del hombre –instrumentos, productos, abstracciones– y el papel que juegan en su historia; o las características de los hombres que se encuentran en un variado tipo de relaciones, como personas o instrumentos –de los propietarios, gerentes, líderes, expertos, publicistas, críticos, opositores. Su papel en estos casos es agrupar y distinguir, separar y relacionar, determinar las relaciones y las mediaciones. La relación social determinada ordena y codifica el universo social, sus relaciones sinérgicas y contradictorias.

Pero aparte de esta función epistemológica –objeto de estudio e instrumento de análisis–, la relación social determinada aparece en la realidad social, con su estructura esencial –de propietarios y proletarios–

en un taller, en una manufactura, en una fábrica, en un combinado, en una región, en un momento o período de la historia. En *este* trabajador y *este* patrón, y en el *conjunto* que forman los trabajadores de esta fábrica con su dueño o dueños. Como entidad o unidad concreta cada conjunto tiene su *personalidad*, sus características políticas, culturales, psicológicas, sus instrumentos de producción, sus hábitos de consumo.

La relación social determinada, como unidad concreta, que existe *aquí* y *ahora*, es una unidad de datos que se agrupa con las luchas y mediaciones de sus miembros como clase, y que se interpreta con la categoría de las clases, en un ir y venir de las categorías abstractas a las concretas y de éstas a aquéllas, similar al ir y venir del Ego como categoría, al yo o el individuo, en la filosofía y la ciencia social liberales.

Pero así como en el liberalismo y la sociología empírica el individuo se convierte en el *supuesto* natural de la información y el análisis, y el investigador más alerta y crítico cree haber agotado la realidad con el análisis del Ego, o del individuo, o de los conjuntos que éste forma, así en el marxismo vulgar el potencial explicativo de la *relación social* determinada lleva a pensar que es todo y explica todo, íntegramente.

Pero mientras el vacío de la sociología individualista deja para siempre, fuera de cualquier posibilidad de análisis, las relaciones sociales de explotación, y tiene serias dificultades para determinar otros tipos de relaciones sociales –dada la presencia inevitable del individuo en sus construcciones teóricas y sus procedimientos metodológicos–, en la investigación de la explotación el problema consiste en la posibilidad: a) de ignorar la diferente forma en que la relación de la explotación permite esclarecer el comportamiento de un fenómeno: hay fenómenos que no explica, y su capacidad de explicación varía de unos a otros; b) de ignorar o descuidar las relaciones, fuerzas y hechos que explican otros fenómenos, y que influyen en la propia relación de explotación, la alteran, la determinan y; c) de ignorar o descuidar la circunstancia de que los dos fenómenos anteriores varían en distintos contextos históricos y sociales, esto es, que la relación social de la explotación recibe influencias que cambian con el tiempo y lugar, que no en todos los tiempos y lugares otras relaciones fuerzas y hechos, influyen sobre ella de igual manera, la alteran o determinan con la misma magnitud y que no en todo momento o lugar deja de explicar o explica en la misma medida otros fenómenos, sino que hay variaciones en su potencial explicativo.

La relación social determinada posee una extraordinaria capacidad de explicación y análisis; pero requiere de un campo visual que la define *dialécticamente* como estructura e historia, y de una especificación sistemática que obliga a investigar su influencia y comportamiento en distintos contextos y circunstancias concretas.

La relación de explotación posee en realidad un carácter profundamente dialéctico: es determinante, constitutiva, y necesita ser deter-

minada en la acción, política, en la *praxis* revolucionaria, y con ellas en la historiografía, la abstracción y el experimento. Su capacidad de superar el potencial de otras categorías no consiste en que sea una forma de explicación exhaustiva y universal, que aclare todo sin necesidad de investigar. Ni explica todo, ni *es* el conjunto social, y *también* varía y necesita ser explicada. Se trata de un magnífico instrumento teórico para aclarar una parte esencial del universo social, siempre que no quiera uno explicarlo íntegramente con ella, o se quede uno con ella, o piense que siempre es igual e inafectable por los ambientes en que se da; porque entonces ni siquiera puede uno explicar la propia relación de explotación en su carácter universal, en sus características generales en los tiempos y espacios de la explotación.

a) Así, el primer problema consiste en determinar el *campo visual*, el universo que rebasa la relación determinada, que ésta determina en una medida considerable –que explica en gran parte y variadas proporciones– pero que no agota. Dicho de otro modo, el primer problema radica en tener una imagen del lugar que ocupa la relación social determinada dentro de un conjunto de que forma parte, y en el que hay otros subconjuntos que tienen características propias, distintas, que la relación explica parcialmente pero que también la explican, y sin los cuales cualquier generalización sobre el comportamiento del conjunto social y de la propia relación de explotación puede ser invalidado por los hechos.

Para descubrir este amplio universo, quizá el mejor método consista en partir del “taller oculto de la producción, en cuya puerta hay un cartel que dice: *No admittance except on business*”, y después de ver ahí no sólo cómo produce el capital sino cómo se reproduce como capital, regresar a la “ruidosa escena, situada en la superficie y a la vista de todos”²⁰, y con la nueva categoría irse yendo más y más lejos hasta llegar, por ejemplo, al taller del pintor, donde el impacto de la relación social de explotación o “el desarrollo del trabajo y de la productividad” *determinan* parte de la creación artística –con la inexorable presencia del *marchand de tableaux*– pero están muy lejos de agotarla, mucho más lejos sin duda, que cuando “determinan la relación social de gobernantes y gobernados”²¹ en que su poder explicativo es mayor, no obstante que en las relaciones políticas existe también algo específico y distinto de la relación de explotación.

20 Carlos Marx, *op. cit.*, t. I, p. 128.

21 Carlos Marx, *op. cit.*, 1947, t. III, vol. II, p. 917. Para la evolución ulterior de las ciencias de la complejidad y de los sistemas auto-regulados y disipativos, ver Pablo González Casanova, *op. cit.*.

La necesidad de tener conciencia clara de la diferencia entre la relación de explotación como categoría y como unidad inmediata más o menos próxima a aquélla, es indispensable para comprender la variación de su presencia y de su impacto. Como categoría lo ayuda a uno a distinguir sus diferencias. Como unidad inmediata es una relación entre el burgués y el proletario –una relación dialécticamente humana– que se da en el taller, en el “negocio”. Pero hay algo más que el taller, algo más que la empresa de producción; hay otras relaciones humanas y otros instrumentos, otras cosas que es indispensable distinguir y conocer en su especificidad. Y si la relación inmediata entre el burgués y el proletario, la relación del taller determina y altera las demás relaciones y cosas, las alteraciones no son iguales ni cualitativa ni cuantitativamente; varían según las propias condiciones de la relación de explotación, según su estructura, y según las características, o estructuras de las otras relaciones, fuerzas y cosas.

En ciertos terrenos las alteraciones son notables –como en las relaciones políticas entre gobernantes y gobernados–, en otras son también visibles –como en las relaciones del pintor y el coleccionista, por el intermedio del “marchand de tableaux”; pero mientras aquéllas están relativamente próximas al “negocio”, se apoyan en él, lo apoyan, lo “doblan” en alguna medida, éstas se hallan más lejos, significan *menos* para el “negocio” en general, tienen más que las distingue, que las caracteriza como tarea humana, con otros valores particularmente *influyentes* en su propia conducta, quizá porque también influyen menos en el comportamiento de la relación de explotación, que parece ser más influyente en el panorama que la circunda conforme éste más la altera e influye en ella. Así, surge entre otros un mundo en que la preocupación, la ocupación, la intención artística de producir, el producto mismo están lejos del taller fabril, y relacionados a él con menor estrechez. El análisis de este y otros mundos, en su vinculación con la relación de explotación, es siempre posible; pero no agota las posibilidades del análisis. La política, el arte, la lógica o las matemáticas tienen reglas y conductas también propias.

b) Como concepto constitutivo y como realidad concreta la relación social determinada se distingue en clases sociales y éstas se encuentran originalmente vinculadas en la producción en forma de lucha. La relación de explotación es contradictoria, en el sentido de que corresponde a una forma general de lucha entre dos términos llamados clases, los propietarios de los medios de producción y los trabajadores. La lucha se libra en torno a la cantidad de trabajo, a los salarios y las utilidades y, en sus formas más avanzadas, en torno a la propiedad misma de los medios de producción. En este sentido debe entenderse que la relación es contradictoria, y se trata de una contradicción constitutiva *no metafísica* porque teniendo

como origen histórico la expropiación de los trabajadores de sus medios de producción, enfrenta y relaciona indisolublemente a los propietarios y los desposeídos, recreando históricamente esa relación. Hay por lo demás una serie de vinculaciones de la relación *constitutiva* con otros fenómenos sociales y otras relaciones sociales, que no cabe ignorar.

En primer lugar existe una vinculación “íntima” con las *fuerzas* de producción que no sólo provoca la *contradicción derivada* a que nos referimos arriba, sino que crea instrumentos, objetos, procesos de producción, con su propia lógica, técnica, manipulación de *factores*. Así las fuerzas de producción no sólo explican en buena medida el proceso histórico mismo de la relación de explotación, su cambio y las condiciones en que se quiebra, sino que encierran un mundo de problemas y *funciones* propios, en que además de la metodología del análisis de la estructura de la relación de explotación *cuenta y vale* objetivamente el análisis de los *factores* de la producción, y de la producción en tanto que ésta es determinada por *factores*.

Sin duda el pensamiento metafísico empirista ignora la relación social determinada, y al analizar el desarrollo histórico se fija, atiende sólo al comportamiento de las fuerzas de producción, a la precisión y ponderación de los factores, los objetos, los resultados, las técnicas, y por allí cosifica al hombre. Cae en un naturalismo, en un funcionalismo, que siendo válido en el terreno de los instrumentos, de los objetos, de las técnicas, es válido para los patrones, para el funcionamiento del sistema; pero no descubre al sistema como fenómeno histórico, al patrón como personaje pasajero, ni la contradicción entre el racionalismo del objeto, del instrumento o la técnica y el irracionalismo de explotación.

Por su parte el marxismo suele revestir formas metafísicas, cuando sólo visualiza la explotación, la relación de clases, la contradicción original y no advierte el proceso que a más de generar una contradicción suplementaria, tiene sus propias leyes. Con frecuencia no capta o no acepta el carácter científico y técnico de los análisis naturalistas o funcionalistas del hombre, en que se le estudia como naturaleza, como cosa o instrumento, función, objeto, consumidor, participante, móvil, y también es todo eso. El funcionalismo, la “cosificación” del hombre, la investigación de operaciones, la planeación de actividades por las empresas, la lógica del ingeniero y el mecánico, del publicista y el administrador, su técnica, no son sólo una ideología, también son una técnica que transforma la sociedad capitalista, que la desarrolla en forma capitalista, que guarda relaciones concretas con la relación constitutiva, que *progresa* y avanza racionalmente, y hace más absurdas aún las relaciones de explotación, y objetivamente más intolerables o quebradizas.

Las fuerzas de producción explican así un orden distinto de fenómenos, y explican el propio comportamiento de las relaciones de producción, de explotación. Pero hay más dimensiones, más factores que suelen ser ignorados o negados. El marxismo llamado vulgar, o metafísico, no establece o establece insuficientemente la influencia, la capacidad explicativa de las relaciones y las fuerzas políticas. La relación social de gobernantes y gobernados y las variadas asociaciones de unos y otros con los propietarios y los proletarios; la política, con sus tácticas, instrumentos, técnicas y objetos, poseen un racionalismo característico, una condición concreta y variada, un mundo propio, en el que existen las contradicciones políticas originales –como luchas– y las contradicciones políticas derivadas, entre formas tradicionales de lucha, que se mantienen iguales, y fuerzas políticas que cambian, instrumentos, técnicas y objetos políticos que no permanecen iguales. Así, no sólo constituyen un mundo que es necesario investigar en su terreno, sino que son un elemento esencial para la comprensión de las contradicciones y las clases sociales. La “empresa política”, conservadora y revolucionaria, contribuye a explicar muchos otros fenómenos y a las propias relaciones de explotación. Sin su inclusión en el complejo escapa el hacer histórico, el quehacer como práctica política o militar, con sus requerimientos y leyes. La contradicción entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción se vuelve una noción metafísica.

En la misma forma el marxismo vulgar, no vincula la relación constitutiva con los fenómenos de conciencia e ideología, o establece débiles vinculaciones. Tiende de ese modo a una concepción naturalista del cambio, espera que las relaciones de producción y las fuerzas de producción –¡al acentuar sus contradicciones!– generen la explosión, el cambio cualitativo, la solución. Y lo curioso es ver cómo de esta ignorancia de la política, de la conciencia y la ideología, en tanto que factores esenciales para la explicación de un proceso concreto o de una situación, se salta al extremo contrario, con una angustiada falta de control de la explicación, que da lugar a las más acerbadas discusiones: la mera conciencia de la contradicción constitutiva –de la explotación–, la asunción de la ideología que hace énfasis en la explotación, en la lucha de clases, en la solución socialista; el mero compromiso con la acción, la sola decisión revolucionaria y heroica llevan, en esta postura, a concluir que la conciencia constituye la lucha, o la empresa determina el éxito de la acción, independientemente de las llamadas “condiciones objetivas”. Y éstas ocupan un lugar muy secundario en la percepción del fenómeno global.

Tales son algunas de las principales formas de desvinculación de la relación constitutiva respecto de otros fenómenos sociales, no menos importantes y significativos para comprenderla y actuar en ella: sus

distintas manifestaciones reavivan las grandes discusiones en el seno de movimiento revolucionario.

En realidad “la dialéctica concreta” es un poseso de investigación y acción o praxis, que implica la vinculación de la relación social determinada con las fuerzas de producción, con las relaciones de poder y las fuerzas políticas, con la conciencia y las ideologías, en formas que precisan a la propia relación constitutiva, dejando un margen muy amplio e impreciso, a la *praxis de prueba y error*.

Pero la *praxis* requiere, de un lado, salir hasta el máximo posible de un método de *prueba y error*, y de otro, salir constantemente de un marco teórico que escape a la vulgaridad de decir que la relación de explotación explica todo, o que la totalidad de factores es importante para la explicación de los fenómenos sociales.

El verdadero problema teórico consiste en salir precisamente de estos dos tipos de vulgaridades, o formas fáciles de recaer en la metafísica de una sola causa, o de una pluralidad infinita de causas, que en cualquier caso dejan una responsabilidad excesiva a la lucha cotidiana y concreta, a la *prueba y el error* de la militancia política.

Una solución relativamente precisa consiste en darse cuenta que “la relación de explotación” como categoría explicativa tiene una situación privilegiada en las ciencias humanas. Si existen otras relaciones humanas –amorosas, políticas, bélicas– si todas forman parte del conjunto de las *relaciones humanas*, si la “relación de explotación” no puede explicar *todo* de *todas* ellas, sí es la categoría explicativa más profunda de las ciencias humanas en cuanto éstas se plantean el problema también más profundo y cotidiano, de la igualdad, la libertad y la justicia, en la sociedad capitalista y en todas aquellas sociedades que con su trabajo han generado un excedente del que se apropian los *particulares*, los *dueños*, los *propietarios* de los medios de producción. La categoría conceptual precisamente registra la categoría histórica de los propietarios y los proletarios. Esto es, aquel tipo de relaciones humanas íntimamente vinculadas a la historia universal de la injusticia, en las que se insertan otras relaciones y factores que dan a la explicación un carácter más amplio y resonante, político y cultural.

Si como ciencia moral la ciencia el hombre postula la posibilidad de relaciones humanas en que desaparezca la injusticia, la desigualdad y la enajenación –históricamente generadas por un trabajo cuyos frutos distribuyen inequitativamente los propietarios de los medios de producción– como ciencia natural las ciencias humanas estudian la realidad *más* profunda –histórica y de lucha, efímera y contradictoria– al analizar las relaciones de explotación, base de muchas otras relaciones y factores que la complementan y aclaran. Pero esta afirmación, tan obvia, sólo es el principio para la solución de problemas más precisos,

en términos también más precisos. Antes de intentarlo siquiera, es necesario considerar otras posibles fuentes de error.

c) Si el primer tipo de análisis de la relación explotadores-explotados, como categoría, constitutiva o como unidad concreta, consiste en el análisis de la misma en tanto que estructura, esto es en el análisis de los límites que tiene en tanto que hay otras estructuras resistentes e influyentes, y en el análisis de la interacción que guardan sus miembros con distintos factores, en particular con las fuerzas productivas, con la política y los fenómenos ideológicos, hay un paso más que abre el panorama, y es el espacio social y geográfico que permite analizar en distintos contextos el comportamiento de la relación de explotación.

Pensar que la relación social determinada opera sin sufrir alteraciones, lo mismo en unas empresas que en otras, en unas ramas o sectores que en otros, en unas regiones que en otras, es un error demasiado grueso para que parezca concebible. Pero con su apariencia superficial es el error más profundo y característico de las ciencias sociales hasta el siglo XX. Y si bien el marxismo, por su estructura predominantemente histórica y dialéctica, constituyó un avance extraordinario en la concepción de la relación de explotación como un proceso histórico, no pudo desprenderse, sino hasta finales del siglo XIX, de este antropocentrismo europeo característico, hasta hace poco, de las ciencias humanas.

El descubrimiento de una estructura social y geográfica altamente diferenciada, con unidades de distintas dimensiones en las que caben y juegan otras unidades menores, con juegos y combinaciones, que varían según la esfera o la estructura de unidades más amplias, es un descubrimiento que sólo se afina hasta nuestros días, en que los grandes monopolios de un lado, y los países coloniales de otro, revelan al hombre la importancia de los subconjuntos en que se divide una empresa mundial, o en los que opera el capitalismo, como metrópoli o colonia.

Es cierto que este descubrimiento aparece desde fines del siglo XIX; pero en ningún otro terreno se ha avanzado más en precisión y claridad. Asia, África y América Latina, hasta hoy son actores de la historia universal, y la investigación de operaciones, aplicada a los grandes negocios, sólo en la posguerra alcanza su plenitud. En las ciencias sociales el marxismo asiático y el latinoamericano empiezan a tener repercusión mundial desde los cuarenta y los sesenta y en sociología el estudio más reciente es el que se refiere a las unidades de datos y análisis, y a la aplicación de la teoría de los conjuntos a los fenómenos sociales.

En estas condiciones no es extraño que uno de los errores más característicos del análisis de la relación de explotación haya consistido en no considerar suficientemente sus variaciones posibles en el espacio, las diferencias notorias que aparecen de un sector a otro, de una región

a otra, y que sobre ella hayan pesado siempre las generalizaciones que se derivaron de la situación y comportamiento que guardaba Europa, y en la Europa en que predominaba una competencia perfecta.

Es cierto que desde fines del siglo XIX, con la obra de Lenin, primero, con la Revolución de Octubre, después, y más tarde con las revoluciones de los países coloniales y dependientes, se fue haciendo más y más apremiante la necesidad de especificar las características que guarda la relación social determinada en distintos contextos. Pero entonces apareció una nueva fuente de afirmaciones teóricas y prácticas, con frecuencia antagónicas e imprecisas, y que sólo una *praxis* dolorosa y ruda ha ido resolviendo en parte.

Obviamente las generalizaciones sobre la relación social de la explotación y el complejo político que forma, se habían hecho dentro del contexto europeo, y dentro de la economía de competencia semiperfecta. Al extenderse el *descubrimiento* de la categoría a otros contextos y encontrar variantes relativamente imprevistas vino un constante argumentar, entre los descubridores que tenían más fe en el modelo original de la realidad, y los descubridores de otras formas concretas. Los restos de una interpretación del saber como algo determinado, los de un idealismo que ve en las categorías meros conceptos y los de un colonialismo cultural penetrante –incluso entre los revolucionarios– generaron un formalismo incapaz de registrar las variantes de las nuevas condiciones o de las regiones coloniales. Desde el II Congreso de la Internacional en que Lenin hizo hincapié en la distinción fundamental entre los “pueblos oprimidos” y los “pueblos opresores”, pasando por las observaciones del IV Congreso en que Roy hizo ver que se había cometido un error de poner a todos los países atrasados en un mismo saco, cuando en realidad no formaban un todo homogéneo²², hasta Mao Tse-tung y sus insistentes llamados para que en vez de limitarse a citar a los clásicos se “estudien las realidades concretas, presentes y pasadas”²³ de los países concretos; el rechazo de la “subdeterminación” o de la falta de especificación, y el intento de corregirlas han sido constantes.

En la misma forma, y por lo que se refiere a las variantes de la relación de explotación en la época de la competencia libre, del capitalismo clásico, y en la del capitalismo monopolista y el neocapitalismo, los llamados a entender las realidades nuevas y a no ignorar contextos distintos, van desde el opúsculo de Lenin sobre *El imperialismo* hasta los trabajos europeos sobre las condiciones del neocapitalismo y de

22 “Le deuxième Congrès de l’Internationale. Extrait des Débats de Juillet 1920”, en S. Schram, *et al* (eds.), *Le Marxisme en Asie*, París, A. Colin, 1956, p. 206, y “Ve Congrès de l’Internationale Communiste”, *ibid.*, p. 259.

23 Mao Tse-tung, “A propósito de la práctica”, en *Obras escogidas*, Buenos Aires, Platina, 1959, p. 243.

la sociedad neocapitalista. Y nuevamente los errores que provienen de una falta de especificación de las diferencias objetivas, que se registran de China a Italia, de Cuba a Venezuela, son motivo de las más violentas discusiones, y diferencias ideológicas, teóricas y tácticas.

Sin duda no se puede generalizar sobre un fenómeno que se da en un universo determinado, sin considerar sus variantes en las distintas unidades que lo integran. No se puede así hacer una generalización sobre el comportamiento de la relación social de explotación sin precisar y especificar su comportamiento por unidades muy concretas y por categorías significativas de esas unidades: por tipos de empresas, ramas sectores, regiones, tiempos. Como es obvio no se puede hablar de la rama por el análisis de la empresa, o del sector por la rama, o de la región por una aldea, o de un período por un momento. Pero el fenómeno contrario casi inconcebible de tan elemental, resulta particularmente frecuente, es como una resistencia metafísica a la concepción de la generalización en la diversidad, y se acentúa todavía más, cuando con la relación de explotación se analizan simultáneamente los fenómenos políticos e ideológicos. El relativismo científico y objetivo es mucho más nuevo y difícil de lo que parece al sentido común.

II. En el extremo opuesto de los problemas anteriores se encuentra el olvido de la relación social determinada. Este olvido, este abandono de la unidad constitutiva, que es instrumento esencial para la investigación, acarrea en parte otro tipo de errores metafísicos, o hace que operen los anteriores bajo una nueva perspectiva.

Quizá la mejor forma de esbozar el problema que genera el olvido o la omisión de la relación social determinada, consista en volver al famoso pasaje de la carta de Engels a Bloch. Es una carta de enorme interés. La línea principal de razonamiento consiste en afirmar que la superestructura y sus diversas manifestaciones “también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas y, en muchos casos, preponderan en la determinación de su forma”. “Si no fuese así –escribe Engels– la aplicación de la teoría a cualquier período de la historia que se elija sería más fácil que la solución de una simple ecuación de primer grado.” Esto es, que si no fuera por la presencia de las formas políticas, jurídicas, ideológicas, la *estructura económica* explicaría el comportamiento histórico, sin alteraciones.

Después de esta afirmación Engels regresa al punto de partida original, para afirmar que “en medio de la interacción de todos esos elementos de la superestructura... el movimiento económico termina por hacerse valer como necesario”. Así considera haber regresado a la explicación materialista. El resto de la carta es un ir y venir entre el reconocimiento de la influencia de la superestructura y el de las “circunstancias externas”, que en última instancia son económicas; entre

“las voluntades individuales” y los “paralelogramos de fuerzas”, entre la “superestructura” que sí cuenta y la “estructura” que en el fondo explica el problema. Y de ahí parece no salir²⁴.

Aunque se trata, como ha observado Althusser, de una simple carta, constituye un ejemplo extraordinario para analizar las consecuencias que ha tenido para el marxismo el olvidar o abandonar –así sea provisionalmente– la relación social de explotación, como categoría y punto de partida. El “vértigo epistemológico” que produce la lectura de la carta se debe esencialmente a que para nada aparece la relación social de explotación, y en esas condiciones todos los cabos del análisis quedan sueltos, todos ocupan *provisionalmente* lugares predominantes, que pierden y recuperan de nuevo para perder otra vez.

Al no parecer la relación social de explotación que es una relación humana queda la economía como una cosa; se vuelven constitutivas “las circunstancias externas”, las “circunstancias económicas”, “el movimiento económico”. Automáticamente se pasa de una concepción de la estructura de la explotación, como estructura social en que están indisolublemente relacionados los hombres que la integran, a una concepción de la estructura como *cosa*, y de allí se salta a los sujetos, a la “voluntades individuales”. Las formas políticas, jurídicas, ideológicas aparecen como entidades provisionalmente independientes, para caer al fin bajo el peso de la “instancia económica”, que da un cierto respaldo contra la metafísica.

El problema de demostrar que el marxismo no es un economismo ni un materialismo elemental, es tan viejo como su origen. Pero en la medida en que la categoría *sui generis*, deja de ser constitutiva, en el momento en que la relación explotador-explotado, deja de *constituir* la base de cualquier análisis, inmediatamente se regresa al idealismo objetivo con la idea de “la base económica”, de la “influencia dominante del desarrollo económico”, de la “supremacía del desarrollo económico” y ante el absurdo de una explicación elemental se pasa al idealismo subjetivo de los principios jurídicos, la religión, la filosofía, la literatura, la voluntad individual que aprisionados como cosas, no dejan de reaccionar. Pero los autores no pueden quedar ahí y caen de nuevo en el idealismo objetivo de la “instancia predominante”.

Se trata de un problema básico. La aportación científica más significativa del marxismo no se encuentra ni en el materialismo, ni en la dialéctica, ni en el socialismo, sino en el descubrimiento de una

24 Cf. Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI Editores, 1968, p. 106, y “Carta de Engels a J. Bloch”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1957, t. I.

relación humana que consiste en que unos hombres explotan a otros²⁵. Que esta relación quepa en la órbita de las actividades económicas del hombre no es lo importante desde el punto de vista epistemológico, que a esta relación se le llame estructura y a todo lo que no es esta relación se le llame superestructura no es lo significativo.

La influencia de la economía en la conducta y el pensamiento, ya había sido vista antes y lo seguiría siendo, por pensadores metafísicos y dialécticos, conservadores y revolucionarios. El descubrimiento de “circunstancias externas” o factores que influyen en forma predominante sobre otros con los que interactúan, ya era también del dominio de la filosofía y de la ciencia, y lo era de mucho tiempo atrás. Pero no basta aclarar que la economía no es un factor sino una estructura, como lo hace Kosik. Lo importante es destacar la novedad que representa en el estudio del hombre partir de una *relación social determinada* que “revele el secreto más recóndito, la base oculta de la estructura social”, y que consiste en un fenómeno cotidiano, inmediato, mucho más próximo a cualquier hombre que su propio yo, y mucho más rechazado por la conciencia.

Esta relación social es constitutiva, y por ello fundamental para entender una serie extraordinaria de fenómenos sociales, para investigarlos y actuar. El investigador y el hombre de acción no pueden dejarla un solo instante como no pueden dejar su conciencia, sin recaer en las categorías idealistas anteriores, y en un “vacío epistemológico”. Ello ocurre en forma automática cuando se habla de estructura económica, de base económica, de circunstancia económica, de movimiento económico, en tanto que fenómenos externos o naturales, y no en tanto que relaciones humanas de explotación.

Por el contrario, si se hace cualquier estudio que intente ser científico a partir de la relación social determinada, sin dejarla un solo instante, se tienen las bases epistemológicas para entender una gran parte de la sociedad y la historia. Pero entonces aparece no sólo la necesidad de una acción concreta, de una *praxis* específica y generalizante, sino la necesidad de usar los recursos propios de las “disciplinas científicas empíricas, es decir, no filosóficas”²⁶ para precisar las características de la relación.

LA RAZÓN

El análisis de la relación social determinada tiene también su matemática. Ésta es aparentemente muy simple. Se trata de una *razón* y las fórmulas de *El capital* son bien conocidas: p/v en que p es el trabajo excedente o la plus-

25 Marx mismo colocó la “Ley de la plusvalía” entre lo que él consideraba “lo más importante” de *El capital*, y Althusser la señala como “el punto mayor de su fuerza”; cf. Louis Althusser, *Lire le Capital*, París, Maspero, 1966, t. II, p. 20.

26 “Carta de Engels a Conrad Schmitt”, en Marx y Engels, *op. cit.*.

valía y v el trabajo necesario o el valor de la fuerza de trabajo: “La cuota de la plusvalía –escribe Marx– es la expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital, o del obrero por el capitalista”²⁷.

La razón entre *plusvalía* y trabajo necesario es la expresión matemática de una relación humana, y se trata de una formalización bien distinta de la *proporción* o el *porciento* en que v y p son fragmentos que integran a V –el producto total de valor– y en que la parte correspondiente al empresario y al obrero se calcula tomando como base a V . Esta expresión da “la falsa apariencia –como observó el propio Marx– de un régimen de asociación en que obrero y capitalista se reparten el producto en proporción a los distintos factores que intervienen en su creación”²⁸.

La diferencia es altamente significativa: en un caso se está relacionando lo que se le paga al trabajador (v) con lo que conserva el capitalista de lo que el trabajador también produce (p). Se está midiendo así la relación humana entre uno y otro, y el grado en que uno es explotado por el otro. Pero cuando se dice que $V = v + p$ y de ahí se pasa a considerar qué proporción le corresponde a v (esto es, se calcula v/V por 100) de donde se deduce qué proporción le corresponde a p , no sólo es imposible que la plusvalía alcance el 100% y menos aún a más del 100%, lo que sí puede ocurrir en la realidad, sino que *inmediatamente desaparece la relación humana* de explotación, la relación de un hombre, *el proletario*, con otro, *el burgués*, o de un conjunto de hombres, *la clase trabajadora*, con otro, *la burguesía*. Ambos aparecen relacionados antes con una *cosa* a la que *contribuyeron* y de la que participan, que se *distribuyen*. Hay así un cambio significativo en *la base*: en la fórmula p/v la base es parte de la relación humana –indisoluble–, en que nada queda fuera de los términos de la relación, que es constitutiva. Por el contrario en la fragmentación $p/V + v/V$, la base es V , una cosa, un producto que anula la relación directa entre p y v . En ella tanto p como v se convierten en *contribuyentes* o en *partícipes*, que suman sus fuerzas en la producción, o se reparten el producto. Antes de estar relacionados entre sí están relacionados con el *producto*, y el producto es lo *constitutivo*: un aumento del mismo no implica necesariamente el aumento o la disminución de uno de los términos de la proporción; los aumentos o disminuciones de éstos dependen de factores morales o políticos, se explican por factores, y no por la relación misma entre los hombres y por los cambios en los términos de su relación.

Como la noción corresponde a la idea de que el “proceso de producción capitalista” es una “forma de cooperación” y no aparece “su carácter específicamente antagónico”²⁹, a lo sumo, da origen a las ideas

27 Carlos Marx, *op. cit.*, t. I, p. 167.

28 *Ibid.*, p. 446.

29 *Ibid.*

de una justicia redistributiva, en que se afirma que es injusta la proporción correspondiente al trabajo. El cambio tiene implicaciones epistemológicas y políticas muy significativas: se nulifica la relación humana entre propietarios y proletarios como constitutiva. La relación humana deja de ser la *base*, y ésta se desplaza al producto, a la *cosa*. Y la cosa, producida por los hombres –organizadores, técnicos y obreros– se distribuye entre los hombres, como el mundo creado por Dios o como los frutos de la Naturaleza.

Ahora bien, si nos quedamos en la razón p/v ³⁰ y analizamos sus propiedades matemáticas podemos plantear una serie de problemas, en lo que se refiere a la investigación de la explotación. En efecto, el coeficiente de este tipo de relaciones depende tanto de los cambios en el numerador como de los cambios en el denominador. Así la tasa de explotación puede aumentar en dos formas:

$$[1] \quad te = \frac{p + d}{v}$$

en que d es una función de incremento, y

$$[2] \quad te = \frac{p}{v - x}$$

en que x es una función de decremento.

Puede igualmente disminuir en dos formas:

$$[3] \quad te = \frac{p - x}{v}$$

$$[4] \quad te = \frac{p}{v + d}$$

Considerando estas posibilidades, si partimos del supuesto de que ninguno de los términos de la relación constituye magnitudes constantes, nos vemos en la necesidad de considerar:

a) los factores que influyen en el cambio de p y v

b) el peso que tiene cada factor en los cambios ocurridos

³⁰ Con posterioridad nos referimos a ésta como la fórmula [0].

c] la forma en que ocurren los cambios de p y v en diversos contextos históricos y sociales.

Estos análisis se pueden hacer con distintas unidades de datos y análisis, siempre que al estudiar procesos fragmentarios se tomen en cuenta los datos esenciales del proceso social de producción.

1. Podemos quedarnos en un taller de la producción, en una empresa de producción, con sus propietarios y sus proletarios.
2. Podemos considerar la producción social constituida por el conjunto de talleres, de empresas de producción con las clases que los integran: burguesía y proletariado.
3. Podemos enriquecer este modelo abstracto hacia niveles más concretos que incluyen otras unidades de análisis y de datos, considerando las relaciones de las empresas unitarias y de los distintos conjuntos de empresas entre sí y con otros elementos sociales.

Antes de dar este último paso, que es altamente significativo para entender más concretamente los fenómenos de explotación y vincularlos con el resto del conjunto social, es conveniente desarrollar las posibilidades analíticas de la relación de explotación en el taller de producción, en la empresa de producción, ya sea considerada en forma unitaria o como conjunto de empresas de producción. A ese nivel lo primero que necesitamos es explicar los cambios de los términos de la relación por *otros* factores. El término y concepto de factor incluye otras relaciones sociales que interactúan con las relaciones constitutivas y entre sí conforme el análisis descubre la complejidad del fenómeno histórico y sus interdefiniciones. Los factores clásicos –la productividad y la lucha de clases– son los más significativos y útiles para ver cómo cambian los términos de la relación y por lo tanto la cuota o tasa de explotación.

La ecuación [1] supone un incremento de la tasa de explotación por un incremento de la plusvalía, mientras permanece constante el capital variable. En la explicación clásica este tipo de incremento es una función de la productividad, que aumenta la masa de la plusvalía mediante una serie de cambios de organización y tecnología que permiten aprovechar mejor el capital fijo, el capital circulante y producir un mayor número de unidades por una menor cantidad de trabajo. La productividad es pues un factor complejo, que contiene distintas variables que entrañan reestructuraciones e interacciones de relaciones sociales. Entre ellas destacan: 1. Las fuerzas mecánicas; 2. La especialización; 3. La división del trabajo, 4. La continuidad de las operaciones; 5. La realización simultánea de distintas operaciones; 6. El trabajo en equipo; 7. La utilización óptima de los medios de producción por un

uso común; 8. La utilización de los desperdicios; 9. La emulación de los trabajadores³¹. Como variables antecedentes y contextuales, ligadas a este factor, es necesario considerar, además: 1. La concentración de capital-dinero en manos de un empresario o grupo de empresarios; 2. La aparición de la racionalidad en la gerencia o dirección de las empresas³²; 3. La densidad de la población; 4. El sector o esfera de la producción; 5. El tamaño de la empresa; 6. La agrupación de grandes masas de trabajadores en una misma unidad de producción; 7. El tamaño del mercado.

La fórmula [1] se enriquece por lo tanto de la siguiente manera:

$$[5] \quad te = \frac{p + d(P_i) \cdot k}{v}$$

En que el incremento (d) de la plusvalía p es una función –no necesariamente lineal– del incremento de la productividad que es un factor compuesto de distintas variables (P_i) en que P_1 es la maquinaria, P_2 la especialización, etc.; pero esta función debe ser controlada por k variables antecedentes y contextuales como la concentración del capital-dinero, la eficiencia de la gerencia, la densidad de la población, etcétera.

Pasemos ahora a la fórmula [4] que indica una disminución de la tasa de explotación por un incremento del capital variable, esto es, de la remuneración del proletariado, dejando constante la plusvalía. En la explicación clásica este tipo de disminución se considera como una función de la lucha de clases, en una de sus definiciones y características.

En efecto, la lucha de clases dentro de marxismo clásico es concebida bajo dos formas principales: 1. Como una característica esencial al sistema económico de explotación, en que aparece sobre todo *la base* de la lucha; véanse las primeras palabras de “Trabajo asalariado y capital”. 2. Como una lucha política esencialmente revolucionaria, esto es, que no alcanza su plenitud en tanto no genera un movimiento que acabe con la base, con el sistema. Este último concepto de la lucha es el que nos interesa, el concepto político; pero en él es necesario desglosar dos características esenciales: la de una lucha que sin acabar con el sistema obtiene o arranca prestaciones para el trabajador, y la de una lucha que acaba con el sistema. La explicación clásica considera ambas

31 En un análisis más concreto sobre la forma en que aumenta la plusvalía se encuentra la rotación del capital; Carlos Marx, *op. cit.*, t. II, pp. 262-265; cf. Fred M. Gottheil, *Marx's Economic Predictions*, Evanston, Northwestern University, 1966, pp. 38-39.

32 Carlos Marx, *op. cit.*, t. III, p. 100.

posibilidades, y Marx dedica varias páginas a la forma en que el proletariado inglés “arranca la jornada de diez horas” a la burguesía, esto es, logra disminuir la explotación calculada en tiempo. Ahora bien, la lucha de clases que logra obtener prestaciones de la burguesía corresponde a una “lucha política”³³. Los resultados de la misma dependen en primer término de la fuerza política del proletariado; pero también de la fuerza política y represiva de la burguesía, de las “fuerzas productivas de represión”. En estas condiciones el cálculo de los resultados se vuelve complejo: sin embargo, en la realidad la fuerza política del proletariado logra en ciertas condiciones disminuir el tiempo de trabajo o defender el salario, y “obtener el reconocimiento de la burguesía” en forma de lucha. Esta lucha tiene distintas manifestaciones, aparece en distintas formas:

1. Al nivel de la *conciencia* política, en que los trabajadores pasan de contemplar sus sufrimientos como “pasajeros o accidentales” a considerarlos como producto de un sistema que sólo pueden eliminar en forma revolucionaria. Al nivel de la conciencia los objetivos varían de la mera “resistencia para defender los salarios”, pasando por la lucha política de clase hasta llegar a formas de lucha revolucionaria.
2. Al nivel de la *organización*, en que se dan coaliciones obreras parciales y pasajeras (que generalmente surgen y desaparecen con los conflictos, con las huelgas) y que pueden buscar objetivos puramente económicos o también políticos, o en que se dan coaliciones permanentes “que sirven de base a los obreros para su lucha contra los empresarios”³⁴, y que pueden ser locales o nacionales; estas últimas “organizan a los proletarios en una clase y después en un partido político”³⁵.
3. Al nivel de los conflictos, en que se encuentran a] los parciales y momentáneos o pasajeros, que constituyen “hechos subversivos” aislados y los que obedecen a organizaciones políticas permanentes; b] los de tipo reformista, “trade-unionista” y los de tipo revolucionario que “llevan a su más alta expresión la lucha de clases”³⁶ Marx obviamente se inclina por estos últimos (“La lucha de clases es revolucionaria o no es nada”, escribe a

33 “Toda lucha de clases es una lucha política”, dice el *Manifiesto comunista*; París, La Pléiade, p. 170.

34 Carlos Marx, *Misère de la Philosophie*, en *Oeuvres*, París, La Pléiade, 1963, p. 134.

35 Carlos Marx, “Le Manifeste Communiste”, *op. cit.*, p.171.

36 Carlos Marx, *Misère de la Philosophie*, *op. cit.*, p. 136.

Lassalle en 1865) y, en general, contempla la lucha por los salarios y el tiempo de trabajo como un punto de partida de la lucha revolucionaria, sin hacer particular énfasis en su importancia para aumentar los salarios o disminuir el tiempo, sino en su importancia para la toma de conciencia del proletariado. Sólo más tarde tanto él como Engels se referirán al aburguesamiento del proletariado inglés.

En cualquier caso dentro del propio análisis clásico se encuentra la fuerza política obrera (*FPO*) como un factor que *puede* disminuir la tasa de explotación, y que opera dentro de una serie de variables antecedentes y contextuales como son: 1. La densidad de la población; 2. La concentración de los obreros en los lugares de la producción; 3. El sector o esfera de la producción; 4. El tamaño de las empresas; 5. El carácter de los dirigentes y las masas y su decisión revolucionaria.

Es así como la fórmula [4] se enriquece de la siguiente manera:

$$[6] \quad te = \frac{p}{v + d (FPO) \cdot k}$$

En que el incremento (*d*) del capital variable es una función del incremento de la fuerza política obrera, factor compuesto de distintas variables –con sus respectivos indicadores– (*FPO_i*) en que (*FPO₁*) puede ser la conciencia política, (*FPO₂*) la organización, (*FPO₃*) la táctica y estrategia obrera en los conflictos³⁷. Este factor debe ser controlado por *·k·* variables como el sector de la producción, la concentración de los obreros, etcétera.

La fórmula [3] es sólo el opuesto de la [1], y la [2] el opuesto de la [4].

Mientras la [3] indicaría que una disminución de la plusvalía podría ser función de una disminución de la productividad, la [2] indicaría que una disminución del capital variable es función de una disminución de la fuerza obrera.

A partir de este momento se plantean dos posibilidades de enriquecimiento de la fórmula, una que consiste en desglosar las características o los índices de la plusvalía y del capital variable, y otra, que radica en incluir nuevas unidades en el análisis de la explotación. Empecemos por la primera.

En efecto, hasta ahora nos hemos referido a la plusvalía y al capital variable, en términos de trabajo excedente, y de trabajo necesario

37 Como en los demás casos no se trata necesariamente de funciones lineales, sino de relaciones interactivas, propias de los sistemas complejos.

o valor de la fuerza de trabajo. Pero estos dos tipos de fenómenos son en realidad mucho más complejos y presentan distintas características que los integran y precisan.

La plusvalía, o el trabajo excedente de que se adueña el propietario de los medios de producción se divide o distribuye de la siguiente manera: 1. Se asigna a la “renovación necesaria” que permite mantener la producción al mismo nivel que en el período inmediatamente anterior; 2. Se asigna al consumo del propietario-productor; 3. Se asigna al pago de intereses de capital prestado al propietario-productor; 4. Se asigna al pago de rentas de la tierra utilizada por el propietario-productor; 5. Se asigna al pago de los empleados, funcionarios y técnicos de la fábrica; 6. Se asigna al pago de impuestos al gobierno, de donativos a instituciones religiosas, culturales, etc.; 7. Se comparte con los comerciantes que distribuyen el producto y reciben el “beneficio comercial”; 8. Se aplica a la acumulación de capital, a adquirir nuevos medios de trabajo y contratar nueva fuerza de trabajo (capital constante y capital variable).

Como toda división o *distribución*, la distribución de la plusvalía puede corresponder a distintas categorías que destacan por finalidades prácticas y políticas. Así, es posible analizar la distribución a] entre capitalistas que desempeñan distintas funciones (empresarios, propietarios de la tierra, comerciantes, financieros); b] entre distintas categorías de personas, como alta burguesía y pequeña burguesía; c] entre distintos sectores, como el gubernamental y el privado.

De las divisiones y distribuciones más importantes es necesario destacar desde luego la que distingue la forma en que el capitalista divide la plusvalía en una parte destinada a su consumo personal, a sus comidas, bebidas, trajes, joyas, a sus criados, sus coches, sus lujos, esto es, a sus *medios de vida*, y en otra parte destinada a la acumulación de capital, a la adquisición de nuevos locales, máquinas, materias primas, obreros. La forma en que se distribuye cada índice o *ítem* del consumo del capitalista, o cada índice de la acumulación de capital puede ser objeto de otros análisis de distribución en que se precise el peso que tiene en el gasto de la plusvalía ya para el consumo, ya para la acumulación.

Otra distribución igualmente significativa es aquella que distingue el uso de la plusvalía restante –una vez que se han descontado los gastos de “renovación necesaria”– en plusvalía destinada al desarrollo y plusvalía que no se utiliza para el desarrollo. Bettelheim ha hecho una cuidadosa clasificación de estos usos de la plusvalía que permiten el análisis macroeconómico del desarrollo capitalista. A continuación resumimos las categorías que considera y la forma en que las desglosa. 1] *Plusvalía destinada al desarrollo* que incluye: a] Las inversiones productivas nuevas; b] Las inversiones “improductivas” nuevas que sir-

ven indirectamente al desarrollo (escuelas, universidades, laboratorios, hospitales, etc.)³⁸; c] Los “gastos de desarrollo” (distintos de las inversiones) que fomentan el crecimiento de los conocimientos científicos y tecnológicos y la formación de ingenieros, técnicos, obreros calificados, personas que saben leer y escribir, etc. 2] *Plusvalía que no es utilizada para el desarrollo* que incluye: a] Las inversiones improductivas que no sirven ni siquiera indirectamente al desarrollo; b] El aumento en los ingresos individuales de los productores (propietarios) que no implican un crecimiento en la productividad del trabajo; c] El aumento en los gastos generales sociales que no tienen un efecto en el desarrollo; d] El aumento de los *stocks* de mercancías que no son necesarios a un mejor aprovisionamiento corriente...³⁹.

Ahora bien, en cualquier tipo de categorías útiles para el análisis del reparto o distribución de la plusvalía, es evidente que usando un *mismo* tipo de categorías, la distribución de la plusvalía cambia *en función* de distintos factores entre los que cabría destacar: a] la maximización de utilidades, b] las condiciones del mercado, en cuanto a la demanda de los productos, c] la disponibilidad de capital-dinero. Estos factores influyen en la distribución de la plusvalía destinada al consumo del capitalismo y la destinada a la acumulación de capital. Otros factores, como la inestabilidad política o la amenaza de una revolución influyen en la distribución de la plusvalía entre el llamado “consumo inútil” –ejércitos, armas, fuerzas represivas– y el consumo para el desarrollo económico, esto es, para la “ampliación de la capacidad de producción de la sociedad” en el sentido más amplio.

El proceso ocurre en distintos contextos históricos y sociales; mientras “el capitalista clásico condena el consumo individual como pecado”⁴⁰, “los progresos de la producción capitalista crean un mundo de goces...” en el que se impone “una dosis convencional de derroche”⁴¹ de la que ha hecho recientemente una extraordinaria descripción Vance Packard en *The Waste Makers*. De otro lado mientras en los países capitalistas clásicos llega a predominar el empresario con el objetivo fijo de la maximización de capitales mediante la inversión acumulativa, en los países semicapitalistas aparece frecuentemente el lujo sin la inversión, el derroche sin el desarrollo en que “el esclavista se pregunta si compra una botella de champagne o compra otro negro”, o en que

38 A estas inversiones se les puede llamar con más propiedad “indirectamente productivas” o no inmediatamente productivas.

39 Cf. Charles Bettelheim, *Planification et Croissance Accélérée*, París, Maspero, 1967, pp. 57 ss.

40 Carlos Marx, “Salaire, Prix et Plusvalue”, *op. cit.*, p. 500.

41 *Ibid.*

la burguesía asigna una parte proporcionalmente mayor a sus casas, criados, viajes, joyas, del total de la plusvalía. La concentración de la población, el sector o esfera de la producción, el tamaño de la empresa, el carácter de los empresarios, el grado de desarrollo del país, son otras tantas variables contextuales y antecedentes por las que es necesario controlar la distribución de la plusvalía.

En cualquier caso la fórmula de la tasa de explotación se enriquece de la siguiente manera:

$$[7] \quad te = \frac{P_i(z_i) \cdot k + d_i(z_i) \cdot k}{v}$$

En ella se mantiene la relación entre p/v ; pero se considera que la plusvalía (p) y el incremento de la plusvalía (d) no son variables simples sino compuestas, integradas por distintas características (P_1 consumo de los capitalistas, P_2 amortización del capital, P_3 acumulación de capital, etc.) que varían y se distribuyen en función de distintos factores como z_1 las condiciones del mercado, z_2 la disponibilidad del capital dinero, z_3 las condiciones políticas, etc., en la inteligencia de que la distribución debe ser controlada por períodos y estructuras sociales ($\cdot k$). La fórmula se puede complicar si se toma en cuenta que hay varios criterios para determinar las categorías de personas que se reparten la plus- valía; que existen distribuciones entre estas categorías y en el interior de ellas, de acuerdo con distintos índices, y si se piensa que los factores que determinan la distribución están constituidos a su vez por distintas variables e indicadores. Pero para los fines de este análisis basta con apuntar estas posibilidades, y lo que nos interesa es destacar los siguientes puntos:

1. Que mientras en la fórmula [5] se considera *el incremento* de la plusvalía como una función de la productividad, en la fórmula [7] se considera la *distribución* de la plusvalía como una función de x factores, entre los que están el mercado, el capital dinero, la situación política, etcétera.
2. Que mientras al analizar la función de incremento de la plusvalía (d) ésta puede aparecer como indiferenciada o agregada, al considerar la distribución p se *necesita* desagregar por categorías de personas que reciben la distribución y por categorías e índices de los objetos de distribución.
3. Que los factores de distribución no son necesariamente los mismos que los de incremento.

Ahora bien, si realizamos este desglose, y nuestro objetivo es analizar la distribución de la plusvalía podemos hacer el análisis en cuatro formas principales y muy significativas:

1. Considerando la plusvalía como un todo, como una cosa, que se distribuye un burgués o la burguesía en *general* para adquirir distintas cosas –artículos de consumo, artículos o medios de producción, servicios–, en que la base es la plusvalía total.
2. Considerando la plusvalía como un todo, como una cosa, que se distribuyen las distintas categorías de la burguesía en distintas proporciones; en que la base también es la plusvalía total.
3. Considerando *la razón* en que se divide una parte de la plusvalía en relación a la otra: la razón por ejemplo entre plusvalía destinada al consumo del capitalista y plusvalía destinada a la acumulación de capital, trátase de un capitalista o de la burguesía en general.
4. Considerando la *razón* en que distintas categorías de miembros de la burguesía se dividen la plusvalía ya sea un caso o un conjunto de casos: la razón por ejemplo entre la plusvalía que conserva el capitalista y la plusvalía que conservan sus empleados; o la que conserva el sector monopolista y la que conserva el sector de libre competencia.

De hecho al analizar la distribución de la plusvalía se plantea el mismo tipo de problema que al analizar la distribución del producto. Se puede analizar la distribución de un todo *externo* entre las partes, viendo la proporción que corresponde a cada una de ellas –categorías de cosas o de personas–, o se puede estudiar la razón de la distribución de categorías de cosas entre sí, sin considerar las categorías de personas en forma constitutiva, o finalmente, se puede estudiar la razón de la distribución en función de las categorías de personas. En este último caso, la *razón* apunta también cuando se aplica a categorías de la burguesía a un tipo de relaciones humanas –entre grupos de la burguesía– en que necesariamente los cambios en el numerador o el denominador afectan la cuota o tasa de distribución, con lo que los factores del cambio se encuentran de una manera, también necesaria, colocados en el numerador o en el denominador.

Así, por ejemplo, si se quiere estudiar y explicar la cuota de distribución de la plusvalía entre el sector monopolista y el sector de competencia libre de la burguesía, y explicar un aumento de la cuota en favor del sector monopolístico, es necesario relacionar los factores que determinan el incremento –como el aumento de la fuerza del sector monopolístico– asignando en el numerador el incremento de la fuerza

de los monopolios, con sus variables e indicadores específicos, y en el denominador la disminución de la fuerza del sector de competencia libre con sus propias variables e indicadores. Esta diferenciación de las relaciones humanas entre los grupos de la burguesía, que implica una lucha, no aparece con igual claridad cuando la distribución se analiza como proporción que corresponde a cada categoría frente al todo de la plusvalía, y cuando no se *agregan relaciones* sino distribuciones en función de una base externa.

El hecho de no considerar estas diferencias distorsiona el análisis del reparto de la plusvalía en formas similares a las distorsiones que provoca el análisis de la distribución del producto, cuando no se hace referencia directa y constitutiva a la relación entre los poseedores de los medios de producción y los asalariados. Sólo que, mientras en este último caso se anula toda posibilidad analítica de la sociedad, como una relación humana y política, en aquél se anula la posibilidad analítica de las distintas categorías de la burguesía como relación también humana y política, y desaparece o se oculta la posibilidad de juego político de la burguesía en su propio seno, en sus relaciones de clase con el proletariado, y en sus relaciones con las distintas categorías de personas del proletariado.

De otra parte el análisis del capital variable o del valor de la fuerza de trabajo del obrero se puede realizar en función del incremento o la disminución del mismo, considerado como un todo, o en función de su distribución. El marxismo clásico dio una mayor importancia a los procesos de disminución del capital variable y partió de la hipótesis predominante, no sólo de una depauperación general del proletariado e incluso de una disminución de las clases medias, sino de una descalificación del trabajo que tendería a hacer más y más homogénea a la clase obrera. La estructura real del neocapitalismo hace indispensable considerar hoy tanto las posibilidades de incremento del capital variable –en ciertas condiciones y contextos– como la diferenciación de la clase obrera, el aumento de los trabajadores calificados, y la distribución desigual del capital variable entre los distintos grupos de trabajadores.

En cualquier caso hay un punto de partida que no se puede eludir cuando se quiere hacer un análisis empírico de la explotación, y es que el trabajo recibe un precio, un pago en dinero o salario, y que tras este precio se encuentra un complejo de variables reales, sin las que el precio nominal nada o poco nos dice. En el caso límite –que es el que nos da un punto de partida objetivo para el estudio de la explotación– el valor de la fuerza de trabajo se determina *por el de los medios de subsistencia indispensables para la existencia y reproducción del trabajador...* cuando “los gastos de fabricación de un obrero se reducen prácticamente a las

mercancías necesarias para mantenerlo vivo..."⁴². Este precio sirve de base a la definición original de la explotación [definición 1]

Ahora bien, históricamente se da el caso de trabajadores que reciben un salario que está por debajo del mínimo vital para sobrevivir como personas y familias: la desnutrición, la falta de vestidos, combustibles, casa, medicinas disminuyen su esperanza de vida, aumentan su morbilidad y mortalidad, así como las de su familia. Otros tienen el mínimo vital y otros más se encuentran por encima del mínimo vital. En cualquier caso la clase obrera se sigue reproduciendo como clase, aunque entre sus miembros y grupos haya quienes viven por debajo o por encima de los mínimos vitales. La explotación de la clase obrera subsiste, aunque el peso de la explotación concebida en su forma *tradicional*, recaiga sobre una parte de ella: sobre el conjunto de trabajadores que viven con los mínimos vitales o por debajo, que reciben los recursos necesarios para mantenerse vivos y reproducirse de acuerdo con las necesidades del capital y de la acumulación de capital. Estos trabajadores incluso se reproducen con exceso, en condiciones tales que su reproducción constituye "ejércitos de reserva" de trabajadores, que no encuentran empleo y luchan por encontrarlo en el "mercado libre de trabajo". Su reproducción hasta llega a constituir una amenaza para la estabilidad del sistema, que si negocia con los excedentes de trabajadores en condiciones de fuerza, teme un crecimiento de los mismos que rebase la política del mercado de trabajo y genere explosiones incontrolables.

A partir de estos conceptos tenemos dos grandes categorías de trabajadores: los que reciben el mínimo vital o menos, a los que habría que sumar los desocupados que se encuentran en iguales condiciones; y los que reciben por encima del mínimo vital, y que perteneciendo a la clase trabajadora no constituyen el grupo más característico y *tradicional* de "los explotados de la tierra". Para distinguir a unos y otros es necesario precisar, en primer término, el mínimo vital y los factores que lo determinan, y en segundo lugar precisar los factores que determinan la existencia de trabajadores que obtienen más del mínimo vital. Esta distinción no supone el que desaparezca la explotación, sino el que ésta se distribuye afectando a grupos de trabajadores por debajo de los medios indispensables para su subsistencia y reproducción, dando a otros lo necesario para cubrirlos y dando, en fin, a otros, más de lo necesario. En tales condiciones se hace indispensable determinar cuáles son los mínimos vitales, cuáles son los medios de subsistencia para que el trabajador produzca y se reproduzca.

Los medios de subsistencia del obrero, según Marx, corresponden a sus necesidades naturales de alimentación, vestido, habitación, com-

42 Carlos Marx, "Travail Salarié et Capital", *op. cit.*, p. 210.

bustible. Los artículos para satisfacerlas y el monto de los mismos dependen de las necesidades biológicas de los individuos, del clima y otras condiciones físicas del país o región. Marx señala algunos factores más que sirven para determinar las necesidades obreras como son: a] el grado de desarrollo histórico y de civilización del país o región y b] los hábitos y el grado de “confort” en que se ha formado “la clase de trabajadores libres”. Estos factores y la variabilidad que provocan en las *necesidades naturales* dificultan una delimitación universal de las mismas. Es sin embargo rigurosamente posible delimitar y estudiar, en cada país o región, la población que tiene el mínimo necesario de nutrición, vestido, habitación, combustible o está por debajo de ellos. El estudio a la vez *biológico* y *social* de este tipo de hombres puede, sin embargo, resultar difícil en ciertas condiciones y quedan entonces otras alternativas: considerar a la población desnutrida, que no come alimentos fundamentales, que no tiene prendas mínimas –como zapatos–, que carece de servicios elementales como el agua; pero esta población no abarca el conjunto de los explotados según la definición que dimos arriba: bajo esa misma definición caben los que reciben ese mínimo y que sin embargo son explotados porque producen un valor que está por encima de sus necesidades vitales satisfechas, del que se apropia la población burguesa.

Existe de otra parte la posibilidad de tomar como base del análisis los salarios mínimos, legalmente fijados y, con las reservas necesarias, distinguir a la población que recibe este tipo de salarios y a la que recibe menos, considerándola como la población explotada. El problema es que los salarios llamados mínimos con frecuencia se fijan por debajo de los mínimos vitales y a veces por encima de ellos, en función de factores políticos. De todos modos constituyen un importante elemento de análisis.

Pero la delimitación de esta población que vive con el mínimo o por debajo del mínimo, no es suficiente para analizar la explotación de la misma. Para el análisis de la explotación es necesario determinar en primer término el monto del consumo de esta población calculado en dinero y relacionarlo con el monto del producto social disponible⁴³. Esta razón nos da la cuota de explotación de los trabajadores explotados más característicos, aunque tiende a aumentarla al no incluir a los trabajadores que reciben un ingreso por encima del nivel de explotación y que contribuyen a la producción directa. El ajuste se puede hacer dando a estos últimos un consumo equivalente a su número y al consumo per capita de los trabajadores que satisfacen sus necesidades naturales.

Otra forma más de determinar la cuota de explotación consiste en establecer la *razón* entre el consumo de la población explotada y el

43 *Ibid.*

monto del ingreso de capital nativo y extranjero por utilidades, regalías e intereses. La cuota de explotación presentará en este caso varias limitaciones que tenderán a abatirla artificialmente, una provocada por las distintas formas de ocultamiento de utilidades, otra por la ausencia del producto excedente que no se reparte en forma de utilidades, intereses, regalías o rentas.

Dentro del concepto estricto y original de la explotación que comprende a los trabajadores que reciben los mínimos vitales o menos, es necesario ponderar el grado de explotación por otros factores que tienden a aumentarlo o disminuirlo. Entre éstos se encuentran: a] el tiempo de trabajo, b] la intensidad del trabajo, c] el número de miembros –incluidos mujeres y niños– de la familia obrera que trabajan, y d] el número de desempleados que pesan sobre la familia o las familias obreras.

En efecto, un trabajador que gana el mínimo vital es más explotado si por ese mínimo trabaja más tiempo, o si trabajando el mismo tiempo realiza un mayor número de operaciones; y una familia obrera es más explotada si viviendo con el mínimo, no basta con que trabaje el jefe de familia, sino que trabajan también las mujeres y los niños. Considerando el problema en términos individuales, una mujer o un niño que realizan tareas iguales al adulto, son más explotados si reciben por igual trabajo un menor salario. Finalmente, cuando a partir de los mínimos vitales, sobre la familia o las familias obreras pesa el consumo de los trabajadores desempleados –compañeros o parientes– el grado de explotación de la familia obviamente aumenta y éstos deben ser incluidos para calcular el consumo real *per capita* y la tasa *per capita* de la explotación⁴⁴.

Al considerar cualquier cálculo que tienda a aumentar indebidamente la cuota de explotación, es necesario pensar en estos factores, que aumentan el trabajo excedente de que se adueña el propietario de los medios de producción. De permitirlo el material disponible y la información necesaria se podría hacer un índice compuesto ponderado de la explotación, que buscara reducir a sus términos justos la masa de salarios recibida por los trabajadores. Este índice debería comprender el costo de la vida de los trabajadores que consumen los mínimos vitales, dando el peso correspondiente a cada artículo de consumo de este *tipo* de trabajadores para controlar las oscilaciones de los salarios nominales por su capacidad de compra. Pero hecho eso –o cuando directamente se analiza el monto del consumo de los trabajadores explotados– es necesario ponderar el salario real o el consumo por el tiempo que tardaron los trabajadores en obtenerlo, y por la intensidad del tra-

44 Estos factores operan también en el concepto más lato de la explotación, cuando ésta se realiza por encima de los mínimos vitales.

bajo que tuvieron que realizar. La inclusión de los factores señalados en un índice ponderado de la explotación tendrá el mismo efecto que el índice del costo de la vida obrera, cuando éste se aplica a reducir los aumentos nominales a sus proporciones reales. Las dificultades prácticas que pueda haber no hacen insuperable una tarea teóricamente válida, y que opera en la realidad.

El razonamiento anterior puede ser reducido a la siguiente fórmula que nos conduce a ubicar el problema en distintos contextos:

$$[8] \quad te = \frac{p}{S (n_1) (to_1) (f_1) \cdot k}$$

En esta fórmula la tasa de explotación es la razón de la plusvalía entre el capital variable –como masa de salarios (S) ponderada por los precios correspondientes a las necesidades del trabajador que consume los mínimos vitales o menos (n_1 gasto de la alimentación; n_2 gasto en vestido, etc.), por el trabajo (to_1 tiempo de trabajo, to_2 intensidad del trabajo) y por la cantidad de miembros de la familia trabajadora que contribuyen a la generación del producto: el 100% de los de 8 o más años (f_1) el 80% (f_2), etcétera.

La reducción de la plusvalía a su poder adquisitivo real es un problema que veremos después. En cuanto al consumo de los trabajadores desempleados que viven de los explotados [definición 1] de hecho se restaría a la masa salarial para un cálculo más exacto de la explotación, si se considera el desorden de un sistema que no puede dar trabajo a todos sus obreros hábiles, y que hace que los desempleados vivan a costa de los empleados. En cualquier caso se tendría que incluir con el número de miembros de la familia obrera, para un coeficiente de los consumos reales de ésta, que tendiera a compararlos con los de otros grupos y clases sociales.

En la fórmula 8 se registra además el hecho de que la tasa de explotación varía por sectores, ramas, empresas, etc., esto es, que varía en distintos contextos históricos y sociales.

Ahora bien, en todo este razonamiento y en la fórmula correspondiente, los mínimos vitales se consideran como un *factor dado* en una sociedad, el cual sirve para definir a la población objeto de estudio, esto es, para destacar a las unidades de casos correspondientes a los explotados de la definición 1; pero no esclarece la forma en que las unidades de consumo mínimo, las necesidades “naturales” surgieron históricamente con el desarrollo de la civilización, de los hábitos de los trabajadores, y *cómo* cambian históricamente.

Para ello cada una de las necesidades que corresponden a los distintos tipos de consumos mínimos, tendría que ser relacionada con

estas variables y entonces el análisis apuntaría sobre todo a los orígenes y la evolución de las necesidades, para estudiar las unidades de casos, las unidades de análisis, las categorías de este tipo de hombre y las formas de caracterizarlos, de deslindarlos, antes de medir lo que producen y no reciben, lo que consumen en relación a lo que producen. El estudio sería distinto. No consideraría la categoría de las necesidades naturales como un factor dado, casi biológico, sino como un fenómeno específicamente histórico que cambia, que es distinto de una civilización a otra, de un grado a otro de desarrollo, de una cultura obrera con sus hábitos de *confort* a otra. Aparecerían nuevas categorías de obreros, otras definiciones de explotados, con otras necesidades históricamente *naturales*, con mínimos vitales históricamente determinados, con *posibilidades* de consumo insatisfechas, *dado* el desarrollo económico y social y el crecimiento del producto excedente, en ese momento histórico.

El problema se puede estudiar manteniendo la definición clásica de los explotados y considerando además la existencia de otros grupos de trabajadores que en un momento histórico dado viven con ingresos que los colocan por encima de los mínimos y que también son explotados, por lo que se requiere definirlos como grupo, y definir la forma en que son explotados. En cualquier caso será necesario considerar las unidades de datos o categorías de explotados como unidades históricas, relacionadas con los factores que las determinan y con el conjunto de la relación social de explotación.

Las consideraciones anteriores nos llevan a distinguir claramente a los trabajadores calificados y especializados. En el marxismo clásico estos trabajadores son incluidos dentro de la clase social de los proletarios, pensando que el desarrollo del maquinismo tiende a hacerlos desaparecer. Ocupan en la estructura industrial de entonces un lugar menos importante que en la contemporánea, y sin embargo Marx busca dar una explicación de sus diferencias de salarios, que sea coherente con la teoría del valor-trabajo. Al efecto explica que el precio del trabajo también está determinado por “el tiempo de formación” del trabajador. Los gastos para formarlo a fin de que sea útil “aumentan el precio de su mercancía”. En los casos del trabajo simple estos gastos son los del mínimo vital; pero en el trabajo especializado y calificado, incluyen los gastos de su educación.

En la edición francesa de *El capital* Marx escribió que “el trabajo que es considerado como trabajo superior y complejo en relación al trabajo social medio, es la expresión de una fuerza de trabajo cuyo costo de formación es más elevado, cuya formación cuesta más tiempo de trabajo y que tiene como consecuencia un valor superior al de la fuerza de trabajo simple. Cuando el valor de esta fuerza es más elevado, se expresa evidentemente en un trabajo superior y se materializa, en consecuencia, en un mismo tiempo, en valores pro-

porcionalmente superiores”⁴⁵. El hecho de que Marx haya tomado como punto de referencia del trabajo calificado un “trabajo medio” ha sido objeto de muchas dudas y podría ser sustituido por otro punto de referencia, que aparece en la *Crítica de la economía política*, donde afirma que “El trabajo simple es el que cualquier individuo puede realizar en una forma u otra” en la sociedad en que vive. La verdadera dificultad no está ahí, sino en dar énfasis, para explicar el valor del trabajo calificado, o bien a su costo de formación o bien a ser un tipo de trabajo que se “materializa en valores proporcionalmente mayores”. Es evidente que el nudo de la diferencia se encuentra en esta última parte de la explicación. Reconociendo que la calificación del trabajo puede aumentar la productividad del trabajo, es posible afirmar que un trabajador calificado es explotado cuando realiza trabajos que exigen una calificación y recibe un salario real inferior a ésta. Lo anterior explica que la clase obrera luche por aumentos de salarios con referencia al tiempo de trabajo, a la intensidad de trabajo, y a la calificación de trabajo.

Pero si la explotación se da también en este caso, es necesario *reconocer* que se trata de *otro tipo de explotación*, en cuanto al *tipo* de trabajador explotado y en cuanto a sus efectos sobre el mismo. El problema se precisa al analizarlo históricamente dentro del complejo de la explotación.

En la definición 1 el trabajador explotado es aquel que vive con el mínimo vital o por debajo del mismo, que satisface sus necesidades naturales, o ni siquiera logra satisfacer esas necesidades. En esta definición implícitamente se está considerando al trabajador como un “pobre”, que era precisamente la palabra que se usaba entonces en Inglaterra para designar a los trabajadores, y se piensa en la *pobreza* como un fenómeno al que el hombre está acostumbrado desde tiempos ancestrales y, desde luego, desde antes del desarrollo industrial. Esta misma definición va a prevalecer a lo largo de la Edad Moderna y contemporánea: cuando se piensa en un pobre automáticamente se tiene la imagen del hombre desnutrido, descalzo, sin abrigo. La palabra “proletario” originalmente correspondía también a este tipo de hombre “que no tiene nada más que las cadenas que perder”. La definición sigue siendo válida en la actualidad, ya que existen dos terceras partes de la humanidad que viven en esas condiciones o por debajo de ellas.

Pero el desarrollo industrial genera otro tipo de trabajador, que se educa en el trabajo o se califica y adiestra en escuelas de trabajadores y operarios. Es un trabajador que tiene la capacidad de producir más en el mismo tiempo de lo que produce un trabajador simple. El

45 Carlos Marx, *Oeuvres*, París, La Pléiade, 1963, p. 1650.

aumento de su productividad por sus conocimientos y destrezas adquiridos equivale al aumento de la productividad del capital constante por el empleo de máquinas, sólo que mientras las máquinas aumentan la productividad del capital constante, el trabajo calificado aumenta la productividad del obrero.

Ahora bien, reconociendo que se trata de otro tipo de obrero y de otro tipo de explotación se puede decir que hay explotación [definición 2] en la medida en que el obrero calificado contribuye a aumentar el producto excedente en proporciones mayores a los aumentos de sus salarios, y estos excedentes son objeto de apropiación por parte del dueño de los medios de producción.

El no distinguir suficientemente estos dos tipos de explotación no permite definir la explotación como fenómeno general, ni sostener de una manera empíricamente comprobable la teoría del valor trabajo, ni considerar sistemáticamente los impactos políticos y psicológicos que pueden tener estas variaciones entre la clase trabajadora. La explotación se da originalmente cuando hay desarrollo y no participan del mismo quienes contribuyan a él, al tiempo que se apropia del producto excedente un grupo o clase que lo maneja como *su propiedad*. En este sentido se pueden dar dos definiciones precisas de la explotación: lo. Son explotados quienes mantienen niveles de vida que están en el mínimo vital o por debajo de él, *cuando* ha habido desarrollo o creación de excedente y el producto del desarrollo o el excedente es manejado por los propietarios privados de los medios de producción, quienes lo distribuyen como su propiedad para gastos o inversiones, y 2o. Son explotados quienes incluso encontrándose por encima del mínimo vital, no reciben el valor de su trabajo cuando la calificación de su trabajo contribuye a aumentar la tasa de desarrollo económico o de creación del producto excedente, esto es, cuando el incremento de los ingresos reales del trabajador tiene una tasa menor a la tasa de incremento de su productividad, apropiándose del excedente los dueños de los medios de producción. Que los incrementos en la productividad favorecen mucho más a los dueños de las fábricas que a los obreros es un hecho generalmente reconocido.

Ahora bien, en la época contemporánea tenemos estos dos tipos de explotados; a lo largo de una historia de más de un siglo y medio el excedente económico ha crecido muchas veces más que en toda la historia anterior del hombre. Con el desarrollo han cambiado las categorías de la clase obrera, destacándose grupos de trabajadores calificados que viven con niveles de vida superiores –e incluso varias veces superiores– a los de las necesidades naturales, características del hombre de finales de la Edad Media, y al mismo tiempo ha aumentado la cantidad absoluta de los hombres que viven con el mínimo o por debajo del mínimo y que constituyen las dos terceras partes de la humanidad. Puede

decirse que mientras el universo de estos últimos se define hoy por las mismas características con que se habría definido hace más de un siglo, las características del universo de los nuevos explotados corresponden a niveles de vida más altos, y en ocasiones notablemente más altos. Pero mientras para los primeros no ha habido desarrollo ni civilización, ni cambios en sus hábitos y su grado de *confort* —e incluso éstos han sido artificialmente abatidos—, para los segundos ha habido desarrollo, civilización, cambios en sus hábitos y grado de *confort* —e incluso estos últimos han sido artificialmente fomentados—, al grado de que parece como si hubieran dejado de ser explotados, lo cual sería cierto si se considerara la explotación como una característica y no como una *relación*; pero es una relación y una relación por la que la propiedad privada de los medios de producción hace que el producto excedente del desarrollo económico se reparta por quienes precisamente son propietarios de los medios de producción, de acuerdo con sus móviles, que en todo buen negocio consisten en aumentar la tasa de utilidades, en maximizar la tasa de utilidades, como se puede leer en cualquier buen manual de investigación de operaciones aplicada a los negocios.

De todos modos es *indispensable* establecer la diferencia entre unos explotados y otros, porque mientras los primeros son la imagen viva de lo que es un explotado en la conciencia del hombre, los segundos difícilmente caben en esta imagen, y es mucho mejor reconocer que no viven como aquéllos para saber por qué *también* son explotados. Pero este esfuerzo de conocimiento y discriminación se hace necesario por otra razón más, y es que al no ser homogénea la clase obrera, al presentar incluso características tan distintas como las que hay entre la noción ancestral de lo que es un *pobre* y el *confort* de la vida obrera de los trabajadores calificados y especializados de las grandes fábricas, se necesita reparar en el hecho de que estas diferencias que corresponden a una *distribución* del capital variable o de la masa salarial entre la clase obrera, obedecen a una serie de factores y tienen una serie de efectos en las relaciones de los distintos grupos de obreros, que no cabe ignorar, y que son una manifestación más del desarrollo desigual del capitalismo.

Es evidente que cuando un trabajador que ha recibido educación y realiza un trabajo calificado por el que obtiene salarios dos, tres o varias veces mayores a los que viven con el mínimo necesario, constituye una entidad social *distinta* por sus niveles de vida, y que debe ser estudiada, en lo político y social, tomando en cuenta esta diferencia. Sus características políticas tienen que cambiar, así como sus relaciones con la burguesía y, también, sus relaciones con los explotados tradicionales, con los demás trabajadores.

Desde luego este tipo de obreros disponen de más tiempo libre, poseen un conocimiento mayor de las operaciones políticas de la sociedad en que viven, más fuerza política que son capaces de potenciar y que es

–junto a la productividad– un factor más en el incremento de los salarios. Su identificación con el resto de los trabajadores no puede ser igual a la identificación que guardan con su propio grupo, por lo general políticamente organizado en sindicatos, uniones, e incluso partidos.

Mientras haya desarrollo estos trabajadores se distinguen de los explotados tradicionales y se distinguen estructuralmente: cuando por razones morales, intelectuales e ideológicas se identifican con ellos la identificación tiene un carácter *moral*, y políticamente es menos operante que en los momentos de crisis, cuando incluso los trabajadores calificados y organizados son afectados por el sistema y empujados a identificar su suerte con la de aquéllos. Pero incluso en este caso no necesariamente se identifican en un sentido político, no ven en forma automática que en el origen de la crisis está el sistema mismo de explotación, ni ven que su suerte es en el fondo la misma de los demás proletarios: o tratan de que no lo sea. Para que en momentos de crisis se identifiquen con los proletarios tradicionales se requiere una acción política consciente, que en *esos* momentos puede operar de una manera efectiva para unir a unos y otros; pero sólo en *esos* momentos, pues en condiciones normales, durante largos períodos, la diferencia estructural entre un tipo de explotados y otro logra un fuerte impacto, genera relaciones de competencia y lucha, en la propia clase obrera, por el reparto del producto que la burguesía asigna a la masa trabajadora.

El trabajador de la sociedad opulenta que tiene altos niveles de vida, o el trabajador especializado de los países subdesarrollados, no puede guardar con los explotados tradicionales una unión igualmente estrecha que con sus propios compañeros, y hasta cuando tiene conciencia política y una clara idea del sistema de explotación en que vive, no puede sentir una identificación *como clase*, igualmente intensa a la que siente *como grupo* cotidiano que lucha por defender su salario.

En las sociedades opulentas del mundo capitalista subsisten zonas miserables; en ellas proporcionalmente los pobres suelen ser minoría y *ante la conciencia* de estas sociedades, el absurdo del sistema aparece más como *despilfarro* que como explotación. El despilfarro consiste en que poseen recursos que no pueden emplear porque no encuentran quien se los compre, o en que necesitan subsidiar a los agricultores para que no produzcan porque conservan en sus bodegas cantidades enormes de granos que no hallan quien los compre, o en que los empresarios se ven obligados a hacer objetos de consumo que se acaben lo más pronto posible para que los nuevos que produzcan sean adquiridos por los mismos clientes, o en que tienen que comprar nuevas patentes de descubrimientos –que abaratarían los productos– para no usarlos, o tienen que detener la automatización para que no crezca el desempleo y la falta de clientes y al mismo tiempo tienen que aumentarla para bajar los costos de producción, o tienen que lanzar *slogans* como aquel de “Com-

pra, compra, compra, compra: es tu deber patriótico”, y deben inventar necesidades, crear artificialmente avidez de *confort* y lujo, hasta que llega un momento en que las cosas ya no caben en las residencias; o en que es urgente gastar cincuenta mil millones de dólares al año, o más, en gastos de guerra, para que haya empleo y utilidades, y que hacer guerras como la de Corea para que haya auge económico, llamado “Auge de Corea”, o el de Vietnam; y en fin, que tienen que hacer lo que hasta un periodista de Kansas llamaba “la locura total”, cuando escribía a propósito solamente de los miles de millones de granos que compra el gobierno norteamericano para guardar en sus bodegas a fin de que no quiebren los agricultores: *“I am sure the whole folly will come falling down around our ears and soon perhaps”*⁴⁶.

Pero como todo este desperdicio, este gasto inútil o derroche artificial, o inversión en armas y en guerras ocurre mientras los desempleados no consumen ni lo necesario para cubrir sus necesidades elementales, hace pensar más en el *absurdo* de la sociedad que en la explotación. Es un absurdo que *aparece* aislado, separado del sistema, incluso en los estudios más rigurosos de los economistas que más asiduamente defienden el capitalismo y “libre mercado” como el mejor de los sistemas posibles, y, por supuesto, en los periódicos y “medios” tecnocientíficos más conservadores. Es un absurdo empíricamente comprobable. Pero este absurdo no borra la realidad de la explotación, salvo de la conciencia de los explotadores, y de los trabajadores que no la resienten en la misma forma porque viven a niveles más altos que los niveles de vida de los explotados tradicionales. Este tipo de trabajadores, además, se ha ido convirtiendo en una especie de luchadores-negociadores que se baten por mejores condiciones de trabajo y de vida, o cuando las políticas del capital los afectan; pero que han sido adiestrados para “negociar”, para participar en la “solución de conflictos”, en la “conciliación” y el acuerdo de clases.

Al resolver sus problemas corporativos como sindicatos o uniones sindicales, dejan de pensar en el sistema, muchas veces hasta olvidarlo completamente.

Y es necesario tener presentes ambas circunstancias para una sociología de la explotación: el desarrollo industrial más avanzado, dentro del sistema capitalista, aparece ante sí mismo más como absurdo que como explotación, lo cual tiene un impacto político distinto en tanto que grupos enormes de la clase obrera, desligan su lucha por mayores salarios y prestaciones, de la lucha de los explotados tradicionales, y cuando llegan a mirar el *absurdo* del despilfarro y la miseria en sus pro-

46 Cit. por Vance Packard, *The Waste Makers*, Harmondsworth, Penguin Books Ltd., 1963, p. 26.

pios países desarrollados, esta mirada ya no es la misma que la de su lucha cotidiana por sus propios salarios, no se diga cuando contemplan a los explotados de África, América Latina y Asia. Para que esto no ocurra no sólo se requerirá una crisis tan profunda que de alguna manera iguale en un momento dado a los explotados tradicionales y a los nuevos trabajadores, crisis previsible –dadas las últimas experiencias políticas y económicas de la llamada sociedad industrial, y de las “metrópolis” latinoamericanas, y la posibilidad de un creciente desempleo en los más altos niveles técnicos, incluidos los universitarios, tanto de los países metropolitanos y neocapitalistas, como de las ciudades metropolitanas e industriales de los países dependientes de América Latina, Asia y África. Esta crisis haría simultáneamente intolerable y visible el desempleo y la explotación. Pero aún ella por sí sola será insuficiente para una percepción-acción que lleve a la conciencia de la necesidad de construir un sistema de dominación y acumulación alternativo. Si en los tiempos de Martin Luther King los únicos que llegaban a identificarse con los explotados tradicionales y con el conjunto del problema de la sociedad capitalista contemporánea eran los negros norteamericanos, porque vivían simultáneamente el absurdo del despilfarro, de la discriminación y de la explotación, y si hoy hay una conciencia mucho mayor en otros países metropolitanos de la necesidad de una lucha anticapitalista que una a los trabajadores organizados y no organizados, a los estudiantes y trabajadores intelectuales y a los pueblos, etnias y “razas” que constituyen el corazón de “los pobres de la tierra” que Martí fue el primero en descubrir en su connotación mundial, todo parece revelar que al incremento de las condiciones objetivas para un cambio revolucionario –que los pueblos harán pacífico en todo lo que puedan–, se necesita añadir la “pedagogía del oprimido” de que habló Paulo Freire, y “la lucha por las ideas” morales, democráticas, republicanas, liberadoras y socialistas, que desde mediados del siglo XX impulsan Fidel Castro y la Cuba revolucionaria. Estas condiciones, antes llamadas subjetivas, son perfectamente objetivas, como redes y complejos de la organización de la conciencia y la acción de los pobres de la Tierra así como de la unidad de quienes con ellos se sumen a la organización de las fuerzas para la lucha por la Libertad.

Si nos hemos extendido sobre estos puntos es porque tienen serias consecuencias en la percepción de la explotación por las fuerzas que pueden luchar contra el sistema que la genera y perfecciona y además, porque afectan la propia percepción de los problemas por los teóricos y los ideólogos del propio “pensamiento crítico”, no se diga ya del tecnócrata, y porque constituyen el siguiente paso en la determinación del problema. En efecto la verdad del despilfarro es tan evidente para muchos de ellos como que el sol sale por el este; la de la explotación

requiere un esfuerzo de abstracción semejante a aquél en que se piensa que la tierra gira alrededor del sol.

Hoy en los países desarrollados se llega a ver el despilfarro, se llega a percibir la miseria de los subdesarrollados; pero en el momento de analizar el capitalismo desarrollado se hace sobre todo énfasis en el despilfarro, y en el momento de hablar de la miseria de los trabajadores de los países pobres, se hace énfasis en la necesidad del desarrollo. Vamos a referirnos a este último problema, quizás antes sea conveniente hacer una síntesis del anterior.

Limitándonos aquí al capital variable podemos precisar la fórmula [8] de la siguiente manera:

$$[9] \quad te = \frac{P}{[S_1(n_i) (to_i) (f_i) + S_2(n_i) (to_i) (f_i) (tc_i)] \cdot k}$$

En esta fórmula hemos precisado específicamente dos grupos de asalariados. De haber seguido el mismo tipo de formalización que en el análisis de los grupos de la burguesía correspondiente a la fórmula [7] simplemente habríamos señalado que S corresponde a distintos índices (S_i); pero la importancia de esta diferenciación de la clase obrera en dos grupos que suponen dos definiciones históricas y políticamente significativas de los explotados nos indujo a analizar sus diferencias.

La fórmula sin embargo se presta a un equívoco, pues si la calificación del trabajo (tc_i) es un factor, que incrementa los salarios del grupo 2 al aumentar la contribución del obrero a la producción, ello no quiere decir que todo el excedente determinado por la calificación del trabajo quede en manos del obrero, sino que una parte pasa a integrarse a la plusvalía. En estas condiciones tenemos que la calificación del trabajo es un factor de incremento de los salarios pero también un factor que incrementa la plusvalía: el producto excedente que pasa a formar parte de la plusvalía debe agregarse al incremento generado por la productividad del capital. Tenemos así el primer caso de un fenómeno de *transferencia*, que tiende a oscurecer la teoría del valor-trabajo, y que presenta otras manifestaciones más, de las que hablaremos después.

El excedente económico generado por el trabajo calificado se debe desglosar en una parte que incrementará la plusvalía y más concretamente las utilidades y otra que incrementará los salarios del sector de trabajadores calificados. La fórmula correspondiente a este tipo de excedente es así:

$$[10] \quad EE(tc) = [d_1(v, tc) + d_2(p, tc)] \cdot k$$

En que $EE(tc)$ es el excedente económico derivado del trabajo calificado que se divide en un incremento del capital variable correspondiente a los trabajadores calificados y especializados, y en un incremento de la plusvalía, debiendo controlarse esta distribución por sectores, ramas, empresas, etc.

Las circunstancias anteriores nos obligan a ajustar la fórmula [5] por lo que respecta a los factores que determinan el incremento de la plusvalía, y la fórmula [6] por lo que respecta al incremento del capital variable. Con ello tenemos una fórmula en que aparecen desglosados los dos términos de la relación:

$$[11] \quad te = \frac{p + d(P_i) + d_2(p, tc_i)}{v + d(FPO_i) + EE(tc_i) - d_2(p, tc_i)} \cdot k.$$

En la fórmula [11] se incluye en el denominador el excedente económico que es producto del trabajo calificado y se le resta aquella parte que pasa a formar parte de la plusvalía. El interés que tiene esta fórmula es que permite considerar expresamente el fenómeno de *transferencia*, distinguiendo el incremento que se debe a la productividad del capital constante o de la organización del variable, respecto al que se debe a la calificación del trabajador, y de otro lado nos permite explorar la hipótesis de que hay una relación entre el incremento de la productividad por el capital y el incremento de la productividad por el trabajo; así como una correlación positiva entre la fuerza política obrera y los trabajadores calificados, fuerza política obrera que controlada por trabajadores calificados estaría correlacionada en forma negativa con la transferencia de excedente que es producto del trabajo calificado, a la plusvalía; esto es que a mayor fuerza política de los trabajadores calificados menor proporción en la transferencia del excedente que producen al propietario de los medios de producción.

Distinguiendo nuevamente a los trabajadores simples de los calificados, y considerando la posibilidad de que unos y otros incrementen la plusvalía y los salarios, tenemos que mientras en el caso de los trabajadores simples (S_1) la plusvalía sólo puede crecer por el empleo de un mayor número de obreros, o por un incremento en la explotación del mismo número de obreros con menos salarios nominales y reales, más tiempo de trabajo, más intensidad del trabajo, más miembros de la familia que trabajan, y el salario real sostenerse o aumentar sólo por la fuerza política obrera de los mismos; en el segundo caso, el de los trabajadores calificados (S_2) la plusvalía puede crecer por un incremento en la productividad del trabajo calificado, y el salario, por la fuerza política de los trabajadores y la calificación de los mismos. Si los trabajadores calificados están relacionados con la fuerza política y esta relación no se

da en igual medida en los trabajadores simples, la empresa o el conjunto de empresas tenderán a calificar más a aquéllos, disminuyendo su explotación, y a explotar más a éstos en sus salarios, tiempo, intensidad de trabajo, etc. Para comprender cómo opera este fenómeno en la realidad es necesario, sin embargo, ampliar el concepto de la explotación con nuevas variables y con nuevas unidades de análisis.

UN MODELO MÁS COMPLEJO

Hasta aquí la base para el análisis de la explotación ha sido la empresa industrial y las relaciones que existen en ella entre los propietarios y los trabajadores. Este modelo nos permite analizar: *a*] las relaciones que se dan en una empresa o, *b*] en un conjunto de empresas. En ningún caso está previsto en el modelo el análisis de las relaciones entre la empresa y otras empresas, o entre distintos conjuntos de empresas. Sin embargo este tipo de relaciones opera en la realidad, afectando las propias relaciones de explotación de la empresa o del conjunto de empresas. Por ello es necesario en el diseño de un modelo más concreto partir de una unidad compleja que comprenda la empresa y sus relaciones, o bien dividir el conjunto social en una serie de subconjuntos para captar las relaciones que guardan éstos entre sí y la forma en que afectan las relaciones internas entre trabajadores y empresarios.

Al intentar este segundo tipo de análisis se percata uno de inmediato de la necesidad de distinguir varios tipos o categorías de explotación, considerando las relaciones que se dan en el *interior* de una unidad o conjunto –intraempresariales, intrasectoriales, intrarregionales– y las relaciones que se dan entre unas unidades y otras, entre unos y otros conjuntos: interempresariales, intersectoriales, interregionales. Todas ellas pueden adquirir características transempresariales en que una empresa o complejo de empresas abarca a varias empresas de varios sectores y regiones.

La tipología de las formas de explotación se puede hacer con distintos criterios, entre los que predominan por su interés: *a*] los que se basan en la forma institucional en que es arrancado el excedente, y que permite diferenciar el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo y las combinaciones de éstos; *b*] los que se basan en los distintos sectores y ramas de la economía y el Estado, y que permiten distinguir las formas de explotación agrícola, industrial, comercial, financiera y tributaria o impositiva así como las de sus respectivas ramas; *c*] los que deslindan unidades geográficas que conducen a distinguir la explotación del campo por la ciudad, el colonialismo interno y las formas de explotación colonialista, imperialista, neocolonialista.

Estos criterios de clasificación se pueden combinar en tipos y clasificaciones cruzadas, que los especifican y colocan en distintos con-

textos, dando lugar a las siguientes subcategorías: *a*] explotación capitalista, o feudal, o esclavista en la agricultura, la industria, el comercio, las finanzas, los sistemas fiscales y tributarios; *b*] explotación de unos sectores por otros en el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo; *c*] explotación capitalista, o feudal o esclavista en la ciudad y el campo, en las metrópolis y las colonias; *d*] explotación de la ciudad por el campo, de la colonia por la metrópoli⁴⁷ en el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo; *e*] explotación de unos sectores por otros en la ciudad y el campo, la colonia y la metrópoli; *f*] explotación de una región por otra, según sectores; *g*] las combinaciones más complejas y reales de las formas de explotación anteriores.

El análisis reviste en principio dos problemas fundamentales, desde el punto de vista teórico y metodológico: *a*] el de una distinción previa de las relaciones *en* la empresa y *entre* las empresas; *en* el sector y *entre* los sectores, *en* la rama y *entre* las ramas, *en* la ciudad y *entre* las ciudades, o *entre* la ciudad y el campo; *en* la metrópoli y *entre* las metrópolis, *en* la colonia y *entre* la metrópoli y la colonia y; *b*] de una formulación o delimitación de estos tipos de relaciones y del modo en que se afectan mutuamente.

En el marxismo clásico se consideran todos los tipos de relaciones que hemos señalado con anterioridad. Es bien conocida la tipología histórica de las formas de explotación esclavistas, feudales y capitalistas; así como el hecho de que los fundadores del materialismo dialéctico hablan de la explotación del campo por la ciudad, de las formas de explotación en la agricultura, la industria, el comercio, de las luchas de clases entre “acreedores y deudores”, en que los plebeyos se convierten en esclavos y los feudales son arruinados, e incluso de las formas de explotación colonialista y de explotación nacional: “No debemos sorprendernos –escribía Marx en 1849– que los librecambistas no puedan comprender que un país se puede enriquecer a expensas de otro, pues estos mismos señores no quieren comprender cómo, en el interior de un país, una clase se enriquece a expensas de otra clase”⁴⁸.

Pero si desde entonces existía una visión completa de las distintas formas de explotación, es indudable que el marxismo clásico hizo énfasis en sus análisis en una de ellas: la que se refiere a la empresa de tipo industrial y a las relaciones de clases que se dan en la misma. Su apertura hacia los demás tipos de explotación, en todo caso, se hizo a partir de la explotación industrial de la empresa o del conjunto de empresas del país más avanzado de entonces que era Inglaterra, dando a

47 Cuando se habla de relaciones de regiones obviamente se alude a las relaciones de los hombres de una región con los de otras.

48 Carlos Marx, “Discours sur le Libre-Échange”, *op. cit.*, p. 155.

los demás tipos de explotación en otras regiones un menor énfasis y un tratamiento científico en que no aparece la formalización matemática exhaustiva, que se presenta en el estudio de la plusvalía generada en la empresa industrial. El problema de la explotación del campo por la ciudad y de la explotación colonialista no alcanza nunca el grado de formalización característico del análisis de la plusvalía que se hace en “el taller” europeo de la producción. El problema de la especificación de la cuota de explotación por países, regiones, sectores, tampoco es motivo de un análisis central de la misma profundidad que el anterior: “Las diferencias entre las cuotas de plusvalía en distintos países y, por tanto, la diferencia del grado nacional de explotación del trabajo, es de todo punto indiferente respecto de la investigación que aquí nos ocupa...” –escribe Marx en el tomo III de *El capital*, en el momento de analizar la composición orgánica de los capitales en las distintas ramas de la producción, y la consiguiente diversidad de las cuotas de ganancia⁴⁹. El análisis de la explotación monopolista y oligopolista, naturalmente, tampoco aparece. Lo cual no quiere decir que en una investigación del capitalismo como fenómeno global la diferencia en el grado de explotación (aunque medirlo con exactitud sea irrelevante y hasta grotesco) nacional, regional, sectorial, y mega empresarial sea indiferente; por el contrario resulta tan prioritario para el conocimiento y la acción como denunciar cuántos seres humanos se mueren de hambre y cómo; cuántos de enfermedades curables; cuántos de accidentes de trabajo o males adquiridos en los lugares de trabajo por la codicia de los dueños, y así, toda esa forma de vivir y de morir de los miserables de la tierra, de que no queremos saber y de quienes no queremos oír nada.

Estas y otras diferencias de énfasis y precisión son explicables: dependen de la perspectiva política de los autores, que consideraban como fuerza revolucionaria por excelencia a los trabajadores industriales de los países más avanzados y estaban interesados en analizar su situación y problemas con mayor detalle, o de razones y factores estructurales: la economía de mercado era predominante y no había aparecido aún, en todo su esplendor; la competencia monopolística, con el impacto que tiene hoy en la economía y la sociedad de las naciones avanzadas y de las naciones pobres. *El capital* representa el tipo de competencia y mercado característico de su época.

Pero lo curioso es que con posterioridad el movimiento revolucionario se va desplazando a países menos y menos avanzados, y el oligopolio llega a dominar la economía mundial, sin que tampoco se intente el análisis. Las preocupaciones políticas y teóricas del marxismo conducen a sus autores más destacados a analizar la aparición

⁴⁹ Carlos Marx, *El capital*, t. III, p. 151.

del capital financiero, del imperialismo y de la revolución en formas técnicas que buscan otros objetivos, y en formas políticas que no dan lugar a una formalización matemática del problema de la explotación en el nuevo contexto histórico, semejante a la que Marx realizó en su tiempo para los países avanzados. Lo extraño es que otros autores –más inclinados por la investigación económica y técnica– como Baran, Sweezy, Bettelheim tampoco se ocupen del problema, aunque en la obra de todos ellos y en la del propio Marx se encuentren sin duda las bases para abordarlo, y vincularlo a una sociología de la explotación en la época contemporánea.

Ahora bien, el estudio de este problema, como dijimos, implica el análisis diferenciado de las relaciones de explotación *en* y *entre* empresas, *en* y *entre* naciones, y estas últimas, esto es, las relaciones entre empresas, entre sectores, entre ramas, entre naciones o regiones, con sus distintas combinaciones, suponen considerar: a] el tamaño, concentración, o fuerza de las unidades que guardan relaciones entre sí, y que permiten distinguir las relaciones de la empresa monopolista y la pequeña empresa o de la gran nación y la pequeña, o de la gran empresa y la pequeña nación, así como las relaciones de unidades con fuerza semejante y; b] suponen el comercio entre las unidades de producción, las empresas y las naciones. Sin estos elementos y sin la inclusión de sus variables más características, el problema de una sociología de la explotación en la sociedad contemporánea es inabordable de manera rigurosa; la teoría del valor trabajo se queda en el vacío histórico, y hasta parece insostenible.

De todos los elementos anteriores el que ha merecido un estudio más amplio y constante es el de la concentración del capital, o el que se refiere al predominio de la competencia monopolista y su vinculación con el imperialismo; pero en general no se ha hecho una diferenciación metodológica rigurosa de las relaciones *intra e inter* unitarias, para un análisis teórico del valor-trabajo en una estructura de competencia monopolista. El objeto de este ensayo es precisamente señalar las posibilidades del análisis.

El problema radica en las características y unidades que se consideran en el estudio de las relaciones. En efecto cuando se estudian las relaciones de explotación en una unidad de producción, o en el agregado indiferenciado de un conjunto de unidades, las relaciones interunitarias no aparecen en la aplicación de la tasa de explotación. A partir de ese supuesto la lógica matemática de la *razón p/v* opera de una manera inexorable del modo en que lo señaló Marx, en su trabajo sobre *El salario, el precio y la plusvalía*: “Desde el momento en que una cantidad es *fijada* [subrayado por nosotros] una de las partes aumenta cuando la otra disminuye. Si los salarios cambian las utilidades cambian en sentido contrario. Si los salarios

caen las utilidades suben; si los salarios se elevan, las utilidades caen...”⁵⁰. Este supuesto explícita o implícitamente conduce a pensar que “Las utilidades y los salarios se encuentran en razón inversa uno del otro”, como había escrito el propio Marx, tiempo antes en *Trabajo asalariado*⁵¹.

El argumento es totalmente riguroso desde el punto de vista matemático, y para el sentido común no presenta el menor lugar a dudas. Pero históricamente el fenómeno de la explotación no posee las características de una necesidad matemática, por el contrario, existe la circunstancia histórica de que las partes no sean *fijadas* y de que aumenten simultáneamente los dos términos de la relación. En el neocapitalismo los salarios y las utilidades *pueden* cambiar y de hecho *cambian* en el mismo sentido. Los salarios pueden subir al mismo tiempo que suben las utilidades; los salarios pueden elevarse al tiempo que se elevan las utilidades. Esto es, que históricamente las utilidades y los salarios no se encuentran *necesariamente* “en razón inversa uno del otro”. Y esta *posibilidad* histórica y social es un hecho real, tan indiscutible como *limitado*. Pero la forma científica de *negarlo* no consiste en negar su *viabilidad* o su *posibilidad* histórica y social –que los hechos demuestran de manera indiscutible– sino en analizar su *existencia* y sus *limitaciones*.

En el propio marxismo clásico se encuentran los elementos para la negación científica de una formalización matemática de la realidad que corresponde a una empresa o a un conjunto *indiferenciado* de empresas, así como para la determinación de los análisis matemáticos que permiten *comprender* la nueva realidad histórica, acordando el lugar que corresponde a la realidad *anterior* y a la formalización teórica y matemática de la misma.

Al efecto es conveniente recordar que el análisis clásico de la explotación se basó en la experiencia histórica más *visible* y políticamente más significativa de su tiempo, en lo que Marx llamó el “trabajo vivo”, el “trabajo inmediato”. Su unidad de datos fue la fábrica, la empresa industrial, y la categoría de análisis, la clase, integrada por el burgués y el proletario. De esa unidad y con esa categoría Marx practicó una generalización que vino a revolucionar la ciencia del hombre. Desde un punto de vista técnico el análisis consistiría en agregar las fábricas o empresas y las categorías de burgueses y proletarios. Pero el propio Marx se refirió a otro tipo de trabajo aunque ya no en relación teórica con la explotación, al trabajo “muerto”, “mediato”, que llamó “trabajo acumulado”. De este tipo de trabajo se ocupó en relación al “reparto de la plusvalía” entre los capitalistas, sin estudiar el impacto que podía tener el reparto de la plusvalía en los salarios de los trabajadores. Sin

50 Carlos Marx, “Salaire, Prix et Plusvalue”, *Oeuvres*, p. 519.

51 Carlos Marx, “Travail Salarié et Capital”, *op. cit.*, p. 221.

embargo en el trabajo acumulado estaba la simiente de la explicación de un proceso histórico que se iba a desarrollar ampliamente.

En efecto, el trabajo acumulado, que se encuentra en las materias primas, en los bienes que *insume* la fábrica, la empresa, encierra el valor de un trabajo muerto y mediato, y el propósito de Marx era demostrar sobre todo que en esas materias, en esos bienes estaba encerrado el trabajo como fuente del valor. Su propósito no era analizar el fenómeno de la explotación en relación con el trabajo acumulado. Pero es evidente que el trabajo acumulado es vivo en otros sectores, inmediato en otros países, en otras unidades de producción que lo transfieren en forma de materias primas a las empresas industriales, o a los países industrializados. En el razonamiento de Marx no había nada que pudiera contradecir esta afirmación. El trabajo acumulado era *mediato* sólo para el productor que lo compra, a fin de transformarlo o consumirlo.

Lo interesante es que tanto este razonamiento como la distinción entre capital constante y variable, en que el capital constante va transmitiendo al producto, con su depreciación o deterioro, el valor del trabajo muerto o mediato, mientras el capital variable transmite el trabajo vivo, no impide el que se considere trabajo muerto o acumulado en una empresa lo que es trabajo vivo e inmediato en otra, lo cual permite ampliar el análisis de la explotación, *diferenciando* dos unidades o dos tipos de unidades, que al repartirse la plusvalía se reparten *también* la explotación, esto es, se reparten la *carga* de la lucha con los trabajadores en relación a los salarios.

Existe en el propio Marx otra línea de razonamiento que puede constituir una fundamentación de este análisis y que practicó al referirse a la cuota de ganancia; pero que no vinculó con el análisis de la cuota de la plusvalía. En efecto en el tomo III de *El capital* escribe: "Si el precio de las materias primas disminuye en una suma = d , fórmula P/C o fórmula $P/c + v$ se convierte en $P/c - d$ o en $P/(c - d) + v$ y por lo tanto aumentará la cuota de ganancia"⁵², y luego añade: "A la inversa, si aumenta el precio de las materias primas, la fórmula P/C o $P/c + v$ se convierte en $P/C + d$ o en $P/(c + d) + v$ "⁵³. Esto es, que mientras en el primer caso un abaratamiento de las materias primas aumenta la cuota de ganancia que se calcula sobre la base del total de capital invertido (tanto constante como variable), en el segundo, un aumento en el precio de las materias primas disminuye la cuota de ganancia. Al hecho anterior se puede añadir un aumento en los precios de los artículos industriales, como factor de incremento de la cuota de ganancia, lo que en la teoría económica contemporánea corresponde en forma cabal a la llamada "tijera de los precios" o a la "relación de intercambio". No era sin embargo éste su objeto, como tampoco ana-

52 Carlos Marx, *El capital*, t. III, p. 117.

53 *Ibid.*

lizar el impacto del fenómeno en la cuota de explotación. Al incluir las variables del mercado, Marx analiza las variaciones de la cuota de ganancia (V/C) y en general deja constante la cuota de explotación o estudia su tendencia a bajar. E incluso cuando estudia el abaratamiento de las materias primas o de las mercancías, su preocupación teórica está tan lejos de la explotación y tan cerca del dispendio o de la idea de acumulación y desarrollo del capitalismo, que no analiza el impacto de este proceso en la explotación de los trabajadores que trabajan en las unidades de producción de materias primas, ni las posibilidades de manipulación o de operación, que presenta para los empresarios que compran esas materias primas, en relación con una política que tienda a disminuir la cuota de explotación del trabajo vivo en sus propias fábricas, mientras aumentan *indirectamente*, en forma de presiones mercantiles (o monopolistas) la cuota de explotación del trabajo que para *ellos* es mediato, que para ellos es *muerto*, pero que es vivo e inmediato para los dueños de los medios de producción de materias primas (o de empresas no monopolistas).

Este enfoque central del marxismo clásico lo lleva así a considerar que cualquier incremento de la cuota de ganancias deriva en el mayor consumo o la mayor inversión de los capitalistas, pero sin considerar la posibilidad de una manipulación política de la empresa que la conduzca a disminuir la explotación de *sus* trabajadores mientras transfiere la carga de la explotación a los trabajadores de las materias primas. “Si la plusvalía anual de un capital C es por ejemplo $= x$ –escribe Marx– puede ocurrir que en virtud del abaratamiento de las mercancías destinadas al consumo de los capitalistas, baste $x - a$ para satisfacer la misma masa de goce que antes...”. Piensa Marx así que el abaratamiento de las materias primas puede aumentar el consumo de los capitalistas, los goces de los capitalistas, e incluso aumentar su capital, pero no analiza la posibilidad de que aumente también el consumo de los obreros que demandan *esas* materias primas, ni menos aún que los capitalistas industriales practiquen una manipulación macropolítica, que altere el curso de la historia, al disminuir la cuota de explotación de sus obreros con cargo al abaratamiento de las materias primas y a la explotación de los trabajadores que las proveen.

Lo curioso es que la idea del *explotado* como un trabajador industrial de países metropolitanos queda de tal modo fija en la investigación marxista, que hasta hoy la formalización teórica del trabajador agrícola que es explotado en el mercado de bienes y dinero ocupa un lugar muy secundario, y al considerar la explotación de los países subdesarrollados la mayoría de los pensadores marxistas no precisan las características de la explotación, con el rigor y la técnica que emplean para otros fines, o que Marx empleó en el análisis de la explotación fabril.

Es bien conocida la aportación de Paul Baran al estudio del problema del excedente económico y cómo en él alude a la forma en que los

países altamente desarrollados explotan a los subdesarrollados; pero sus observaciones condujeron más que a un análisis sistemático de la explotación a un análisis de la irracionalidad del desarrollo económico dentro del régimen capitalista, que era sin duda un punto importante; pero un problema distinto. En cuanto al libro sobre *El capital monopolista* del propio Baran y de Paul Sweezy, según observan sus autores: “Destaca el papel crucial del cambio tecnológico en el desarrollo del capital monopolista, pero no hace ningún intento de inquirir sistemáticamente en las consecuencias que traen las formas características del cambio tecnológico en la naturaleza del trabajo, en la composición y diferenciación de la clase trabajadora, en la psicología de los trabajadores, en las formas de organización y de lucha de la clase trabajadora, etc”⁵⁴.

Bettelheim, que lleva a una formalización más precisa el concepto del excedente económico, tampoco se ocupa de este problema. Calcula la tasa de formación del excedente económico, “factor de base de una política de desarrollo”, pero no calcula la tasa de explotación. El tema de la explotación ha cedido el paso al de los goces y gastos irracionales de los países capitalistas y al de la planificación socialista.

El enfoque predominante es en parte comprensible porque “el robo del tiempo de trabajo de otro” en que reposaba la riqueza del capitalismo clásico ha cedido el paso, en las *zonas metropolitanas* y en los países neocapitalistas a “la base nueva”, “creada y desarrolla por la gran industria”. En esos países el “sobretabajo de las grandes masas” aparece como “una base miserable” en comparación con *la base nueva*, en que se reduce el trabajo necesario de la sociedad a un mínimo, en que se “desarrollan todas las fuerzas de la ciencia, de la naturaleza”, “de la cooperación y la circulación sociales, a fin de hacer la creación de la riqueza (relativamente) independiente del tiempo de trabajo utilizado...” y en que “el proceso de producción material inmediata se ve despojado de su forma mezquina, miserable y antagónica”, en que se desarrolla el capital fijo y el trabajador produce sólo partes infinitesimales que por separado no tienen un valor visible, con lo que en la vida cotidiana, la producción aparece como cosificada y deshumanizada, y la realidad o el peligro inmediatos son el desempleo y el absurdo. Pero ese mundo del neocapitalismo y la sociedad industrial, cuya génesis y tendencias fueron analizadas por Marx en unas cuantas páginas de los *Grundrisse* –de una lucidez y rigor extraordinarios–⁵⁵ coincide en las sociedades subdesarrolladas y dependientes con la

54 Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital. An Essay on the American Economic and Social Order*, Nueva York, Monthly Review, 1966. [Ed. española: México, Siglo XXI Editores, 1968].

55 Carlos Marx, *Fondements de la Critique de l'Économie Politique*, París, Éditions Anthropos, 1968, p. 127.

subsistencia de la “base miserable”, de “procesos de producción mezquina, miserable y antagónica”, sobre todo en las zonas rurales y campesinas y en los cinturones de miseria urbanos, que comprenden la mayor parte de la población de estos países. Y hoy no se puede dejar de analizar “la ruina de las masas” del Tercer Mundo, para reparar sólo en “el enriquecimiento de una minoría” de países –así sea en su enajenación, desempleo o despilfarro sin encontrarse en “la imposibilidad de comprender a unos y otros”⁵⁶. Por ello el tema de la explotación sigue siendo un tema central y esencial para el estudio de la sociedad contemporánea, y es necesario llevarlo a un terreno en que se utilicen los instrumentos teóricos –esbozados por algunos autores marxistas, particularmente por Paul Baran– desarrollándolos y formalizándolos en el nuevo contexto.

En efecto, tanto la teoría del excedente económico de Baran, como la formalización de Bettelheim tienen una serie de ventajas para el análisis empírico de la explotación en el contexto de la sociedad contemporánea, de la competencia monopolística y de la información disponible sobre producto e ingreso nacional. “El excedente económico –como escriben Sweezy y Baran– en la definición más breve posible, es la diferencia entre lo que la sociedad produce y los costos de producción. La magnitud de la producción es un índice de productividad y riqueza, del grado de libertad que tiene una sociedad para realizar las metas que se traza a sí misma. La composición del excedente muestra cómo usa de esa libertad: cuánto destina a inversiones que aumenten esa capacidad, cuánto a bienes de consumo de distinto tipo...”⁵⁷. Aunque, como señalan los autores en el registro del producto y del ingreso, el excedente asume muchas formas y muchas de ellas se hallan disfrazadas, el concepto se presta a utilizar precisamente los cálculos sobre ingreso y producto nacional disponibles, y nos saca de la noción de la plusvalía que se limita a considerar en la formalización sistemática de Marx la suma de los intereses, las utilidades y la renta, sin trabajar explícitamente en esa formalización con otros renglones de la plusvalía que teóricamente sí incluye, y que la noción de excedente económico incluye en forma expresa, como son los ingresos del Estado, la Iglesia, los salarios de los trabajadores improductivos, etc.⁵⁸. Ahora bien, estos factores, que Marx excluyó de su esquema teórico básico y más rigurosamente formalizado, son precisamente los factores que debe considerar una sociología de la explotación. Por todas estas razones el concepto de excedente puede servir hoy más para el cálculo de la cuota

56 Las frases entrecomilladas son de Lenin, en “Ce que sont les amis du peuple”, *op cit.*, t. I, p. 140.

57 Paul Baran y Paul Sweezy, *op. cit.*, p. 9.

58 *Ibid.*, nota 6.

de explotación, y para la sistematización y formalización de un razonamiento que permita comprender las características variadas que reviste la cuota de la explotación en una sociedad y una economía predominantemente monopolista, o en la que existen, como formas dominantes de la economía y la sociedad, los sectores oligopólicos de los países más avanzados. El concepto de excedente es aplicable a análisis macro y microsociológicos de la explotación tal y como se da en la sociedad contemporánea, en las distintas regiones, sectores, ramas, unidades de producción, comercio, finanzas y servicios.

De otro lado Bettelheim tiene en su trabajo los elementos formales que permiten analizar en términos micro y macrosociológicos el fenómeno de la explotación con base en el concepto del excedente económico. Vamos a utilizar su formalización como punto de partida de nuestro análisis.

La fórmula de Bettelheim para calcular la tasa de formación del excedente económico es:

$$[12] \quad tec = \frac{PSB - R - CP}{PSB - R} = \frac{EEC}{PSD}$$

En que: tec = tasa del excedente económico; PSB = Producto Social Bruto; R = Renovación necesaria para el mantenimiento de la reproducción simple; CP = Consumo de los productores directos y sus familias; PSD = Producto Social Disponible que representa la diferencia entre el producto social bruto y la renovación y EEC = Excedente económico corriente, que es el excedente de PSD sobre la suma del consumo de los productores directos de los bienes materiales y sus familias.

Traduciendo el razonamiento a una empresa o conjunto de empresas productivas tendríamos:

$$[13] \quad tec_e = \frac{PB - R - S}{PB - R} = \frac{U - x}{PN}$$

En que tec_e = tasa del excedente económico de la empresa; PB = Valor del producto bruto; R = Renovación necesaria; S = Masa de salarios; U = Masa de utilidades; x = masa del excedente destinada a pago de intereses, rentas, ingresos del Estado, la Iglesia, los trabajadores no productivos, etc.; PN = Producto neto.

Ahora bien, si es cierto que estas fórmulas consideran la posibilidad de aumentar la tasa del excedente económico nacional, de la empresa o las empresas productivas, mediante una disminución del consumo de los trabajadores y sus familias [fórmula 12] o de la masa

de salarios [fórmula 13], hacen imposible calcular la relación de explotación y la tasa de explotación con base en las fórmulas 1 a 4. Esto es que no expresan la operación señalada por Marx para calcular la cuota de la plusvalía, que define en los siguientes términos: “...se toma el valor del *total del producto* y se reduce a cero el *valor del capital constante*, que no hace más que reaparecer en él. La suma de valor restante es el único producto de valor realmente creado en el proceso de producción de la mercancía. Fijada la plusvalía –añade– la deducimos de este producto de valor para encontrar el capital variable. Si conociendo éste, deseamos fijar la plusvalía, se procede a la inversa. Encontrados ambos factores no queda más que la operación final: calcular la relación entre la plusvalía y el capital variable, p/v ”⁵⁹.

Si Bettelheim hubiera seguido este procedimiento –en caso de que su propósito consistiera en calcular la cuota de explotación con la conceptualización más moderna del excedente económico no habría puesto en el denominador el Producto Social Disponible, sino el consumo de los productores directos de los bienes materiales y sus familias (*CP*) y en el numerador el Excedente económico corriente (*EEC*), con lo que habría aparecido la tasa o cuota de explotación en la siguiente fórmula:

$$[14] \quad te = \frac{EEC}{CP}$$

Pero su objeto era analizar la reproducción ampliada y la posibilidad de que la economía crezca y se desarrolle hacia niveles más altos; su principal objeto era señalar el despilfarro en la economía capitalista, el uso irracional del excedente y la posibilidad de un uso racional y planificado en el socialismo. Su problema no era el de la explotación, como tampoco lo es el de Sweezy y Baran que se proponen demostrar el carácter ocioso del capital y su uso irracional, según lo señala Mandel en su artículo sobre “La teoría del valor trabajo y el capital monopolista”⁶⁰.

La tasa global de explotación de la fórmula [14] puede sin duda ser afinada, destacando de un lado los ingresos correspondientes a la renta, las utilidades y los intereses, así como los ingresos del Estado y otras instituciones que no son usados para el desarrollo sino para la represión, como el ejército, la policía, etc., o para otros fines, que incrementan el poder de la clase gobernante o de la nación y permiten también analizar el despilfarro del excedente. De otro lado se puede desglosar el ingreso de

⁵⁹ Carlos Marx, *El capital*, t. I, p. 166.

⁶⁰ Ernest Mandel, “The Labor Theory of Value and ‘Monopoly Capitalism’”, en *International Socialist Review*, julio-agosto de 1967, pp. 29-42.

los productores directos y sus familias, añadiendo la parte que les corresponde por prestaciones, y por gastos en servicios públicos.

Las dificultades metodológicas y técnicas de este análisis –por falta de datos, por ocultamiento y tergiversación de los mismos, o las que corresponden al problema de una definición de las distintas poblaciones y características– no son ciertamente insuperables y en todo caso nos indican la necesidad de precisar las posibilidades analíticas de la fórmula [14] del siguiente modo:

$$[15] \quad te = \frac{\sum_i EEC_i}{\sum_i CP_i} \cdot k.$$

En esta fórmula expresamente se indica que el excedente económico corriente corresponde a distintos renglones o categorías en que el investigador puede dividirlo –según los fines de su análisis– para estudiar distintos problemas, como el uso irracional del excedente, el uso del excedente para un desarrollo ampliado, el uso del excedente para fines militares, para propaganda, etc., en lo que se refiere a los dueños de los medios de producción y de las clases gobernantes, o para considerar distintos problemas relacionados con las clases trabajadoras, como sus niveles de consumo y la distribución del mismo, o el crecimiento de las fuerzas de producción en lo que concierne a las cantidades asignadas a sus organizaciones políticas, o las prestaciones y servicios que reciben, etc. Si la razón de esta fórmula analítica nos entrega la cuota de explotación de la unidad que se estudia, es necesario controlar las variaciones de ésta y de los items que la integran por k factores, como son las regiones, sectores, ramas, etc⁶¹.

61 En cualquier caso puede decirse que el excedente económico corriente es generado por los trabajadores directamente ligados a la producción material, que es la que permite vivir y reproducirse al resto de la sociedad. A ellos se pueden añadir los trabajadores de las ramas correspondientes a servicios directamente ligados a la producción material, como por ejemplo, los transportes y el comercio, en lo que se refiere al consumo de los trabajadores y empleados de los mismos; pero estos añadidos ya abandonan la noción estricta del excedente, pues viven de lo que producen aquéllos, aunque contribuyen a distribuirlo, como contribuyen también los técnicos y administradores, y todos los que aumentan la productividad sin aumentar el *valor* del producto. El cálculo más conservador de la tasa de explotación sería así: $te = \text{utilidades} + \text{intereses} + \text{renta} + \text{gastos del ejército y la policía} + \text{otros gastos en el sector no productivo} / \text{consumo de los trabajadores directamente ligados a la producción, incluidos los de transportes y comercio} + \text{prestaciones y consumo de servicios públicos por los mismos}$.

Ahora bien, la fórmula anterior y la noción del excedente económico, con todas las ventajas señaladas, no derivan necesariamente en un análisis de las relaciones entre las distintas unidades. Pueden aparecer sus consecuencias en un tratamiento empírico que controle las distribuciones y las cuotas de explotación por k factores; pero antes de dejar que una investigación empírica nos indique las consecuencias de este tipo de relaciones, es obviamente preferible hacerlas explícitas desde un punto de vista teórico, y formalizarlas para un tratamiento deliberado de las mismas.

En un libro excepcionalmente valioso de Paolo Stylos Labini sobre *El oligopolio y el progreso técnico*, el autor señala el siguiente hecho: “En el oligopolio las reducciones de costos no se traducen necesariamente en mayores utilidades. Se pueden traducir, y de hecho se traducen también en mayores ingresos para los trabajadores, en mayores salarios. Esto puede ocurrir como consecuencia de la acción de fuertes sindicatos de trabajadores, o como consecuencia de la intervención del Estado, o por el efecto combinado de estos factores”⁶². Más lejos Labini añade: “Si disminuyen los precios de los factores variables, la disminución de los costos tiende a traducirse en menores precios: de ello se ha hablado mucho. Pero puede ocurrir que disminuyan los precios de ciertos factores, mientras aumentan los de otros: por ejemplo, que disminuyan los precios de las materias primas y aumenten los de los salarios. Este caso presenta un interés particular: una flexión en los precios de las materias primas puede *inducir a la empresa a oponer escasa resistencia a los aumentos de salarios que exigen los sindicatos de trabajadores* [subrayado por nosotros]: esta flexión compensa en todo o en parte los aumentos y el costo directo que en definitiva no varía o varía poco” (*Ibid.*).

Labini observa que en los sectores monopolistas “los trabajadores tienden a organizarse en sindicatos aguerridos para *poder también disfrutar de la posición monopolista en que se encuentran*” [subrayado por nosotros], y hace ver que “si se tiene en cuenta la imperfección del mercado de trabajo, la cual existe incluso en el interior de la misma industria, se debe concluir que es posible encontrar diferencias permanentes y notables en los salarios pagados por las empresas de distintas dimensiones. En este sentido –añade– las empresas mayores se vuelven privilegiadas, tanto desde el punto de vista de las utilidades como de los salarios. Ello no quiere decir que las fuerzas que tienden a nivelar las utilidades y los salarios no operen más: continúan operando, pero encuentran mayores resistencias, o mejor dicho verdaderos y serios obstáculos”⁶³. El modelo teórico de Labini es particularmente aplicable a la imperfección del mercado internacional del trabajo

62 Paolo Stylos Labini, *Oligopolio e Progresso Tecnico*, Nuova Edizione, Torino, Giulio Einaudi (ed.), 1961, p. 121.

63 *Ibid.*, p. 137.

y al carácter privilegiado de las empresas y trabajadores metropolitanos o a los países donde se da el fenómeno del colonialismo interno.

En efecto, la estructura oligopolista dificulta o incluso llega a impedir que operen las leyes del mercado propias de una economía de competencia: las altas tasas de utilidades de los monopolios, pueden atraer a otros inversionistas; pero éstos se ven excluidos por la magnitud de la inversión necesaria para poder competir y por la fuerza económica y política de los propios monopolios. Si esta fuerza expulsa o contiene a los pequeños inversionistas del sector monopolista, el incremento de la productividad que tiende a restringir el empleo de trabajadores, expulsa o contiene el ingreso de muchos trabajadores al sector privilegiado o monopolista, los deja en el de libre competencia, y los expulsa o los retiene sobre todo en el sector agrícola, fenómeno que se acentúa a nivel internacional. De ahí surge el tipo de racionalidad, eficacia y progreso característico del capital monopolista que Labini sintetiza muy bien: "*Consideradas individualmente*, las grandes empresas monopolistas pueden ser y de hecho son técnicamente mucho más progresistas que las empresas (sin duda pequeñas) que operan en forma de competencia. Pueden realizar verdaderos milagros: en sus laboratorios pueden hacer investigaciones de alto nivel científico y no sólo de valor práctico... y realizar grandes inversiones que las pequeñas empresas jamás habrían imaginado. Lo que es más, pueden pagar –y en ciertos casos pueden tener interés en pagar– salarios elevados, más elevados de los que pagan otras empresas... El aspecto problemático que plantean los complejos oligopolistas a la economía social –añade– no consiste tanto en las rémoras al progreso técnico que pueden causar los grandes complejos, *considerados individualmente...*; no consiste tampoco en el pago de bajos salarios a los trabajadores que son contratados por ellos. El problema que los complejos oligopolistas provocan en la economía social se encuentra *fuera de los complejos mismos* [subrayado por nosotros] o, mejor dicho, fuera de su organización técnica. El problema depende de la política de precios y *costos* que siguen; depende del modo en que se llega a realizar el proceso de distribución en *todas las ramas productivas*, como consecuencia del progreso técnico alcanzado por los complejos; depende de la desigualdad que implica este modo de distribución entre las distintas partes de la economía; depende de la desocupación crónica que surge en la *economía considerada como un todo*, del debilitamiento de las fuerzas que reabsorben a los operarios liberados por la mecanización"⁶⁴.

Si hemos citado en extenso estas ideas de Labini es porque constituyen la base para replantear la sociología de la explotación en la

64 *Ibid.*, p. 186.

época contemporánea, dentro de una estructura oligopolista, que en el interior de los países y a nivel internacional ha venido a destruir la estructura de la concurrencia en que se basó Marx para determinar la teoría del valor trabajo y las formas de explotación.

El modelo teórico de Labini tiene de otra parte la virtud de incluir la política típica de un neocapitalismo, que se enfrenta en los países altamente desarrollados a una clase trabajadora bien organizada y agresiva, al tiempo que registra *la racionalidad interna* de las empresas privilegiadas –de los grandes monopolios– en la que incluye los altos salarios y prestaciones a los trabajadores, e indisolublemente ligada a ella el aspecto *irracional* de los monopolios que hace recaer fuera de los mismos, sobre las pequeñas empresas, sobre los sectores agrícolas y sobre los países pobres y dependientes, el efecto de su política *de precios y costos*, y la irracionalidad de la explotación de los trabajadores y de los recursos naturales. Se trata de un doble problema de lo racional en una organización que es irracional en el contexto de la organización, en una formación histórica y hasta en un modo de dominación y producción de tal modo irracional que puede producir su propia destrucción.

LAS TRANSFERENCIAS

Con base en el modelo anterior se puede replantear la teoría del valor trabajo y precisar la forma en que opera, por medio de *transferencias* de valor, así como intentar una formalización del fenómeno que permita trabajar con las variables sociales y políticas en un análisis de la explotación en la sociedad contemporánea, y particularmente en las relaciones que guardan los sectores oligopolistas y de libre competencia, las grandes y las pequeñas empresas, las empresas matrices y las sucursales, las empresas metropolitanas y sus sucursales de los países coloniales y dependientes, los distintos sectores y ramas de la economía –en especial los industriales y agrícolas–, o bien las unidades geográficas como la ciudad y el campo, los países imperialistas y coloniales, las metrópolis o centros rectores y sus colonias internas.

Para ello nos parece conveniente analizar, con un ejemplo hipotético, el problema de las *transferencias* de valor excedente y la forma en que pueden alterar las cuotas de explotación y plusvalía:

El ejemplo del Cuadro I contiene sólo dos unidades (I y II) que pueden ser empresas matrices (I) y sucursales (II), o empresas metropolitanas (I) y coloniales (II) o sectores oligopolistas (I) y de libre competencia (II), o sectores industriales (I) y agrícolas (II); o bien unidades geográficas como ciudad (I) y campo (II), o países imperialistas (I) y países dependientes (II). La selección de estas

unidades se basará en el tipo de trabajo empírico o histórico que se realice y en las finalidades del estudio. En cualquier caso estas unidades forman otro tipo de unidad que las comprende a ambas (I y II) y que podríamos llamar *compleja* sin la cual es imposible captar las relaciones entre las unidades *simples* –entre I y II– y las características de esas relaciones.

Las unidades simples (I y II) se separan a su vez en unidades *integrantes* (C y V) y en el ejemplo la historia de todo el fenómeno se limita a dos tiempos (t_1 y t_2). En la realidad se pueden dar y se dan dos o más unidades simples en un mismo complejo, y existen, además, relaciones entre unidades complejas que es necesario considerar en un modelo más preciso destinado a la investigación empírica e histórica, funcional y dialéctica. En la misma forma la dimensión temporal puede y de hecho abarca un mayor número de momentos (t_i).

Las unidades integrantes se limitan, en el ejemplo, al capital constante circulante (C) y al capital variable (V). Para no complicar innecesariamente el modelo, solamente se incluyó el capital circulante destinado a la adquisición de mercancías y el capital variable que corresponde al pago de salarios. La inclusión del capital fijo y de las unidades producidas podría cambiar o no la cuota de ganancia, dependiendo de sus combinaciones, pero no alteraría el fenómeno de *transferencias* del valor excedente que es el que nos interesa analizar.

Una observación más, necesaria para dar sentido al modelo hipotético es que considera unidades producidas, en el supuesto de que en la unidad de explotación I, la tecnología permite producir un mayor número de unidades-producto por igual capital variable que en la unidad de explotación II. En esta forma interviene un factor más, el cual permite comprender que el salario por unidad producida del trabajador de I puede ser varias veces mayor que el de II, y que el monto total de utilidades de I puede ser varias veces mayor que el de II, incluso cuando la cuota de ganancia por unidad sea menor.

CUADRO I
TRANSFERENCIA DEL VALOR EXCEDENTE Y CAMBIOS
DE LA CUOTA DE EXPLOTACIÓN O PLUSVALÍA
(UN CASO HIPOTÉTICO)

UE	Capitales		Cuota de explotación		Valor del producto (VP)	Precio de venta (PV)	Plusvalía transferida (PT)	Plusvalía apropiada		Cuota de ganancia	
	c	v	INT $\frac{Pt + Pat}{V}$	EXT $\frac{PtII}{VII}$	$Ic + v + Pat$ $IIc + v + Pt + Pat$	$c + V + Pat$	$(c + v + Pat) \cdot VP$	INT $(c + v) \cdot PV$	EXT $I VP_{II} - PV_{II}$ $II VP_I - PV_I$	TOTAL (PAT)	$I Pat/c + v + Pt$ $II Pat/c + v$
It ₁	95	5	20%	0%	101	101	0	1	0	1	1.0%
It ₂	75	6	0%	200%	101	101	+20	0	20	20	19.8%
II ₁	50	20	125%	0%	95	95	0	25	0	25	35.7%
II ₂	50	10	350%	-200%	95	75	-20	15	0	15	25.0%

Notas: UE: Unidad de explotación, C: Capital constante circulante, V: Capital variable, INT: Interna, EXT: Externa, PA: Plusvalía apropiada, PAT: Plusvalía apropiada total, PT: Plusvalía transferida, PV: Precio de venta, VP: Valor del producto.

Ahora bien, si al estudiar el comportamiento de los valores en el ejemplo anterior, pensamos en términos de una unidad compleja, de un complejo integrado por una gran empresa y por una pequeña empresa –a sabiendas de que el razonamiento es aplicable a un complejo de empresas, de sectores, de naciones, etc.–, podemos llegar a las siguientes conclusiones: por igual cantidad de materia prima la gran empresa (I) paga por unidad menos de lo que pagaba a la pequeña empresa ($t_1 = 95$ mientras $t_2 = 75$) y ésta paga lo mismo a sus proveedores (t_1 y $t_2 = 50$); pero mientras la gran empresa aumenta sus salarios por unidad producida en un 20% la pequeña empresa los disminuye en un 50% en los dos tiempos considerados. *El valor del producto sigue siendo el mismo*, el valor de venta de la gran empresa sigue siendo también el mismo; cambia el precio de venta de la pequeña empresa, bajando de 95 a 75, pero la pequeña empresa al bajar los salarios aumenta la cuota de explotación y en parte compensa así la pérdida, aunque no logra obtener la cuota anterior de ganancia. El incremento de la cuota de explotación genera una plusvalía que es transferida por la baja de precios a la gran empresa, y ésta puede aumentar simultáneamente sus salarios y sus utilidades. Obviamente el aumento de la cuota de explotación de la unidad II no puede ocurrir sobre la base de trabajadores que se encuentran en los mínimos biológicos vitales necesarios para su reproducción como

clase, pero puede ocurrir sobre mínimos sociales, que bajan a los mínimos vitales o por debajo de ellos, en cuyo caso son ampliamente compensados por las altas tasas de fertilidad, crecimiento natural de la población, migración, y desempleo del *habitat* en que trabaja la pequeña empresa o que corresponde a la unidad II.

Por su parte la gran empresa al cubrir a los trabajadores un aumento de salarios que iguala la plusvalía que antes les quitaba *no* explota a *sus* trabajadores, lo que ocurre al mismo tiempo que se apropia de una parte de la plusvalía de la pequeña empresa, abatiendo los precios de compra, y haciendo que ésta se encargue de aumentar la cuota de explotación de sus propios trabajadores.

El ejemplo anterior tiene rigurosamente un carácter hipotético; pero aunque se trata de un ejemplo y los valores pueden ser muy distintos, se trata de una hipótesis concreta y que aparece en la realidad de la sociedad neocapitalista y aun antes de ella. Como se sabe ya Engels, desde 1858, le escribía a Marx: “El proletariado inglés se está volviendo más y más burgués, de tal modo que esta nación, que es la más burguesa de todas, parece *estar buscando* en última instancia [subrayado por nosotros] tener una aristocracia burguesa, con un *proletariado burgués* junto con una burguesía” (oct. 7, 1858), y Lenin más tarde hizo ver que había aparecido una “*aristocracia obrera*” que “compartía las superutilidades de las empresas monopolistas”⁶⁵.

En la realidad las empresas metropolitanas y monopolistas no necesariamente aumentan los salarios al mismo ritmo que las utilidades; en ocasiones dejan los salarios congelados mientras aumentan extraordinariamente las utilidades, como ocurrió durante más de diez años en Estados Unidos, en el período de la posguerra. En cualquier caso la posibilidad de un aumento de los salarios, de un aburguesamiento de los proletarios en el sector metropolitano y monopolista es un hecho innegable y general que, si se es congruente en el razonamiento incluso llega a acabar con la explotación de *esos* trabajadores, transfiriendo la explotación a las unidades más pequeñas, a los sectores más débiles, a los países dependientes y subdesarrollados. Dicho de otro modo la transferencia de la *plusvalía* que las pequeñas empresas o las empresas coloniales extraen a sus trabajadores para beneficio de las empresas monopolistas, puede anular la necesidad de que éstas sostengan la explotación de sus propios trabajadores; pero no acaba con la explotación, la transfiere. Lo

65 E. Varga y L. Mendelshon (eds.), *New data for Lenin's Imperialism- The Highest Stage of Capitalism*, Nueva York, 1940, p. 224; cit. por Paul Baran en *The Political Economy of Growth*, Nueva York, Monthly Review Press, 1957.

que no quiere decir que “los trabajadores burgueses” vivan de la explotación colonial o sólo de ella. El incremento de la productividad por la tecnología y la organización de los complejos empresariales-estatales es también muy importante para explicar el incremento de sus niveles de vida, como lo es la capacidad de lucha que ellos y sus pueblos tengan.

En estas condiciones se hace necesaria una formalización de los fenómenos de explotación que trabaje con unidades complejas y que no se limite ni a las unidades simples ni a las unidades integrantes, a que nos hemos referido en el ejemplo anterior, sino que prevea sus posibles interacciones y combinaciones, y considere el comportamiento de las variables en un contexto más próximo a la sociedad contemporánea y al neocapitalismo. Así no se forzaría la teoría del valor trabajo, como ocurre cuando se busca explicar por ella el comportamiento de un subconjunto –como la empresa monopolista o el país metropolitano–, separados del conjunto de que forman parte: la economía global o el imperio. Sólo en términos de unidades complejas se podrán hacer investigaciones empíricas e históricas, y proyectos de acción-organización con un modelo teórico comprensivo y efectivo en el conjunto. Sólo así podrán formularse unidades complejas concretas de trabajadores y pueblos oprimidos y explotados entre mediaciones y mediatizaciones.

Al efecto vamos a intentar precisar las características del conjunto en que opera el fenómeno de la explotación, definiendo y desagregando las unidades de datos y análisis, los actores y categorías que lo integran, base de una formalización especificada de los fenómenos de explotación. Se trata de un paréntesis necesario sobre los supuestos teóricos de la metodología que obstaculiza el análisis de la explotación. Más tarde volveremos a vincular el fenómeno con otras variables sociales y políticas, para terminar planteando el problema de la desagregación de estas variables y del análisis histórico y sociológico.

EL CONJUNTO DE LA EXPLOTACIÓN

La determinación del conjunto en el que opera la explotación depende de las finalidades de un estudio concreto, en cuanto éste se proponga analizar el fenómeno en un país o conjunto de países, en una empresa o conjunto de empresas, en una clase, grupo, sector, rama, o en varias clases, grupos, sectores, ramas.

El objeto de estudio –el caso o conjunto de casos– plantea una serie de problemas metodológicos, de los que sólo querríamos destacar aquéllos directamente ligados a la estructura de la explotación, con las aclaraciones necesarias sobre otros más generales y aplicables a otras

investigaciones, sin cuya comprensión es imposible abordar el problema concreto de la organización y las luchas de los trabajadores y los pueblos oprimidos. Éstas requieren vincular los conocimientos sobre el sistema capitalista y sobre la relación de explotación a las relaciones de dominación, mediación y represión, y unas y otras a la construcción de las propias mediaciones y organizaciones de la lucha, la moral, la voluntad y la conciencia. En sus manifestaciones aparentemente más remotas pero no menos significativas incluyen tanto el coraje como valor y rabia, como una especie de locura de amor por la justicia y la libertad de los pobres y con ellos. Conscientes del amplio espacio cognitivo volvemos al campo de nuestros análisis aparentemente fríos y cosificadores; pero que en distintas versiones forman parte de la cultura de la explotación y la liberación

En efecto, un problema general consiste en escoger un caso, o un conjunto de casos. Si escogemos un caso éste puede ser de dos tipos, un caso en el que se pueda distinguir su estructura mediante otros casos menores que incluye, y un caso que no se puede dividir en partes integrantes que sean otros casos de menor dimensión. Ahora bien, mientras el primero se puede analizar tanto por sus propias características o relaciones como por las de las unidades menores que lo integran; el segundo solamente se puede analizar por sus propias características y relaciones, y por las variaciones que éstas presentan según el lugar que ocupa en el conjunto de unidades de datos o de unidades de análisis, de agregados, de relaciones de clases aisladas o interactivas, sumadas o combinadas, sinérgicas o enfrentadas.

De otro lado si escogemos un conjunto de casos, se puede dividir y subdividir en una serie de subconjuntos con distintas características y relaciones, y los subconjuntos de menor grado se pueden especificar o agrupar por subconjuntos de características y relaciones de mayor grado. Así, cuando dividimos un conjunto en los subconjuntos que lo integran y estudiamos las características y relaciones de éstos *analizamos* la estructura del conjunto; y cuando *analizamos* las características de un subconjunto o una serie de subconjuntos ubicándolos en conjuntos mayores que los comprenden, *especificamos* las características y relaciones de los mismos, los clasificamos o codificamos, y tomamos en cuenta sus interacciones específicas y generales.

En la sociología empirista, tanto el caso como el conjunto de casos, tienen una profunda raíz individualista, que aparece en la delimitación del caso y del conjunto de casos. La unidad de datos predilecta es el individuo, cuyas características y relaciones con el conjunto social son motivo principal de análisis. Como el individuo no se puede dividir desde el punto de vista social, en casos menores, se estudia la estructura de sus características, o de las relaciones que guarda con otros individuos, o con los hechos sociales que lo rebasan. Cuando el caso es una

nación, o una empresa, o un grupo o una sociedad a los casos menores se les concibe como un agregado de individuos y se le desagrega en individuos. Esto no quiere decir que la sociología empirista no conciba la existencia de unidades colectivas: la nación, la empresa, la institución, el grupo son unidades colectivas, susceptibles de ser divididas en otras unidades también colectivas como las provincias, los talleres y departamentos, los subgrupos. Pero estas unidades colectivas aparecen originalmente como separadas; la delimitación de una nación implica un proceso analítico que separa a esa nación de las demás, la delimitación de una clase o un grupo busca separarlos de los demás, en la misma forma que el individuo se separa y distingue de los demás. Ya separadas las unidades de datos, sean individuales o colectivas, el proceso de análisis consiste primordialmente en estudiar sus características, en correlacionar estas características, y cuando se estudian las relaciones de las unidades éstas aparecen como una característica más de los individuos o de las naciones individuales, de los *colectivos individuales*.

El sustrato individualista de toda la concepción de la realidad social es tan profundo que llega a hacer difícil la distinción entre el grupo real y el grupo estadístico, entre el grupo concreto en que los miembros guardan relaciones concretas entre sí, y los agregados técnicos de objetos-sujetos estudiados y sólo relacionados según sus características, atributos o variables. Los individuos o los colectivos considerados en lo individual se colocan en estratos o categorías o conjuntos y subconjuntos relativamente homogéneos, en los que van quedando clasificados, codificados, según tengan las características que delimitan al estrato, a la categoría, al conjunto que incluye unidades de datos con características parecidas y para nada considera sus relaciones e interacciones sinérgicas (que los unen) o contradictorias (que los enfrentan) en redes y luchas violentas, ideológicas, políticas, culturales, económicas, ecológicas, militares abiertas y encubiertas, con efectos directos y “laterales” o de acción retrasada, indirecta.

En estas condiciones la definición misma de los llamados *colectivos* tiene como base una concepción típicamente individualista de la sociedad y efectos considerables en la comprensión de la misma. Cuando Lazarsfeld define lo colectivo, lo define como “elemento de una proposición generalizante⁶⁶ que puede ser descompuesto en partes más pequeñas llamadas miembros”. El colectivo aparece como elemento de una proposición y otro tanto ocurre con los miembros, que también son “elementos de una proposición generalizante”, aun cuando cumplen

66 Lazarsfeld entiende por proposición generalizante “una generalización relativa a un conjunto de elementos que son comparables en una característica o conjunto de características, en las que presentan un valor cuantitativo o cualitativo” (Cf. *Infra*).

papel opuesto, pues “son integrantes de unidades mayores (colectivos), y ellos mismos son personas (individuos) o colectivos de menor magnitud”⁶⁷. El análisis de Lazarsfeld impide así distinguir el agregado o agrupamiento que hace el investigador respecto del grupo real, efectivo y de otro lado para nada permite distinguir los grupos reales que no son *individuales*, que no están separados sino sustancialmente vinculados. Lo único que distingue, que destaca como real son las personas, los individuos y este hecho limita su análisis. Los individuos no pueden ser divididos, sólo pueden ser analizados en sus características, y cuando sus relaciones no cuentan sustancialmente pueden ser agrupados, estratificados, por sus características individuales en las que presentan un “valor cualitativo o cuantitativo”, dando la idea de que los grupos estadísticos o teóricos que integran son grupos reales. Los *colectivos individuales* sí pueden ser divididos, desagregados, pero en la misma forma en que son agregados: como proposiciones que incluyen miembros, que se integran con miembros. El investigador los desagrega y separa a partir de una concepción de los mismos como elementos de proposiciones y como colectivos individuales. Al desagregarlos su estructura aparece integrada lo mismo por grupos reales que por grupos estadísticos, teóricos, sin que se haga énfasis en las diferencias. Y en el proceso contrario ocurre algo semejante. Cuando se agrupan unidades colectivas no se distingue el agrupamiento real del agrupamiento estadístico o teórico. Así, no se piensa en las relaciones reales ni en las categorías de las relaciones reales; no se consideran las características de las relaciones entre grupos reales, no se comparan los valores cualitativos o cuantitativos de esas relaciones, sino que se comparan los elementos –individuos o colectivos individuales– por los valores que cada uno tiene en una característica o conjunto de características, correlacionando los valores propios de cada grupo de elementos, proceso que es tanto más riguroso y preciso cuanto más homogéneos son los agrupamientos de individuos o de colectividades individuales. La relación humana se sustituyó por la correlación de características humanas, cuyos coeficientes son tanto más altos –otros factores iguales– cuanto los grupos estadís-

67 Cf. Paul Lazarsfeld y Herbert Menzel, “Les relations entre propriétés individuelles et propriétés collectives”, en Raymond Boudon y Paul Lazarsfeld, *L'Analyse Empirique de la Causalité*, París, Mouton, 1966, pp. 41-54. Para una superación parcial del trasfondo individualista de las unidades estadísticas, cf. el artículo de James S. Coleman, “Relational Analysis: The Study of Social Organizations With Survey Methods”, en *Complex Organizations. A Sociological Reader*, Nueva York, Holt, 1964, p. 441 ss. Por ese mismo tiempo “el análisis relacional” de los sistemas auto-regulados empezó a adquirir una creciente importancia en las ciencias naturales y sociales hegemónicas. Al sentido ideológico del empirismo y de los sistemas complejos de “la ciencia normal” se añadió un sentido práctico y tecnológico del más alto nivel. Ambos tendieron a ser descalificados –en general– por el pensamiento crítico y el marxismo de entonces. *Vid.*, González Casanova, *op.cit.*

ticos son más homogéneos, de donde surge nuevamente un impulso a delimitar grupos particularmente homogéneos, separados, deslindados, discriminados cuidadosamente. Las matemáticas que privilegian el análisis de las relaciones entre nodos no aparecen. Las *matemáticas de las relaciones* de individuos, grupos, clases no se emplean y las clases no aparecen en tanto que relaciones como en el marxismo clásico. Individuos, grupos, clases estratificadas dejan de lado las estructuraciones matemáticas de las relaciones sociales.

Hay así una ideología antimatemática predominante de las relaciones humanas concretas, no sólo de los individuos sino de los grupos sociales, y particularmente de los grupos reales. Esta antimatemática aparece en la teoría y en la presentación de los datos agregados, y aumenta con muchos elementos más de definición y ocultamiento, cuando se trata de contabilizar públicamente las utilidades, los intereses, los ingresos y la propiedad, en relación con los salarios, los ingresos de las clases trabajadoras, o los ingresos y utilidades de las compañías extranjeras. El *individualismo* constitutivo predomina desde la concepción teórica de la estructura de los objetos matemáticos, hasta el tenedor de libros, pasando por las oficinas estadísticas en que se registran los establecimientos industriales desvinculados de las empresas a las que pertenecen. En estas condiciones es más fácil medir los resultados de la explotación –las desigualdades entre los países y los hombres– que las relaciones de explotación. Pero no es lo mismo confrontar los resultados, las desigualdades, la marginación, el empobrecimiento, a medir las relaciones directas entre los propietarios de los medios de producción y los no propietarios, las relaciones reales entre distintas empresas, entre distintos países. La desigualdad, la marginación, el empobrecimiento aparecen como características separadas e independientes de otras unidades de datos, de otros colectivos encapsulados que tienen las características de la riqueza, el desarrollo y la participación. Como características de individuos o de colectivos que son pobres, marginales, subdesarrollados se busca relacionarlas con otras características más de esas mismas unidades, persiguiendo un infinito de coeficientes y variables, y tratando de encontrar aquéllas que explican la mayor parte de la variancia dentro del universo aislado e individual de la pobreza, el marginalismo y el subdesarrollo. Por contraste, y siguiendo el mismo procedimiento en las unidades de datos, en los individuos, o en los colectivos individuales que tienen las características del desarrollo y la riqueza se buscan otras variables, y, entre su enorme multiplicidad, las que pueden explicar la mayor parte de la variancia de la riqueza. De hecho el procedimiento obliga a incluir en un solo cuadro, las categorías de los dos tipos de individuos o de colectivos individuales; pero antes de que aparezcan éstos en el cuadro estadístico se les distingue en su individualidad para entonces clasificarlos en el intervalo o la categoría

correspondientes, cuando como individuos tienen las características que el código señala, las que corresponden a una categoría también homogénea e individualizada. Y así van cayendo en el intervalo o la casilla correspondiente todos los individuos, países o grupos que se parecen entre sí para buscar las relaciones estadísticas que presentan sus características o atributos individuales, los atributos que tienen como personas o como colectividades individuales. Los seres humanos aparecen como cosas clasificadas identificables por el poder político, benefactor, acusador, ideológico.

El predominio cognitivo de este enfoque no implica que en las ciencias sociales de tipo empirista para nada aparezcan las relaciones reales como objeto de estudio, trátase de individuos o de grupos; pero en general ocupan un lugar muy secundario en la investigación sociológica, no son destacados en la teoría, y se les utiliza mucho más en la ciencia política tradicional cualitativa que en la sociología. El análisis de las relaciones reales, en caso de aparecer se da sobre todo en el estudio behaviorista de las personas, cuyas relaciones psicológicas, actitudes y comportamientos concretos se analizan en sociogramas, en matrices basadas en individuos agrupados estadísticamente, en matrices sociométricas en que se registran las relaciones reales de unos individuos y otros, en las llamadas matrices de “quién con quién”. Los estudios de las relaciones reales son así estudios de relaciones reales de individuos, de marido y mujer, de pequeños grupos identificados, de sistemas de individuos-personas. La noción misma de sistema está predominantemente basada en la metafísica del individuo como entidad constitutiva. El sistema, como un conjunto integrado por partes interdependientes que influyen mutuamente entre sí, es una noción que busca identificar empíricamente las relaciones reales; pero cuando opera se aplica sobre todo a las relaciones de las partes consideradas como individuos, con los papeles de éstos, con los “roles” específicos que juegan en una empresa o en la sociedad. Con el desarrollo del análisis de sistemas complejos se volvió central el estudio de *las relaciones* como unidades o lazos, o redes, o nidos, o “complejos empresariales-estatales” de que en parte eran derivados. Pero por lo general se olvidaron las relaciones de explotación, concepto inexistente al no ser considerado significativo para el pensar-hacer dominante, como tampoco lo es la “explotación de unas clases por otras”, o la de “unos países por otros” o por los “complejos dominantes en unos y otros”. Con el desarrollo del análisis de sistemas incluso se llegó a sostener que sólo tiene carácter científico aquél que es funcional a las fuerzas y organizaciones hegemónicas.

Sin duda en la propia literatura empirista se registran propiedades que Lazarsfeld llama estructurales, que son “las propiedades de los colectivos aplicadas mediante una operación dada a las informa-

ciones que se refieren a las relaciones de cada miembro con una parte o la totalidad de los demás”⁶⁸, y en la ciencia política –particularmente en los estudios que se refieren a la política internacional– las relaciones concretas son objeto de estudio en sus formas de cooperación, desacuerdo, o conflicto. Pero incluso en esos casos los grupos reales que se relacionan –las naciones o los estados– se consideran como colectividades individualizadas que comercian, hacen tratados, están de acuerdo o en desacuerdo, tienen conflictos en que se amenazan, se sancionan, se pelean, y en el trasfondo de los objetos de observación y en las inferencias estadísticas está la mónada. Ciertamente estos estudios son los que más se aproximan al tipo de unidad de datos y de unidad de análisis que requiere el estudio de las relaciones de explotación; pero siempre se quedan con la imagen de una unión –cooperativa o conflictiva– entre unidades constitutivamente distintas, individuales, que no forman una unidad más amplia, heterogénea y esencialmente contradictoria, esto es, que tienen una relación disimétrica, que “constituye un objeto estadístico o un objeto de descripción que es indivisible”⁶⁹.

El análisis empírico de las relaciones de explotación requiere partir de un concepto de la unidad de datos y de las unidades de análisis que elimine el sustrato ideológico de la matemática social basada en el individuo como la entidad constitutiva fundamental. El problema es particularmente importante cuando se intenta utilizar las técnicas sociológicas de análisis empírico, sin la ideología empirista que las acompaña, a la cual sólo aparentemente se encuentran ligadas en forma indisoluble.

Al efecto es necesario *hacer énfasis* en una serie de diferencias que la sociología empirista no destaca y entre las cuales se encuentran las siguientes: *a*] la noción de que el grupo real es esencialmente distinto del estrato, del “grupo” o el agregado estadístico; *b*] la noción de que el grupo real tiene características globales típicas del grupo, y características estructurales que provienen del comportamiento de las partes reales que lo integran, mientras el agregado estadístico de individuos o grupos, por el contrario, agrega a los “miembros”, en función de que éstos tengan como individuos o colectividades individuales las características de la categoría, del estrato, del intervalo correspondiente al grupo teórico o estadístico; *c*] la noción de que aparte de las características de los individuos o los grupos considerados como entidades aisladas, existen las características de las relaciones reales entre

68 P. Lazarsfeld, *op cit.*, p. 47.

69 Cf., “Ecological correlation & the behaviour of individuals”, en *Am. Soc. Rev.*, 15, 1950, p. 351, en que el autor –Robinson– piensa que sólo el individuo es ese objeto.

individuos, entre individuos y grupos, y entre grupos; *d*] la noción de las diferentes propiedades reales y matemáticas entre agregados de relaciones reales y relaciones derivadas de la agregación de absolutos, y, finalmente, *e*] la noción de la diferencia entre el grupo real como fenómeno individual y homogéneo, y el grupo real como fenómeno individual y heterogéneo, cuyas partes guardan relaciones entre sí, relaciones inseparables que forman una unidad de datos esencial, cuyas características se agregan en los análisis estadísticos, de acuerdo con categorías en que la *relación real* aparece en forma también unitaria, como unidad de lo heterogéneo, de lo distinto, de lo opuesto, que no se puede disolver ni en los casos o las unidades de datos, ni en los agregados estadísticos, sin perder automáticamente las posibilidades de una investigación empírica de la explotación, y de los fenómenos llamados dialécticos en la literatura clásica. Esta unidad corresponde al *todo* o al *complejo* que –en el ejemplo arriba señalado– forman las unidades I y II, las cuales guardan relaciones reales entre sí, semejantes a las que en el interior de cada una guardan los trabajadores y los propietarios de los medios de producción; esto es lo que tienen de real, que son relaciones humanas entre dos partes unidas en tanto que luchan entre sí por el reparto del excedente económico, mediante una acción política que tiende a determinar los precios de las mercancías y los precios de los salarios. El problema es que son semejantes en tanto son relaciones reales de las empresas; pero son distintas en tanto están mediatizadas por cada empresa que se relaciona con sus trabajadores en contextos y condiciones distintas.

Cuando se precisan los conceptos anteriores se pueden definir las unidades de datos y las unidades de análisis de una sociología de la explotación, estableciendo sus principales características. Desde un punto de vista metodológico por unidad de datos se entiende el caso unitario, diferenciado, cuyas características van a ser objeto de registro, de investigación, y que va a sumarse a otros casos semejantes formando unidades de análisis en que aparecen los agregados de casos y los agregados de las características de los mismos. Por unidad de análisis se entiende la unidad de áreas o estratos en la que se observa el comportamiento de las variables de las unidades de datos. En la sociología de la explotación es necesario distinguir tres tipos de unidades de datos y de unidades de análisis, sin las cuales resulta muy difícil la captación y manipulación adecuada del fenómeno: las unidades complejas, las unidades simples, y las unidades integrantes.

Por *unidad compleja* se entiende el conjunto real que forma la empresa matriz con sus sucursales y con las demás empresas a que está vinculada en relaciones de compraventa, o la unidad que forma una gran empresa con los pequeños productores o compradores con quienes guarda relaciones económicas, o la unidad que forma una ciudad con el

campo que tiene relaciones económicas, o una metrópoli con sus propias colonias y zonas de influencia; en estos casos la unidad compleja es considerada como una unidad de datos, y la inclusión de varias unidades complejas de datos que corresponden a un mismo tipo de relaciones y estructuras corresponde a las unidades de datos complejas, que forman los conjuntos de empresas matrices con las sucursales y empresas a que están vinculadas, las grandes empresas con las pequeñas, los sectores monopolistas con los de libre competencia, los sectores industriales con los agrícolas, o las ramas dentro de un mismo sector, o las zonas urbanas con las rurales, las metropolitanas con las coloniales.

En algunos casos la unidad de análisis compleja es un mero agregado de unidades de datos y de las características que éstas tienen en la definición original; en otros, particularmente importantes para el análisis por *segmentos*, como los *sectores* y las *ramas* de la actividad económica, se añaden nuevas características –el sector industrial, el agrícola, el monopolista y de libre competencia. Los segmentos permiten hacer un análisis en unidades complejas especificadas por sus funciones; pero si el análisis va a registrar las características de relaciones reales, se requiere que los datos originales contengan la forma de identificar las relaciones concretas de una empresa monopolista con las de libre competencia, o de una empresa del sector agrícola con la del industrial, etcétera.

Las unidades complejas –no obstante sus diferencias– se hallan indisolublemente ligadas entre sí, en un tipo de relaciones que sólo aparecen en la unidad compleja, pero que influyen en las relaciones internas de las propias unidades simples que las constituyen. Las relaciones de las unidades complejas organizadas son considerablemente distintas de las que obedecen a simples tendencias o factores. Al conocimiento, simulación y control de éstos añaden los de alcanzar objetivos que obedecen a atractores, a valores e intereses. Con ambas unidades se manejan los sistemas complejos auto-regulados y adaptativos y sus contradicciones. Las *unidades simples* varían según los distintos tipos de unidades complejas: como unidades de datos son *esta* matriz o *esta* sucursal, *esta* gran empresa o *este* pequeño productor, *esta* ciudad o *esta* zona rural, *esta* metrópoli o *esta* colonia; como unidades de análisis son los conjuntos de grandes empresas o los de pequeñas empresas, de ciudades o de zonas rurales, de países metropolitanos o de países coloniales. Si en la realidad guardan vinculaciones entre sí, estas vinculaciones –que constituyen las unidades complejas– pueden no ser objeto de registro y las unidades simples y sus características se pueden agregar en unidades de análisis también simples, como ocurre en buen número de los agregados estadísticos nacionales e internacionales.

Las unidades simples están constituidas a su vez por unidades integrantes: el patrón y los obreros de la empresa matriz, o el patrón y los obreros de la sucursal; la burguesía y el proletariado del país metro-

politano o los del país dependiente, los dueños de los medios de producción del sector oligopolista y los obreros de ese mismo sector, los dueños de los medios de producción del sector de libre competencia y los obreros de ese sector, los patronos y los trabajadores urbanos, o los patronos y los trabajadores rurales. Estas unidades corresponden al propietario y al trabajador como unidades de datos y a la clase capitalista y trabajadora como unidades de análisis.

En tanto que unidad de datos –la relación de X trabajador con Z empresario– puede ser agregada, registrando las características de sus relaciones en las distintas unidades simples y complejas, o nada más en las unidades simples. Este último procedimiento es el más frecuente, pero impide analizar las relaciones de explotación ubicándolas en el conjunto social real al que pertenecen: se mide la relación particular y se agregan los casos correspondientes en intervalos o agregados estadísticos.

Todas las unidades a que nos hemos venido refiriendo corresponden a relaciones reales entre hombres y entre grupos sociales; pero en la investigación su número y significado varían según el punto de partida del investigador y el objeto de estudio. Aquí vamos a considerar dos unidades de datos, las que corresponden a las empresas y las que corresponden a las regiones. En el primer caso la unidad compleja es la empresa –con sus matrices y sucursales– y *también* los propietarios con los que tiene relaciones económicas, incluidos los que no usan trabajo asalariado. Las relaciones a estudiar son las que existen entre unidades simples, esto es, relaciones entre matrices y sucursales, y también entre unas y otras *con* los propietarios o pequeños productores, que les compran o venden, y las que éstos guardan entre sí particularmente cuando son disimétricas. Todas forman una unidad compleja en la medida en que guardan relaciones reales entre sí, que se encuentran en un determinado contexto geográfico, y pertenecen a un sector o rama de la producción. El contexto geográfico está constituido por unidades más amplias que para el caso corresponden, a nivel internacional, a las zonas metropolitanas y coloniales y, a nivel interno, a las zonas urbanas y rurales. Este contexto geográfico permite especificar las relaciones de las matrices con las sucursales y de unas y otras con los demás propietarios y pequeños productores, o las relaciones de los oligopolios entre sí y con las empresas del mercado de libre competencia o las de éstas.

El sector o rama de la economía –primario, secundario, terciario– y dentro de cada uno las distintas ramas que lo integran, permiten especificar las relaciones del combinado o complejo empresarial entre sí y con otras empresas y propietarios, según las unidades del complejo o las demás empresas pertenezcan a un sector u otro, a una u otra rama.

Pero cada unidad simple –cada fábrica, empresa, establecimiento– está integrada por los productores directos y los propietarios de los medios de producción o sus representantes –administradores, ge-

rentes– y en todo caso en cada unidad simple hay una parte del excedente de que se apropian los empresarios y otra que corresponde a los trabajadores; la relación entre una y otra –la razón– que corresponde a las unidades integrantes queda especificada por la rama, el sector, la región urbana-rural, el país colonial o imperialista en que opera. Es así como tenemos la estructura de k a que nos referimos en páginas anteriores, al señalar en distintas fórmulas que la relación p/v necesitaba ser controlada por k factores; pero, al mismo tiempo, tenemos otro tipo de relaciones: las que guardan unas empresas con otras –las unidades simples entre sí– que determinan los procesos de transferencia afectando la propia relación p/v , y estas relaciones son especificadas por sectores y ramas de la producción y los servicios, por regiones internacionales e internas y por sectores oligopólicos y de libre competencia.

Un análisis más preciso de las mismas requiere, de otra parte, distinguir en cada unidad integrante –en cada clase– los grupos o estratos que la constituyen y las diferencias de sus relaciones; estos grupos y estratos corresponden a las categorías de los trabajadores –simples, calificados, especializados –y a las categorías de la burguesía –con sus distintos tipos de propietarios, gerentes, empleados.

La distinción de estos grupos y de las relaciones que guardan es de la mayor importancia en la comprensión de la sociedad neocapitalista y de la explotación, tan distinta en su estructura y mediaciones a la del capitalismo clásico, y con efectos particularmente significativos en los fenómenos políticos, culturales, ideológicos, que son incomprensibles si no se desagregan las clases en los grupos y estratos más significativos que las constituyen, y si no se especifican las relaciones de estos grupos en los distintos contextos: sectores y ramas, regiones, tipos de empresas grandes y pequeñas, oligopolistas y de libre competencia.

La unidad de datos óptima para el estudio de la explotación es la unidad compleja empresarial y el análisis óptimo aquel que permite identificar las relaciones de explotación en diversos contextos y estructuras. El problema consiste en determinar qué características tiene un tipo de explotador que está relacionado con un tipo de explotado; en distinguir un agregado de relaciones de explotación de otro que ocurra en un contexto y estructura distintos, observando cómo cambian las características de la relación explotador-explotado y de la explotación por el carácter oligopolista o el tamaño de las empresas, por la unidad geográfica, el sector, la rama, el grupo o estrato, y qué relación guardan con las relaciones de transferencia, con las relaciones de poder, con los fenómenos de conciencia, cultura, ideología.

CUADRO II

TIPOS DE UNIDADES DE ANÁLISIS Y DE AGREGADOS DE LA EXPLOTACIÓN

Universo	Unidades de análisis			
	1	2	3	
1	Región [2] $te UC_1 =$	Sector	Clases (UI)	
2		[4] $te US_1 = \frac{(p_1)}{(v_1)}$	1	$= \frac{(v_1 + v_2)}{(p_1 + p_2)}$
..... [1] $te UC =$		[5] $te US_2 = \frac{(p_2)}{(v_2)}$	2	
3		[6] $te US_3 = \frac{(p_3)}{(v_3)}$	3	
4	[7] $te US_4 = \frac{(p_4)}{(v_4)}$	4	$= \frac{(p_3 + p_4)}{(v_3 + v_4)}$	
[8] $= \frac{(p_1 + v_1) + (p_2 + v_2)}{(p_3 + v_3) + (p_4 + v_4)}$	[10] $= \frac{(p_1 + v_1)}{(p_2 + v_2)}$	[12] $= \frac{(p_1 + p_3)}{(v_1 + v_3)}$	[14] $= \frac{p_n}{v_n}$ [15] $= \frac{p_n}{p_n}$ <i>n, n cualquiera n † n</i>	<i>Tipo de agregación I</i>
[9] $= \frac{(p_1 + v_1) + (p_3 + v_3)}{(p_2 + v_2) + (p_4 + v_4)}$	[11] $= \frac{(p_3 + v_3)}{(p_4 + v_4)}$	[13] $= \frac{(p_2 + p_4)}{(v_2 + v_4)}$	[16] $= \frac{v_n}{v_n}$ [17] $= \frac{v_n}{p_n}$ <i>n † n n, n cualquiera</i>	

Notas:

1. UC: Unidad compuesta, US: Unidad simple, UI: Unidad integrante.

2. Los índices de la anotación sirven aquí para desagregar la variable correspondiente según la unidad de que forma parte y no para desagregarla en tanto que índice compuesto de distintas categorías e indicadores.

Las medidas colectivas agregadas que se basan en unidades indiferenciadas o en unidades simples, que nos dan tasas medias de explotación de universos que en la realidad están altamente diferenciados en cuanto a las propias tasas de explotación, no permiten saber quién contribuye y en qué medida contribuye a la explotación de quién, ni en qué medida el grado de explotación provoca reacciones, acciones, ideas, organizaciones que corresponden a las formas sociológicas previstas por las hipótesis generales de la explotación y sus efectos políticos y sociales.

El problema de la desagregación de los casos en que se da la explotación, para determinar en los más significativos el distinto peso que ésta tiene, es semejante a la necesidad que existe de desagregar y ponderar un índice arbitrario compuesto, en tanto que éste por sí mismo no dice qué factor contribuye predominantemente a la explicación de un fenómeno, mientras las variables que lo componen no son destacadas y ponderadas.

Una sociología de la explotación requiere como unidad de datos mínima la “díada de grupos”, en que aparece la burguesía y el proletariado de una empresa, pero aun esta díada, que rebasa radicalmente las nociones

predominantes en la sociología empirista –de individuos, o unidades simples con sus atributos y características–, es insuficiente para un análisis de la relación humana cotidiana de la explotación en la sociedad neocapitalista. Para ello es necesario ubicar esta díada, en las ramas, sectores, regiones, y en las unidades complejas que forman y por las cuales se reparten y transfieren el producto, así como distinguir cuidadosamente aquellos grupos y capas sociales que constituyen la estructura interna de clases del neocapitalismo.

Otra unidad de datos, con la que frecuentemente se trabaja el problema de la explotación es la que corresponde a las naciones y las regiones: países imperialistas y coloniales, regionales metropolitanas y periféricas, ciudad-campo, centros rectores y colonias internas, son las principales categorías de este tipo de análisis que conduce a afirmar la existencia de la explotación de unos países y regiones por otros. En igual forma se habla –desde los fisiócratas– de la explotación de unos sectores por otros, particularmente de la explotación del sector agrícola, por el comercio y la industria.

En términos generales este análisis es legítimo, si se piensa que los hombres de una región o sector se benefician de la explotación de los hombres que viven en otra región o trabajan en otro sector. Pero se trata de un análisis particularmente burdo y engañoso, si no se desagrega por las clases que integran las regiones explotadoras y explotadas, y por la forma en que unas y otras se benefician o sufren los procesos de la explotación. Algo semejante ocurre cuando se dice que una región es explotada por una empresa sin considerar los beneficiarios nativos o la “burguesía compradora” que participa en la explotación. Lo burdo del análisis aumenta y hasta se vuelve insostenible cuando se afirma que la burguesía de un país, sector o rama es explotada por otra burguesía, o los obreros coloniales por los metropolitanos, fenómenos que ocurren en forma de transferencias y repartos de la plusvalía; pero que requieren la comprensión cabal del fenómeno de la explotación, de un lado mediante la desagregación de las unidades de datos y de otro mediante la inclusión de factores que alteran fundamentalmente las características de la explotación, entre los que se encuentra desde luego la productividad. Antes de analizar este problema, querríamos regresar al punto de partida para especificar la fórmula original y agotar sus posibilidades analíticas, hasta considerar la formalización de la explotación con la inclusión de las transferencias en los distintos contextos a que nos hemos referido. Sólo después estudiaremos otros factores, y el problema de los índices de la explotación, entendida como un fenómeno más general.

El Cuadro II corresponde a entidades reales que varían, dependiendo de que el universo considerado como punto de partida para el estudio comprenda la sociedad internacional, una región internacional o interna con sus zonas centrales y periféricas. El punto de partida altera parcialmente el contenido de las unidades complejas en que el propio universo se divide, de las unidades simples, y hasta de las unidades

integrantes o clases, y el detalle con que se les analiza. Para una mejor comprensión del cuadro es preferible escoger uno de estos universos. Si tomamos la sociedad internacional ésta se encuentra –indiferenciada– en la columna 1, y se distingue en dos categorías, correspondientes a las casillas de la columna 2 con los países metropolitanos en la casilla superior y los países coloniales y dependientes en la inferior; cada una de estas categorías se distingue a su vez como unidad compuesta de dos unidades simples –los sectores industriales de las casillas 3.1 y 3.3, y los sectores agrícolas de las casillas 3.2 y 3.4– y éstos se distinguen en las unidades integrantes p_i y v_i , que corresponden a las clases sociales.

Ahora bien, mientras la fórmula p/v del modelo clásico [0] corresponde a un tipo de análisis no especificado ni estructurado, esto es, en el que no se buscaba estudiar las diferencias en las cuotas de explotación nacional, regional, por sectores, la fórmula [1] del cuadro corresponde a un agregado del capital variable y constante de un universo previamente estructurado, en que se puede saber la forma en que contribuye a la cuota general de explotación cada una de las unidades que lo integran, lo cual es importante si se piensa que la cuota general es una cuota media que, como agregado indiferenciado, no permite saber quién contribuye y en qué forma a los cambios en la cuota de explotación. La fórmula [2] especifica la tasa de explotación en la metrópoli; la [3] en las colonias, la [4] en el sector industrial metropolitano, la [5] en el sector agrícola metropolitano, la [6] en el sector industrial colonial, la [7] en el sector agrícola colonial.

La fórmula [12] se refiere a la tasa de explotación en el sector industrial metropolitano y colonial, y la [13] a la tasa de explotación en el sector agrícola metropolitano y colonial.

En todos estos casos se trata de una especificación de la explotación de la clase trabajadora por la burguesía, en distintos contextos.

Pero desde la época clásica ya se hablaba de otros tipos de explotación, como la explotación del campo por la ciudad, o de los agricultores por el resto de la sociedad, o de unos países por otros. Estas ideas corresponden a una agregación distinta, que implícita o explícitamente mezcla las categorías integrantes de las clases, en formas tales que p puede aparecer en el denominador y v en el numerador de las distintas razones. La formalización de estas generalizaciones ayuda, de un lado a comprender la manera en que se tienen que analizar, y de otro a buscar planteamientos más rigurosos.

La fórmula [8] agrega el ingreso o el producto de las regiones coloniales, tanto industriales como agrícolas, y de las metropolitanas tanto industriales como agrícolas. En ella automáticamente desaparece la explotación de unas clases por otras en cada región, y más que una fórmula de la explotación de los países coloniales por los metropolitanos es una razón del producto de unos y otros. La fórmula [9] agrega

el producto de los sectores agrícolas metropolitanos y coloniales de un lado, y de los sectores industriales metropolitanos y coloniales de otro. En ella desaparece la explotación en los sectores agrícolas y en los sectores industriales metropolitanos y coloniales, y más que una fórmula de la explotación del campo por la ciudad lo es de la razón del producto industrial y campesino, en el conjunto correspondiente. La fórmula [10] es la *razón* del producto de la región o el sector agrícola y del producto de la región o el sector industrial metropolitano; y la [11] corresponde a la misma razón en la colonia. Estas fórmulas pueden ser útiles en tanto se comparen las razones de distintas regiones o se especifique su comportamiento, en unidades regionales más amplias.

Las fórmulas [14], [15], [16] y [17] apuntan una serie de posibilidades sobre formas combinadas de explotación y reparto del producto que pueden ser fuente de hipótesis sobre la explotación de los trabajadores de n unidad o unidades por los propietarios de la misma unidad y de unidades distintas [14], o sobre la razón de la plusvalía que obtienen los propietarios de n unidad o unidades frente a los de otra u otras [15]; o sobre la razón de los ingresos de los trabajadores de una unidad frente a los de otra [16]; o sobre la razón del ingreso de los propietarios de una unidad y los trabajadores de la misma unidad o de otras [17]. Estas posibilidades que se dan en la realidad, con probabilidades distintas, rompen definitivamente el potencial de análisis de la explotación con la fórmula p/v y hacen necesaria la precisión de los propios conceptos cualitativos que destaca su juego.

En efecto, la combinación de p_n con v_n abre una serie de posibilidades sistemáticas del análisis de la explotación que ocurre en unidades distintas, en ocasiones separadas físicamente por muchos kilómetros de distancia y que desde un punto de vista institucional y real, sólo están ligadas por las empresas y el mercado. Apuntar estas posibilidades a partir de la fórmula p/v es importante para encontrar sus limitaciones en la explicación de un fenómeno, que parece misterioso e irreal, si no se determina conceptualmente de otra manera, y si no se formaliza con base en la propia realidad ocultada. Pero como toda investigación sobre la explotación parte de la razón p/v y con frecuencia se maneja un concepto que es preciso en el caso correspondiente a las fórmulas que van del [1] al [7], así como en el de las fórmulas [12], [13] y [14] del cuadro II es conveniente ver cómo se torna más y más impreciso, hasta parecer anulado como realidad y forzado como concepto, con las ideas sobre explotación de unas regiones o sectores por otros, o de la burguesía de unas regiones, sectores, o unidades por otra, o de los trabajadores coloniales por los metropolitanos, precisando en qué consiste esta fuente de error. Ese procedimiento permite además apuntar las combinaciones posibles, formular hipótesis más claras sobre la explotación *misteriosa* de unas unidades

por otras (de regiones por regiones, sectores por sectores, empresas por empresas, o de clases de una unidad por clases de otra).

En efecto, la manipulación de la fórmula p/v del cuadro II permite llegar a varias conclusiones:

1. La especificación de las tasas de explotación con la fórmula p/v o con su equivalente EEC/CP es perfectamente válida y útil para estudiar las cuotas de explotación por regiones, sectores, empresas, grupos. El cuadro está lejos de agotar este tipo de unidades; que pueden ser divididas en una serie de unidades menores: las regiones en zonas, barrios; los sectores en ramas; las empresas en talleres, departamentos; las clases en grupos y subgrupos. Con otros criterios y perspectivas se pueden añadir nuevas categorías de análisis; como la del sector monopolista y el de libre competencia, o en otro terreno, las clases medias o los sectores medios. Estas divisiones en unidades menores pueden permitir una especificación cada vez más precisa de la cuota de explotación y de las relaciones que guardan sus términos con los demás factores sociales y políticos, en distintos contextos.
2. Los conceptos sobre explotación de unas regiones por otras, de unos sectores por otros, etc., pueden ser legítimos; en la medida en que el conjunto de la población de una región sector o unidad se apropia de parte del excedente de la otra; pero se trata de conceptos que suponen una agregación indiferenciada de p y de v , los cuales se mezclan tanto en el numerador como en el denominador y automáticamente se convierten en razones del producto de las unidades comparadas. Eliminar del numerador a v implicaría suponer que las relaciones entre las dos unidades no benefician al sector trabajo de la unidad que se apodera de parte del excedente; eliminar a p del denominador tampoco resuelve el problema. La conceptualización tiene que ser cuidadosamente revisada y formalizada.
3. La manipulación de p_n y v_n y de los conjuntos que forman permite sin embargo encontrar sistemáticamente una serie de posibilidades de explotación de unas unidades por otras. Estas posibilidades son mayores de las que habitualmente se manejan.

En el Anexo I hemos considerado algunas de las hipótesis más significativas y viables sobre la explotación de unas unidades por otras; con las reservas anteriores apuntan posibilidades de *transferencia* del excedente que pueden beneficiar o afectar a unidades complejas, simples o integrantes que se encuentran física e institucionalmente separadas y a las que ligan las relaciones comerciales. Estas combinaciones que son

históricamente posibles, aumentan cuando se añaden otras unidades. Pero con la muestra del cuadro II y del anexo I revelan en primer término la libertad de manipulación propia del sistema capitalista en lo que se refiere al uso del excedente. En efecto, tanto el cuadro como el anexo permiten percatarse que cuando se hace un análisis no especificado ni estructurado, el grado de libertad teóricamente puede ser de 0. En la realidad los grados de libertad van aumentando conforme las clases se cruzan con los sectores y las regiones, y este proceso real aparece en los modelos teóricos y matemáticos: en una tabla de 2×2 hay un grado de libertad, esto es, si se conoce la cantidad de una celda y los marginales están *fijados*, las otras tres quedan determinadas automáticamente. Lo fórmula $(r-1)(c-2)$ en que r equivale a los renglones y c a las columnas nos indica que solamente con la combinación de las clases (p/v) con las regiones y los sectores del cuadro I los grados de libertad aumentan de 0 a 3. El fenómeno se acentúa con la inclusión de otras categorías correspondientes a la productividad y a los estratos (particularmente los estratos medios) que nos obliga a desagregar p/v considerando cada variable como un índice compuesto. De hecho en los modelos matemáticos se da el fenómeno, que políticamente señalan Sweezy y Baran de que quien dispone del excedente usa su libertad⁷⁰.

De otra parte la observación anterior no impide el que la libertad opere dentro de condiciones históricas y sociales en que la relación de explotación se da en formas que corresponden a un modelo típicamente dialéctico y *también* probabilístico, con un determinismo probabilístico, que es necesario especificar en la estructura y la historia.

Aparece así la necesidad de encontrar las leyes o tendencias del sistema, las limitaciones de esta libertad de manipulación evidente en cuanto se trabaja con distintas unidades, que corresponden a un universo altamente diferenciado. El determinismo de la libertad en la manipulación del excedente, se refiere a lo que en investigación de operaciones se llaman las “condiciones laterales” o las “coacciones laterales”, que constriñen las funciones objetivas de maximización o minimización de utilidades o costos, y de la explotación. Las coacciones o condiciones laterales que es necesario especificar se refieren a la fuerza política que está asociada, como vimos, a los incrementos del capital variable y que determina un incremento en la productividad, la cual puede a su vez repercutir en la disminución de la cuota de explotación dentro de una unidad, en la expansión y en la fuerza económica y política de la propia unidad: empresa o nación.

Ahora intentaremos analizar estos fenómenos en un espacio social diferenciado; pero antes vamos a precisar el problema de la explo-

70 P. Baran y P. Sweezy, *op. cit.*, p. 9.

tación de unas unidades por otras, mediante el concepto de la *transferencia* que habíamos apuntado arriba y que intentaremos relacionar con el problema de saber en qué forma las transferencias benefician o afectan a las distintas clases que operan en distintas unidades. Con ese objeto lo mejor es regresar al análisis de las formas en que pueden aumentar o disminuir las tasas de explotación correspondientes a las fórmulas [1] a [4]; pero con el fin de acercarnos al problema de una investigación empírica en lo sucesivo utilizaremos la notación de Bettelheim, adaptándola en su caso, a la contabilidad de las empresas.

Con cero grados de libertad la tasa de explotación aumenta en cualquiera de las siguientes formas, que son una versión de las fórmulas [1] y [2]:

$$[16] \quad te = \frac{EEC + d}{CP}$$

$$[17] \quad te = \frac{EEC}{CP - x}$$

Disminuye en cualquiera de estas dos formas:

$$[18] \quad te = \frac{EEC - x}{CP}$$

$$[19] \quad te = \frac{EEC}{CP + d}$$

La notación que usamos en caso de que se mantenga igual es:

$$[20] \quad te = \frac{(EEC =)}{(CP =)}$$

Si consideramos dos tipos de unidades que correspondan de un lado a los países metropolitanos, a las regiones industriales, a los sectores monopolistas (Tipo I), y de otro a los países dependientes, las regiones agrícolas y los sectores de libre competencia (Tipo II) considerando los dos tipos con todas sus variables significativas, o una variable para cada tipo de unidades, y sin considerar otras combinaciones de unidades, que nos dan más grados de libertad, tenemos los elementos necesarios para explorar la forma en que la transferencia de una unidad a otra altera las tasas de explotación; lo interesante es advertir que la especificación de

las tasas de explotación en unidades más homogéneas, a consecuencia de los procesos de transferencia transforma automáticamente la tasa de explotación en una tasa de crecimiento del ingreso correspondiente, en relación al consumo de los trabajadores de la misma unidad o de otra unidad (ti) con lo que nuevamente se oculta la tasa de explotación. Consideremos las siguientes posibilidades o situaciones:

UNIDAD O CONJUNTO TIPO I

Situación ti_n = Tasa de ingreso excedente de n unidad en relación al consumo de los trabajadores de esa misma unidad.

EFFECTOS A o B_1

1. Aumenta aunque los términos de la relación interna se mantengan iguales.

$$[1] \quad ti_1 = \frac{(EEC_1 =) + TRANS_2}{(CP_1 =)}$$

$(\therefore TRANS_2 > 0)$

2. Aumenta más por el aumento de su propio excedente o por los efectos de una disminución en el consumo de los trabajadores.

$$[2.1] \quad ti_1 = \frac{EEC_1 + d_1 + TRANS_2}{CP_1}$$

$(\therefore TRANS_2 > 0)$

$$[2.2] \quad ti_1 = \frac{EEC_1 + TRANS_2}{CP_1 - x_1}$$

$(\therefore TRANS_2 > 0)$

EFFECTOS B_2

3. Se mantiene igual aunque disminuya su propio excedente o aumente el consumo de los trabajadores.

$$[3.1] \quad ti_1 = \frac{EEC_1 - x_1 + TRANS_2}{CP_1}$$

$(\therefore TRANS_2 = x_1)$

$$[3.2] \quad ti_1 = \frac{EEC_1 + TRANS_2}{CP_1 + d_1}$$

$$(\because TRANS_2 = ti_1 \cdot d_1)$$

4. Aumenta aunque disminuya su propio excedente o aumente el consumo de los trabajadores.

$$[4.1] \quad ti_1 = \frac{EEC_1 - x_1 + TRANS_2}{CP_1}$$

$$(\because TRANS_2 > x_1)$$

$$[4.2] \quad ti_1 = \frac{EEC_1 + TRANS_2}{CP_1 + d1}$$

$$(\because TRANS_2 = ti_1 \cdot d_1 + z)$$

UNIDAD O CONJUNTO TIPO II

EFFECTOS A

5. Se mantiene igual aunque aumente su propio excedente o disminuya el consumo de los trabajadores.

$$[5.1] \quad ti_2 = \frac{EEC_2 + d_2 - TRANS_1}{CP_2}$$

$$(\because TRANS_1 = d_2)$$

$$[5.2] \quad ti_2 = \frac{EEC_2 - TRANS_1}{CP_2 - x_2}$$

$$(\because TRANS_1 = ti_2 \cdot x_2)$$

6. Disminuye aunque los términos de la relación interna se mantengan iguales.

$$[6] \quad ti_2 = \frac{(EEC_2 =) - TRANS_1}{(CP_2 =)}$$

$$(\because TRANS_1 > 0)$$

7. Disminuye aunque aumente su propio excedente o disminuya el consumo de los trabajadores.

$$[7.1] \quad ti_2 = \frac{EEC_2 + d_2 - TRANS_1}{CP_2}$$

($\therefore TRANS_1 > d_2$)

$$[7.2] \quad ti_2 = \frac{EEC_2 - TRANS_1}{CP_2 - x_2}$$

($\therefore TRANS_1 = ti_2 \cdot x_2 + z$)

8. Disminuye por encima de la disminución de su propio excedente o del aumento del consumo de los trabajadores.

$$[8.1] \quad ti_2 = \frac{EEC_2 - x_2 - TRANS_1}{CP_2}$$

($\therefore TRANS_1 > 0$)

$$[8.2] \quad ti_2 = \frac{EEC_2 - TRANS_1}{CP_2 + d_2}$$

($\therefore TRANS > 0$)

EFFECTOS B

9. Se mantiene igual aunque disminuya su propio excedente por las transferencias, mediante incrementos en la productividad o disminución del consumo de los trabajadores.

$$[9.1] \quad ti_2 = \frac{EEC_2 - TRANS_1 + d^2}{CP_2}$$

($\therefore d_2 = TRANS_1$)

$$[9.2] \quad ti_2 = \frac{EEC_2 - TRANS_1}{CP_2 - x_2}$$

($\therefore x_2 = TRANS_1 / ti_2$)

10. Aumenta por encima de la disminución de su propio excedente mediante aumentos en la productividad o disminución del consumo de los trabajadores.

$$[10.1] \quad ti_2 = \frac{EEC_2 - TRANS_1 + d_1}{CP_2}$$

($\therefore d_2 > TRANS_1$)

$$[10.2] \quad ti_2 = \frac{EEC_2 - TRANS_1}{CP_2 - x_2}$$

($\therefore x_2 = \frac{TRANS_1}{ti_2 - n}$)

En realidad desde el momento en que se consideran dos o más unidades de producción la tasa de explotación se oculta. Las tasas anteriores corresponden de hecho a tasas de ingresos de excedentes, en relación con salarios o consumo de los trabajadores de la propia unidad. En un análisis que se basara en unidades de empresas llevaría a poner como base el total del capital invertido ($c + v$) para considerar la forma en que se alteran las tasas de utilidades por las transferencias, y el ocultamiento sería aún mayor.

Cabe señalar que hemos sido congruentes cuando en el tipo I sumamos las transferencias en el numerador y en el II las restamos del numerador. La operación por otra parte nos indica la fuente de las superutilidades del sector monopolista, y la lucha por el reparto del excedente con el sector de libre competencia, colonial, o agrario.

La lectura de las fórmulas anteriores es particularmente significativa cuando se destacan dos tipos de efectos: A] Los que podríamos llamar efectos propios o naturales de una relación disimétrica entre los dos tipos de unidades, y B] Los que podríamos llamar efectos inducidos o deliberados, que obedecen a una *política* destinada a utilizar la disimetría estructural para equilibrar o compensar pérdidas, o para obtener utilidades que no sólo equilibren sino superen pérdidas por otros conceptos. La distinción es relativamente difícil de hacer en una realidad histórica en que lo *natural* obedece también a una política; pero señala distintos grados de libertad y de conciencia política, que se dan ante *esa* realidad en el contexto de las unidades Tipo I y Tipo II. Así, se pueden hacer las siguientes observaciones sobre las unidades Tipo I:

1. La productividad y el consumo de los trabajadores productivos pueden ser iguales en t_2 y t_1 ; pero un aumento en los precios por unidad producida puede aumentar ti [fórmula 1].
2. ti puede aumentar por un incremento simultáneo en la productividad y en los precios, otros factores iguales [fórmula 2.1].
3. ti puede aumentar por una disminución simultánea en el consumo de los trabajadores productivos y un incremento en los precios por unidad producida.

Los procesos anteriores pueden ser efecto de una posición disimétrica históricamente natural, o de una política que tienda a aprovechar la disimetría histórico-natural. El carácter político o inducido aparece aún más cuando se observan los efectos B en las unidades tipo I.

1. Pueden mantener igual ti (o en una contabilización más próxima a la mentalidad empresarial la tasa de utilidades), si las transferencias compensan pérdidas por disminución en el excedente económico corriente, o por un aumento al consumo de los trabajadores de esas unidades. Obtener precios más altos por las mismas unidades producidas con el fin de equilibrar pérdidas es una función lineal de la disminución de la productividad en el primer caso, y una función cuadrática, en el segundo. Pero sobre este punto nos detendremos después. Ahora querríamos destacar el hecho de que una política de equilibrio de pérdidas de las unidades tipo I es una función de las pérdidas de éstas, y en el segundo caso [3.2] de sus tasas de ingreso excedente, de sus tasas de explotación y de utilidades.
2. Mediante la misma política se puede ir aún más lejos aumentando ti , aunque disminuya el excedente o aumente el consumo de los trabajadores.

En las unidades o conjuntos tipo II, la situación estructural y política es relativamente distinta. Los efectos “naturales” A hacen que aunque aumente su productividad [5.1] o disminuya el consumo de sus trabajadores productivos [5.2] se pueda mantener igual o incluso disminuya ti [7.1 y 7.2] (o su tasa de utilidades), por una relación de intercambio desfavorable.

En igual forma los términos de la relación interna pueden mantenerse iguales y disminuir sin embargo ti ; o bien, ti puede disminuir por encima de una disminución de su propio excedente, o de un aumento del consumo de los trabajadores. La debilidad de las

unidades tipo II frente a las tipo I aparece en todas las situaciones: cuando aumentarían su tasa de utilidades por su propio impulso, en que pueden permanecer igual o tener pérdidas; cuando permanecerían igual en que pueden tener pérdidas, cuando pierden por causas internas en que las pérdidas pueden ser aún mayores por las condiciones extremas.

Lo interesante de estos fenómenos es ver que mientras los efectos *B* de las unidades tipo I les permiten mantener igual o incluso aumentar las tasas de utilidades, mediante incrementos en la productividad y transferencias, dejando también iguales o incluso aumentando los salarios, los efectos *B* en las unidades tipo II no pueden recurrir a las transferencias para equilibrar o compensar pérdidas, sino a *incrementos* en la productividad o a *disminuciones* en los salarios. Esta limitación a la libertad para una política de las empresas tipo II, aparece claramente en las fórmulas 9.1, 9.2, 10.1, 10.2, en que precisamente la pérdida que se busca equilibrar o compensar con creces, se debe a las transferencias derivadas de una relación de precios desfavorable con las unidades tipo I. En las unidades tipo II el problema es precisar las posibilidades, primero de un aumento de su productividad (que por lo demás puede saturar el mercado o provocar nuevas caídas en los precios de venta) o de una disminución al consumo de los trabajadores productivos, fenómenos éstos que constituyen la norma política de los países dependientes frente a los países imperialistas, y dentro de unos y otros, de las empresas pequeñas frente a las grandes, del sector libre frente al monopolista, del sector agrícola frente al industrial, de los sectores arcaicos frente a los “enclaves” modernos de los países dependientes.

Ahora bien, en ninguna de las fórmulas anteriores, próximas al razonamiento y contabilización del empresario, aparece claramente la superexplotación del trabajador colonial. Para ello es necesario hacer una operación distinta que consiste en no incluir la transferencia en las unidades o conjuntos tipo I, sino en las unidades o conjuntos tipo II –es decir, en las que transfieren una parte de su propio excedente– (considerando que el excedente transferido tiene como origen un aumento en la explotación absoluta de los trabajadores de II, o en la productividad del trabajador de II), con lo que tendríamos que la tasa de explotación de los trabajadores de II es siempre mayor del registro que se haría si sólo se tomaran en cuenta los excedentes que conserva II, como se advierte con facilidad por la lectura del siguiente cuadro:

CÁLCULO DE LA EXPLOTACIÓN EN LAS UNIDADES O CONJUNTOS TIPO II

Si se incluyen las transferencias, la tasa de explotación, es siempre mayor que la que se registra:

1. Cuando los términos permanecen iguales.

$$[1] \quad te_2 = \frac{(EEC_2 =) + TRANS_1}{(CP_2 =)}$$

2. Cuando aumenta el excedente.

$$[2] \quad te_2 = \frac{EEC_2 + d_2 + TRANS_1}{CP_2}$$

3. Cuando disminuye el excedente.

$$[3] \quad te_2 = \frac{EEC_2 - x_2 + TRANS_1}{CP_2}$$

4. Cuando aumenta el consumo de los trabajadores productivos.

$$[4] \quad te_2 = \frac{EEC_2 + TRANS_1}{CP_2 + d_2}$$

5. Cuando disminuye el consumo de los trabajadores productivos.

$$[5] \quad te_2 = \frac{EEC_2 + TRANS_1}{CP_2 + x_2}$$

Ahora bien, una vez que se registren siempre las transferencias y que aparece la explotación que oculta la contabilización habitual, hay distintas posibilidades de cambio en la tasa de explotación de las unidades o conjuntos tipo II, como se ve en el siguiente cuadro:

CAMBIOS EN LA TASA DE EXPLOTACIÓN EN LAS UNIDADES O CONJUNTOS TIPO II

1. Aumenta aunque los términos de la relación interna se mantengan iguales, en función de valores transferidos.

$$[1] \quad te_2 = \frac{(EEC_2 =) + TRANS_1}{(CP_2 =)}$$

($\therefore TRANS_1 > 0$)

2. Aumenta por encima del aumento que se derivaría del excedente conservado por la propia unidad o que se derivaría de una disminución al consumo de los trabajadores de la propia unidad.

$$[2.1] \quad te_2 = \frac{EEC_2 + d_2 + TRANS_1}{CP_2}$$

($\therefore TRANS_1 > 0$)

$$[2.2] \quad te_2 = \frac{EEC_2 + TRANS_1}{CP_2 - x_2}$$

($\therefore TRANS_1 > 0$)

3. Aumenta aunque disminuya el propio excedente o aumente el consumo de los trabajadores.

$$[3.1] \quad te_2 = \frac{EEC_2 - x_2 TRANS_1}{CP_2}$$

($\therefore TRANS_1 > x_2$)

$$[3.2] \quad te_2 = \frac{EEC_2 + TRANS_1}{CP_2 + d_2}$$

($\therefore TRANS_1 = te_2 \cdot d + 2$)

4. Se mantiene igual aunque disminuya su propio excedente o aumente del consumo de los trabajadores.

$$4.1 \quad te_2 = \frac{EEC_2 - x_2 + TRANS_1}{CP_2}$$

($\therefore TRANS_1 = x_1$)

$$4.2 \quad te_2 = \frac{EEC_2 + TRANS_1}{CP_2 + d_2}$$

($\therefore TRANS_1 = te_2 \cdot d_2$)

1. Así, si en un primer tiempo (t_1) no hay transferencia de valor y en un segundo tiempo (t_2) la hay, quiere decir que el incremento d en la productividad fue transferido. La tasa de explotación aumenta así en función de incrementos de excedentes que son transferidos.
2. La tasa de explotación puede aumentar [2.1] en función de un incremento del excedente conservado por la unidad y de un excedente transferido, dejando igual el consumo del sector productivo, o puede aumentar [2.2] en función de las transferencias y de una disminución en el consumo de los trabajadores, dejando igual el excedente conservado por la unidad.
3. La tasa de explotación aumenta aunque disminuya el propio excedente o aumente el consumo de los trabajadores productivos [3.1 y 3.2] o se mantiene igual aunque disminuya su propio excedente o aumente el consumo de los trabajadores.

De hecho la tasa de explotación puede aumentar, permanecer igual o disminuir, independientemente de que permanezca igual la relación entre los factores de la producción de las unidades, en función del comportamiento de las transferencias. Pero obviamente en la realidad social existen posibilidades más viables que otras por la asociación que presenta la repartición del excedente con las fuerzas políticas de la unidad correspondiente. Así, la lucha por arrebatar o conservar el excedente de una unidad por medio de transferencias presenta una serie de variantes que en un sistema abierto y complejo no tienen las características de un sistema cerrado y simple:

1. En efecto, en un sistema cerrado y simple la tasa de la explotación aumenta o disminuye en función de aumentos o disminuciones en el numerador, o de disminución o aumento en el denominador [fórmulas 1 a 4, o 16 a 20]; en cambio en un sistema abierto y complejo las unidades tipo I pueden aumentar su tasa de utilidades sin aumentar la explotación de sus trabajadores e incluso disminuyéndola o anulándola, y las unidades tipo II pueden disminuir su

tasa de utilidades no obstante que aumenten sus tasas de explotación, mediante incrementos en la productividad o disminución al consumo de sus trabajadores. Los cambios pues *no operan con el determinismo propio del modelo no contextual*.

2. Sin embargo hay dos puntos límites de los cuales derivan algunas leyes de carácter determinista, *dados* a] un aumento al consumo de los trabajadores directamente ligados a la producción y b] una pérdida de excedentes.

Estas leyes son a] la que permite *mantener igual* tasa de explotación de una unidad no obstante que aumente el consumo de sus trabajadores, mediante incrementos en la productividad o mediante transferencias que arranca a otras unidades, y b] la que permite mantener igual la tasa de explotación de una unidad, no obstante que tenga pérdidas por transferencias a otras unidades, mediante disminuciones al consumo de los trabajadores. Tomando los casos más comunes el problema consiste en saber: 1. Para las unidades tipo I ¿de qué orden deben ser las transferencias para equilibrar pérdidas en la tasa de utilidades por concepto de aumentos a los trabajadores? y, 2. Para las unidades tipo II ¿de qué orden deben ser las compresiones o disminuciones de ingresos a los trabajadores productivos para equilibrar pérdidas que provengan de transferencias del excedente a las unidades tipo I? Analizando el problema por tasas de explotación tenemos las siguientes:

LEYES QUE PERMITEN MANTENER IGUAL LA TASA DE EXPLOTACIÓN⁷¹

$$1. \text{Sea } te = EEC/CP$$

Si al denominador se le aumenta d

$$[1] \quad te = \frac{EEC}{CP + d}$$

Para que te no se altere se le suma al numerador d' , entonces:

$$[2] \quad te = \frac{EEC + d'}{CP + d}$$

d' varía de acuerdo con la siguiente ley

⁷¹ Agradecemos al profesor Santiago Argot el habernos proporcionado la solución a las ecuaciones correspondientes a d' y a x' .

$$[3] \quad d' = te \cdot d \quad (EEC, CP \text{ ctttes})$$

Para que te sea aumentada hacemos

$$[4] \quad d' = te (d + z)$$

$$2. \text{Sea } te = EEC/CP$$

Si al numerador se le resta x

$$[5] \quad te = \frac{EEC - x}{CP}$$

Para que te no se altere se le resta el denominador x' , entonces:

$$[6] \quad te = \frac{EEC - x}{CP - x'}$$

x' varía de acuerdo con la siguiente ley

$$[7] \quad x' = x / te \quad (EEC, CP \text{ ctttes})$$

Para que te sea aumentada hacemos:

$$[8] \quad x' = \frac{x}{te - z}$$

En las condiciones anteriores tenemos las siguientes leyes derivadas:

1. A mayor d y mayor te , incremento creciente de d' para mantener $te = .$
2. A mayor x y mayor te igual necesidad de x' para mantener $te = .$ Las rectas que se generan al incrementar x tienen pendiente superior a 1, las rectas que se generan al incrementar te corresponden al recíproco de las pendientes anteriores, por lo que x'

tiende a ser mayor en el primer caso y menor en el segundo, ante incrementos proporcionales de x y te .

3. A igual d y mayor te necesidad proporcionalmente mayor de d' para mantener $te =$.
4. A igual x y mayor te disminución creciente de x' para mantener $te =$.
5. A igual te y mayor d necesidad proporcionalmente mayor de d' para mantener $te =$.
6. A igual te y mayor x necesidad proporcionalmente mayor de x' para mantener $te =$.
7. A mayor d y menor te tiende a generarse una curva normal en cuanto a los incrementos necesarios para mantener $te =$.
8. A mayor x y menor te necesidad de un incremento creciente de x' para mantener $te =$.

Estas leyes, que aparecen con más claridad en los cuadros y gráficos del anexo II, permiten precisar una serie de hipótesis, que la experiencia histórica confirma, y que tienen una alta viabilidad en una investigación empírica de sociología de la explotación. A continuación precisamos algunas de las más significativas:

1. A un incremento en el consumo de los trabajadores (d) y una mayor tasa de explotación (te) corresponde un incremento creciente de d' (mediante la productividad o las transferencias) para mantener te igual, lo cual explica la mayor resistencia a aumentar salarios conforme mayor es la tasa de explotación (empresas coloniales, pequeñas, etcétera).

La resistencia anterior se acentúa conforme coincide con obstáculos para aumentar la productividad (falta de capital-dinero, de tecnología, de técnicos y trabajadores calificados, de mercado), o para obtener transferencias.

La libertad del empresario que opera inserta en la relación $p: v$ disminuye por una serie de factores que operan en formas sinérgicas en las unidades de tipo II.

2. A mayores pérdidas (x) y mayor te , igual necesidad de x' para que no se altere te .

Esto es que si la *magnitud* de las pérdidas o disminuciones del *EEC* es proporcionalmente equivalente en dos o más unidades a sus respectivas tasas de explotación, el monto de x' que permite equilibrar la pérdida es el mismo. Así, si en una empresa A la tasa de explotación es del 100% y

tiene una merma x mientras en una empresa B la tasa de explotación es de 300% y tiene una merma x tres veces mayor que la de la empresa A, dado que su tasa de explotación es también tres veces mayor necesita el mismo monto de x' para equilibrar pérdidas tres veces mayores.

El monto igual de disminución a los trabajadores productivos, calculado en números absolutos es, sin embargo, proporcionalmente mayor respecto del monto total de ingresos de los trabajadores de las pequeñas empresas y de las empresas coloniales con salarios menores por trabajador: los afecta en sus mínimos vitales y sobre una base de ingreso absoluto por trabajador menor que la de los trabajadores de las grandes empresas y de las empresas metropolitanas.

De otro lado es conveniente destacar que si los montos absolutos de x' son iguales en el mismo eje, conforme las coordenadas del eje corresponden a razones en que va disminuyendo el numerador y aumentando el denominador, en formas proporcionales, los montos absolutos de x' van disminuyendo. La variación absoluta de x' depende así de los términos de la razón $x : te$; pero es poco útil para el análisis de las diferencias reales entre un eje y otro mientras puede serlo para destacar el hecho arriba señalado de que montos iguales de x' pesan en forma diferente sobre los ingresos *per capita* de los trabajadores, no obstante que x' constituye un % decreciente respecto de la masa de ingresos de los trabajadores productivos, como se ve por el siguiente cuadro:

x	te	x'	$x'/x .100$
1 000	÷ 1	= 1 000	100
2 000	÷ 2	= 1 000	50
3 000	÷ 3	= 1 000	33
4 000	÷ 4	= 1 000	25
5 000	÷ 5	= 1 000	20

Otra observación relacionada con la realidad social es que igual monto de x' supone siempre pérdidas menores de x en las unidades tipo I respecto a las tipo II, lo cual permite formular hipótesis sobre una mayor sensibilidad de las pérdidas de excedente.

TIPOS DE UNIDADES

I *II*

$$x : te :: x : te = x'$$

$$1 : 3 :: 3 : 9 = 1/3$$

$$1 : 2 :: 2 : 4 = 1/2$$

$$2 : 1 :: 4 : 2 = 2/1$$

$$4 : 1 :: 8 : 2 = 4/1$$

3. A igual aumento en el consumo de los trabajadores productivos y mayor tasa de explotación necesidad proporcionalmente mayor de d' para que no se altere te , lo cual explica nuevamente que las empresas *no* monopolistas de la metrópoli, y las empresas coloniales opongan más resistencias por esta sola circunstancia a los aumentos de ingresos del sector trabajo. En términos de transferencias puede decirse que conforme la tasa de explotación es mayor, mayor tiene que ser la transferencia y viceversa. Así, los aumentos a los salarios metropolitanos afectan tanto menos a los países coloniales cuanto la tasa de explotación en aquéllos es menor.
4. A igual pérdida en el excedente (EEC) y mayor tasa de explotación (te), disminución creciente de x' para que no se altere te , lo cual no obsta para que en términos reales una menor y decreciente disminución de los ingresos de los trabajadores más explotados, deje de afectarlos gravemente, incluso en sus mínimos vitales.
5. A igual tasa de explotación y mayor aumento al consumo de los trabajadores necesidad proporcionalmente mayor de d' para que no se altere te . Esta proposición como la siguiente son las que se perciben con más facilidad y tienden a generalizarse, sin considerar las demás posibilidades.
6. A igual tasa de explotación y mayor pérdida de excedente, necesidad proporcionalmente mayor de x' para que no se altere te .
7. A mayor aumento de ingresos a los trabajadores productivos (d) y menor te (tasa de explotación) tiende a generarse una curva normal en cuanto a los incrementos necesarios para mantener $te =$. Dicho de otro modo, a partir del valor medio d y del valor medio te de un conjunto n cualquier producto de d

y te que esté por debajo de la media y sea el inverso de un decremento igual, de d y de te , hará que se necesiten magnitudes equivalentes de d' por factores inversos para mantener $te =$. En estas condiciones es necesario estudiar los valores de las distintas distribuciones de d y te para analizar el fenómeno en sus límites históricos y sociales con la siguiente hipótesis: Desde el punto de vista político a partir de pequeños aumentos sobre la base de altas tasas de explotación la resistencia al aumento de ingresos de los trabajadores puede ser creciente conforme se van igualando, d por sus incrementos y te por sus decrementos, y después la resistencia puede ir disminuyendo conforme te disminuye, no obstante que d aumente en números absolutos.

8. A mayor pérdida de excedente (x) y menor tasa de explotación (te), incremento creciente de x' para que no se altere te lo cual sugiere la hipótesis de que una crisis o pérdida del excedente afecta en formas crecientes (no proporcionales) a las unidades con pérdidas mayores y menores tasas de explotación. La crisis así puede revestir novedades y cambios desproporcionados conforme las pérdidas de excedente son más grandes en una estructura altamente avanzada e industrializada.

De otro lado, el reconocimiento de la existencia de *un sistema complejo y contextual* exige tomar una serie de precauciones para el análisis de la explotación:

1. Considerando que el excedente transferido tiene como origen un aumento en la explotación absoluta de los trabajadores de II, o en la productividad del trabajo de II, la precisión de este problema, así como la precisión de la parte correspondiente a cambios en el excedente que dependen de cambios en la productividad del capital exige desglosar estos factores en el contexto de las unidades tipo II, adaptando las fórmulas correspondientes a la simbología contable y al análisis contextual.

La forma óptima del análisis consistiría en desglosar la distribución de las transferencias en las unidades tipo I viendo qué parte va al capital y cuál al trabajo metropolitano, y en analizar el origen de las transferencias que remiten las unidades tipo II, estudiando los determinantes de las mismas y la contribución respectiva: la explotación de tipo tradicional, la productividad del trabajo, la organización, la tecnología, etc. Como las dificultades para obtener semejante material son con frecuencia insuperables, el camino práctico para tener una imagen precisa sobre la explotación en distintos contextos, con los datos disponibles, consiste en distinguir las estructuras de la ex-

plotación, en utilizar críticamente los distintos tipos de agregación, en estudiar sus correlaciones y covariaciones, y en especificarlos en la estructura y la historia.

Éste es el paso necesario y previo al análisis de otras variables políticas y sociales del fenómeno de la explotación en que se utilicen modelos probabilísticos.

2. El cálculo de la cuota de explotación de una unidad o conjunto de unidades del tipo II requiere de un lado desglosar los índices del excedente y del consumo de los trabajadores directamente ligados a la producción, y de otro considerar las transferencias que ocurren por los cambios en los precios de compraventa de la unidad, y todas las remesas que realiza ésta a la unidad o conjunto de unidades de tipo I por concepto de utilidades, intereses, rentas, impuestos, con lo que el desglose de la fórmula para una investigación empírica supone así el siguiente enunciado: $te_2 = EEC_j +$ (utilidades, intereses, rentas, impuestos o tributos remitidos o pagados a las unidades tipo I) + efecto de la relación de intercambio $/CP_2$.

Con los mismos supuestos pero con distinta base –que incluye el capital invertido en su conjunto– se puede analizar la tasa de utilidades de las empresas contabilizando como utilidades solamente aquellas que conserva la unidad tipo II (EEC_2); mientras en el caso de las empresas de tipo I se suman todos los excedentes que provienen del comercio con otras unidades, o de las remesas de otras unidades.

3. La delimitación de las unidades de datos y análisis resulta de la mayor importancia –en las circunstancias señaladas en las páginas anteriores–: las unidades dependientes, dominadas, con relaciones de intercambio desfavorables, y que son remitentes de utilidades, intereses, rentas, impuestos, deben ser claramente distinguidas de las unidades que se encuentran en una posición contraria.

La distinción se puede hacer empleando una o más de esas variables y de sus indicadores respectivos, y es interesante estudiar las posibilidades de diseñar un índice compuesto que busque medir y delimitar a las unidades que se benefician, o que resienten los procesos de transferencia. Obviamente estas unidades se tienen que distinguir por lo menos en formas dicotómicas para analizar los fenómenos generales de la transferencia en los contextos de unidades beneficiadas y afectadas, o en un universo estratificado de acuerdo con el grado de beneficio o afectación de que son objeto sus unidades en relación a las transferencias.

La delimitación necesita comprender las unidades geográficas e igualmente las empresas. Los conjuntos de unas y otras –en unidades de análisis como las naciones metropolitanas y coloniales, las regio-

nes rurales y urbanas, los sectores industriales– permitirán analizar el comportamiento de las variables en el interior de cada conjunto y subconjunto en tal forma que se controle cualquier generalización por el contexto en que ocurre o tiene más probabilidades de ocurrir.

Para que la delimitación de las unidades de datos y análisis corresponda a la estructura real es necesario que tanto las unidades de datos como las unidades de análisis sean heterogéneas o contradictorias, en el sentido de que contengan siempre el triple juego de las unidades compuestas, de las unidades simples y de las unidades integrantes. Desde este punto de vista es particularmente importante destacar que un complejo industrial que depende de una sola empresa, por el hecho de tener varias unidades simples que lo integran no es una unidad compleja en el sentido cabal de la palabra, y que a los propios establecimientos se añaden indisolublemente aquel tipo de empresas o productores con los que guarda relaciones disimétricas, que generan procesos de transferencia. En igual forma, cuando se estudia a los pequeños productores que no usan trabajo asalariado la unidad compleja a la que pertenecen no es la gama integrada por esos productores, sino por los ingenios, las despepitadoras, las maquilas, los prestamistas, bancos o comerciantes con los que tienen relaciones comerciales y monetarias.

En el caso de un país imperialista la unidad compuesta incluye sus colonias o los países que dependen del mismo en lo político y lo económico. En el de un país colonial o dependiente, la división política de las fronteras internacionales del mismo no es la división idónea para el análisis de sus unidades interiores y el comportamiento de las variables internas, sino el área con la que ese país guarda relaciones comerciales, financieras y políticas predominantes y disimétricas, que generan la transferencia de una parte de su excedente. Las categorías de empresas, o de unidades geográficas requieren una delimitación semejante que considera como universo mínimo para el análisis los conjuntos de unidades compuestas que forman.

4. Pensando en términos de desarrollo los elementos anteriores nos obligan a considerar también las relaciones reales entre empresas, sectores, regiones, naciones que permiten aumentar las tasas de utilidades de las empresas, dejando iguales las utilidades y los salarios, mediante transferencias de las sucursales que operan en regiones distintas, o de otras empresas menores que pueden operar en la misma o distinta región y que guardan relaciones comerciales disimétricas con la gran empresa –urbana, metropolitana, monopolista, etc. En el caso de las naciones puede ocurrir otro tanto: dejando iguales los excedentes económicos corrientes (*EEC*) y el producto social disponible (*PSD*) de tipo *interno* puede aumentar su tasa de formación del excedente económico corriente mediante transferencias del sector agrícola al industrial, de las zonas rurales a las urbanas, de las colonias y los países dependientes

a las metrópolis, lo que dará tasas de desarrollo más altas de las que se obtendrían considerando exclusivamente los factores internos.

En estas condiciones tenemos que puede darse un incremento de la tasa total del excedente económico corriente –del que habitualmente se registra– sin que aumente el excedente económico corriente interno, ni disminuyan los ingresos de los trabajadores directamente ligados a la producción, sin que disminuyan los gastos de renovación, sin que aumente la productividad, del país o región mediante simples transferencias que provienen de otras regiones o países. Las tasas de desarrollo de los países ocultan frecuentemente estos hechos, y los llegan a ocultar incluso para los propios pensadores marxistas.

5. Conscientes de estas posibilidades perfectamente reales se plantean dos tipos de problemas ideológicos:

I. Ignorar la importancia que tiene en el crecimiento de la tasa de utilidades o de la tasa de desarrollo de una unidad, la disminución de los ingresos de las unidades más débiles y, dentro de éstas, particularmente de los productores directos (agricultores, obreros de la industria y el transporte) en curvas de distribución que no se consideran por unidades complejas, simples e integrantes y que deberían considerarse para tener una imagen de la forma en que se distribuye la carga de la explotación.

II. Ignorar la importancia que tiene en el crecimiento de las utilidades de una empresa o en el producto de un país o región el incremento de la productividad, postulando que el crecimiento del ingreso, las utilidades y niveles de vida de las unidades del tipo I proviene sobre todo de la explotación. Los países altamente desarrollados, los trabajadores de las empresas con mayor productividad no tienen los niveles de ingreso y consumo actuales como efecto exclusivo de un reparto del excedente extraído a las unidades más débiles; quizá ni siquiera lo tienen como un efecto predominante.

La productividad sin duda ha generado un producto mucho mayor en términos globales y macroeconómicos que la explotación. Si esta última alcanza un peso extraordinario en el origen del desarrollo, hoy la tecnología, la organización, la calificación del trabajo se encuentran en el trasfondo de los niveles de vida y consumo de las unidades del tipo I, y aunque dentro de cada una de ellas, en su interior, el reparto de los beneficios de la productividad no opere en formas simultáneas a los adelantos técnicos y científicos, ni corresponda a una curva de repartición ideal como pretenden los publicistas, es evidente que corresponde a la fuente diaria y renovada del producto gigantesco de las naciones más desarrolladas de nuestro tiempo y de las unidades más avanzadas. Por ello, si estudiar el desarrollo sin considerar la categoría de la explotación corresponde a un análisis ri-

gurosamente falso, hacer depender aquél exclusivamente de la explotación es también rigurosamente falso. No sólo, sino que este último tipo de error o de retórica, genera una incomprensión de los cambios históricos más sustanciales, particularmente de aquellos que hacen hoy de la explotación un verdadero absurdo en la organización humana y que, en términos puramente objetivos están provocando la crisis mundial contemporánea.

Si se quiere pensar en términos morales que no por ello dejan de ser objetivos, la hipótesis viable es que los habitantes de los países altamente desarrollados o los obreros de las grandes empresas renuevan e incrementan sus bienes de consumo con su propio trabajo y con los efectos de la calificación del mismo aplicada a una tecnología y productividad creciente, y que son pequeños grupos o núcleos –que posiblemente no pasen de algunos millares de hombres– los que en esos mismos países detentan la propiedad de los grandes monopolios y se benefician de la explotación de los hombres que viven en las regiones coloniales y en las unidades de producción más débiles en lo económico y lo político.

ESTRUCTURA, MÉTODO, HISTORIA

Si pensamos en nuestro punto de partida hay una serie de elementos que quedan y otros que es necesario precisar dentro del nuevo contexto; pero todos cobran una perspectiva en parte distinta, que querríamos destacar como un nuevo punto de partida para el estudio de la explotación en la etapa de la competencia monopolista, tan distinta de la etapa clásica de competencia semiperfecta.

Una sociología de la explotación en la época actual requiere precisar su metodología con base en la estructura y la historia contemporánea, y en los avances técnicos de la investigación y el análisis. La dialéctica de la realidad y de la técnica han modificado con el tiempo la situación histórica de la dialéctica de la realidad y de la técnica tal y como ésta aparecía hace cien años. Si en los discursos destinados a la persuasión resulta más fácil comunicar todavía hoy los grandes descubrimientos del marxismo con sus propias palabras y tradiciones, en la investigación científica de los fenómenos de la explotación es imprescindible registrar las contradicciones actuales también con los instrumentos actuales. No se trata de reformas religiosas que puedan censurar los apegados a la fe original, sino de hábitos científicos, en que la exégesis correcta de la obra de un maestro es en último caso menos importante que la verificación de los hechos nuevos, con los símbolos e instrumentos más adecuados. La atención a esos símbolos e instrumentos no lleva hoy al eclecticismo como tampoco llevó a los clásicos del pensamiento crítico marxista. Tampoco lleva a la falsa conclusión de que el análisis de clases y de la lucha implícita o explícita de clases es obsoleto. Por el contrario, confirma que esas luchas –en forma velada o consciente– se dan hasta hoy por más que las fuerzas dominantes

busquen mediatizarlas y enajenar; o desestructurar; o subyugar mental y moralmente a los oprimidos, a los explotados, discriminados y excluidos.

La *razón* sigue siendo hoy la base de la matemática de la explotación. Es la estructura primigenia de las unidades de datos y análisis del fenómeno y la expresión del descubrimiento esencial de la existencia de las clases y de la lucha que unas libran con otras por conservar para sí el producto excedente; pero resulta necesario transformarla –como unidad de datos o análisis y como medida– en un conjunto más amplio y en medidas más precisas, que la desarrollan.

De otra parte, es indispensable desechar un tipo de expresión que hemos venido usando en las fórmulas anteriores, y que tenía fines meramente heurísticos: en efecto, al referirnos a los factores que alteran o modifican los términos de la *razón* empleamos la noción de *funciones*; que en un modelo determinista se encuentra implícita y es una forma simple de expresar la noción de causalidad, pero que no corresponde al comportamiento real de los fenómenos sociales en los que con frecuencia vemos cómo al mismo valor de x corresponden dos o más valores de y . En este terreno, es necesario de un lado precisar la diferencia entre la explicación causal relacionada con la estructura –que expresa la razón matemática–, y la explicación causal relacionada con los factores que cambian los términos de la misma y operan en formas probabilísticas, de probabilidad variable, según el lugar que ocupan en una estructura compleja. Ello nos obliga a mantener la noción de estructura como conjunto complejo y a especificar las relaciones de variables dentro de la estructura, transformando las fórmulas de [0] a [15] en hipótesis probabilísticas sobre el comportamiento de los factores en los principales subconjuntos.

Finalmente es necesario hacer énfasis en el carácter *también* político y no sólo probabilístico de la estructura actual, y en el carácter *también* histórico de la estructura actual de la explotación.

a. *La razón y las unidades de la estructura*

La razón matemática es simultáneamente la representación de una unidad de datos, del comportamiento de las variables que la integran y la expresión que se emplea para medir la cuota de explotación. Cada una de estas propiedades amerita una formalización más compleja para captar en su conjunto el fenómeno y para determinarlo de una manera más precisa.

Si intentamos expresar la forma que reviste la estructura de la explotación desde el punto de vista de las unidades de datos de un universo diferenciado, encontramos que la línea divisoria de los términos de la razón se repite y especifica en el contexto de una matriz esencialmente distinta de la matriz de datos que surge cuando el punto de partida de la diferenciación del universo y de su especificación es la proporción o la distribución.

En el primer caso tenemos un cuadro del siguiente tipo:

CUADRO III

MATRIZ DE DÍADAS DE EXPLOTACIÓN

$$O_3 = \left[\begin{array}{c} \underline{RV_1} \\ \underline{RV_2} \end{array} \left[\begin{array}{c} \underline{O_1} = \left[\begin{array}{c} RV_1 \\ RV_2 \end{array} \right] \begin{array}{c} O_1 = \left[\begin{array}{c} r_1 \quad v_1 \\ r_2 \quad v_2 \end{array} \right] \\ O_2 = \left[\begin{array}{c} r_3 \quad v_1 \\ r_4 \quad v_2 \end{array} \right] \\ O_3 = \left[\begin{array}{c} r_5 \quad v_1 \\ r_6 \quad v_2 \end{array} \right] \\ O_4 = \left[\begin{array}{c} r_7 \quad v_1 \\ r_8 \quad v_2 \end{array} \right] \end{array} \right. \end{array} \right.$$

En el caso de llevar la proporción a un universo diferenciado y convertirla en un complejo de distribución tenemos una matriz del siguiente tipo:

CUADRO IV

MATRIZ DE UNIDADES INDIVIDUALES

$$O_7 = \left[\begin{array}{c} \underline{R_3} \end{array} \left[\begin{array}{c} \underline{O_5} = \underline{R_1} \\ \underline{O_6} = \underline{R_2} \end{array} \left[\begin{array}{c} \underline{O_1} = R_1 \\ \underline{O_2} = R_2 \\ \underline{O_3} = R_3 \\ \underline{O_4} = R_4 \end{array} \right] \begin{array}{c} O_1 = r_1 \\ O_2 = r_2 \\ O_3 = r_3 \\ O_4 = r_4 \\ O_5 = r_5 \\ O_6 = r_6 \\ O_7 = r_7 \\ O_8 = r_8 \end{array} \right. \end{array} \right.$$

La notación corresponde en parte a la usada por Galtung en su estudio sobre teoría y método de la investigación social, aunque distinguimos como Allardt las unidades de datos respecto de las unidades de

análisis.⁷² (O = Unidad de datos, \underline{O} = Clase de unidades, V == Variable, r = valor, R = agregados de valores).

Las diferencias entre los dos cuadros son altamente significativas:

CUADRO III	CUADRO IV
<p>1. La relación es una unidad indisoluble en que los individuos son <i>partes</i>.</p> <p>2. Las unidades indisolubles están separadas. El signo de igual corresponde a la unidad que comprende las dos partes que las divide. O es a la vez una unidad de datos y una medida.</p> <p>3. \underline{O} es una medida de la relación entre la Σ de unidades de análisis V_1 y V_2.</p> <p>4. Los valores de V en cada unidad de datos exigen distinguir la estructura de la unidad de acuerdo con los términos de la misma. (V_1 y V_2).</p> <p>Desde este punto de vista las unidades menores del cuadro IV pueden servir para analizar la estructura de las unidades de datos del cuadro III, siempre que sean separadas por las categorías V_1 y V_2.</p> <p>5. Las unidades de datos O_n pueden ser especificadas en las unidades de análisis del cuadro IV (\underline{O}_n).</p> <p>6. Al llegar a los elementos últimos de la unidad de datos (obrero-propietarios) el objetivo primordial es determinar la cuota de explotación de unos por otros.</p> <p>7. La agregación de r exige distinguir las categorías correspondientes a cada clase para que las medidas relativas de los agregados sigan siendo una medida de la explotación. $\underline{O} = R_n \cdot V_i / R_n \cdot V_i$</p> <p>8. Las unidades de datos O y las unidades de análisis O estén o no especificadas, comprendan todo el universo o una parte de él suponen siempre la división entre dos partes correspondientes a la razón.</p>	<p>1. El individuo es un caso o un estrato.</p> <p>2. El signo de igual corresponde a la unidad que comprende una parte o que suma los valores de las partes, que los agrega. O es una unidad de datos.</p> <p>3. \underline{O} es una unidad de análisis de la Σ de los valores de las unidades de análisis menores (R_n) o de las unidades de datos (r_n).</p> <p>4. Los valores de V en cada unidad de datos (O_n) son especificados en las unidades mayores (\underline{O}_n) en distintos grados de agregación.</p> <p>5. Las estructuras de las unidades de análisis \underline{O}_n se puede estudiar con las unidades de análisis menores del cuadro III.</p> <p>6. Al llegar a los elementos últimos de la unidad de datos (cuando \underline{O}_n = estratos) el objetivo primordial es determinar la distribución en los estratos.</p> <p>7. La agregación de r permite obtener las medidas de unidades mayores en números absolutos, en que R es el valor de estas unidades. $R_n = R_n$</p> <p>8. Las unidades de datos pueden ser divididas y subdivididas en estratos y substratos, sin que aparezca el requerimiento de que cada uno implique la división en dos partes opuestas y la razón de los valores correspondientes a cada una.</p>

72 Cf. Johan Galtung, *Teoría y métodos de la investigación social*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1966, t. I, y Erik Allardt, "Implications of Within-Nation Variations and Regional Imbalances for Cross National Research", Merritt y Rokkan (ed.), *Comparing Nations*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1966, pp. 584 ss.

En la realidad estos dos cuadros se sobreponen y traslapan, de tal modo que en el mejor de los casos sólo se perciben las unidades de datos y análisis de cada uno, y en general se confunden o seleccionan de acuerdo con las posiciones políticas e ideológicas de los autores. Ambos reflejan esquemáticamente hechos reales y estructuras reales de la sociedad neocapitalista, pero mientras el primero es la imagen de la estructura de la explotación, el segundo lo es de la estructura de la distribución; mientras el primero considera unidades de datos en que los valores absolutos y los individuos son términos de una relación en que lo significativo es el valor relativo y la unidad de las partes opuestas, en el segundo las unidades de datos son individuos o colectivos individuales, en que los valores absolutos y las características globales son significativos en un contexto diferenciado y relativo a la posición que ocupan en la distribución.

Combinando uno y otro cuadros aparecen las posibilidades analíticas de las categorías correspondientes y la necesidad de dar un contenido específico a cada una dentro del universo de la estructura social.

Cabe observar que en el cuadro III sólo se analizan las relaciones de díadas de obreros-patronos de una unidad; pero que como vimos con anterioridad las relaciones forman unidades mucho más complejas, que necesitan ser identificadas.

Considerando ambas circunstancias tenemos la necesidad metodológica de identificar al obrero con el patrono con el que puede tener relaciones de explotación y no sólo con el que directamente trabaja. En la matriz que se indica a continuación se precisa el problema:

CUADRO V

Patronos	Obreros			
	1	2	3	4
1	+			
2		+		
3			+	
4				+

En efecto, en el esquema clásico la relación de explotación sólo se analiza en el contexto de la misma unidad y la cuota de explotación del trabajador por la burguesía es la razón entre la suma de la plusvalía de todas las unidades desde 1 hasta n , entre el capital variable desde 1 hasta n ; pero con las transferencias del mercado existe la posibilidad de que haya relaciones de explotación entre los obreros de una unidad

por los patronos de otra, relaciones que son de la mayor importancia, y que es necesario poder registrar; al lado de las demás características significativas de la estructura social. Si estas relaciones se indican con el signo de + el lado derecho superior de la matriz tiene la probabilidad de contener muchos de estos signos, a partir del supuesto de que las unidades de patronos van en un orden decreciente de poder.

No cabe ignorar, sin embargo, las dificultades empíricas de una investigación de este tipo lo cual nos obliga a esbozar las hipótesis no sólo en términos probabilísticos –según explicamos con anterioridad–, sino mediante el uso de valores absolutos que se relacionan como factores y no como razones, con lo que los coeficientes de correlación y el análisis multivariado de los datos absolutos pueden ayudar a sustituir la falta de una información específica en cuanto al funcionamiento del sistema.

En estas condiciones podríamos destacar las siguientes hipótesis:

1.	<i>Conjunto ecológico</i>	1	2	3	4
2.	Poder de las unidades del conjunto ecológico	1°	2°	3°	4°
3.	Masa del excedente económico ecológico	1°	2°	3°	4°
4.	<i>Conjunto de empresas</i>	1	2	3	4
5.	Poder de las empresas o los subconjuntos (por funciones, sectores y ramas)	1°	2°	3°	4°
6.	Masa de utilidades, rentas, intereses	1°	2°	3°	4°
7.	Productividad	1°	2°	3°	4°
8.	Salarios, prestaciones, consumo de servicios públicos	1°	2°	3°	4°
9.	Fuerza política obrera	1°	2°	3°	4°
10.	Relaciones de producción favorables o transferencias	1°	2°	3°	4°
11.	Tasa de explotación	4°	3°	2°	1°

El cuadro de hipótesis anterior supone una correlación positiva entre todas las variables indicadas y negativa en cuanto a la tasa de explotación de los trabajadores. La especificación de estas hipótesis en los distintos contextos de la estructura social y el análisis de las mismas en forma de correlaciones parciales y en otros tipos de análisis multivariados, puede permitir precisar el fenómeno a un grado extraordinario. Pero como se trata de variables compuestas, de verdaderos índices integrados por una serie de indicadores, aparte de la conveniencia de utilizar los trabajos sobre índices de influencia, poder, productividad, niveles de vida, etc., se

pueden aplicar los mismos métodos a construir índices de la explotación, de las relaciones de producción y las fuerzas de producción, y al análisis del comportamiento de unos y otros⁷³. Esta tarea es perfectamente posible aunque va más allá de los límites del presente ensayo, y requiere un trabajo de detalle que puede permitir una especificación particularmente precisa de la explotación de los trabajadores en la estructura social contemporánea, sin ignorar que ésta no tiene la misma magnitud en todos los países y en todas las empresas o sectores, sino que ataca particularmente a los trabajadores campesinos de los países dependientes y coloniales, mientras en esos mismos países los obreros industriales del sector monopolista tienen prestaciones y salarios que los alejan del *status* característico del explotado y del complejo sociológico al que se veían ligados en la época clásica, acercándolos hoy e identificándolos con las empresas, particularmente en los momentos de auge y desarrollo.

b. *Política e historia*

Las consideraciones anteriores no pueden hacernos olvidar que el comportamiento de los fenómenos sociales no obedece a leyes probabilísticas en las que la predicción no tenga que ver con la acción humana: se trata, como dice Merton, de predicciones autorrealizantes. Ésta es una realidad que no cabe ignorar y que Gramsci advirtió a partir de un punto de partida totalmente distinto cuando escribía: “Realmente se ‘prevé’ en la medida en que se opera, en que se hace un esfuerzo voluntario y con ello se contribuye concretamente a crear el resultado previsto”⁷⁴. Pero en este terreno, ni el materialismo histórico ni el empirismo han dudado nunca sobre la posibilidad de una predicción científica. El empirismo ha acentuado el uso de los métodos probabilísticos sobre la base de modelos conceptuales muy alejados de la categoría de la explotación y de la estructura propia del universo que la comprende. Por su parte el marxismo ha considerado como la clave para el análisis del desarrollo social la contradicción entre las llamadas relaciones de producción y el crecimiento de las fuerzas de producción. Si el estado en que se encuentran en un momento histórico concreto las relaciones de producción permite inferir el comportamiento de los fenómenos políticos, culturales, ideológicos, la predicción sobre los cambios de éstos en su vinculación a las relaciones de producción depende también del desequilibrio o contradicción entre las fuerzas y las relaciones de producción.

73 Cf. Pablo González Casanova, “La teoría actual de la participación política y la enajenación”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, vol. XXVIII, nro. 3, julio-septiembre de 1966.

74 Antonio Gramsci, *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Torino, Einaudi, 1949, p. 135.

El método seguido para estudiar estos fenómenos ha sido el método clásico del análisis político e histórico de los períodos y las situaciones concretas, y la validación de los descubrimientos se ha realizado en vinculación directa con la *praxis* o la acción política que confronta, con la realidad de la lucha, las generalizaciones. Pero las condiciones mismas en que se ha realizado la investigación –particularmente acerbas y partidistas– han impedido comprender aquella parte de la estructura del capitalismo y del neocapitalismo, que basada en las unidades de datos individuales tiene una impronta sobre la realidad, en la medida en que corresponde a la libertad política del propio capitalismo en la manipulación del excedente para reorganizar el universo social en formas en que es menos vulnerable: la competencia monopolista frente al mercado libre, tanto al nivel interno como internacional es la característica más acusada de esta reacción y del ejercicio técnico y político de la libertad de los propietarios de los medios de producción. La forma en que han acentuado la diferenciación del universo social con países altamente desarrollados y países subdesarrollados, con metrópolis de aquéllos y de éstos en que los habitantes tienen niveles de vida más altos que los de las zonas marginalizadas y periféricas, con grandes empresas en que los trabajadores participan del incremento de la productividad, con calificación del trabajo en las escuelas, con diferenciación de la clase obrera en grupos de trabajadores cuyos salarios presentan diferencias considerables, con el crecimiento de los estratos y clases medias, y con las posibilidades de migración de las regiones marginalizadas a las desarrolladas, de movilidad ocupacional ascendente, de movilización de la periferia, de incremento de los servicios públicos y las prestaciones en las zonas metropolitanas que no tiene precedente en la estructura social del siglo XIX, aunados al ocultamiento de los procesos de explotación mediante los fenómenos de transferencia han hecho que el síndrome de la sociología de la explotación sea particularmente distinto del que presentaba el universo capitalista, cuando sus límites se reducían a Londres, Amsterdam o París. Hoy existe un capitalismo mucho más complejo y diferenciado incluso en los países subdesarrollados, en los que se repite la estructura típica del neocapitalismo combinado con la estructura clásica de la explotación, con otras formas más antiguas y modernas que existen en las plantaciones, las manufacturas, los ingenios, las minas, los puertos de los países coloniales y dependientes. Esta estructura altamente diferenciada por regiones, empresas, trabajadores no puede ser ignorada al hacer generalizaciones sobre el comportamiento político e ideológico de los mismos, pues los separa y distingue, como colectivos individuales y como individuos, y hace particularmente difícil no sólo la captación de la propia estructura de la explotación por quienes la padecen, sino por los que han logrado

salir de ella o tienen la esperanza de escapar mediante la migración, la educación, la movilidad.

Para que el síndrome sociológico actual del neocapitalismo desaparezca se requiere de un lado la acción política e incluso militar, como en el caso heroico de Vietnam, con las exigencias técnicas y tácticas propias de toda acción política o militar, que no son un producto mágico y automático de “la contradicción entre las relaciones de producción y las fuerzas de producción”, y de otro lado, el que la crisis vaya cercando las ciudades de los países metropolitanos, de los monopolios y las grandes empresas, con el desempleo de los trabajadores industriales y calificados, el abatimiento de los niveles de vida de ellos y sus familias, la depauperación de las clases medias, la disminución en el ritmo de movilidad y movilización de los bajos estratos y los hombres marginalizados. Entonces es posible que la estructura de clases de los países metropolitanos se vuelva a parecer a lo que fue en la época clásica, aunque con una diferencia notable, la cantidad de obreros organizados y politizados que hay en ellos, y la conciencia de que al despilfarro se suma la ineficacia de un sistema que ni con las guerras parciales puede impedir su propia crisis. Pero la captación moral de esta posibilidad es insuficiente frente al análisis científico de su probabilidad variable y frente a la acción política que altere el síndrome de la depauperación, la inflación, el desempleo, la guerra anticíclica y el terror de la historia natural contemporánea, para que desaparezca un fenómeno como la explotación, que si tenía algún sentido en los orígenes de la civilización, hoy resulta particularmente absurdo o inhumano, por más rigor científico que se aplique en defenderlo y ocultarlo.

ANEXO I

OTROS TIPOS DE AGREGADOS DE LA EXPLOTACIÓN*

$$[18] \quad \frac{(p_1) + (v_1) + (p_2) + (v_2) + (p_3) + (v_3) + (p_4)}{(v_4)} =$$

Explotación de los trabajadores agrícolas coloniales por el resto de la población.

$$[19] \quad \frac{(p_1) + (v_1) + (p_2) + (v_2) + (p_3) + (p_4)}{(v_3) + (v_4)} =$$

Explotación de los trabajadores agrícolas e industriales coloniales por el resto de la población.

$$[20] \quad \frac{(p_1) + (v_2) + (p_2) + (p_3) + (p_4)}{(v_2) + (v_3) + (v_4)} =$$

Explotación de los trabajadores agrícolas metropolitanos y de los trabajadores industriales y agrícolas coloniales por el resto de la población.

$$[21] \quad \frac{(p_1) + (p_2) + (v_1)}{(v_2)} =$$

Explotación de los trabajadores agrícolas metropolitanos por el resto de la población metropolitana.

* Esta lista tiene proposiciones que se han manejado en la literatura sobre el tema, otras que apuntan a relaciones de particular interés y que es necesario explorar más ampliamente y otras que desarrollan algunas formas implícitas y absurdas de la manipulación automática de las nociones de explotación. En todos los casos aparece la necesidad de una formulación matemática distinta en que se destaquen las transferencias y tanto p como v tienen mayor significado cuando se les identifica con los grupos o clases que se reparten el excedente que cuando se piensa en el monto del excedente mismo, lo cual exige otra formulación.

$$[22] \quad \frac{(p_3) + (p_4) + (v_3)}{(v_4)} =$$

Explotación de los trabajadores agrícolas coloniales por el resto de la población colonial.

$$[23] \quad \frac{(p_1) + (v_1)}{(p_3 + v_3)} =$$

Explotación del sector industrial colonial por el sector industrial metropolitano.

$$[24] \quad \frac{(p_1 + v_1)}{(p_4 + v_4)} =$$

Explotación del sector agrícola colonial por el sector industrial metropolitano.

$$[25] \quad \frac{(p_2 + v_2)}{(p_3 + v_3)} =$$

Explotación del sector industrial colonial por el agrícola metropolitano.

$$[26] \quad \frac{(p_2 + v_2)}{(p_4 + v_4)} =$$

Explotación del sector agrícola colonial por el agrícola metropolitano.

$$[27] \quad \frac{(p_1 + p_2)}{(v_3 + v_4)} =$$

Explotación de los trabajadores coloniales por los empresarios metropolitanos.

$$[28] \quad \frac{(v_1 + v_2)}{(v_3 + v_4)} =$$

Explotación de los trabajadores coloniales por los trabajadores metropolitanos.

$$[29] \quad \frac{(p_1) + (v_1) + (p_2) + (v_2) + (p_3) + (v_3)}{(v_4) + (p_4)} =$$

Explotación del sector agrícola colonial por el resto de la población.

$$[30] \quad \frac{(p_1) + (v_1) + (p_2) + (v_2) + (p_3)}{(v_4) + (p_4) + (v_3)} =$$

Explotación del sector agrícola colonial y de los trabajadores industriales coloniales por el resto de la población.

$$[31] \quad \frac{(p_1) + (v_1) + (p_2)}{(v_4) + (p_4) + (v_3) + (p_3) + (v_2)} =$$

Explotación de los trabajadores agrícolas metropolitanos y de la población colonial por el resto de la población metropolitana.

$$[32] \quad \frac{(p_1) + (v_1)}{(v_4) + (p_4) + (v_3) + (p_3) + (v_2) + (p_2)} =$$

Explotación del sector agrícola metropolitano y de la población colonial por el resto de la población metropolitana.

$$[33] \quad \frac{(p_1)}{(v_4) + (p_4) + (v_3) + (p_3) + (v_2) + (p_2) + (v_1)} =$$

Explotación de la población por la burguesía metropolitana.

ALGUNAS HIPÓTESIS SIGNIFICATIVAS SOBRE TRANSFERENCIAS DE PLUSVALÍA*

[34]

I							
P_1/V_1	P_1/V_2	P_1/V_3	P_1/V_4	P_1/P_2	P_1/P_3	P_1/P_4	P_1/P_5
P_2/V_2	P_2/V_3	P_2/V_4		P_2/V_3	P_2/V_4	P_2/P_5	
P_3/V_3	P_3/V_4			P_3/V_4	P_3/P_5		
P_4/V_4				P_4/P_5			
Productores sin asalariados				P_5			

[35]

II						
V_1/V_2	V_1/V_3	V_1/V_4	V_1/P_2	V_1/P_3	V_1/P_4	V_1/P_5
V_2/V_3	V_2/V_4		V_2/P_3	V_2/P_4	V_2/P_5	
V_3/V_4			V_3/P_4	V_3/P_5		
			V_4/P_5			

* Sólo se consideran las relaciones con sentido real, aun cuando matemáticamente todas sean factibles.

ANEXO II

SOBRE LAS LEYES QUE PERMITEN MANTENER IGUAL LA TASA DE EXPLOTACIÓN

CUADRO 1	CUADRO 2	CUADRO 2B	CUADRO 2C
$d x te = d'$	$x \div te = x'$	$x \div te = x'$	$x \div te = x'$
$1 x 1 = 1$	$1 \div 1 = 1$	$2 \div 1 = 2$	$0.5 \div 1 = .5$
$2 x 2 = 4$	$2 \div 2 = 1$	$4 \div 2 = 2$	$1.0 \div 2 = .5$
$3 x 3 = 9$	$3 \div 3 = 1$	$6 \div 3 = 2$	$1.5 \div 3 = .5$
$4 x 4 = 16$	$4 \div 4 = 1$	$8 \div 4 = 2$	$2.0 \div 4 = .5$
$5 x 5 = 25$	$5 \div 5 = 1$	$10 \div 5 = 2$	$2.5 \div 5 = .5$

CUADRO 3	CUADRO 4	CUADRO 5	CUADRO 6
$d x te = d'$	$x \div te = x'$	$d x te = d'$	$x \div te = x'$
$1 x 1 = 1$	$10 \div 1 = 10.0$	$1 x 2 = 2$	$10 \div 2 = 5$
$1 x 2 = 2$	$10 \div 2 = 5.0$	$2 x 2 = 4$	$20 \div 2 = 10$
$1 x 3 = 3$	$10 \div 3 = 3.3$	$3 x 2 = 6$	$30 \div 2 = 15$
$1 x 4 = 4$	$10 \div 4 = 2.5$	$4 x 2 = 8$	$40 \div 2 = 20$
$1 x 5 = 5$	$10 \div 5 = 2.0$	$5 x 2 = 10$	$50 \div 2 = 25$

CUADRO 7	CUADRO 8	CUADRO 8B
$d x te = d'$	$x \div te = x'$	$x \div te = x'$
$1 x 1.3 = 1.3$	$10 \div 5 = 2.0$	$10 \div 1.3 = .8$
$2 x 1.2 = 2.4$	$20 \div 4 = 2.5$	$20 \div 1.2 = 1.7$
$3 x 1.1 = 3.3$	$30 \div 3 = 10.0$	$30 \div 1.1 = 2.7$
$4 x 1.0 = 4.0$	$40 \div 2 = 20.0$	$40 \div 1.0 = 4.0$
$5 x .9 = 4.5$	$50 \div 1 = 50.0$	$50 \div .9 = 5.5$
$6 x .8 = 4.8$		$60 \div .8 = 7.5$
$7 x .7 = 4.9$		$70 \div .7 = 10.0$
$8 x .6 = 4.8$		$80 \div .6 = 13.3$
$9 x .5 = 4.5$		$90 \div .5 = 18.0$
$10 x .4 = 4.0$		$100 \div .4 = 25.0$
$11 x .3 = 3.3$		$110 \div .3 = 36.7$
$12 x .2 = 2.4$		$120 \div .2 = 60.0$
$13 x .1 = 1.3$		$130 \div .1 = 130.0$

Nota: Aunque los datos son ficticios, las tasas de explotación son históricamente posibles.

FIGURA 1
SITUACIONES DE EXPLOTACIÓN

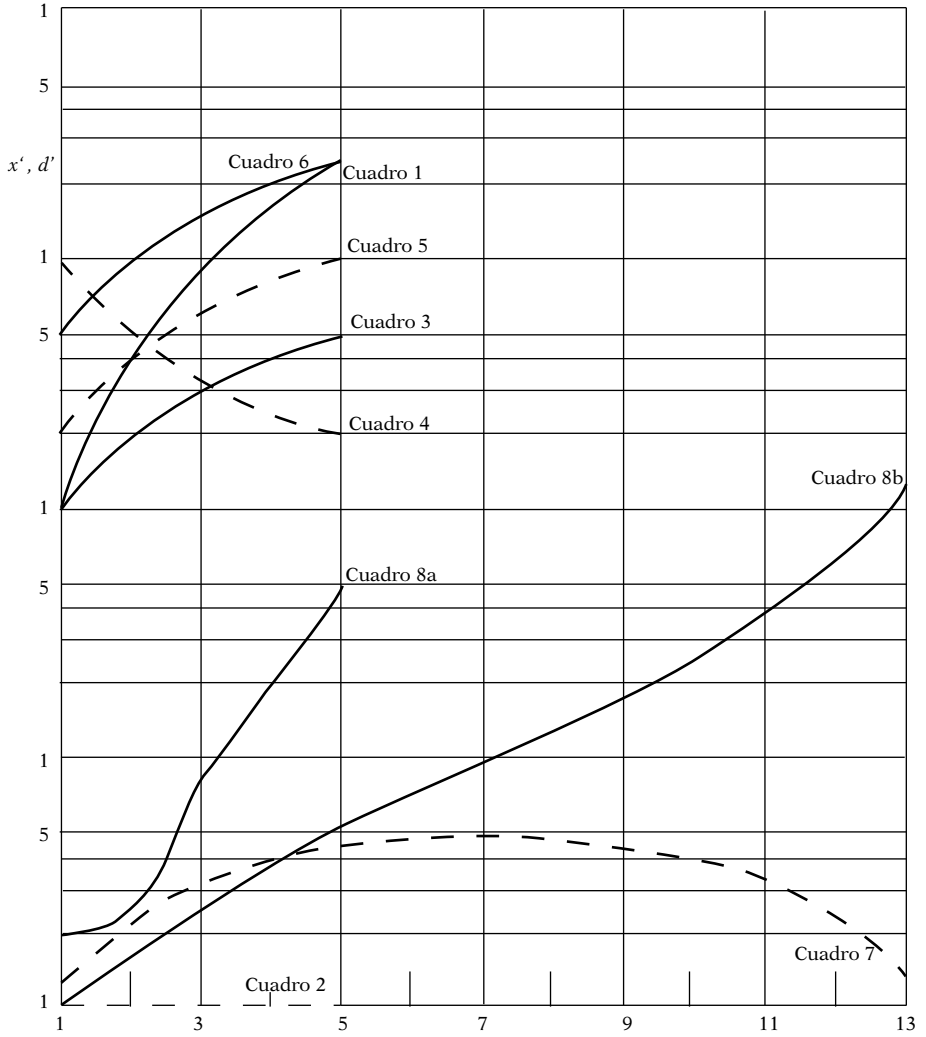


FIGURA 2

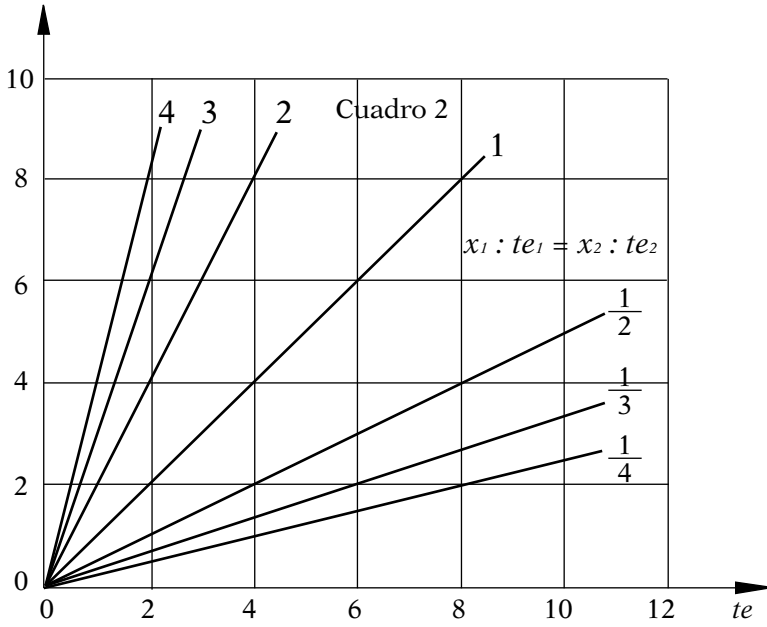
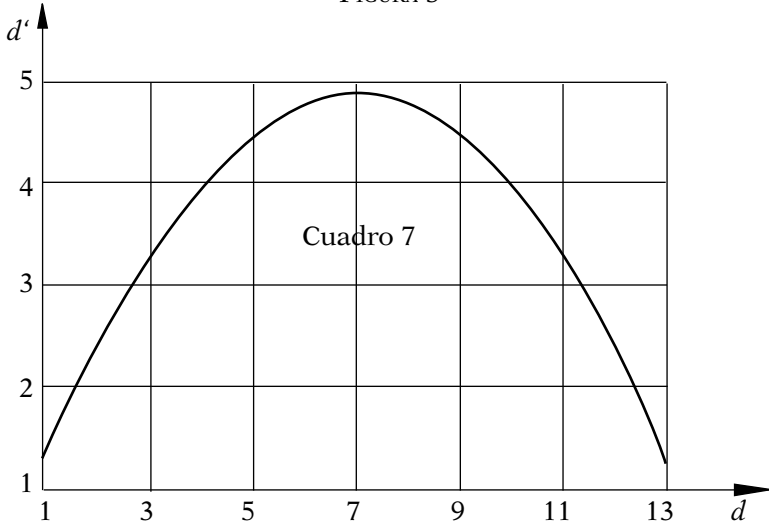


FIGURA 3



SEGUNDA PARTE

ALGUNAS POSIBILIDADES RETÓRICAS DEL ANÁLISIS ESTADÍSTICO DE CLASES Y REGIONES

ANÁLISIS DE CLASES Y REGIONES

En los estudios marxistas sobre clases se consideran *dialécticamente* la categoría principal burguesía-proletariado como *constantes* y, como *variables*, las características de las mismas. Esto obedece a la definición del sistema capitalista en su esencia misma, que subsiste en tanto se da la categoría “burgueses-proletarios”. A la categoría esencial del sistema se pueden añadir muchas otras características sin que esencialmente el sistema deje de ser capitalista. Estas características pueden a] jugar el papel de atributos o variables, o b] constituirse en nuevas categorías, y el sistema sigue, sin embargo, siendo capitalista. El sistema sigue siendo lo que es mientras existe la categoría; pero la categoría cambia hasta acabarse y acabar con el sistema. La historia de los atributos de la categoría esencial provoca a la postre la anulación de la propia categoría, de la relación burgueses-proletarios; los cambios cuantitativos de la categoría generan cambios cualitativos que anulan el sistema, pero mientras los cambios cualitativos o cuantitativos no acaban con la categoría, ésta define el sistema, es una constante característica del sistema, y no se ha dado ningún cambio cualitativo esencial.

Sin duda no puede descuidarse la aparición de categorías generadas por el propio proceso histórico, que dan nuevos sentidos a

las formas de explotación capitalista: una nueva categoría de este tipo es el imperialismo, que no existía originalmente en el marxismo clásico. Resulta sin embargo más difícil comprender los crecientes efectos de las capas medias o de los subgrupos de las clases trabajadoras (obreros especializados, calificados) que alteran los términos de las desigualdades y la explotación, que retrasan la agudización de las contradicciones o modifican su estructura, que influyen en los grupos e individuos de las clases trabajadoras reforzando las bases *objetivas* de la enajenación de una parte del proletariado. Estos cambios, resaltados por la sociología empirista y por los ideólogos del *statu quo*, llegan a ser rechazados como categorías significativas, en el marxismo.

De otro lado, la categoría de las clases registra la existencia de variaciones entre los individuos que las componen: el número y la proporción de burgueses y proletarios es considerado históricamente variable por el marxismo; la concentración del capital en unas cuantas manos, la “proletarización de los pequeños productores” son algunos ejemplos que incluye el marxismo en sus análisis de las variaciones cuantitativas de las clases. Pero también hay cambios o variaciones de individuos que ocurren en la categoría principal (burguesía-proletariado) y en las secundarias, que aminoran o retrasan el proceso de agudización de las contradicciones, y que son difícilmente aceptados como significativos y objetivos en el marxismo, mientras la sociología empirista los analiza y considera como fenómenos altamente significativos. Entre ellos se encuentran los procesos de movilización y movilidad social, que la sociología empirista suele tomar como índice de que se está acabando o se ha acabado la sociedad de clases, mientras los investigadores marxistas los consideran como “mera arma ideológica” de la burguesía: “Las afirmaciones burguesas de que la existencia de la ‘movilidad social vertical’ es un desahogo para los conflictos de clase y que por eso lleva al amortiguamiento y a la completa desaparición de las contradicciones y la lucha de clases, en los países capitalistas altamente desarrollados, no resiste la menor crítica” —escribe Semionov⁷⁵.

En realidad, si son falsas las afirmaciones de que la movilización o la movilidad acaban con la sociedad de clases, es igualmente falsa la idea de que son meras ideologías burguesas: se trata de cambios de los individuos de una categoría a otra —del proletariado a la burguesía—, o de cambios cuantitativos en el interior de una catego-

75 V. Semionov, *Clases y lucha de clases*, La Habana, Editores Política, 1965, p. 207. Cf. en general el capítulo v.

ría, que alteran el comportamiento del sistema, que “desahogan los conflictos de clase”, que “amortiguan las contradicciones y la lucha de clases”, en algunos períodos, aunque no acaban con ellos.

Tanto la aparición de nuevas⁷⁶ categorías llamadas “capas medias” o “sectores medios”, como los cambios cuantitativos de las mismas y los que se operan entre las distintas clases y estratos, son fenómenos altamente significativos para comprender la dinámica concreta de la sociedad capitalista. Se trata de hechos objetivos que están particularmente asociados con formas objetivas de enajenación de la clase obrera, con “efectos de demostración”, que la sociología empirista tiende a magnificar, en formas que sí son ideológicas, cuando postula, por ejemplo, que acaban con el sistema capitalista volviéndolo “popular”. La movilidad ascendente no acaba con el sistema, como dice el propio Semionov, pero sí es un hecho real, válido incluso para entender el comportamiento de la población que no es móvil –que no recibe sus beneficios– y, junto con las nuevas categorías de las capas medias o de los subgrupos de obreros, es una variable que corresponde también a un factor objetivo de enajenación: la movilidad es el “opio de los pueblos” dentro del neocapitalismo, pero un opio que corresponde a cambios estructurales de las contradicciones, y que no es solamente un fenómeno ideológico o psicológico.

La posición estratégica del marxismo acentúa así el carácter constante de las clases esenciales –burguesas-proletarias–, y el variable de las características que precisan esta categoría conduciéndola a una contradicción o crisis también esencial; la posición estratégica de los empiristas, por el contrario, acentúa el carácter variable de los estratos y de los individuos, y en particular las variaciones que fortalecen el sistema: en ningún caso se trata de un proceso puramente epistemológico, sino político, que opera en determinados períodos históricos en el sistema y las estructuras, y que genera una serie de confusiones que es necesario precisar, estudiando los procedimientos del análisis.

76 Nuevas en el sentido de su importancia y significado en la estructura del neocapitalismo.

<p>- <i>Sistema capitalista:</i> variable - <i>Categorías principales:</i> "Constantes" * - <i>Clases:</i> Burguesesproletarios</p>	<p>- <i>Marxismo</i> <i>Dependencia de la distribución:</i> La distribución de los individuos depende de la categoría</p>	<p>- <i>Registro predominante de variaciones:</i> Variaciones históricas que afectan a las categorías y tienden a destruirlas destruyendo el sistema.</p>
<p>- <i>Sistema capitalista:</i> constante - <i>Categorías principales:</i> ** variables - <i>Estratos:</i> altos-medios-bajos</p>	<p>- <i>Empirismo</i> <i>Dependencia de la distribución:</i> La distribución de las categorías depende de los individuos (de su ingreso, prestigio, etc.). Las variaciones de los individuos determinan la distribución y los puntos de quiebre de las propias categorías, a reserva de que posteriormente se distribuya a los individuos en esas categorías.</p>	<p>- <i>Registro predominante de variaciones:</i> Variaciones cuantitativas que afectan a los grupos e individuos de cada categoría, y los "socializan" o hacen funcionales al sistema.</p>

* En el sentido dialéctico, tanto de un cambio que lleva a su destrucción con el del sistema, como de una lucha o contradicción.

** En la investigación empirista las categorías reales burgueses-proletarios aparecen como constantes ahistóricas, dadas sin que tengan un sentido dialéctico ni como lucha ni como contradicción, y en todo caso son secundarias desde el punto de vista de su valor matemático –nominal– y analítico. De otro lado difícilmente se puede hablar de una categoría principal en la investigación empirista de los estratos, pues ésta pasa de explicaciones del fenómeno con base en un factor a explicaciones multifactoriales en que todos los factores tienen importancia, y en que a lo sumo se busca medir el peso que tienen en la explicación de la varianza, o el comportamiento de las variables dependientes.

En primer término parece conveniente establecer, así sea en forma provisional, a] el carácter constante o variable que tienen en el marxismo y el empirismo las categorías y el sistema, b] el carácter dependiente o independiente de las categorías respecto a la distribución de los individuos, c] el objetivo analítico predominante del registro de las variaciones. De una manera muy preliminar se pueden codificar las principales tendencias teóricas y analíticas en el esquema precedente.

El esquema representa la oposición analítica entre el marxismo y el empirismo: en el primero las variaciones se miden en relación a

categorías que siendo históricas y transitorias son constantes mientras el sistema existe, que ningún cambio acaba mientras no acaba el sistema, y se tiende a analizar con interés político y simpatía ideológica las variaciones que pudiendo acabar con las categorías pueden acabar con el sistema. En el empirismo, se da por supuesto que el sistema es constante, o bien porque las clases pueden cambiar en sus efectos aunque no acabe la propiedad privada de los medios de producción, o más frecuentemente porque se consideran las clases como irrelevantes para analizar los cambios sociales dentro del sistema y se les sustituye por estratos. En cualquiera de los dos casos las clases aparecen como categorías variables dentro de un sistema constante que se perfecciona: las clases mismas se perfeccionan⁷⁷.

Ahora bien, desde el punto de vista del proceso de análisis, la distribución de los estratos depende de las variaciones de los individuos; las variaciones de éstos son las que determinan las propias categorías y los puntos de quiebre de los estratos. El empirismo tiende a analizar con interés político y simpatía ideológica los cambios en las distribuciones que resultan más funcionales al sistema, y al efecto analiza sistemáticamente las correlaciones entre las distribuciones de características individuales y sus efectos en el comportamiento de los individuos. El intervalo y las correlaciones cobran así un auge especial, aquél porque analiza categorías variables de un sistema que se mantiene constante, y éstas porque analizan la asociación de los cambios de las distribuciones en los individuos y en su comportamiento, especificándolas y precisándolas para políticas más y más concretas. Ciertamente en el marxismo el análisis busca la socialización de un fenómeno social como son los medios de producción; en el empirismo se busca la “socialización” del individuo, su adaptación al sistema, o un trato especial para los “deviants”.

El análisis marxista del neocapitalismo resulta relativamente rígido mientras no coloca la categoría de las clases, burguesía-proletariado, dentro de una categoría más amplia, como es la explotación en sus distintas formas de manifestarse, incluidas las regionales. Pero cuando se identifica la esencia del capitalismo con distintas formas de explotación de unos hombres por otros, *en cuya base se encuentra la relación de clase* –la propiedad privada de los medios de producción y la apropiación social en condiciones desfavorables para la clase trabajadora– resulta absurdo pensar que la estratificación y la movilidad social son meras “ideologías burguesas”: son cambios de la estructura original de la explotación que fortalecen

77 La noción es completamente distinta y antagónica de la marxista, y aunque con frecuencia a esta conceptualización se aplica la terminología de las “clases” es preferible usar siempre el término “estratos”.

el sistema y refuerzan la enajenación de la clase obrera *metropolitana*⁷⁸ con cambios objetivos. La retórica empirista consiste: a] en magnificar los procesos de justicia e igualitarismo que corresponden a los fenómenos de movilización, movilidad y crecimiento de las capas medias y, b] en ignorar el traslado de la injusticia, la desigualdad y la explotación a las regiones coloniales y periféricas.

Ya han sido ampliamente tratadas las formas de medición que alteran y exageran indebidamente la redistribución más equitativa del ingreso, el aumento del mismo, o de las oportunidades de educación y poder de la clase obrera metropolitana, o la disminución de poder del capital, o el supuesto nacimiento de una tecnocracia, y no son objeto principal de este trabajo. Aquí sólo querríamos destacar las formas en que se ha llegado a conclusiones generales sobre el desarrollo de las clases y el capitalismo, que ignoran los fenómenos de explotación regional, manejando elementos parciales en formas cuantitativas aparentemente rigurosas. Al efecto es conveniente reparar en el siguiente cuadro:

CUADRO 1

		Subconjunto M		Subconjunto C	
		<i>Po</i>	<i>In</i>	<i>Po</i>	<i>In</i>
T_1	<i>B</i>	10	90	10	40
	<i>P</i>	90	10	90	60
			50		50
T_2	<i>B</i>	10	40	10	90
	<i>P</i>	90	60	90	10
			80		20

En este cuadro que corresponde a un modelo hipotético de distribución aparecen dos subconjuntos, M-metropolitano, C-Colonial o Periférico; dos momentos históricos, t_1 - tiempo 1, t_2 - tiempo 2; dos variables, Po-Población, In-Ingreso y dos clases, B-Burguesía, P-Proletariado. Del análisis estadístico de este cuadro se pueden sacar una serie de conclusiones:

1. Si de una distribución (t_1) del Subconjunto M en que el 10% de la población tiene el 90% del ingreso mientras el 90% de la población tiene el 10% de ingreso, se pasa a otra (t_2) del mismo subconjunto en que el 10% de la población tiene el 40% del ingreso, puede concluirse fácilmente que la distribución mejoró.

78 De los países metropolitanos o las ciudades coloniales.

Comparando la distribución original del subconjunto M con la posterior se pueden sacar conclusiones muy elogiosas sobre la distribución más equitativa del ingreso. Pero si se considera que estas relaciones son los parciales de un conjunto más amplio existen otras posibilidades.

2. Si se compara la distribución original (t_1) del ingreso total del conjunto, el 50% pertenece al subconjunto M (Metrópoli) y el 50% al subconjunto C (Colonia), mientras en la distribución posterior (t_2) el 80% pertenece a la Metrópoli y el 20% a la Colonia. Esta redistribución más inequitativa entre los subconjuntos, cuando se les compara en los dos tiempos, es compatible con una distribución más equitativa en el subconjunto Metropolitano; pero la retórica cuantitativa puede hacer énfasis en la redistribución en los dos tiempos en el subconjunto M, e ignorar la redistribución más inequitativa entre el subconjunto metropolitano y el periférico.
3. De otra parte la distribución más equitativa entre las clases metropolitanas cuando se les compara en t_1 y t_2 puede coincidir con una repartición más inequitativa entre las clases de la periferia cuando se les compara en esos dos tiempos; pero la retórica cuantitativa puede hacer énfasis en la mejor distribución del producto entre las clases metropolitanas, sin considerar el deterioro de la distribución entre las clases de la periferia.
4. De otro lado, al comparar la distribución de clases entre M t_2 y Ct_2 , y concluir que el desarrollo conduce de formas más inequitativas de distribución a formas más equitativas, como se observa cuando se comparan las distribuciones entre los países subdesarrollados y desarrollados se puede ignorar el paso de distribuciones más equitativas en el subconjunto C de la distribución original de (Ct_1), a la distribución que tiene el mismo subconjunto con posterioridad (Ct_2), fenómeno que históricamente existe en algunas sociedades poco diferenciadas que se vuelven altamente diferenciadas con la conquista y la colonización. Desde el punto de vista estadístico se presenta una posibilidad de tipo retórico, que se asemeja, aunque con una formalización matemática, a los mitos del “paraíso perdido” y la “edad de oro”.

El análisis anterior no considera otras posibilidades más que son frecuentes y que podemos ejemplificar en el siguiente cuadro:

CUADRO 2

	Subconjunto M		Subconjunto C	
	<i>Pob</i>	<i>In</i>	<i>Pob</i>	<i>In</i>
T_1				
Total	100	100	100	100
T_2				
Total	150	200	150	100

5. Si consideramos que el agregado del ingreso total del subconjunto M en T_1 , es la mitad del que hay en ese mismo subconjunto en T_2 , todo intento de explicación causal se limita a considerar los factores operantes en el interior del subconjunto Metropolitano, como la organización, la tecnología, el empresario, etc., sin considerar que el aumento puede ser producto de una redistribución del ingreso total de los subconjuntos M y C. Si de allí pasamos a explicar el estancamiento del subconjunto C, trataremos de confirmar la ausencia de organización, tecnología, etc., como explicación del estancamiento sin acordar importancia a la redistribución.

6. Si consideramos que el agregado de la población aumentó en un 50% en la Metrópoli en T_2 , frente a T_1 , concluimos en la necesidad de una reducción de los términos del aumento en relación a la población: el aumento de la tasa del ingreso total considerando la tasa de incremento de la población fue en 50% y no en 100%. Si extrapolando este análisis pasamos al subconjunto C podemos concluir que la depauperación de la población obedece al mero crecimiento de la población, sin mencionar para nada los procesos de redistribución entre los subconjunto M y C.

Resumiendo los dos puntos anteriores: es posible de un lado explicar retórica y exclusivamente el desarrollo por el incremento tecnológico o por la capacidad de innovación de los habitantes de la Metrópoli y el subdesarrollo por la falta de esas características; y de otro lado es posible explicar el subdesarrollo por el excesivo crecimiento de la población periférica, sin considerar en ninguno de los dos casos la redistribución más inequitativa entre el subconjunto metropolitano y el periférico, ni aceptar que haya relaciones disimétricas entre uno y otro, sino antes negándolas y postulando *incluso abiertamente* que el fenómeno de la explotación no existe, ni de hombre a hombre ni de nación a nación; a partir del supuesto de que las dos clases dominantes pagan exactamente lo que producen

a las dominadas y que las naciones dominantes pagan exactamente lo que producen a las naciones dominadas. El postulado implícito de que la sociedad capitalista e imperialista es una realidad idéntica a las entidades metafísicas tradicionales (cielos, paraísos, nirvanas) coincide con la posibilidad de cuantificaciones muy rigurosas, en que se utilizan los parciales para establecer tendencias que van más allá del subconjunto.

7. El análisis estadístico retórico del cuadro 1 presenta otra posibilidad. Si se comparan las distribuciones en el T_2 del subconjunto metropolitano con las distribuciones en el T_2 del subconjunto periférico se concluye que en los países desarrollados hay una distribución más equitativa que en los subdesarrollados y se confirma la idea del progreso lineal y de la justicia creciente, ya no comparando los propios países metropolitanos desarrollados ($M t_2$) con la situación anterior, sino con la situación actual de los países periféricos ($C t_2$). En este caso se puede postular la posibilidad de una creciente justicia entre las clases de los países periféricos conforme éstos se desarrollen y se parezcan –en su organización, tecnología, psicología– a los países desarrollados, olvidando que la mejor distribución de los países metropolitanos ($M t_2$) coincide con un proceso de distribución cada vez más inequitativa entre $M t_2$ y $C t_2$, que ha trasladado las relaciones disimétricas de clase a las relaciones disimétricas de región, en una medida considerable, y que en todo caso para que en la periferia se vuelvan más equitativas las relaciones de clase se necesita un traslado similar de las desigualdades entre M y C , que de hecho ocurre, entre las metrópolis de las colonias y las periferias coloniales, en cuyo interior aparece el mismo juego de los subconjuntos regionales con las clases; como se ejemplifican en el cuadro 1.

Ahora bien, en el modelo anterior no se ha incluido un elemento más que es característico del neocapitalismo y de las posibilidades retóricas de un análisis estadístico. En el cuadro 1 y en los análisis subsecuentes se han considerado como *constantes* las categorías B y P. Los nombres y la definición de estas categorías son sustancialmente distintas en el marxismo y el funcionalismo, y el problema ha sido ampliamente considerado. Pero no es ese problema el que nos interesa aquí, sino el problema mismo del análisis funcionalista, que utiliza unidades de datos *discontinuos* o unidades de datos continuos para determinar el punto de quiebre entre B y P sin considerar a B y P como una “díada” con relaciones disimétricas reales.

Para los efectos de este análisis crítico de la sociología consideramos a B como el estrato alto y a P como el estrato bajo. Dejando

a un lado la confusión que hay en el funcionalismo entre clases y estratos⁷⁹, que es una importante fuente de error y retórica, el problema que nos interesa destacar es el paso de las características discontinuas a las variables, que fortalece ese error, con sus posibilidades retóricas. En efecto las definiciones estadísticas de B y P se pueden hacer en función de las ocupaciones o del ingreso personal para no citar sino dos ejemplos. Si suponemos que el indicador de P y B son las ocupaciones manuales y no manuales respectivamente, los miembros de cada “clase” variarán en función de esas ocupaciones; pero si consideramos que el indicador de B y P es el monto del ingreso, el punto de quiebre que hagamos entre una clase y otra dependerá de distintos tipos de medidas centrales y de dispersión, o bien de un “fiat” de tipo práctico, político, como cuando se clasifica en B a la población que tiene salario mínimo o más y en P a la que tiene menos del salario mínimo. En un caso el agrupamiento de los estratos se hace con características discontinuas de ocupaciones reales, y en otro con características continuas de grupos estadísticos; en el primer caso los grupos reales –ocupaciones– aparecen como *cosas* aisladas, como discontinuidades matemáticas que se pueden agregar según la definición del atributo por las partes que lo integran, y en el segundo los grupos estadísticos extraídos de un *continuum* son fenómenos reagrupables según los criterios que se tomen para establecer el punto de quiebre y según los parámetros con los que se trabaje. Desde luego no aparece esa “unidad colectiva” que es la clase marxista con las relaciones que implica esencialmente de explotación y de lucha, sino unidades “individuales” de grupos. Estas unidades son reagrupables en definiciones cualitativas y cuantitativas que se corresponden en parte a las definiciones de los procesos políticos que alteran los agrupamientos de individuos, cambiando a los individuos de un grupo a otro, cambiando la composición del grupo, cambiando la actitud, la conciencia y la ideología del individuo o del grupo, y en parte corresponden a cambios reales de las estructuras del mismo sistema capitalista.

La manipulación estadística de los grupos mediante atributos y variables y sus redistribuciones corresponde así a las manipulaciones políticas y a cambios reales de los individuos y de los grupos, y da lugar a una serie de expresiones retóricas formalizadas estadísticamente:

1. El que cada clase sea considerada por separado, y el tratamiento estadístico separado de cada grupo no agota el problema de la re-

79 Cf. Semionov, *op. cit.*; Maurice Bouvier Ajam y Gilbert Mury, *Las clases sociales y el marxismo*, Buenos Aires, Editorial Platina, 1965; y sobre todo, Stanislaw Ossowski, *Class Structure in the Social Consciousness*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1963.

lación entre un grupo y otro, aunque después se les compare o relacione estadísticamente; el problema estadístico de la clase alta y baja como una “díada”, como una unidad constitutiva no se analiza, y menos aún el de la unidad de la explotación, de las relaciones disimétricas y de las relaciones de explotación. Ésta no aparece como objeto de análisis y no aparece siquiera la unidad analítica que haga de los dos –el alto y el bajo– una unidad estadística en que se midan las relaciones *como unidad*, aunque sea con características distintas a las de la explotación. Los estratos con que se trabaja son *discontinuos* básense o no originalmente en atributos o en variables; los casos constitutivos son individuales y de ellos se pasa indebidamente a conclusiones sobre el grupo o sistema.

2. El que los individuos cambien de un grupo a otro (de P a B) no implica que se acabe la estructura P-B en lo que ésta representa de explotación de un grupo por otro, o por lo menos las relaciones disimétricas de un grupo y otro.
3. El que al definir la “clase alta” (B) se incluya en ella a los trabajadores especializados o calificados altera la magnitud de B y de P; pero no la estructura B-P en lo que ésta representa de explotación de un grupo por otro.
4. El que la actitud, conciencia e ideología de los miembros de P o del grupo P en su conjunto cambie –como cuando los obreros dicen pertenecer a la clase media– no se concluye que se acabe la relación B-P.

La retórica estadística tiende a no medir la díada B-P –y no mide la explotación de P por B– sino los grupos considerados como entidades aisladas que reciben o tienen determinados atributos: ingreso, educación, prestigio, etc.; o los cambios (movilidad) de un individuo del grupo P al B, o los cambios de un subgrupo de P a B, o los cambios de actitud, conciencia, ideología, y las correlaciones que tienen con ellos los individuos y subgrupos de B y P. En todos estos casos la relación humana entre B y P se descuida frente a las relaciones estadísticas entre los individuos de B o de P, y sus características o variables.

De allí surgen varias posibilidades que es importante considerar en su falso rigor científico:

1. La posibilidad de hacer mediciones particularmente rigurosas de la movilidad de los individuos; 2. la posibilidad de hacer correlaciones particularmente rigurosas de las características de los individuos; 3. la posibilidad de hacer estratos particularmente precisos por las características homogéneas de los individuos que los integran; 4. la posibilidad

de hacer estratos particularmente rigurosos por las características de la distribución de una variable, como el ingreso.

La retórica consiste en concluir: 1. Que la movilidad ascendente –frente al postulado marxista– tiende a acabar con la estructura de la explotación, lo cual no sólo es dudoso como generalización (“el capitalismo se vuelve popular”, o “los trabajadores se vuelven capitalistas”) sino como conclusión estadística sobre la naturaleza de una unidad colectiva, a partir del análisis de una unidad individual y en realidad es tan absurdo, como afirmar que un proceso creciente de emigración de los habitantes de un país subdesarrollado a un país desarrollado es índice del desarrollo del conjunto que ambos integran. 2. Que las correlaciones de los atributos de los individuos que forman parte de B y P, explican la situación social de M, y que al especificar estas correlaciones en C se explica la situación social de M y de C. 3. Que el reagrupamiento de los subgrupos de B y de P por los coeficientes de homogeneidad de sus características corresponde a una formación científica de los grupos y subgrupos y que el reagrupamiento de los subgrupos, según los puntos de quiebre de las medidas centrales o las medidas de dispersión de la variable elegida (ejemplo ingreso), permite reagrupar científicamente a los grupos o subgrupos en una escala matemáticamente superior a la nominal. La tercera conclusión da idea de que los reagrupamientos obedecen a funciones matemáticas que varían en las distintas regiones y tiempos, como se puede probar estadísticamente; con ello no sólo se intenta probar en forma polémica y retórica que la división burgueses-proletarios es falsa, lo que puede confirmarse con datos empíricos abundantes, que revelan que hay otros agrupamientos matemáticamente más rigurosos (homogéneos, precisos), sino que se da un salto para considerar todos los agrupamientos como significativos, siempre que tengan altos coeficientes de homogeneidad, o que se destaquen en función de los puntos de quiebre de las distribuciones de las variables. A la “clase” alta y baja no sólo se añade la media, sino que cada una se subdivide en su interior, variando los intervalos tanto por el número de divisiones que se hacen en ellos como por los parámetros que se manejan.

Todos estos fenómenos se estudian para acentuar los procesos convenientes a la clase dirigente y son producto de numerosas racionalizaciones de mala y buena fe, tanto más buena cuanto más cuidadoso es el investigador del rigor y la validez de sus técnicas, aplicadas a universos incompletos con cálculos supersticiosos (*sic*), y a problemas tabú.

La verdad es que este tipo de investigadores cuando trabaja rigurosamente descubre fenómenos que se dan en la realidad, pero que son incompletos: la mejor forma de aclarar este proceso es analizando los siguientes cuadros, cuyas cifras son imaginarias pero muy ilustrativas

del razonamiento retórico, al que otras más cercanas a la realidad sirven de base (Cuadros 3 y 4).

Tomando los Cuadros 3 y 4, las interpretaciones que se pueden hacer son las siguientes:

1. En ambos cuadros a los grupos de ingreso se les da un nombre y éste depende del agrupamiento estadístico por el ingreso.
2. Los agrupamientos por ingreso se pueden hacer con los procedimientos de las escalas de intervalos que tienen propiedades matemáticas superiores a las de las escalas nominales y ordinales.

CUADRO 3
MODELO DIVARIADO DE ESTRATOS

<i>Subconjunto M</i>			<i>Subconjunto C</i>			<i>M + C</i>
<i>Grupos de ingreso</i>	<i>Estratos</i>	<i>Pobl.</i>	<i>Ingreso total</i>	<i>Coef.</i>	<i>Ingreso total</i>	
T_1	- de 30	Bajo	90			
	30 o más	Alto	10			
				50%	.3	50%
T_2	- de 60	Bajo	90			
	60 o más	Alto	110			
				80%	.3	20%

CUADRO 4
MODELO DIVARIADO DE ESTRATOS

<i>Subconjunto M</i>			<i>Subconjunto C</i>			<i>M + C</i>	
<i>Grupos de ingreso</i>	<i>Estratos</i>	<i>Pobl.</i>	<i>Ingreso total</i>	<i>Coef.</i>	<i>Ingreso total</i>		
T_1	- de 30	Bajo	90				
	30 a 70	Medio	1				
	71 o más	Alto	9				
				50%	.9	50%	100%
T_2	- de 60	Bajo	90				
	60 a 120	Medio	100				
	121 o más	Alto	10				
				80%	.9	20%	100%

3. Cuando tomando n variables los coeficientes de correlación entre un agrupamiento y otro son superiores y sólo cambian los intervalos sin que cambie el universo, éstos son más significativos desde el punto de vista matemático, como sería el caso de los intervalos del cuadro 4 frente a los del cuadro 3, pero no necesariamente desde el punto de vista explicativo.
4. En el supuesto de que el punto de quiebre de los agrupamientos se base en la media o en divisiones sigmáticas es evidente que los parámetros han aumentado: el ingreso medio se ha duplicado del t_1 al t_2 en el cuadro 3; los intervalos de los grupos se han duplicado en el cuadro 4. En ambos casos partimos por supuesto de la idea de que se trata de unidades monetarias comparables con una base igual, que es como se procede.
5. Las llamadas “clases” o estratos bajos disminuyen de t_1 a t_2 aumentando los altos y los medios.
6. El ingreso total del subconjunto M crece de t_1 a t_2 .
7. Todos los fenómenos anteriores son compatibles con una distribución más mala del ingreso de M y C en el tiempo 2 en relación con el tiempo 1.

Ahora bien cuando se compara el cuadro 3 se ve que se ha pasado de una noción de clases próximas a los agrupamientos sociales reales a clases que constituyen estratos agrupados en formas estadísticas, y cuando se pasa del cuadro 1 o del cuadro 3 al cuadro 4, se pierde la idea de dos grupos fundamentales, y se inicia un camino de divisiones y subdivisiones. Ambos procesos alejan el análisis de la sociedad de las categorías burgués-proletario, basada en los tipos de *relaciones humanas* que guardan estos agrupamientos, en que un grupo detenta los medios de producción y otro vende su fuerza de trabajo en condiciones desiguales, irreversibles mientras existe el sistema. Si estas categorías no eran aceptadas desde el modelo 2, en el 3 resulta más lejana cualquier posibilidad de entenderlas, al abandonar el agrupamiento social por el estadístico como base de codificación, y en el 4 la dificultad aumenta cuando la relación dicotómica no sólo es ignorada, sino que se pasa de la dicotomía estadística a un agrupamiento en tres “clases”, cuyo sector medio puede alcanzar una proporción numérica considerable. De allí a hacer otras muchas divisiones con pesos iguales no hay más que un paso.

Ahora bien, este alejamiento de los agrupamientos sociales y de las categorías marxistas de la explotación no es un mero proceso intelectual, un mero producto de investigadores enajenados, o de ideologías burguesas: es también producto de técnicas burguesas y de estructuras que en

efecto han cambiado algunos subconjuntos del sistema capitalista. Lo que es ideológico, lo que constituye una enajenación no es reconocer y registrar el desarrollo de los países metropolitanos e incluso coloniales, o los fenómenos de movilidad social y movilización de la periferia, o el crecimiento de las capas medias, lo que es ideológico es *ignorar* los fenómenos crecientes de desigualdad que son simultáneos a los fenómenos anteriores y que hacen que cada vez estén más pobres las periferias mundiales, o afirmar que los fenómenos anteriores prueban la desaparición paulatina y progresiva del sistema de clases y explotación, o afirmar que el desarrollo se extiende en forma lenta pero progresiva hacia capas cada vez más amplias de la población y de la tierra. Esta conclusión es insostenible para el sentido común, para la matemática más elemental o rigurosa, y para un empirismo mínimamente honesto.

El proceso de análisis de esta nota sólo es un apunte de las muchas posibilidades que se pueden explorar para colocar el problema en un terreno indiscutible y preciso, a modo de que ningún investigador que maneje la estadística con rigor y superstición deje de escoger entre uno y otra.

CLASES Y REGIONES EN EL ANÁLISIS DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

LAS CATEGORÍAS DEL CAPITALISMO CLÁSICO

La estructura de la desigualdad social, de las relaciones disimétricas y de las formas de explotación presenta a lo largo de la historia una variedad y una ambigüedad extraordinarias, particularmente difíciles de despejar antes de la aparición de la sociedad industrial. En los inicios del capitalismo *coinciden* sin embargo de una manera central las relaciones de producción de la empresa y de la ciudad, y la empresa se divide en sus elementos esenciales: los trabajadores y los dueños. La categoría de las clases sociales alcanza en la realidad y la conceptualización, sus características más nítidas. Pero esta nitidez esencial reviste una forma transitoria: el imperialismo y el neocapitalismo traen, a partir de finales del siglo XIX, elementos nuevos de confusión, o porque las clases dejan de ocupar el centro predominante de las formas *visibles* de desigualdad y explotación, con el auge de la explotación colonial de los monopolios financieros, o porque la explotación de clase se vuelve más borrosa y oculta con el “aburguesamiento” del proletariado de las metrópolis monopolistas, la cultura de masas de las llamadas “sociedades opulentas” y *la política* neocapitalista.

En cualquier caso, de la indefinición de la estructura social en sus formas de explotación, anterior a Marx, se pasa a una clara definición en que predomina la noción de clases, y de ahí a un problema de reajuste constante, en que una serie de elementos que sólo se encontraban *in ovo* –tanto en la estructura como en la conceptualización– empiezan

a desarrollarse en las ciencias sociales. Concretamente en el período clásico es menos significativo el peso que tienen en la estructura social del sistema capitalista: a] la estructura urbano-rural, b] la estructura de las clases medias y los sectores medios, y c] la estructura colonial. Estas estructuras existen ciertamente desde entonces y aun en etapas anteriores. Los clásicos del marxismo se refieren, incluso con cierta insistencia, a las relaciones entre campo y ciudad, a las relaciones entre los países colonialistas y colonizados y a la pequeña burguesía y las clases medias. Pero ni en la estructura clásica del desarrollo capitalista, ni en la conceptualización científica de la misma, tienen la importancia que alcanzarán más tarde. Su carencia de un lugar prioritario frente al relieve y la nitidez que cobran en ese período las relaciones de clase, la explotación de clase y la lucha de clases, constituyen a la vez la fuente de los descubrimientos *esenciales* sobre la estructura de la explotación, así como la fuente de los errores de generalización y extrapolación en el estudio de otras sociedades y de la futura evolución social.

En efecto, el descubrimiento de la estructura de la explotación de la sociedad capitalista clásica tiene un significado innegable en el desarrollo de la ciencia social. Concebir la sociedad como estructura y precisar una de sus características esenciales –la explotación– es un paso equivalente al descubrimiento de que la tierra no es el centro del universo, con todas sus implicaciones gnoseológicas, psicológicas y políticas. Ciertamente en el descubrimiento colaboró todo un proceso de desarrollo de la filosofía y de la ciencia; pero también la forma en que evolucionó la estructura industrial, hasta identificarse con la estructura urbana, con sus dos categorías elementales de empresarios y trabajadores.

Fue, sin duda, una época histórica relativamente pasajera, en que las más grandes diferencias sociales se dieron en el interior de la ciudad y en torno a una característica predominante, el trabajo, sin que las ocultaran otras diferencias reales o ideológicas, entre ciudad y campo, civilizados y bárbaros, nobles y plebeyos. El empresario era un burgués sin ningún título de nobleza y el proletario era un inglés sin gota de sangre bárbara. Esta situación de hecho, esta forma *despejada* en que apareció la estructura de la explotación ayudó considerablemente a aclarar un problema sustantivo de la evolución social, sobre el cual se trabajó con los instrumentos más finos de la filosofía y la ciencia social de entonces; el genio y el valor intelectual de Marx permitieron construir un sistema también clásico, coherente e influyente en la interpretación y transformación de la realidad social.

LAS CATEGORÍAS Y LA GENERALIZACIÓN

La generalización de este descubrimiento se enfrentó sin embargo a determinados obstáculos que es conveniente sistematizar; eliminan-

do las formas emocionales o ideológicas, en que han sido resaltados u ocultados, la mayor parte de las veces. Para ello quizá lo mejor sea empezar por indicar las formas en que operó la generalización⁸⁰. Existe en primer lugar una generalización de la sociedad clásica y capitalista al pasado y otra a la evolución del porvenir inmediato. En el primer caso se trata de reinterpretar la historia, en el segundo de hacer una serie de predicciones científicas, con base en el análisis de la dialéctica de la sociedad “actual” europea. Existe, finalmente, un grupo de generalizaciones que van de la sociedad clásica capitalista europea hacia otras, como la asiática. En todos estos casos los autores clásicos marxistas tomaron una serie de precauciones para especificar histórica y estructuralmente las relaciones de explotación y, en particular, la lucha de clases.

Ahora bien, a partir del supuesto dialéctico de que las relaciones de explotación se encuentran en toda sociedad en que un grupo se apropia los medios de producción y una parte del producto social, destacaron dos categorías generales –explotadores y explotados– aplicables a una etapa histórica mucho más amplia que la del capitalismo clásico, y cuyos límites se fijaron en el comunismo primitivo –de sociedades generalmente desaparecidas–, y en el socialismo y el comunismo de sociedades futuras, aún inexistentes. Dentro de estos límites se buscó especificar las relaciones de explotación, como historia y prospectiva de la lucha de clases. En el proceso aparecieron a la vez: a] el carácter universal de la explotación de clases, b] algunas formas específicas de la explotación de clases y, c] algunas generalizaciones de lo específico del capitalismo clásico europeo; del lugar específico que ocupaban las clases en el conjunto de la estructura de la explotación capitalista clásica. Fueron estas últimas generalizaciones las que se alejaron más del comportamiento de los hechos en países distintos de los europeos y, sobre todo, en el comportamiento de los hechos en el imperialismo y el neocapitalismo.

Los obstáculos a una generalización de la percepción clásica sobre la explotación de clase, no restarían validez a la categoría de la explotación de clase como categoría esencial para la explicación de los fenómenos históricos en los más distintos períodos y países, incluido nuestro tiempo y nuestros países, o los países neocapitalistas y desarrollados. Es más, las relaciones disimétricas, las desigualdades y la explotación de las épocas anteriores y posteriores al capitalismo clásico, difícilmente habrían podido ser despejadas de sus complejas presentaciones sin la estructura y la conceptualización elementales de la *socie-*

80 Aquí no tratamos otro punto, que es la forma en que el marxismo clásico pasó de la generalización al análisis en que incluía categorías más detalladas para la explicación de situaciones históricas específicas y concretas.

dad-fábrica que Hegel empieza a percibir con la dialéctica del amo y el esclavo, Ricardo con la teoría del valor-trabajo, y que Marx precisa con la dialéctica de la estructura capitalista, en que las clases son la esencia de esa sociedad, y el instrumento conceptual o la categoría principal para el análisis de otras sociedades.

El esclavismo, el feudalismo, el modo de producción asiático constituyen categorías que se descubren y precisan *después* de descubrir el capitalismo. El descubrimiento del capitalismo, como estructura y lucha de clases, se generaliza y especifica hacia otras sociedades de clases y hacia el propio futuro de la sociedad capitalista, y esta generalización esclarecedora, encierra también un proceso de oscurecimiento al generalizar y proyectar las características históricas concretas que ocupa la lucha de clases *en el conjunto* del sistema de explotación del capitalismo de entonces. El peso que tienen las clases, la proporción que representan en el conjunto del sistema social del capitalismo clásico son variables, y se acentúa su variabilidad en formas particularmente imprevistas con el imperialismo y el neocapitalismo.

La proyección de la *situación* histórica de la categoría de las clases, la deducción del “valor” que tendrían en el futuro de la sociedad capitalista, en función del “valor” que tenían en el conjunto del sistema de explotación de la época clásica, constituyen la fuente principal en los errores de predicción o de análisis de las *tendencias*; pero no anulan la categoría de las clases en tanto que *se encuentra* y que *explica* distintas situaciones, incluso del capitalismo contemporáneo, del neocapitalismo y del neocolonialismo.

Mills decía en una preciosa *boutade* que “el peor error de Marx fue haberse muerto en el siglo XIX”. Ahora bien, ya con la rica experiencia del siglo xx, con la aparición histórica del socialismo, el descubrimiento y la rebelión del Tercer Mundo, parece necesario recapitular sobre las formas en que la estructura de clases fue perdiendo la clara precisión que tuvo en la realidad de su etapa clásica, para adquirir nuevas formas y valores.

EXPLOTACIÓN DE CLASES Y DE REGIONES

Un modo de abordar el problema consiste en relacionar los dos tipos de explotación predominantes de nuestro tiempo, la explotación de clases y la explotación de regiones; en analizar las formas en que se han venido manifestando y ocultando mutuamente, o en que han venido ocupando pesos variables. Cuando hablamos de explotación de regiones –de los hombres de unas regiones por los de otras– nos referimos a una categoría general, indispensable para el análisis de estos problemas: mientras la explotación de clases es una categoría general en la que caben las formas históricas del esclavismo, el feudalismo, el capitalismo,

el neocapitalismo, *la explotación de regiones* es una categoría general que engloba la explotación ciudad-campo, la explotación colonial, la explotación imperialista y el colonialismo interno.

Cualquier análisis de las categorías concretas e históricas de la explotación que intente precisar sus mutuas interacciones supone, en primer término, el análisis de las combinaciones de las dos categorías más generales de la explotación, consideradas en distintos procesos histórico-sociales. La combinación de las dos categorías es, en efecto, la primera fuente de variación del conjunto de la sociedad capitalista que provoca una serie de variantes en el comportamiento de la estructura esencial de la explotación, y en las manifestaciones históricas distintas de la clásica europea.

Estas diferencias –que hoy se perciben con relativa frecuencia y claridad– son de tres tipos principales en lo que respecta a la explotación: a] las que se refieren a las relaciones disimétricas en el interior del centro (clases); b] las que se refieren a las relaciones entre el centro y la periferia (explotación regional); c] las que se refieren a las relaciones en el interior de la periferia (clases). La *caracterización* de estas diferencias obviamente se puede complicar para los fines de un análisis que intente comprenderlas en sus formas más concretas; pero antes de dar ese paso parece conveniente limitarse a un esquema relativamente simple y provisional que destaque las relaciones posibles e históricas de los dos tipos más generales de explotación. Al efecto puede ser útil precisar las siguientes hipótesis:

1. La explotación de unos grupos sociales por otros, las relaciones disimétricas de unos grupos sociales y otros, y las relaciones de desigualdad abarcan un conjunto histórico y social que se distingue por una serie de subconjuntos con distintas formas de explotación de clase y de explotación regional, que alteran la forma original en que aparece el fenómeno en el capitalismo clásico, pero que no acaban con los fenómenos de explotación, disimetría y desigualdad, sino con *una* de las combinaciones que históricamente han presentado y pueden presentar.
2. Para alcanzar una generalización o una predicción de las estructuras mencionadas y de su comportamiento probable en el futuro, así como para hacer generalizaciones sobre las formas en que se relacionan con ellas otras características y fenómenos sociales, culturales, políticos, como las ideologías, la conciencia, las crisis, las revoluciones y el propio desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción; para analizar estos fenómenos en sus tendencias, variaciones, covariaciones, despejadas en formas cualitativas y cuantitativas es necesario considerar las com-

binaciones teóricas y políticamente posibles de los dos tipos de explotación, en el desarrollo de la sociedad capitalista.

COMBINACIONES DE DESIGUALDADES

Un modelo muy elemental que puede facilitar el análisis de las combinaciones *posibles*, y habituarnos a considerar la *posibilidad* de distintas combinaciones de la estructura de la explotación dentro del *mismo* sistema, consiste en utilizar una sola característica, la desigualdad, y dos categorías, las clases y las regiones. La desigualdad se puede comprender en forma general, como falta de semejanza, como falta de uniformidad, como diferenciación, susceptible de análisis ulteriores en que se incluyan las características de las diferencias cualitativas y las medidas de las diferencias cuantitativas. Las clases se pueden limitar a las dos del modelo clásico más elemental: la burguesía y el proletariado, y las regiones a las dos más frecuentes en el modelo clásico, la ciudad y el campo, o bien a las metrópolis y las colonias –en forma previsionalmente excluyente y sin combinar unas y otras– sin precisar aún el juego entre colonialismo internacional e interno.

Con los elementos anteriores tenemos la posibilidad de considerar los siguientes tipos de desigualdades:

1. *Las desigualdades de clase*, que pueden ser de *interclase* (entre una clase y otra) y de *intraclase* (en el interior de una clase). Incluyendo sólo dos clases, la burguesía y el proletariado; tendríamos así la posibilidad de considerar:
 - a la desigualdad entre la burguesía y el proletariado.
 - b la desigualdad en el interior de la burguesía.
 - c la desigualdad en el interior del proletariado.
2. *Las desigualdades regionales*, que pueden ser también *inter* o *intrarregionales*. Considerando sólo dos regiones, u optando sólo por una de las dicotomías regionales disimétricas –ciudad-campo, metrópoli-colonia– a las que llamaremos genéricamente centro-periferia, tenemos:
 - d La desigualdad entre el centro y la periferia (entre la ciudad y el campo, o entre la metrópoli y la colonia).
 - e La desigualdad en el interior del centro (ciudad o metrópoli).
 - f la desigualdad en el interior de la periferia (campo o colonia).

La relación de los dos tipos de desigualdades anteriores nos da la posibilidad de estudiar expresamente las desigualdades inter e intrarregionales, inter e intraclase, en términos de su magnitud que puede ser analizada con distintos atributos (ingreso, propiedad, niveles de vida) y calculada con los más diversos modelos.

Empezando por las situaciones diferenciadas tenemos:

1. Modelo clásico: Las desigualdades interclase son mayores que las desigualdades interregionales.
2. Modelo colonialista: Las desigualdades interclase son menores que las desigualdades interregionales.
3. Modelo clásico: Las desigualdades interclase son mayores que las desigualdades intraclase.
4. Modelo neocapitalista: Las desigualdades interclase son menores que las desigualdades intraclase.
5. Modelo clásico: Las desigualdades intrarregionales son mayores que las desigualdades interregionales.
6. Modelo colonialista: Las desigualdades intrarregionales son menores que las desigualdades interregionales.

Los modelos 5 y 6 operan como clásico y colonialista respectivamente, tanto cuando la diferenciación se basa en las clases (clases urbanas frente a clases rurales) como cuando se basa en distintos agrupamientos regionales (ciudad-campo de un país metropolitano frente a ciudad-campo de un país colonial). Aunque la diferenciación por agrupamientos regionales da validez a los modelos 5 y 6, de hecho éstos se asemejan al 1 y 2, mientras no se piensa en la confrontación de categorías regionales de distintos límites que busque combinar para analizar, por ejemplo, las relaciones del colonialismo interno y del internacional, o las relaciones ciudad-campo en los países metropolitanos y en las colonias. Por ello en esta parte del análisis sólo se mantienen los modelos del 1 al 4.

En cuanto a las situaciones indiferenciadas tenemos tres tipos más, lejanos de la realidad, y que por lo tanto tampoco vale la pena considerar, salvo por el hecho de que plantean más agudamente la necesidad de estudiar otro aspecto del problema: la dimensión o el grado de la desigualdad. En efecto, hay estas tres posibilidades teóricas, que se pueden añadir a las anteriores.

7. Las desigualdades de interclase y las desigualdades interregionales son iguales.
8. Las desigualdades de interclase y de intraclase son iguales.
9. Las desigualdades inter e intrarregionales son iguales.

En todos estos casos el problema consiste obviamente en descubrir la magnitud de las desigualdades que se asemejan, pues las equivalencias pueden darse con altos y bajos grados de desigualdad, heterogeneidad, variabilidad. Pero como el mismo objetivo se puede buscar en modelos

más próximos a la realidad, cuando reconociendo las diferencias de las desigualdades se mide el grado de éstas, tampoco desde este punto de vista vale la pena considerar los modelos 7 a 9.

Ahora bien, combinando los modelos 1 a 4, tenemos el típico modelo clásico (1, 3), en que destaca la explotación de clase frente a la explotación regional y en que destaca la explotación de unas clases por otras, concretamente del proletariado por la burguesía. Combinando los modelos 1 y 4 destaca la explotación de clase frente a la explotación regional y, simultáneamente, destacan las diferencias en el interior de las mismas clases, que oscurecen los fenómenos de explotación de clase. En ambos casos las categorías regionales ocupan un lugar secundario y la conciencia de la estructura social corresponde a las naciones euro-centristas y urbano-centristas, que no distinguen suficientemente las diferencias de Europa con el resto del mundo ni de lo urbano con lo rural, o de lo metropolitano con lo colonial.

De otra parte, cuando se combinan los modelos 2 y 3 se tiene el esquema de una situación en que las desigualdades entre unas clases y otras son mayores de las que hay en el interior de cada clase, pero menores de las que hay entre una región y otra. Ésta es la forma en que aparece el modelo colonialista sin neocapitalismo en que la diferenciación de interclase es visible pero menor que la de unas regiones a otras. En esta situación la percepción de las diferencias internas –de clase– puede coincidir con una percepción simultánea de las diferencias interregionales, la conciencia de clase con la conciencia de las desigualdades nacionales o internacionales.

Finalmente, cuando se combinan los modelos 2 y 4 tenemos la situación típica del modelo colonialista y neocapitalista, en que mientras las desigualdades de unas clases y otras en el interior de la metrópoli son menores que las desigualdades entre las metrópoli y las colonias o entre la ciudad y el campo, las desigualdades que existen entre unas clases y otras son menores de las que se dan en el interior de una misma clase. Se trata de una situación social en la cual ocupan un primer plano la conciencia metropolitana y el oscurecimiento de la conciencia de clases.

UN ANÁLISIS MÁS COMPLEJO Y CONCRETO EN CUANTO A LAS CATEGORÍAS

El análisis anterior en que se combinan cuatro tipos de desigualdades se puede volver más complejo y concreto aumentando el número de categorías. Para los fines de este estudio baste con añadir expresamente la categoría de explotación *en el interior de una nación* frente a la categoría de explotación *internacional*. La categoría nacional-internacional permite precisar en un contexto más amplio y concreto las combinaciones que en la sociedad moderna presentan los conjuntos de desigualdades. Con ello sólo intentamos alcanzar una imagen más precisa de las posibilida-

des de combinaciones que se han presentado. Estas posibilidades teóricamente son de ocho tipos, cuando se combinan los seis modelos arriba señalados. La combinación de los modelos 1, 3, 5 nos da el tipo clásico de combinación: en la metrópoli capitalista las desigualdades interclase son mayores que las interregionales y también son mayores que las intraclase; las desigualdades en el interior de la metrópoli son mayores que las existentes entre la metrópoli y la periferia. En el extremo opuesto tenemos el modelo 2, 4, 6. En la metrópoli las desigualdades de interclase son menores que las desigualdades interregionales y también menores que las desigualdades intraclase; de otra parte, las desigualdades en el interior de la metrópoli son menores que las desigualdades entre la metrópoli y la colonia. Se trata en este caso del modelo típico del imperialismo y el neocapitalismo. Entre uno y otro se encuentran seis posibles modelos más (cf. anexo) que no presentan la coherencia de los anteriores.

Una lectura de las combinaciones de variables que se dan en cada uno de los modelos restantes hace ver que siempre hay algún elemento incoherente, una combinación contradictoria. No se trata sin embargo de contradicciones lógicas, ni se perciben a este nivel de abstracción contradicciones históricas, que en análisis más concretos podrían resaltar. Se trata de incoherencias *políticas*. En efecto, mientras el modelo 1, 3, 5 revela una *vulnerabilidad* particularmente coherente del sistema capitalista, en que las divisiones internas del país metropolitano son mayores que las externas, las divisiones de clase mayores que las de interclase y mayores que las regionales, el modelo 2, 4, 6 presenta las características de una formación militar, de una ciudadela, de un grupo particularmente indiferenciado frente al exterior. La percepción *política* de estos dos modelos corresponde a la acción política de los grupos en pugna más característicos de la historia contemporánea, a las configuraciones ideológicas que hacen que el marxismo extrapole la combinación del modelo 1, 3, 5 y los capitalistas la del modelo 2, 4, 6, y a que unos y otros actúen para acentuar la vulnerabilidad o para disminuirla. La realidad histórica es que el capitalismo logró cambiar la combinación clásica, y la ideología del capitalismo es que puede mantener indefinidamente la combinación neocapitalista e imperialista. Pero antes de desarrollar más el problema parece conveniente enunciar otras características que en un modelo más concreto y cercano a la realidad histórica acentuaron las diferentes combinaciones.

OTRAS CARACTERÍSTICAS QUE CONTRIBUYERON A ALTERAR EL MODELO CLÁSICO

Hasta aquí hemos analizado las distintas combinaciones a un nivel de abstracción que nos permitía fijar la atención en el problema mismo de las posibles combinaciones de estructuras dentro del sistema capitalista. Hemos reducido la experiencia histórica y social del capitalismo a uno de sus

elementos característicos y esenciales: las *combinaciones de las relaciones* disimétricas, de desigualdades, de explotación, que operan entre clases y regiones⁸¹. Algunos supuestos, medidas y hechos concretos han sido eliminados del análisis con este objeto. Entre ellos se encuentran: a] el supuesto mismo de que existen relaciones de desigualdad; b] el supuesto de que existen relaciones disimétricas; c] el supuesto de que existen relaciones de explotación. Todos estos fenómenos han sido analizados en la literatura por autores de distintas ideologías y exigen una formalización más precisa y en varios grados polémica e ideológica: las relaciones de desigualdad son ampliamente reconocidas en la ciencia social, y las medidas de desigualdad objeto de análisis propios de los más distintos autores; las relaciones disimétricas aparecen en la literatura marxista y no marxista; en cuanto a las relaciones de explotación, ligadas a la teoría de la plusvalía y al cálculo de la apropiación de los excedentes económicos, son objeto de análisis prácticamente exclusivos del marxismo; pero en sus manifestaciones externas se asemejan a las relaciones disimétricas a que se refieren autores como Hirschman o Perroux. En cualquier caso ésta es una primera veta para el enriquecimiento del análisis que hemos emprendido.

De otro lado existen una serie de fenómenos y características históricos, que han formado combinaciones del sistema más próximas a la realidad y categorías más concretas. Ya hemos visto cómo se complica y enriquece el modelo al introducir la categoría de lo nacional e internacional, en que las mismas relaciones aparecen en contextos intranacionales o internacionales y esta categoría, sin duda, se precisa y aclara con las características históricas, sociales, políticas, militares del Estado-Nación, del imperialismo, el colonialismo, el neocolonialismo, la descolonización. De otro lado vimos cómo el modelo dicotómico de las clases sociales, proletario-burgués, se enriquece en sus juegos y combinaciones al introducir la noción de divisiones tricotómicas y pluritómicas cuando en términos abstractos se piensa que surgen divisiones en el interior de esas clases, o que aparecen con un nuevo peso las “clases medias”. La precisión de las hipótesis anteriores se puede hacer analizando por separado, y relacionando después, los tres tipos de relaciones considerados (las relaciones de clase, las relaciones regionales y las relaciones entre clases y regiones) pero asignándoles las características y hechos muy concretos que generan a lo largo del desarrollo histórico los siguientes tipos de variaciones: 1. las variaciones en los medios de producción; 2. las variaciones del consumo y los servicios, y 3. las variaciones de la conciencia de los grupos y clases sociales, incluida la conciencia de la situación de las clases o naciones dominantes,

81 En este ensayo no distinguimos específicamente los conceptos de desigualdad, disimetría y explotación. Apuntamos diferencias, pero operamos con ellos en lo que tienen de intercambiable.

y de sus posibilidades de acción práctica, en la búsqueda de combinaciones estructurales más favorables para sus intereses y objetivos.

El desarrollo de las fuerzas de producción, de la tecnología y de la concentración de capitales en grandes unidades productivas, genera una serie de categorías que alteran concretamente el comportamiento social respecto a sus formas clásicas: en el proletariado se agudizan las divisiones entre obreros no calificados, calificados y especializados; en la burguesía las divisiones entre propietarios y gerentes, y entre una y otra clases surgen en números cada vez mayores los empleados y profesionistas, los sectores medios, las “clases medias”, que “borran” o “diluyen” estructuralmente la división clásica.

El propio desarrollo de las fuerzas de producción, de la tecnología y la concentración de capitales altera profundamente los patrones de consumo y servicios públicos y privados de la etapa clásica, y éstos el comportamiento sociopolítico de las clases y regiones. Las características del consumo y los servicios, que eran propias de la burguesía clásica, se extienden y amplían en los países metropolitanos o en las metrópolis de los países coloniales, a capas mucho más amplias y a algunos subconjuntos de las propias clases bajas: la producción en masa, el consumo en masa, los servicios colectivos cambian así la relación de las desigualdades de la época clásica del capitalismo.

Los cambios en la producción y en el consumo, en la tecnología y el producto para las masas, en la organización y la responsabilidad empresarial alcanzan un impacto sociopolítico innegable; la estratificación, la movilidad, la participación, la movilización, la urbanización y la movilización de la periferia, no tenían ni con mucho en la época clásica el significado que alcanzan en la sociedad contemporánea, como tampoco la tenía la estructura nacional e internacional de las desigualdades.

En efecto, a lo largo de más de un siglo se convierten en una realidad de los países metropolitanos las características estructurales señaladas con anterioridad, y a la vez se desarrolla una estructura en que se acentúan progresivamente las diferencias entre los países imperialistas y coloniales, industrializados y agrícolas y en que *esta misma estructura* se repite en el interior de cada país colonial y agrícola: así las metrópolis coloniales aumentan en su interior la estratificación y la movilidad sociales, la participación y la movilización de los individuos marginales, la urbanización y la movilización de la periferia, sin que en el agregado estadístico de la nación colonial estos fenómenos dejen de ser *simultáneos* a un incremento global y absoluto del colonialismo interno, de la población marginalizada, de la sociedad dual, del empobrecimiento campesino.

A las formas ideológicas en que algunos autores marxistas analizan la evolución del neocapitalismo afirmando que las categorías de estratificación, movilidad, etc., son puramente ideologías burguesas, cuando se trata en realidad de cambios significativos en las estructuras del pro-

pio sistema capitalista, se enfrentan las formas ideológicas del progreso indefinido, del “capitalismo popular”, de los “polos de crecimiento”, de la “mancha de aceite”, que dan un lugar secundario al surgimiento de las nuevas desigualdades y formas de explotación. La realidad es que el sistema de clases del capitalismo ha encontrado nuevas combinaciones estructurales, que oscurecen pero no acaban con el sistema de clases, y que alteran considerablemente el comportamiento y la lucha políticos, sin que eliminen indefinida o universalmente la lucha de clases.

LA POLÍTICA DEL DESARROLLO CAPITALISTA Y LAS COMBINACIONES DE CLASE Y REGIÓN

Los fenómenos anteriores generan una conciencia política en las clases dominantes de los países capitalistas. Es evidente que la conciencia y la técnica social de base científica de la burguesía es muy superior a la de sus predecesores del feudalismo o el esclavismo. El marxismo no sólo influye en la conciencia del proletariado sino de la burguesía. De otro lado, el desarrollo de las fuerzas productivas, de la tecnología, del consumo y los servicios no tiene precedente en las épocas anteriores al capitalismo. Su ritmo es particularmente acelerado desde el siglo XIX y provoca transformaciones de las relaciones de explotación relativamente fáciles de percibir, confrontar y medir. Las clases gobernantes se encuentran así con un potencial técnico y estructural de que carecían las clases gobernantes de sistemas distintos al capitalista, y orientan las combinaciones hacia las formas que aseguran más su estabilidad y la continuidad del sistema de propiedad privada de los medios de producción. El poder de que disponen –político, económico, cultural– redoblado de su conciencia y conocimiento técnico de las combinaciones de conjuntos, que aparecen por la propia dinámica del desarrollo de las fuerzas de producción, les permite diseñar políticas en que las relaciones de producción los coloquen en situaciones menos vulnerables que las del capitalismo clásico. Estas políticas, en sus lineamientos generales buscan reforzar o dirigir aquel tipo de transformaciones que disminuyen las diferencias de clase mientras aumentan las diferencias regionales, que disminuyen las desigualdades en el interior del país metropolitano mientras aumentan las diferencias entre éste y el colonial, repitiendo en el país colonial el mismo proceso: disminución de las desigualdades de clase en el interior de los centros urbanos, mientras aumentan las de éstos y la periferia rural, o las colonias interiores.

Esta política universal de *bastión o ciudadela* –con grandes y pequeñas metrópolis, con colonias internacionales e internas– ciertamente se ve limitada en las etapas de depresión, en que efectiva y políticamente opera la depauperación de las clases medias y del proletariado urbano, afectando incluso a los pequeños empresarios de las grandes metrópolis y acentuando la lucha de clases frente a la lucha regional, con lo que tam-

bién aumenta la vulnerabilidad del sistema. Pero uno de los esfuerzos de la técnica social del capitalismo ha consistido en controlar el ciclo, el receso, la crisis. En ello la política de bastión ha alcanzado un éxito innegable, para fortalecerse y mantenerse: las medidas anticíclicas hoy ya casi no son motivo de discusión sino de práctica. Entre ellas se encuentran las guerras, que provocan el auge económico del sistema, y hacen que funcione la combinación de explotación y desigualdades regionales frente a aquella en que predominan la explotación y las desigualdades de clase. Que esta política no vaya a ser permanentemente eficaz, no quiere decir que no lo haya sido durante un largo tiempo.

LA COMBINACIÓN DEL SUBDESARROLLO

Por el contrario, en el caso de la política de desarrollo de tipo capitalista la discusión sobre una técnica adecuada reviste más características ideológicas, porque siendo la política de bastión muy efectiva para mantener el sistema, necesariamente traslada los fenómenos de desigualdad y explotación a las regiones periféricas coloniales o dependientes; estructura las relaciones disimétricas de las metrópolis imperialistas y las ciudades coloniales, y de éstas con sus respectivas colonias internas. El subdesarrollo de la periferia mundial es parte esencial de la combinación neocapitalista.

Hay sin duda al mismo tiempo un crecimiento de los medios de producción y una expansión del consumo de masas a los propios países periféricos y coloniales, y ambos procesos se prestan a interpretaciones optimistas en que se postula un proceso lineal de expansión de los polos de crecimiento, de ampliación sostenida de la mancha de aceite del desarrollo y hasta de “capitalismo popular” para los países subdesarrollados. Pero de hecho, tanto el crecimiento de los medios de producción, como la expansión del consumo y los servicios, siguen en el interior de los países subdesarrollados el mismo patrón que han seguido a nivel mundial; generan diferenciaciones de intracase con el incremento de las clases medias, o con las diferenciaciones entre trabajadores especializados, calificados y no calificados, y al mismo tiempo que disminuyen las desigualdades entre una clase y otra aumentan las diferencias entre las metrópolis coloniales y sus colonias internas; la carga final e irreversible queda así en las periferias rurales del Tercer Mundo.

En tanto el crecimiento y la expansión de los medios de producción, el consumo y los servicios son fenómenos relativamente sostenidos, aparecen de un lado nuevos polos o metrópolis desarrolladas, aumentan su peso y extensión en el universo subdesarrollado y generan al mismo tiempo procesos de movilidad social, de movilización y de participación, sin que se acabe la combinación neocapitalista de desigualdades regionales y de clase, con lo que en estos países se da simultáneamente el neocapitalismo y el subdesarrollo, y siendo sus centros o

metrópolis dependientes de los países imperialistas ejercen a su vez un imperialismo en el interior de sus fronteras.

De hecho todos los fenómenos de crecimiento, expansión y movilidad o movilización se dan al mismo tiempo que se acentúa la desigualdad entre los países desarrollados y subdesarrollados, o entre las zonas desarrolladas de los países subdesarrollados y las zonas subdesarrolladas que se encuentran en su interior, o entre las ciudades subdesarrolladas y el campo. Es así como desde un punto de vista estadístico se pueden medir a la vez los fenómenos que indican crecimiento –absoluto y hasta relativo– de los sectores medios, de los obreros especializados, de la población urbana, de los servicios, del consumo, de la participación y la movilización, y al *mismo tiempo*, se puede medir la mayor desigualdad entre los países desarrollados y los subdesarrollados, entre las ciudades y el campo, así como la mayor intensidad de la depresión o empobrecimiento de la población marginalizada.

Estas dos posibilidades de medición reflejan que el desarrollo capitalista implica o supone un tipo de subdesarrollo que le es concomitante y que parece incontrolable, el cual repite a lo largo del mundo la nueva combinación de clases y regiones.

INVESTIGACIÓN Y ANÁLISIS

La estructura universal de la combinación neocapitalista y de la política, que tiende a fortalecerla hace necesario replantear dentro del nuevo contexto, una serie de generalizaciones que arrancan del marxismo clásico, analizando el comportamiento de variables más concretas, de las que hemos manejado hasta ahora. Vamos a destacar algunas de las más significativas:

1. La ley de la tendencia decreciente de la tasa de utilidades era estipulada bajo el supuesto de que la limitaban a] el comercio internacional y los movimientos internacionales de capital; b] el desarrollo de las grandes compañías; c] la baja en los precios de las materias primas. Precisamente la combinación neocapitalista contraría esta tendencia, en todos y cada uno de sus aspectos. La expansión del comercio mundial, el desarrollo de los monopolios, y el deterioro constante de la relación de intercambio son características bien conocidas.

Marx previó la tendencia a la expansión mundial del capitalismo por la necesidad de incremento constante de los mercados; la tendencia a la inversión en los países coloniales porque las tasas de utilidades en ellos son mayores, dada la baja densidad de capital, y la tendencia a la venta de los productos industriales en los mercados coloniales porque se pueden obtener utilidades extra al producir

en las metrópolis y vender en las colonias. Estas tendencias modificaron en forma estructural el curso de la ley decreciente de las utilidades, que en la combinación clásica parecía casi irreversible.

2. Marx prevé una polarización de la economía mundial, una creciente “división internacional del trabajo” con centros predominantemente agrícolas sometidos a centros predominantemente industriales y considera la posibilidad de la explotación de las burguesías de países europeos por la burguesía entonces dominante que era la inglesa. Igualmente hace ver que el esclavismo de las colonias es la base del desarrollo industrial y tan importante, como la maquinaria o el crédito. Todas estas tendencias se habrían de desarrollar en forma extraordinaria, creando nuevas combinaciones en las relaciones de producción de las metrópolis, y reestructurando las relaciones del conjunto del sistema capitalista mundial. De hecho aquí se encontraba la simiente que iba a alterar el comportamiento de muchos otros fenómenos.
3. La concentración del capital que consiste en la “destrucción de los capitalistas independientes, en la expropiación de los capitalistas por los capitalistas, en la transformación de muchos capitales pequeños en unos cuantos grandes capitales”; la “ruina de muchos capitalistas pequeños, cuyos capitales pasan en parte a las manos de sus conquistadores, y en parte se desvanecen”, la transición de los pequeños capitalistas independientes a los grandes monopolios, la concentración del capital financiero, la acentuación del proceso durante los períodos de crisis son hechos que dándose en el interior de la misma clase, son susceptibles de análisis regionales muy significativos, y que caracterizan precisamente la forma de expansión del imperialismo, y del colonialismo interno a costa de las burguesías de los países y zonas dominados.
4. La depauperación del proletariado, el crecimiento del “ejército de reserva industrial”, la declinación relativa en el empleo del trabajo, “el aumento más acelerado de la pobreza en relación con la población y la riqueza”, la “acumulación de la miseria”, la declinación general en el ingreso real de los trabajadores, o el incremento de las tasas de mortalidad infantil, si bien no ocurren necesariamente en el proletariado inglés o en las zonas urbanas, son fenómenos que se registran más precisamente, conforme se pasa de las regiones metropolitanas a las coloniales, de las ciudades imperialistas a las ciudades coloniales, y de éstas al campo y los campesinos de las colonias.
5. Los fenómenos contradictorios entre “la división cada vez mayor de la sociedad como un todo en dos grandes campos hostiles, entre

dos clases que se enfrentan directamente entre sí: la burguesía y el proletariado”, la expansión de esta división en los linderos nacionales e internacionales, de un lado, y de otro el problema que advierte Bruno Bauer de que al proletariado “se le puede comprar con un penique de aumento en los salarios”, o el que ve el propio Marx de que el proletariado inglés frente al irlandés se siente miembro de la “nación dominante y se convierte en un instrumento de los aristócratas y los capitalistas *contra Irlanda*”, en actitud semejante a la de los “blancos pobres” contra los “negros” en Estados Unidos, son fenómenos que se hacen compatibles con la combinación neocapitalista e imperialista, hasta un grado que entonces era casi imprevisible, no obstante que el propio Marx observaba cómo el antagonismo entre los proletarios británicos e irlandeses “era mantenido artificialmente e intensificado por la prensa, el púlpito, los periódicos cómicos, y en suma por todos los medios al alcance de las clases gobernantes”. La depauperación de los países coloniales, el aburguesamiento de los proletarios ingleses, el enfrentamiento de naciones y el oscurecimiento de la lucha de clases constituye la típica estructura y política del neocapitalismo.

Todos estos hechos, todas las generalizaciones y correlaciones más significativas, como la conciencia de clases y los procesos mismos que conducen a la revolución socialista, fueron alterados en el interior de las metrópolis clásicas y en el interior de los países coloniales, donde se repite en menor escala, la misma estructura y combinación.

Los cambios que ocurren en el siglo XIX, empiezan a ser registrados por el propio Marx y después en su plenitud, son sistematizados por sus discípulos, sobre todo a partir de Lenin. Pero aún hoy en las generalizaciones y extrapolaciones todavía pesa la imagen de la combinación clásica del capitalismo, constituyendo una de las principales fuentes de error, cuando se le toma por constante.

Esta última imagen tiene que desaparecer. En el planteamiento de la política actual resulta difícil ignorar las formas cambiantes de la relación entre desigualdades regionales y desigualdades de clase, y en la ciencia social se siente el apremio de llevar su estudio hacia formas cada vez más precisas, históricas y matemáticas. Al hacerlo es necesario considerar que la combinación actual también es variable, y analizar las fuentes de su variación: los negros y los pacifistas en el interior de la metrópoli norteamericana, los habitantes de las villamiserías y los tugurios en las ciudades coloniales. Y después, quizá, otra vez los obreros.

La crisis final del capitalismo puede regresar, a un nivel más alto, al modelo clásico, aunque con la participación no sólo de Europa, sino del resto del mundo, no sólo de los obreros sino de los campesinos y los estudiantes.

ANEXO III

COMBINACIONES DE DESIGUALDADES CONSIDERANDO LAS INTRARREGIONALES DE UNA NACIÓN COLONIALISTA (O METRÓPOLI) Y LAS INTERREGIONALES DE LA COLONIALISTA (METRÓPOLI) Y LA COLONIZADA (PERIFERIA)

1. 1, 3, 5 Metrópoli: Las desigualdades interclase son mayores que las interregionales y también son mayores que las interclase; las desigualdades en el interior de la metrópoli son mayores que las existentes entre la metrópoli y la periferia (capitalismo clásico).
2. 1, 3, 6 Metrópoli: Las desigualdades interclase son mayores que las interregionales y también son mayores que las interclase; pero las desigualdades en el interior de la metrópoli son menores que las existentes entre la metrópoli y la periferia.
3. 1, 4, 5 Metrópoli: Las desigualdades interclase son mayores que las interregionales y menores que las interclase; las desigualdades en el interior de la metrópoli son mayores que las desigualdades entre la metrópoli y la colonia.
4. 1, 4, 6 Metrópoli: Las desigualdades interclase son mayores que las interregionales y menores que las interclase; las desigualdades en el interior de la metrópoli son menores que las desigualdades entre la metrópoli y la periferia.
5. 2, 3, 5 Metrópoli: Las desigualdades interclase son menores que las desigualdades interregionales; pero mayores que las desigualdades intraclase; las desigualdades en el interior de la metrópoli son mayores que las desigualdades entre la metrópoli y la periferia.
6. 2, 3, 6 Metrópoli: Las desigualdades interclase son menores que las desigualdades interregionales; pero mayores que las desigualdades intraclase; las desigualdades en el interior de la metrópoli son menores que las desigualdades entre la metrópoli y la periferia.
7. 2, 4, 5 Metrópoli: Las desigualdades interclase son menores que las desigualdades interregionales y menores que las desigualdades de interclase; las desigualdades en el interior de la metrópoli son mayores que las desigualdades entre la metrópoli y la colonia.

8. 2, 4, 6 Metrópoli: Las desigualdades interclase son menores que las desigualdades interregionales y menores que las desigualdades de interclase; pero las desigualdades en el interior de la metrópoli son menores que las desigualdades entre la metrópoli y la colonia (imperialismo y neocapitalismo).

EL COLONIALISMO INTERNO

I. LAS FRONTERAS POLÍTICAS han influido directa o indirectamente en la formulación y el uso de las categorías sociológicas. Ciertas categorías han aparecido y se han manejado en relación con los problemas internos de una nación o un territorio y otras con problemas internacionales, sin que se precise sistemáticamente hasta qué punto unas y otras son intercambiables, esto es, sin que se investigue suficientemente hasta qué punto las categorías que generalmente se usan para explicar los problemas internos sirven para explicar los problemas internacionales y viceversa. Estas circunstancias han oscurecido o puesto en un segundo plano cierto tipo de fenómenos, que no se ajustan al carácter internacional, o interno de las categorías. La idea de civilización ha correspondido sobre todo a un análisis internacional o universal de la historia; mientras la noción de sociedad dual o plural ha correspondido a análisis internos de naciones y territorios subdesarrollados. El concepto de clases y el de estratos sociales se han aplicado al estudio interno de las sociedades, sin que usualmente se liguen a las relaciones de clase, o a la estratificación de las naciones. El concepto de colonialismo ha buscado señalar sobre todo un fenómeno internacional, que se lleva a cabo entre pueblos y naciones distintos.

Sólo eventualmente se han hecho extrapolaciones de categorías, como cuando se ha hablado de las “naciones proletarias” o de la “estratificación de las naciones”, siendo la principal excepción de los hechos

anteriores la noción de cultura, que sistemáticamente se ha aplicado a las naciones, las regiones, las comunidades, las clases.

II. El objeto de este trabajo es precisar el carácter relativamente intercambiable de la noción de colonialismo y de estructura colonial, haciendo hincapié en el colonialismo como un fenómeno interno. Se busca con ello destacar, en el interior de las fronteras políticas, un fenómeno que no sólo es internacional sino intranacional, y cuyo valor explicativo para los problemas de desarrollo quizá resulte cada vez más importante, desde el punto de vista interno del desarrollo de las nuevas naciones de África y Asia, como lo es para la explicación de las antiguas “nuevas naciones” de América donde existe una sociedad plural, e incluso de aquellas, como México, donde ha habido un proceso de desarrollo y movilización que no ha resuelto el problema de la sociedad plural.

III. La noción de “colonialismo interno” sólo ha podido surgir a raíz del gran movimiento de independencia de las antiguas colonias. La experiencia de la *independencia* provoca regularmente la aparición de nuevas nociones, sobre la propia independencia y sobre el desarrollo. Con la independencia *política* lentamente aparece la noción de una independencia integral y de un neocolonialismo; con la creación del Estado-nación, como motor del desarrollo aparece en un primer plano la necesidad de técnicos y profesionales, de empresarios, de capitales. Con la desaparición directa del dominio de los nativos por el extranjero aparece la noción del dominio y la explotación de los nativos por los nativos. En la literatura política e histórica de los siglos XIX y XX se advierte cómo los países latinoamericanos van recogiendo estas nuevas experiencias, aunque no las llamen con los mismos nombres que hoy usamos. La literatura “indigenista” y liberal del siglo XIX señala la sustitución del dominio de los españoles por el de los “criollos”, y el hecho de que la explotación de los indígenas sigue teniendo *las mismas características* que en la época anterior a la independencia.

El fenómeno se ha registrado nuevamente en nuestros días con la proliferación de las nuevas naciones. Emerson habla de que “el fin del colonialismo” por sí solo no elimina sino los problemas que surgen directamente del control extranjero, y señala en las nuevas naciones la “opresión” de unas comunidades por otras, “opresión” que aquéllas ven incluso como más intolerable que la continuación del Gobierno colonial⁸²; Coleman hace ver que en los nuevos estados, “por especiales razones ligadas a la racionalización del colonialismo esta clase –los militares, el clero y los burócratas– apoya la idea del “derecho divino” de las gentes educadas para gobernar; y sus miembros no han quedado sin ser afectados por las predisposiciones buro-

82 Rupert Emerson, *From Empire to Nation. The Rise of Self Assertion of Asian and African Peoples*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1960, p. 342.

crático-autoritarias derivadas de la sociedad tradicional o de la experiencia colonial”⁸³; Hoselitz observa que “...las clases altas, incluyendo a muchos intelectuales del gobierno, están preparados para manipular a las masas desamparadas en una forma muy similar a la que empleaban los amos extranjeros cuyo dominio han roto”⁸⁴; Dumont recoge las quejas de los campesinos del Congo (“La independencia no es para nosotros...”), y de Camerún (“Vamos hacia un colonialismo peor de clase...”) y él mismo dice: “los ricos se conducen como colonos blancos...”⁸⁵; Fanón –en su célebre libro *Les Damnés de la Terre*– aborda la sustitución de los explotadores extranjeros por los nativos, haciendo hincapié sobre todo en la “lucha de clases”⁸⁶. C. Wright Mills –en un seminario organizado hacia 1960 por el Centro Latinoamericano de Pesquisas en Ciências Sociais– observó con precisión hace algunos años: “Dado el tipo de desarrollo desigual que ha aclarado tan precisamente el profesor Lambert, las secciones desarrolladas en el interior del mundo subdesarrollado –en el capitolio y en la costa– son una curiosa especie de poder imperialista, que tiene a modo de colonias internas”⁸⁷. Sería inútil seguir citando más autores. Todo estudioso de los problemas económicos y políticos de las nuevas naciones registra estos hechos.

IV. El registro, sin embargo, es esporádico, casi circunstancial. Un estudio más a fondo del problema invita a hacer una serie de delimitaciones, a buscar una definición estructural, que en su caso pueda servir para una explicación sociológica e histórica del desarrollo.

La delimitación del fenómeno supone: a) indicar hasta qué punto se trata de una categoría realmente distinta de otras que emplean las ciencias sociales y que presentan un comportamiento en parte similar, como las categorías de la ciudad y el campo; de la sociedad tradicional y las relaciones del “señor” y el “siervo”, de las relaciones obrero-patronales en la primera etapa del capitalismo; de las clases sociales y el planteamiento y solución de conflictos sociales; de la sociedad plural, de los estratos sociales; b) impedir el uso de esta categoría en procesos de racionalización, justificación, impugnación y manipulación irracional y emocional, como ocurre con todas las categorías que se refieren

83 James S. Coleman, “The Political Systems of the Developing Areas”, en Gabriel A. Almond & James S. Coleman, *The Politics of the Developing Areas*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1960, p. 548.

84 Bert F. Hoselitz, *Sociological Aspects of Economic Growth*, Glencoe, The Free Press, 1962, p. 148.

85 René Dumont, *L’Afrique Noire est mal partie*, París, Editions du Seuil, 1962, pp. 7 y 8, 221 ss.

86 Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, París, Maspero, 1961, pp. 111 ss.

87 C. Wright Mills, “The Problem of Industrial Developments”, en *Power Politics and People. The Collected Essays of C. Wright Mills*, Nueva York, Oxford University Press, 1961, p. 154.

a *conflictos* (así las de colonialismo, neocolonialismo, imperialismo, clases sociales) que se usan en estado de *tensión* dentro de la propia literatura científica; c) precisar el valor explicativo (y práctico, político) frente a otras categorías bien distintas como la del protestantismo de Weber, las de “adscrición” y “desempeño” o “éxito” de Parsons y Hose-litz, el “achieving” de Mac Clelland, la “empatía” de Lerner, los “valores” de Lipset en su libro sobre Estados Unidos como nueva nación.

Las preguntas ante la proposición de una nueva categoría para el estudio del desarrollo, como lo es el colonialismo interno, serían: ¿Hasta qué punto esta categoría sirve para explicar los fenómenos de desarrollo desde un punto de vista sociológico, en su mutua interacción, en análisis integrales y analíticos? ¿Hasta qué punto esta categoría no va a registrar los mismos fenómenos que registran las categorías de la ciudad y el campo, de las clases sociales, de la sociedad plural, de los estratos? ¿Cómo impedir el que se use o vea esta categoría con la vaguedad, el sentido emocional o irracional, agresivo, difuso con que se emplean y miran las categorías que aluden a los conflictos sociales, y que entran automáticamente en los procesos de racionalización y justificación de las partes? Y en fin, ¿qué “significación operacional”⁸⁸ práctica, desde el punto de vista de la política de desarrollo actual y alternativa, tiene esta categoría? A las preguntas anteriores habría que añadir otras sobre el comportamiento del fenómeno y su valor explicativo a lo largo de las diferentes “etapas del desarrollo”, y a distintos niveles de movilización social.

Si el hecho de que los grupos y clases dominantes de las nuevas naciones jueguen papeles o “roles” similares a los que jugaban los antiguos colonialistas es censurable o deplorable, o digno de registrarse en el estudio de estas naciones, no es lo que primordialmente nos interesa, sino la capacidad explicativa de un colonialismo interno, su potencial de explicación sociológica del subdesarrollo, y de explicación práctica de los problemas de las sociedades subdesarrolladas. Para ello vamos a abordar el problema en dos formas, una que nos permite la tipificación del colonialismo como fenómeno integral, intercambiable de categoría internacional a categoría interna, y otro que nos permite ver cómo se ha comportado el fenómeno en una nación nueva que ya está pasando de la etapa del “despegue”, que ha pasado por una etapa de reforma agraria, de industrialización, de construcción de la infraestructura y que ha vivido un amplio proceso de “movilización” de la población marginal, de incremento acelerado de *la población que participa del desarrollo*, es decir, en un país que se encuentra relativamente más avanzado en el proceso del desarrollo y cuya experiencia puede ser políticamente útil a

88 John H. Adler, “Some Policy Problems in Economic Development”, en *Economic Development & Cultural Change*, enero de 1961, vol. IX, no. 2.

otras naciones recién nacidas a la independencia. A tal efecto vamos a esbozar el fenómeno del colonialismo interno y su comportamiento en el México *contemporáneo*.

V. Originalmente el término colonia se emplea para designar un territorio ocupado por emigrantes de la madre patria. Así, las “colonias griegas” estaban integradas por los emigrantes de Grecia que se iban a radicar a los territorios de Roma, del norte de África, etc. Este significado clásico del término colonia subsistió casi hasta los tiempos modernos, en que una característica muy frecuente de las colonias ocupó la atención: el dominio que los emigrantes radicados en territorios lejanos ejercían sobre las poblaciones indígenas. A mediados del siglo XIX Herman Merivale observaba este cambio en el significado del término. Por entonces se entendía por colonia, tanto en los círculos oficiales como en el lenguaje común, toda posesión de un territorio en que los emigrados europeos dominaban a los pueblos indígenas, a los nativos.

Hoy al hablar de colonias o al hablar de colonialismo se alude por lo común a este dominio que unos pueblos ejercen sobre otros, y el término ha llegado a tener un sentido violento, se ha convertido en una especie de denuncia, y, en ciertos círculos, hasta en una palabra *tabú*. En las Naciones Unidas se habla de “territorios sin gobierno propio” (*non-self-governing territories*), término que es de por sí una definición, y que aclara aún más el artículo 73 de la Carta de las Naciones Unidas al decir que son “territorios cuyos habitantes no han alcanzado totalmente a gobernarse a sí mismos”. En las asambleas de las Naciones Unidas distintas delegaciones han procurado precisar este apunte de definición. La delegación de Estados Unidos hizo una contribución que puede tener cierto valor empírico... Según observó, el término, tal y como se usa en la Carta, “parece poderse aplicar a cualquier territorio administrado por un miembro de las Naciones Unidas, que no goce en la misma medida que el área metropolitana de un gobierno propio”⁸⁹. La delegación francesa señaló tres hechos que debían ser considerados para definir una colonia: “la dependencia en relación con un Estado miembro; la responsabilidad ejercida por ese Estado en la administración del territorio, y la existencia de una población que no ha logrado completamente gobernarse a sí misma”. La delegación soviética sugirió que “los territorios sin gobierno propio son todas aquellas posesiones, protectorados, o territorios que no se gobiernan a sí mismos y cuyas poblaciones no participan en la elección de los más altos cuerpos administrativos”. La India declaró que “los territorios que no se gobiernan a sí mismos se pueden definir y pueden incluir a todos aquellos

89 United Nations Document A/74, 21 de octubre de 1946, pp. 5-6.

territorios en que los derechos de sus habitantes, su *status* económico y sus privilegios sociales son regulados por otro Estado". Egipto hizo ver que el factor determinante "es el estado de dependencia de una nación respecto de otra con la que no tiene lazos naturales. A este respecto –dijo– deben ser considerados como territorios sin gobierno propio todos los territorios extrametropolitanos, en los que sus poblaciones tienen una lengua, una raza y una cultura distinta de los pueblos que los dominan"⁹⁰.

Ahora bien, si tomamos todas estas observaciones sobre el fenómeno colonial para elaborar una definición, que surja de la propia arena política, vemos que la colonia es: 1. Un territorio sin gobierno propio; 2. Que se encuentra en una situación de desigualdad respecto de la metrópoli donde los habitantes sí se gobiernan a sí mismos; 3. Que la administración y la responsabilidad de la administración conciernen al Estado que la domina; 4. Que sus habitantes no participan en la elección de los más altos cuerpos administrativos, es decir, que sus dirigentes son designados por el país dominante; 5. Que los derechos de sus habitantes, su situación económica y sus privilegios sociales son regulados por otro Estado; 6. Que esta situación no corresponde a lazos naturales sino "artificiales", producto de una conquista, de una concesión internacional; y 7. Que sus habitantes pertenecen a una raza y a una cultura distintas de las dominantes, y hablan una lengua también distinta.

Todas estas características, a excepción de la última se dan, en efecto, en cualquier colonia. La última no se da siempre, aunque sí en la mayoría de los casos. En efecto, como excepciones se pueden señalar las antiguas colonias que formarían más tarde los Estados Unidos de Norteamérica o la Argentina, el Canadá o Australia. Sin embargo, aun en esos casos los colonos vivieron cerca de poblaciones nativas con una raza y una cultura distintas, a las que no emplearon en el trabajo de la colonia y que desalojaron de sus territorios, o exterminaron. Y si no emplearon en el trabajo de la colonia a los nativos, la importación de negros y de la cultura negra produjo efectos similares a las relaciones de dominio de colonias más típicas, en el sentido moderno de la palabra.

Esta definición no es sin embargo suficiente para analizar lo que es una colonia. Por una parte se trata de una definición jurídico-política, formalista, cuyos atributos pueden estar ausentes, sin que en realidad desaparezca la situación colonial, por lo que pueden escapar de su análisis fenómenos tan importantes como el *neocolonialismo*. Por otra, no permite el análisis estadístico del colonialismo como una verdadera variable, un análisis dinámico que vaya de la *estructura "colonial"* a la

90 Emil J. Sady, *The United Nations and Dependent People*, Washington, D. C., The Brookings Institution, 1957, pp. 78-79.

estructura independiente y que mida los distintos grados de coloniaje o de independencia; y lo que es más grave deja fuera el objeto del dominio, la función inmediata y más general que cumple ese dominio de unos pueblos por otros, y la forma en que funciona ese dominio. “El objeto de las colonias –escribía Montesquieu hace más de doscientos años– es hacer comercio en mejores condiciones del que se hace con los pueblos vecinos en que las ventajas son recíprocas. Se ha afirmado –añadía– que sólo la metrópoli puede negociar con la colonia, y ello con gran razón porque el objeto del establecimiento colonial ha sido la extensión del comercio y no la fundación de una ciudad o un nuevo imperio”⁹¹.

A esta función inmediata y más general del fenómeno colonial –que puede enriquecer extraordinariamente la definición y el análisis– se añaden otras de tipo cultural, político, militar que tienen un efecto a más largo plazo, o funciones que se desvían de la tendencia general. El desarrollo internacional ocurre dentro de una estructura colonial: la expansión de la “civilización”, del progreso social y técnico de la occidentalización del mundo, de la evangelización, de la difusión de las ideas liberales y socialistas, ocurre en un cuadro de relaciones desiguales entre los países desarrollados y subdesarrollados. Y los motivos o motores de la colonización no sólo son económicos, como es obvio, sino militares, políticos, espirituales. Pero la función económica y comercial de las colonias es *inmediata y general*, marca un tipo de tendencias, de constantes en el fenómeno colonial, que ya apuntaba Montesquieu cuando daba la razón a quienes afirmaban “que sólo la metrópoli puede negociar con la colonia”, es decir, que es natural que la metrópoli monopolice el comercio de la colonia, e impida cualquier competencia, para hacer comercio en mejores condiciones que con sus vecinos e iguales. Merivale lo diría todavía con más claridad en las conferencias que dictó en Oxford sobre la colonización y las colonias: “Para ajustar –decía– nuestras nociones económicas sobre las ganancias a un país en particular, las ganancias en cuestión deben ser algo exclusivo y monopolizado”⁹². Este dato es muy importante y no sólo es útil para analizar las colonias típicas, es decir, aquellos territorios que en todo son coloniales, que en todo son dependientes de un imperio, sino para estudiar el grado de dependencia de las propias colonias o de las nuevas naciones, y el problema del colonialismo interno.

Siempre que hay una colonia se da, en efecto, una condición de monopolio en la explotación de los recursos naturales, del traba-

91 Montesquieu, Charles de Secondat, *De L'esprit des lois: Texte établi avec une*, París, Garnier, 1949.

92 Herman Merivale, *Lectures on colonization and colonies: Delivered before the University of Oxford in 1839, 1840 & 1841*, London, Oxford University, 1928, p. 188.

jo, del mercado de importación y exportación, de las inversiones, de los ingresos fiscales. No se trata de una afirmación tautológica. El país dominante ejerce el monopolio de la colonia, impide que otros países exploten sus recursos, su trabajo, su mercado, sus ingresos. El monopolio se extiende al terreno de la cultura y la información. La colonia queda aislada de otras naciones, de su cultura y su información. Todo contacto con el exterior y con otras culturas se realiza por medio de la metrópoli. Cuando el dominio colonial se extiende y fortalece es porque se extiende y fortalece el monopolio económico y cultural. La política colonialista –como ha observado Myrdal– consiste precisamente en reforzar el monopolio económico y cultural, mediante el dominio militar, político y administrativo.

En esas condiciones se puede abordar el estudio del colonialismo y la dependencia, por el monopolio que un país ejerce sobre otro. En la medida en que ese monopolio se acentúa, se acentúa el coloniaje y viceversa. Es este monopolio el que permite explotar irracionalmente los recursos de la colonia, vender y comprar en condiciones de desigualdad permanente, privando al mismo tiempo a otros imperios de los beneficios de este tipo de relaciones desiguales, y privando a los nativos de los instrumentos de negociación en un plan igualitario, de sus riquezas naturales y de una gran parte del rendimiento de su trabajo.

El monopolio aísla la colonia de otros imperios y de otros países, y en particular de otros países coloniales, según se ha observado en reiteradas ocasiones. De ahí surgen varios fenómenos característicos de la sociedad colonial, algunos de los cuales han sido señalados por el propio Myrdal⁹³:

1. La colonia adquiere las características de una economía complementaria de la metrópoli, se integra a la economía de la metrópoli. La explotación de los recursos naturales de la colonia se realiza en función de la demanda de la metrópoli, buscando integrarlos a la economía del imperio. Esto genera un desarrollo distorsionado de los sectores y regiones, en función de los intereses de la metrópoli, desarrollo que se refleja en las vías de comunicación, en el nacimiento y crecimiento de las ciudades. Da lugar a un desarrollo desigual, no integrado, de la región. En realidad fomenta más que un proceso de desarrollo un proceso de crecimiento, en el sentido que da Perroux⁹⁴ a estos términos. La falta de integración económica en el interior de la

⁹³ Gunnar Myrdal, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, pp. 69 ss.

⁹⁴ Cf. F. Perroux, *L'économie du xxème siècle*, París, Presses Universitaires de France, 1961, pp. 195, 408, 557.

colonia, la falta de comunicaciones entre las distintas zonas de la colonia y entre colonias vecinas corresponden a una falta de integración cultural.

2. La colonia adquiere sucedáneamente otras características de dependencia que facilitan el trato colonial. En el comercio exterior no sólo depende de un solo mercado –el metropolitano– que opera como consumidor final o como intermediario, sino de un sector predominante –el minero o el agrícola– y de un producto predominante, el oro o la plata, el algodón, el azúcar, el estaño, el cobre. Surge así en la colonia una situación de debilidad que proviene de la dependencia de un solo mercado, de un sector predominante o único, o de un producto único o predominante. Todo ello aumenta el poder de la metrópoli y sus posibilidades de negociar en términos de desigualdad con la colonia, impidiendo la competencia de otros imperios, e impidiendo que la colonia compita con la metrópoli. La capacidad de negociación de la colonia es nula o mínima. El monopolio se establece en los distintos tipos de colonias y de sistemas coloniales –aunque en algunas predomine el monopolio fiscal, en otras el monopolio para la explotación de los recursos naturales, en otras el monopolio del comercio exterior.
3. La colonia es igualmente usada como monopolio para la explotación de un trabajo barato. Las concesiones de tierras, aguas, minas, los permisos de inversión para el establecimiento de empresas sólo se permiten a los habitantes de la metrópoli, a los descendientes de ellos o a algunos nativos cuya alianza eventualmente se busca.
4. Los niveles de vida de las colonias son inferiores al nivel de vida de la metrópoli. Los trabajadores –esclavos, siervos, peones, obreros– reciben el mínimo necesario para la subsistencia y a menudo están por debajo de él.
5. Los sistemas represivos predominan en la solución de los conflictos de clases; son mucho más violentos y perdurables que en las metrópolis.
6. Todo el sistema tiende a aumentar –como observa Myrdal– la desigualdad internacional⁹⁵, las desigualdades económicas, po-

95 Éste es el efecto directo e inmediato. Indirectamente y a largo plazo el *crecimiento colonial* –como lo visualizó el propio Marx– “disolvió las comunidades semicivilizadas, rompiendo sus bases económicas”; “provocó una gran revolución social” (Marx, “The British Rule in India”, *On Colonialism*, Moscú, Foreign Language Publishing House, p. 36), y, diríamos, un proceso “indirecto” de aculturación internacional que condujo a la postre, como oposición al propio colonialismo, al “igualitarismo” internacional con respeto a las “identidades” y a las culturas no “occidentales”.

líticas y culturales entre la metrópoli y la colonia y también la desigualdad interna, entre los metropolitanos y los indígenas: desigualdades raciales, de castas, de fueros, religiosas, rurales y urbanas, de clases. Esta desigualdad universal tiene particular importancia para la comprensión de la sociedad colonial, y está estrechamente vinculada a la dinámica de las sociedades duales o plurales, en que la cultura dominante –colonialista– oprime y discrimina a la colonizada.

VI. La existencia de la sociedad dual o plural coincide y se entrelaza en efecto con la existencia de la sociedad colonial, aunque quepa distinguir entre “colonias de emigrantes” o “colonias de granjeros”, por una parte, y “colonias de explotación” por la otra. Aquéllas han tendido a ser, sin duda, sociedades homogéneas, que “se han movido en dirección a una situación de igualdad con la Madre Patria, tanto en las finanzas como en el equipo industrial, y hacia una independencia política, formal o potencial”⁹⁶. En cambio la situación de dependencia, la situación típicamente colonial se acentúa en las colonias de “explotación”, de “plantaciones”, con culturas heterogéneas: “La sociedad colonial por regla general consiste en una serie de grupos (o etnias) más o menos conscientes de sí mismos, a menudo separados entre sí por distintos colores, y que tratan de vivir sus vidas separadas dentro de un marco político único. *En resumen las sociedades coloniales tienden a ser plurales*”⁹⁷.

En realidad es difícil precisar si la desigualdad en el desarrollo técnico tiene más influencia sobre la formación del sistema colonial respecto de la influencia que el propio sistema colonial tiene en el desarrollo desigual. Cierto es que las sociedades duales, plurales, ocurren por el contacto de dos civilizaciones, una técnicamente más avanzada y otra más atrasada⁹⁸; pero también es cierto que la sociedad dual o plural ocurre por el desarrollo colonial, caracteriza el crecimiento colonial, las relaciones típicas del “europeo evolucionado” y el “indígena arcaico”, y las formas en que aquél domina y explota a éste, y en que se refuerzan sus relaciones desiguales con procesos discriminatorios. La estructura colonial está estrechamente ligada a la sociedad plural, al desarrollo desigual –técnico, institucional, cultural–, y a formas de explotación combinadas, si-

96 Celso Furtado, *Formação Economica do Brasil*, Río de Janeiro, Fondo de Cultura, S. A., 1959.

97 E. C. Walter, *Colonies*, Cambridge University Press, 1944, p. 72.

98 Cf. Jacques Lambert, *Os Dois Brasis*, Río de Janeiro, Ministerio de Educação e Cultura, 1959.

multáneas y no sucesivas como en el modelo clásico de desarrollo. En efecto, en las colonias se combinan y coexisten las antiguas relaciones de tipo esclavista y feudal y las de la empresa capitalista, industrial, con trabajo asalariado. La heterogeneidad técnica, institucional y cultural coincide con una estructura en que las relaciones de dominio y explotación son relaciones entre grupos heterogéneos, culturalmente distintos.

Esta característica de la vida colonial interna tiene implicaciones psicológicas y políticas, que es conveniente determinar en su cuadro natural y añadir a los fenómenos señalados en los incisos anteriores. Es bien sabido que el racismo y la discriminación racial son el legado de la historia universal de la conquista de unos pueblos por otros, desde la antigüedad hasta la expansión de los grandes imperios y sistemas coloniales de la época moderna. Ya Hobson lo decía, pensando él mismo en términos de razas superiores e inferiores: “Siempre que las razas superiores –escribió– se establecen en territorios donde pueden ser empleadas provechosamente las razas inferiores para los trabajos manuales y la agricultura, para la minería y el trabajo doméstico, las últimas no tienden a morir, sino a constituir una clase servil”⁹⁹. El racismo aparece en todas las colonias donde se encuentran dos culturas, en América Hispánica, en el Cercano y el Lejano Oriente, en África. Es el “dogma oficial” de la colonización inglesa, y corresponde a la “línea de color” que levantan los japoneses en los pueblos asiáticos que dominan, a pesar de su famoso *slogan* de “Asia para los asiáticos”¹⁰⁰. El racismo y la segregación racial son esenciales a la explotación colonial, de unos pueblos por otros, e influyen en toda la configuración del desarrollo y la cultura colonial: Son un freno a los procesos de aculturación, al intercambio y traspaso de técnicas avanzadas a la población dominada, a la movilidad ocupacional de los trabajadores indígenas que tienden a mantenerse en los trabajos no calificados, a la movilidad política y administrativa de los indígenas. El racismo y la discriminación corresponden a la psicología y la política típicamente coloniales.

La psicología colonial, la mentalidad colonialista han sido poco estudiadas. No disponemos que yo sepa de un estudio empírico y riguroso sobre la “personalidad colonialista”, no obstante lo necesario que es y lo útil que sería. Los autores que han hablado sobre el problema lo han hecho en forma de denuncia, y cualquier lector de los textos participa de la emoción en formas de aceptación o rechazo. Algo semejante ocurre con los estudios sobre el colonizado, su psicología y persona-

99 John A. Hobson, *Imperialism: a study*, Londres, George Allen & Unwin, 1948, p. 253.

100 Sady, *op. cit.*, p. 6.

lidad. El pequeño libro de Memmi¹⁰¹ con observaciones muy agudas, los casos clínicos que registró Fanon en su trabajo como psiquiatra¹⁰², se suman a una gran cantidad de denuncias y acusaciones políticas de viajeros, historiadores e ideólogos.

En medio de esta situación es evidente que dos de los problemas más característicos de la personalidad colonialista consisten en una complicada riqueza de actitudes adscritas al trato con los individuos, según el lugar que ocupan en la escala social, y en la *deshumanización* del colonizado. En la sociedad colonial hay una etiqueta complicada que señala los términos en que debe y puede uno dirigirse a los diferentes grupos sociales, “el grado de cortesía o grosería que son aceptables”¹⁰³, el tipo de “humillaciones que son naturales”. “Conjunto de conductas, de reflejos aprendidos, ejercitados desde la primera infancia...el racismo colonial –dice Memmi– se halla tan espontáneamente incorporado a los gestos, incluso a las palabras más banales, que parece constituir una de las estructuras más sólidas de la personalidad colonialista”¹⁰⁴.

A estas complicadas formas de la humillación y la cortesía, típicas de la *adscripción* de la sociedad tradicional, se añade la *deshumanización* del colonizado, o su percepción como una *cosa*, cuyas funciones psicológicas, sociales y políticas sólo pueden encontrar paralelo en los estudios sobre la psicología de los nazis. Este fenómeno da lugar a los procesos de manipulación, sadismo, agresividad, que aparecen en tantas denuncias del *trato* colonial y que Memmi señala con violencia: “¿Qué deber serio se tiene frente a un animal, o una cosa, que es a lo que se parece más y más el colonizado? A eso se debe que el colonizador pueda permitirse las actitudes y los juicios que se permite sobre el colonizado. Para él un colonizado que conduce un automóvil, es un espectáculo al que no se acostumbra; le niega todo carácter normal, le parece que es una pantomima simiesca. Un accidente incluso grave, que afecta al colonizado casi lo hace reír. El ametrallamiento de una multitud colonizada lo hace levantar los hombros con indiferencia. Por lo demás, una madre indígena que llora la muerte de su hijo o de su marido no le recuerda sino vagamente el dolor de una madre o de una esposa”¹⁰⁵.

101 Cf. Albert Memmi, *Portrait du colonisé précédé du portrait du colonisateur*, París, Correa, 1957.

102 Fanon, *op cit.*, (casos psiquiátricos).

103 K. N. Panikkar, *L'Asie et la domination occidentale du xve siècle à nos jours*, París, Éditions du Seuil, 1956, p. 145.

104 Memmi, *op. cit.*, p. 114.

105 *Ibid.*

Esta psicología con reglas muy complicadas de trato, prejuicios y formas de percepción del hombre colonizado como cosa, está vinculada a las formas de la política interna de la sociedad colonial, a una política de manipulación y discriminación que aparecen en el orden jurídico, educacional, lingüístico, administrativo y que tienden a sancionar y aumentar el “pluralismo” social y las relaciones de dominio y explotación características de la colonia. Sobre este punto la literatura histórica y jurídica es demasiado amplia para intentar siquiera una síntesis.

VII. Pero si éstas son las características típicas del colonialismo, el problema radica en saber hasta qué punto se dan en lo que hemos llamado el “colonialismo interno”, y hasta qué punto se da el fenómeno mismo del colonialismo interno.

Es un hecho bien conocido que al lograr su independencia las antiguas colonias, no cambia súbitamente su estructura internacional e interna. La estructura social internacional continúa en gran parte siendo la misma y amerita una política de “descolonización”, según se ha visto con toda claridad, particularmente por los dirigentes de las nuevas naciones y por los investigadores europeos. En el terreno interno ocurre otro tanto, aunque el problema no haya merecido el mismo énfasis sino, como dijimos anteriormente, observaciones ocasionales. Las nuevas naciones conservan, sobre todo, el carácter dual de la sociedad y un tipo de relaciones similares a las de la sociedad colonial, que ameritan un estudio objetivo y sistemático. El problema consiste en investigar hasta qué punto se dan las características típicas del colonialismo y de la sociedad colonial en las nuevas naciones y en la estructura social de las nuevas naciones; su situación en un momento dado, y su dinámica, su comportamiento a lo largo de las distintas etapas del desarrollo.

Quizá al llegar aquí debemos preguntar ¿qué valor puede tener esta investigación?, e intentar responder algunas de las preguntas que formulamos con anterioridad. ¿Hasta qué punto esta categoría –el colonialismo interno– es realmente distinta de otras que emplean las ciencias sociales? ¿Hasta qué punto se puede estudiar en forma sistemática y precisa? y, en suma, ¿qué valor explicativo puede tener en un análisis sociológico del desarrollo?

1. El colonialismo interno corresponde a una estructura de relaciones sociales de dominio y explotación entre grupos culturales heterogéneos, distintos. Si alguna diferencia específica tiene respecto de otras relaciones de dominio y explotación (ciudad-campo, clases sociales) es la heterogeneidad cultural que históricamente produce la conquista de unos pueblos por otros, y que permite hablar no sólo de diferencias

culturales (que existen entre la población urbana y rural y en las clases sociales) sino de diferencias de civilización.

La estructura colonial se parece a las relaciones de dominio y explotación típicas de la estructura urbano-rural de la sociedad tradicional y de los países subdesarrollados¹⁰⁶, en tanto que una población integrada por distintas clases (la urbana o la colonialista) domina y explota a una población integrada también por distintas clases (la rural o colonizada); se parece también porque las características culturales de la ciudad y el campo contrastan en forma aguda; se distingue porque la heterogeneidad cultural es históricamente otra, producto del encuentro de dos razas o culturas, o civilizaciones, cuyas génesis y evolución ocurrieron hasta un cierto momento –la conquista o la “concesión”–, sin contacto entre sí, y se juntaron por la violencia y la explotación, dando lugar a discriminaciones raciales y culturales que acentúan el carácter *adscriptivo* de los grupos de la sociedad colonial: los conquistadores y los conquistados.

De otra parte la estructura colonial se parece a las relaciones de dominio y explotación típicas de “los propietarios ingleses de fábrica y los capataces de principios del siglo XIX, que no dudaban en usar el látigo sobre las espaldas de los niños cuando no trabajaban o se caían dormidos” porque, como dice Hoselitz –de quien hemos tomado el párrafo anterior– aquéllos operaban en condiciones similares a las de los colonialistas extranjeros y nativos de los países subdesarrollados: abundancia de mano de obra, masas de gente que tiene que ajustarse a la disciplina y la regularidad de la sociedad industrial, en la que “la manipulación sin freno y a menudo inhumana ofrece amplios rendimientos en la producción, el dinero y el poder social”¹⁰⁷.

La estructura colonial y el colonialismo interno se distinguen de la estructura de clases, porque no son sólo una relación de dominio y explotación de los trabajadores por los propietarios de los bienes de producción y sus colaboradores, sino una relación de dominio y explotación de una población (con sus distintas clases, propietarios, trabajadores) por otra población que también tiene distintas clases (propietarios y trabajadores). La estructura interna colonial, el colonialismo interno, tiene amplias diferencias con la estructura de clase, y suficientes diferencias con las relaciones de la estructura ciudad-campo como para utilizarla como instrumento analítico. Su función explicativa necesariamente aclarará estas diferencias.

106 John H. Kauts K., *Political Change in Underdeveloped Countries*, Nueva York, John Willey & Sons, 1962, pp. 15 y 17; Hoselitz, *op. cit.*, pp. 162 y 195.

107 Hoselitz, *op. cit.*, p. 148.

2. Siendo una categoría que estudia fenómenos de *conflicto y explotación*, el colonialismo interno, como otras categorías similares amerita un estudio analítico y objetivo si queremos avanzar en su comprensión y derivar de su conocimiento preciso, su riqueza explicativa y práctica. Al efecto podemos emprender estudios similares a los que ha hecho Shannon¹⁰⁸ para medir—con objetivos distintos— la capacidad de las naciones para ser independientes; o a los que ha hecho Deutsch —en forma ejemplar— para medir la movilización de la población marginal en los procesos de desarrollo¹⁰⁹, y para levantar un inventario de las tendencias y patrones básicos de la política¹¹⁰. Anexo a este trabajo presentamos un esquema con los distintos atributos y variables que hemos registrado, en los trabajos de los antropólogos, sobre la situación indígena en México. Una gran parte de estas variables no presenta dificultades analíticas, y algunas de ellas corresponden a indicadores que son objeto de registro estadístico nacional e internacional. La medición del monopolio y la dependencia, de la discriminación agraria, fiscal, en créditos oficiales, inversiones públicas y salarios, así como la medición de los bajos niveles de vida de la población indígena o “para-colonizada”, quizá presenten los menores problemas¹¹¹.

En todo caso para una serie de características se hace necesario el trabajo directo, que presenta las dificultades propias de toda investigación basada en categorías que estudian fenómenos de conflicto y explotación. Quizá la obra clásica de Myrdal sobre *El dilema americano*, y el uso abundante que hace de las técnicas de investigación histórica y documental, pueda ser ejemplar para este tipo de estudios. La realidad es que los obstáculos que presenta el problema ni han sido ni son insuperables, en la historia de la investigación científica sobre conflictos y explotación.

108 L. W. Shannon, “Is Level of Development Related to Capacity for Self-Government ?”, *The American Journal of Economics & Sociology*, julio de 1958, vol. 17, nro. 4, pp. 367-382.

109 Karl W. Deutsch, “Social Mobilization and Political Development”, en *The American Political Science Review*, septiembre 1961, vol. LV, nro. 3, pp. 493-514.

110 Karl W. Deutsch. “Toward an Inventory of Basic Trends and Patterns in Comparative and International Politics”, *ibid*, marzo de 1960, vol. xiv, nro. 1, pp. 39-57.

111 Para algunos casos se puede disponer de estadísticas oficiales. Nosotros intentamos buscar en el caso de México correlaciones por regiones indígenas y no indígenas, sin encontrar coeficientes significativos, en gran parte, quizá, porque la población que no es de habla indígena tiene, en las proximidades de las comunidades indígenas, condiciones de vida similares a las de aquéllas.

LAS FORMAS DEL COLONIALISMO INTERNO

MONOPOLIO Y DEPENDENCIA	RELACIONES DE PRODUCCIÓN Y DISCRIMINACIÓN	CULTURA Y NIVELES DE VIDA
<ol style="list-style-type: none"> 1. El "Centro Rector" o Metrópoli y el aislamiento de la comunidad indígena (zonas de difícil acceso, falta de vías de comunicación, aislamiento cultural). 2. Monopolio del Comercio por el "Centro Rector" (Relaciones de intercambio desfavorables para la comunidad indígena; especulaciones, compras prematuras de cosechas, ocultamiento de mercancías). 3. Monopolio del Crédito (usura, control de la producción indígena). 4. Monocultivo, población económicamente activa dedicada a la agricultura y dependencia. 5. Deformación y dependencia de la economía indígena. 6. Descapitalización. 7. Migración, éxodo y movilidad de los indígenas. 8. Reforzamiento político del monopolio y la dependencia (medidas jurídicas, políticas de información, militares y económicas). 	<ol style="list-style-type: none"> 1. La explotación conjunta de la población indígena por las distintas clases sociales de la explotación ladina. 2. Explotación combinada (esclavista, feudal, capitalista; aparcería, peonaje, servicios gratuitos). 3. Despojos de tierras comunales y privadas: creación de asalariados. 4. Trabajo asalariado (salarios diferenciales: minas, ingenios, fincas de café). 5. Explotación del artesano (lana, ixtle, palma, mimbre, cerámica). 6. Discriminación social (humillaciones y vejaciones). 7. Discriminación lingüística. 8. Discriminación jurídica (utilización de la ley contra el indígena, abuso de su ignorancia de la ley). 9. Discriminación política (actitudes colonialistas de los funcionarios locales y federales; carencia del control político por los indígenas en los municipios indígenas). 10. Discriminación sindical. 11. Discriminación agraria. 12. Discriminación fiscal (Impuestos y alcabalas). 13. Discriminación en inversiones públicas. 14. Discriminación en créditos oficiales. 15. Otras formas de discriminación (regateo, pesas, medidas). 16. Proceso de desplazamiento del indígena por el ladino (como gobernante, propietario, comerciante). 17. Reforzamiento político de los sistemas combinados de explotación. 	<ol style="list-style-type: none"> 1. Economía de subsistencia, mínimo nivel monetario y de capitalización. 2. Tierras de acentuada pobreza agrícola o de baja calidad (cuando están comunicadas) o impropias para la agricultura (sierras) o de buena calidad (aisladas). 3. Agricultura y ganadería deficientes. 4. Técnicas atrasadas de explotación (prehispánicas o coloniales). 5. Bajo nivel de productividad. 6. Niveles de vida inferiores al campesino ladino (salubridad, mortalidad, mortalidad infantil, analfabetismo, subalimentación, raquitismo). 7. Carencia de servicios (escuelas, hospitales, agua, electricidad). 8. Cultura mágico-religiosa y manipulación económica (economía de prestigio) y política (elecciones colectivas). 9. Fomento del alcoholismo y la prostitución. 10. Agresividad de unas comunidades con otras (agresividad real, lúdica y onírica). 11. Rutinarismo, tradicionalismo y conformismo. 12. Reforzamiento político del tradicionalismo (técnico e ideológico), el conformismo y la agresividad de unas comunidades con otras.

Fuentes generales: Julio de la Fuente, "Población Indígena" (inédito); Alejandro D. Marroquín, "Problemas Económicos de las Zonas Indígenas" (inédito); Alejandro D. Marroquín, "Problemas Económicos de las Comunidades Indígenas de México", Programa de un curso (mimeógrafo), México, 1956; M. O. de Mendizábal, "Los Problemas Indígenas y su más Urgente Tratamiento", *Obras completas* IV, México, 1946; M. T. de la Peña, "Panorama de la Economía Indígena de México" (Ier. Congreso Indigenista Interamericano, Pátzcuaro, 1946); Jorge A. Vivó, "Aspectos Económicos

Fundamentales del Problema Indígena” (Rev. *América Indígena*, nro. 1, vol. III, enero de 1947); Manuel Gamio, “Consideraciones sobre el Problema Indígena”; G. Loyo, “Estudio sobre la Distribución de los Grupos Indígenas en México” (Ier. Congreso Indigenista Interamericano de Pátzcuaro, 1946); G. Aguirre Beltrán, “Instituciones Indígenas en el México Actual”; Alfonso Caso, *Indigenismo*.

3. El valor explicativo, práctico y político del colonialismo interno, en el orden nacional y a lo largo de las distintas etapas del desarrollo y la movilización social se percibe claramente cuando se buscan las características del fenómeno en una estructura concreta. El caso de México puede ser útil para ese fin.

México es un país que hace 150 años logró la independencia política; que ha repartido 48 millones de hectáreas de tierra cultivable entre 2 millones y medio de campesinos, acabando con el antiguo sistema latifundista; su población rural es menos del 50% en 1960 (considerando como límite de lo rural-urbano los poblados de 2.500 habitantes), y en ese mismo año ya sólo el 53% de la fuerza de trabajo se ocupa en la agricultura y el resto en actividades secundarias y terciarias. Tiene tasas muy altas de movilización de la población o de integración de ésta al desarrollo y la cultura nacional¹¹². Con el triunfo de los grandes movimientos liberales y progresistas, desde la independencia hasta la revolución social de 1910, los *símbolos nacionales* y oficiales de este país mestizo son los indígenas: Cuauhtémoc –que luchó contra el conquistador español– y Juárez, que de niño sólo hablaba zapoteco, una lengua indígena, y que era “indio de raza pura”. En las escuelas y los cultos cívicos los héroes indígenas son objeto de veneración, y el valor simbólico que tienen, aglutinante, corresponde a una sociedad mestiza, sin prejuicios raciales en la órbita nacional y en la ideología nacional. El problema indígena de México se contempla –en los círculos gubernamentales e intelectuales– como problema cultural y no racial, y ligado a la ideología de la revolución se atribuyen al indígena innumerables valores positivos, orgullo de una política “indigenista” y “nacionalista”.

El “problema indígena” sin embargo subsiste: el número de habitantes de 5 o más años que no hablan español por hablar sólo una lengua o dialecto indígena es de más de un millón en 1960, es decir de 3.8% respecto de la población nacional de 5 o más años; el número de habitantes que hablando una lengua o dialecto indígena chapurrean el español es de casi 2 millones en 1960, es decir, el 6.4% del total. Enmarcado desde un punto de vista lingüístico el problema indígena comprende un poco más del 10% de la población; pero si se toman

112 Pablo González Casanova, “Sociedad plural y desarrollo: el caso de México”, en *América Latina*, octubre-diciembre de 1962, t. v, nro. 4, pp. 31-51.

otros indicadores, no menos importantes para definir al indígena, y ampliamente utilizados por los antropólogos –técnicas de trabajo, instituciones, etc.–, el número de indígenas “crece hasta llegar al 20 o 25%”, esto es, a más o menos siete millones de habitantes.

Ahora bien, la situación de estos habitantes y en particular de los menos aculturados presenta muchas características típicas del colonialismo, de un colonialismo interno, y esto ocurre no obstante la antigüedad de la independencia nacional, la Revolución, la reforma agraria, el desarrollo sostenido, la industrialización del país, la simbología cívica y las ideologías indigenistas.

Las formas que presenta el colonialismo interno y que registran los antropólogos, en forma constante aunque no sistemática, son las siguientes:

- a] Lo que los antropólogos llaman el “Centro Rector” o “Metrópoli” (ciudades de San Cristóbal, Tlaxiaco, Huauchinango, Sochiapan, Mitla, Ojitlán, Zacapoaxtla, etc.) ejerce un monopolio sobre el comercio y el crédito indígenas, con relaciones de intercambio desfavorables para las comunidades indígenas, que se traducen en una descapitalización permanente de éstas a los más bajos niveles. Coincide el monopolio comercial con el aislamiento de la comunidad indígena respecto de cualquier otro centro o mercado; con el monocultivo, la deformación y la dependencia de la economía indígena.
- b] Existe una explotación conjunta de la población indígena por las distintas clases sociales de la población ladina: “Tlaxiaco –dice un antropólogo refiriéndose a un centro rector o metrópoli– presenta una estratificación social heterogénea; su composición social tiene una división de clases bastante pronunciada; pero la característica de estas clases sociales es el hecho de que todas descansan en la explotación del indígena como trabajador o como productor”¹¹³. La explotación es combinada –mezcla de feudalismo, esclavismo, capitalismo, trabajo asalariado y forzado, aparcería y peonaje, servicios gratuitos. Los despojos de tierras de las comunidades indígenas tienen las dos funciones que han cumplido en las colonias; privar a los indígenas de sus tierras y convertirlos en peones o asalariados. La explotación de una población por otra corresponde a salarios diferenciales por trabajos iguales (minas, ingenios, fincas de café), a la explotación conjunta de los artesanos indígenas por la población ladina (lana, ixtle, palma, mimbre, cerámica), a dis-

113 Alejandro D. Marroquín, “Problemas Económicos de las Zonas Indígenas” (inédito), pp. 37-38.

criminales sociales (humillaciones y vejaciones), a discriminaciones lingüísticas (“era gusano hasta que aprendí el español”), a discriminaciones por las prendas de vestir; a discriminaciones jurídicas, políticas, sindicales, con actitudes colonialistas de los funcionarios locales, e incluso federales, y por supuesto de los propios líderes ladinos de las organizaciones políticas.

- c] Esta situación corresponde a diferencias culturales y de niveles de vida, que se pueden registrar fácilmente según sea la población indígena o ladina.

Así, se advierten hechos como los siguientes, entre las comunidades indígenas: economía de subsistencia predominante; mínimo nivel monetario y de capitalización; tierras de acentuada pobreza agrícola o de baja calidad cuando están comunicadas, o impropias para la agricultura (sierras), o de buena calidad pero aisladas; agricultura y ganadería deficientes (semillas de ínfima calidad, animales raquíuticos de estatura más pequeña que los de su género); técnicas atrasadas de explotación, prehispánicas o coloniales (coa, hacha, malacate); bajo nivel de productividad; niveles de vida inferiores a los de las regiones no indígenas (mayor insalubridad, índices más altos de mortalidad general e infantil, analfabetismo, raquitismo); carencia acentuada de servicios (escuelas, hospitales, agua, electricidad); fomento del alcoholismo y la prostitución por los enganchadores y ladinos; agresividad de unas comunidades contra otras (real, lúdica, onírica), cultura mágico-religiosa y manipulación económica (economía de prestigio) y, también, política (vejaciones, voto colectivo). Estas manipulaciones corresponden a estereotipos típicamente coloniales, en que los indios “no son gentes de razón”, son “flojos”, “buenos para nada” y en que la violación de las reglas estrictas de cortesía, lenguaje, vestido, tono de voz por parte de los indígenas provoca reacciones de violencia verbal y física en los ladinos.

- d] Aunque el desarrollo del país, la movilización nacional, el incremento de las comunicaciones y el mercado nacional han permitido una salida a los mejores y más agresivos miembros de estas comunidades indígenas; y aunque una vez que visten como mestizos, hablan el español, participan en la cultura nacional, las condiciones de los indígenas corresponden a los distintos estratos que ocupan en la sociedad –por lo que el problema no es un problema racial a nivel nacional– hay dos hechos que sí tienen importancia nacional: 1. El propio gobierno federal conserva una política natural o inconscientemente discriminatoria: la reforma agraria tiene dimensiones mucho menores en las regiones indígenas; la carga fiscal es proporcionalmente mayor para las comunidades

indígenas; los créditos y las inversiones son proporcionalmente menores en las comunidades indígenas¹¹⁴. 2. Si todas las características anteriores, típicas del colonialismo interno, se dan integralmente en una población que sólo comprende el 10% del total –en las fronteras del México ladino e indígena– este hecho guarda una natural interacción con el conjunto de la sociedad nacional, en la que hay un *continuum* del colonialismo desde la sociedad que reviste íntegramente las características de la colonia, hasta las regiones y grupos en que sólo quedan resabios y formas paralelas discriminatorias, o de manipulación paracoloniaista, observable sobre todo en el terreno jurídico-político.

Reparando en el caso de México vemos que el colonialismo interno tiene varias funciones explicativas y prácticas, cuyas tendencias y desviaciones ameritan analizarse como hipótesis viables en instituciones similares:

1. En las sociedades plurales las formas internas del colonialismo permanecen después de la independencia política y de grandes cambios sociales como la reforma agraria, la industrialización, la urbanización y movilización.
2. El colonialismo interno como *continuum* de la estructura social de las nuevas naciones, ligado a la evolución de los grupos participantes y marginalizados del desarrollo, puede constituir un obstáculo más a la integración de un sistema de clases típico de la sociedad industrial, y oscurecer de hecho la lucha de clases, por una lucha racial. Los estereotipos colonialistas, la “cosificación” y manipulación que los caracteriza se pueden encontrar en el *continuum* colonialista y explicar algunas resistencias seculares a la evolución democrática de estas sociedades¹¹⁵ así como una incidencia mayor de los conflictos no institucionales.
3. El colonialismo interno explica en parte, el desarrollo desigual de los países subdesarrollados, en que las leyes del mercado y la escasa participación y organización política de los habitantes de las zonas subdesarrolladas juega simultáneamente en favor de una “dinámica de la desigualdad” y en contra de los procesos de igualitarismo característicos del desarrollo¹¹⁶.

114 Pablo González Casanova, “México: El ciclo de una revolución agraria”, en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero de 1962, pp. 7-29.

115 Pablo González Casanova, *La democracia en México. Estructura política y desarrollo económico*, México, Editorial Era, 1967, 2ª edición.

116 Pablo González Casanova, “México: Desarrollo, Subdesarrollo”, en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, abril-septiembre de 1963.

4. El valor práctico y político de la categoría del colonialismo interno quizá se distingue de otras categorías (de Lerner, Mac Clelland, Hoselitz) en que éstas proporcionan sobre todo un análisis psicológico y valorativo, útil para el diseño de políticas de comunicación, propaganda y educación, en tanto que la noción de *colonialismo interno* no es sólo psicológica sino estructural, y más bien estructural. Ligada a la política de los gobiernos nacionales (de integración nacional, comunicaciones internas, y expansión del mercado nacional) puede tener un valor económico y político para acelerar estos procesos e idear instrumentos específicos –infraestructurales, económicos, políticos y educacionales– que aceleren deliberadamente los procesos de descolonización no sólo externa sino interna y, por ende, los procesos de desarrollo. También puede ser la base de una lucha contra el colonialismo, como fenómeno no sólo internacional sino interno, y derivar en movimientos políticos y revolucionarios que superen los conceptos de integración racial o de lucha racial, ampliando la estrategia de los trabajadores colonizados.

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN LOS PAÍSES COLONIALES Y DEPENDIENTES

SOBRE LAS PECULIARIDADES

Con frecuencia la especificación de las formas que reviste el desarrollo del capitalismo ha servido para ocultar las características esenciales o universales del sistema. Es cierto, como dice Baran, que al “intentar comprender las leyes del movimiento, tanto de las partes adelantadas como atrasadas del mundo capitalista es posible, y sin duda necesario, hacer abstracción de las peculiaridades de los casos individuales y concentrarse en sus características comunes esenciales”¹¹⁷, o como escribía mucho antes Lenin, “que las *formas* de la lucha pueden cambiar y cambian constantemente por razones diversas, relativamente temporales y particulares, mientras que la *esencia* de la lucha, su contenido de clase, no podrán realmente cambiar mientras las clases existan”¹¹⁸. Pero es igualmente cierto que las generalizaciones no pueden dejar de tomar en cuenta una serie de factores concretos que políticamente son necesarios para una *acción* eficaz.

La teoría económica ha abusado también de las generalizaciones sobre un universo indiferenciado. “La teoría corriente y ortodoxa del desarrollo económico –escribe Prado Junior–, en la cual se propone la

117 Paul Baran, *The Political Economy of Growth*, Nueva York, Monthly Review Press, 1957, p. 134.

118 Lenin, en E. Varga y L. Mendelsohn, *Données complémentaires à “L’Impérialisme” de Lénine*, París, Éditions Sociales, 1950, p. 198.

noción de ‘subdesarrollo’ postula sin mayor indagación crítica la idea de una progresión, dentro del sistema capitalista, unilineal y homogénea, esto es, esencialmente idéntica, cualesquiera que sean el país o la situación considerados. Según esta teoría –añade Prado Junior– los países actuales se diferenciarían por distintos niveles de desarrollo que se escalonan en una trayectoria económica que todos siguen o deben seguir, aunque con ritmo diferente para cada uno, que puede ser eventualmente nulo o hasta negativo; pero que cualitativamente siempre es el mismo, de naturaleza y carácter igual, consistiendo en aquello que se entiende más o menos ambiguamente por ‘progreso económico’... En suma, la teoría corriente del desarrollo considera sólo el aspecto cuantitativo del desarrollo (la ‘cantidad’ de progreso económico) sin dar mayor atención a las diferencias cualitativas del desarrollo, a saber, al tipo o categoría de la situación o de la evolución económica en que está cada país o grupo de países”¹¹⁹. Él y otros autores, hacen hincapié en las diferencias de tiempo, cultura, organización política, etc., y señalan las falsas analogías entre el proceso de industrialización y desarrollo de la Europa del siglo XIX y de los países pobres de Asia, África y América Latina.

En realidad, en los estudios sobre desarrollo se oscila entre generalizaciones demasiado vagas o analogías típicamente automáticas, y un afán de buscar hechos demasiado aislados, particulares, característicos. Ninguno de los dos enfoques, como es obvio, permite un análisis científico del problema y en ninguno de los dos se puede aprovechar la experiencia universal para la acción en el terreno. Cuando se aplican automáticamente los modelos que surgieron en otros países y circunstancias, esos modelos no sirven ni para comprender ni para modificar la situación, y cuando se niega uno a estudiar las experiencias de otros pueblos y a aprovecharlas para conocer el propio y modificar su situación, con facilidad se intentan soluciones que en circunstancias similares han probado ser ineficaces, y el número de errores es mayor. En estas condiciones es necesario buscar una zona intermedia, *significativa* y *contextual* en que se puedan generalizar las experiencias de los pueblos que han actuado en circunstancias similares.

Ahora bien, por lo que respecta al “desarrollo” de que se habla en nuestro tiempo, los pueblos que han actuado y viven condiciones similares son los pueblos pobres, coloniales y dependientes. Estos pueblos, que tienen incluso un mayor número de habitantes y quizá de experiencias que los ricos e imperialistas, constituyen una categoría suficientemente sólida para hacer generalizaciones que sirvan de punto de partida para la comprensión y la acción política en cada uno de ellos. De las experiencias y

119 Caio Prado Junior, *Esboço dos Fundamentos da Teoria Economica*, Sao Paulo, Editora Brasiliense, 1957, p. 189.

evolución de estos pueblos se pueden derivar proposiciones sobre el comportamiento de la economía y la sociedad, y sobre las medidas políticas idóneas, con más probabilidades de confirmarlas que cuando se parte sólo de las experiencias de los países ricos e imperialistas, o de una evolución abstracta e indiferenciada que nunca existió en la realidad histórica.

Con las conclusiones que se obtengan de la evolución y experiencias de los países pobres, coloniales y semicoloniales, se podrá reanudar la investigación en un país pobre en un momento dado, para ir más al fondo de los problemas, o actuar en una situación concreta, y observar si los hechos comprueban que en ese país los fenómenos se comportan del mismo modo. La probabilidad de error será más pequeña que cuando se parta de proposiciones sobre el desarrollo de los países imperialistas y ricos, o de los países en general. Es ése, sin duda, el camino que permite aprovechar mejor la experiencia universal, y por el cual se pueden descubrir ciertas leyes que operan en todos los países capitalistas, inclusive en los desarrollados.

Para encontrar una zona intermedia de generalizaciones y analogías, que permitan explicar el comportamiento del desarrollo del capitalismo en distintos países, se necesita reparar así en varios hechos esenciales entre los cuales se encuentran los siguientes:

1. El hecho de que la estructura social básica de los países pobres es la estructura colonial o dependiente. Este hecho afecta el desarrollo del capitalismo en todas las regiones donde se da, y por lo tanto afecta la estructura de las clases sociales y el papel que éstas juegan en la sociedad y la política. No es lo mismo que el capitalismo surja en un país dominante o en un país dependiente, que surja en un país que explota a otro país o en un país que es explotado por otro país. Las clases sociales no pueden jugar el mismo papel en un país en que los propietarios de los medios de producción no son dominados por nadie, y en un país en que hacen el papel de socios menores, de auxiliares, y hasta de desposeídos, como ocurre en los países coloniales y dependientes, con propietarios a los que les quitan sus tierras, con industriales nativos que son constantemente arruinados por las empresas y estados extranjeros, con patronos y administradores que trabajan para una metrópoli más o menos lejana. En estos países se tienen que dar y se dan condiciones relativamente distintas a las que caracterizan el desarrollo económico y político de los países dominantes.
2. El hecho es que el desarrollo en el mundo y en los países coloniales y semicoloniales es desigual y que esta desigualdad se acrecienta en el siglo XIX y sobre todo en el XX, afectando zonas, regiones, grupos sociales y culturales, debido a la penetración de la cultura,

técnica y política de los países imperialistas en los países menos avanzados, coloniales y semicoloniales. Este desarrollo desigual provoca una interacción de los países más atrasados y adelantados, de las zonas más atrasadas y adelantadas dentro de un mismo país, y hace que convivan regímenes que en Europa y en los modelos de la ciencia europea se suceden –con relativa “pureza”– unos a otros. En los países pobres de nuestro tiempo coexisten así la comunidad primitiva, el esclavismo, el feudalismo con las sociedades en que domina el capitalismo, y éste sufre deformaciones respecto del “modelo” de la ciencia europea. La dinámica social de los países dependientes obedece a factores externos que no se pueden ignorar; que alteran la formación de grupos en el interior del país, que hacen de lo importado (de lo técnico importado, de la empresa importada) un elemento fundamental para la comprensión de la vida social y para la acción política.

En resumen, para buscar generalizaciones es necesario distinguir y delimitar el universo del desarrollo, en función de las relaciones de producción de país a país (según se trate de países imperialistas o independientes, o de países coloniales y dependientes) y en función del desarrollo desigual de las fuerzas de producción, esto es, según se trate de países que han desarrollado sus fuerzas de producción, incluida su técnica, con antelación a los demás, o por penetración y con posterioridad a los demás. Pero como en este desarrollo desigual influye fundamentalmente la situación dependiente o independiente de los países, para buscar generalizaciones es necesario reparar, en primer término, en la situación imperialista, colonial y semicolonial del desarrollo.

Estudiar así el desarrollo del capitalismo en los países coloniales y semicoloniales es centrar el tema en un universo diferenciado en sus características esenciales, en un universo que presenta un comportamiento interno más heterogéneo, en que se toman como base de la diferenciación la estructura colonial y el desarrollo desigual para investigar el comportamiento del sistema capitalista y de la sociedad capitalista.

A partir del supuesto anterior se pueden hacer nuevas divisiones según la etapa de desarrollo del capitalismo, o según las coyunturas, los momentos de apogeo y de crisis, o según la relación de fuerzas en el país y en el mundo. Así, “a cada gran etapa del desarrollo de la sociedad capitalista corresponde una etapa particular en el desarrollo de las empresas coloniales” y en la penetración del capitalismo en la colonia¹²⁰. En el período de la acumulación se busca el oro y otros metales preciosos. En el período del capitalismo de concurrencia se

120 Jacques Arnault, *Procès du Colonialisme*, París, Éditions Sociales, 1958, p. 34.

buscan mercados y se inicia la ocupación del interior de los países. En el período de los monopolios se busca la salida de capitales disponibles y se reparte todo el mundo. Sobre esta base se establecen distintos tipos de sistemas socioeconómicos, imperialistas y coloniales. El imperialismo tributario, el imperialismo metalista y mercantilista, el imperialismo industrial, el imperialismo financiero, el imperialismo de sucursales que se apoderan del mercado interno y asumen *in situ* la sustitución de importaciones y la industrialización dependiente. Estos hechos son básicos para conocer la estructura y la *dinámica de los países coloniales*; a un nivel más concreto, son determinantes fundamentales en la variación de las estructuras de las colonias y semicolonias, y en el desenlace dinámico de esas estructuras.

En un mismo momento hay países que se encuentran en distinta situación colonial –según el tipo de desarrollo de la empresa capitalista en las metrópolis o las colonias– y una misma colonia sufre las consecuencias sociales y políticas del desarrollo del capitalismo y de sus distintas etapas. Tomar en cuenta los factores señalados para no pensar que es igual el desarrollo del capitalismo en Haití y la India, no se diga ya en Inglaterra o Ghana, es absolutamente necesario.

Una comprensión más concreta del problema exige estudiar cada país, si se va a actuar políticamente en ese país, y ver su grado de colonización, el tipo de semicolonialismo a que está sometido y las formas que en él reviste el desarrollo del sistema capitalista.

En un estudio más y más concreto del comportamiento de las situaciones políticas y sociales es necesario reparar en los distintos tipos de soluciones y acciones políticas según la coyuntura, según las características que presenten las crisis económicas y sociales, o el auge económico-social, y según la relación de fuerzas en el interior del país –la conciencia de las clases, su combatibilidad, su organización– y en el exterior; la fuerza económica de los bloques en pugna, su fuerza militar, su agresividad. Al llegar a estos cálculos sobre el desarrollo de un sistema económico y social, tan útiles para la acción política, se hace más necesaria la percepción de los datos específicos y particulares, y a los estudios técnicos, a la ponderación y medición de los factores en pugna, hay que añadir el análisis preciso de la acción política.

Por todo lo anterior, se puede decir, en resumen, que para el estudio del desarrollo es necesario delimitar el universo del capitalismo en la región de los países pobres, coloniales y semicoloniales, considerando el estado desigual de las fuerzas de producción. De su estudio pueden derivar generalizaciones que abarquen el desarrollo de todo el capitalismo y de toda sociedad capitalista –como la plusvalía– y otras más y más concretas, según las etapas del desarrollo de la empresa capitalista en la metrópoli y la colonia, según el grado de colonialismo que ejerzan, y según el grado en que monopolicen al país. Este tipo

de observaciones se pueden llevar a un terreno más concreto aún, en que se tome en cuenta la coyuntura histórica por la que atraviesa el país y el mundo, y la relación de fuerzas internas e internacionales. En todo caso el desarrollo del capitalismo en los países pobres de nuestros días, en los países coloniales y semicoloniales tiene un comportamiento en gran medida distinto al europeo y es necesario recordar que no se deben hacer extrapolaciones de aquél a éste: del esclavismo europeo al esclavismo colonial, del feudalismo europeo al colonial, del capitalismo clásico al colonial. A ello se opone en primer término el tipo de explotación que surge en los países coloniales y dependientes: la esencia de la explotación colonial, que influye en la configuración de toda la sociedad.

LA EXPLOTACIÓN COLONIAL: ESCLAVISMO + FEUDALISMO + CAPITALISMO

En los países pobres y semicoloniales la propiedad de la tierra está altamente concentrada. Las relaciones entre los propietarios de la tierra y sus trabajadores revisten características muy variadas. Aunque en todos éstos domine el capitalismo, se dan relaciones parecidas a las feudales o esclavistas que coinciden frecuentemente con la existencia y el desarrollo de la empresa agrícola típicamente colonial –la plantación–, un tipo de gran propiedad agrícola destinada a la producción de mercancías para la exportación, en que las relaciones de producción comprenden una gama que abarca desde el esclavismo hasta el trabajo asalariado. En ninguno de estos países se da un feudalismo, un esclavismo, o una empresa capitalista que correspondan al modelo europeo.

“La tentativa de transposición de las instituciones feudales para las colonias comerciales de América –dice Celso Furtado– demostró ser impracticable, incluso en aquellos casos en que hubo la intención explícita de hacerlo y donde la tradición feudalista era más fuerte, como en Francia”¹²¹. Los grandes propietarios nativos, los latifundistas y señores de la tierra, aunque se parezcan al barón feudal de la Edad Media y exijan como aquél de sus siervos o aparceros una parte de su producto en especie, o una parte de su tiempo para que trabajen las tierras del amo, se distinguen, “no sólo porque carecen de la filosofía social del feudalismo, sino porque están vinculados a la economía monetaria y ejercen la usura y el comercio”¹²².

121 Celso Furtado, *Formação, economica do Brasil*, Río de Janeiro, Editora Fondo de Cultura, 1959, p. 66.

122 F. Dowd, “Two-Thirds of the World”, en Lyle W. Shannon, *Underdeveloped Areas. A book of readings and research*, Nueva York, Harper & Bros., 1957, p. 17.

Lo que dice Bonn  de los señores feudales y los latifundistas del Oriente, se puede aplicar a la mayor parte de estos grandes propietarios, que han prevalecido en América Latina o África, coexistiendo con el desarrollo del imperialismo: “Mientras el crecimiento del feudalismo en el Oeste –escribe Bonn – fue condicionado por la economía natural que entonces prevalecía en conjunción con los conceptos sociales del vasallaje y con el respeto inherente a la idea de la caballería, el feudalismo oriental representa como lo han demostrado Becker en particular, y antes de él Pruntz, un sistema de beneficiarios militares engendrados por la decadencia del sistema de impuestos, y por la necesidad de equipo militar de un Estado que descansa sobre una economía monetaria”¹²³.

Este tipo de explotación que existe en las zonas rurales de los países coloniales y semicoloniales dominados por la economía monetaria, en los sectores más dinámicos y en los tratos internacionales, en los que se da un Estado-militar coincidente con el imperialismo y la empresa capitalista, no es feudalismo ni puede serlo porque tiende a calcular en términos monetarios los resultados de su explotación, sin preocuparse siquiera ideológicamente por la suerte de los campesinos. El señor “feudal” de los países dependientes, el latifundista, es fundamentalmente un rentista y hasta un especulador, que con frecuencia practica el *ausentismo* y vive de lleno en la economía monetaria. De allí la degradación económica y social de los aparceros, peones, y demás trabajadores agrícolas de este tipo de “feudos”, en el mundo colonial y dependiente.

Por otra parte la plantación –empresa típicamente colonial– está mucho más lejos de ser una explotación feudal. Como ha escrito Furtado: “El feudalismo es un fenómeno de regresión que traduce el atrofiamiento de una estructura económica. Ese atrofiamiento resulta del aislamiento impuesto a la economía, aislamiento que engendra una gran disminución de la productividad por la imposibilidad en que se encuentra el sistema de sacar partido de la especialización y la división del trabajo... Ahora bien –añade–, la plantación puede ser presentada como un caso extremo de especialización económica. Al revés de la unidad feudal, vive totalmente dirigida al mercado exterior”¹²⁴. Es una empresa que busca aumentar la productividad, la especialización, las utilidades, lo cual tampoco quiere decir que sea una empresa capitalista típica.

A lo largo de la historia, la plantación practica el esclavismo simulado o abierto –calculando en términos monetarios los costos de

123 Alfred Bonn , *State and Economics in the Middle East. A Society in Transition*, Londres, Routledge & Kegan, 1955, p. 124.

124 Celso Furtado, *op. cit.*, p. 66.

compra y manutención del “esclavo”, como un factor de la producción—pero teniendo en propiedad de hecho o derecho a sus “trabajadores”, y cuando no practica el esclavismo, sino establece el trabajo asalariado, tiende a monopolizar todas las operaciones monetarias de sus trabajadores, estableciendo tiendas de raya de la propia compañía, y poniendo taxativas al llamado “comercio libre”.

De hecho, tanto los latifundios como las plantaciones de los países coloniales y semicoloniales, operan en una economía mundial predominantemente monetaria y en una economía territorial en que los sectores dominantes de la economía son los sectores monetarios, pero mantienen hasta el máximo ciertas formas de explotación parecidas al feudalismo y al esclavismo (aparcería y peonaje), y las vinculan con las formas de explotación monetaria (como la usura, la tienda de raya, el salario, etc.), hasta constituir desde el punto de vista sociopolítico verdaderos “feudos” en que utilizan sin mediación sus propias fuerzas represivas, sus soldados, policías, jueces, autoridades municipales, etc.—a las órdenes del patrón o de la compañía. Estas fuerzas sirven para asegurar la *explotación exclusiva*, combinada de esclavismo, feudalismo, capitalismo, de la población trabajadora y de los recursos naturales que quedan bajo sus linderos.

Las empresas y las plantaciones coloniales y semicoloniales que usan *todas* las formas de explotación, tienen sin embargo una mira bien distinta del feudalismo, tienen un sentido monetario de la explotación, el cual se acentúa sobre todo en las plantaciones, donde la necesidad de acumulación y ampliación de capitales, de máximos rendimientos y utilidades, contrasta con los propósitos y patrones de vida del latifundista nativo, cuyo interés fundamental es la economía de prestigio, el gasto dispendioso, el ausentismo, el viaje al extranjero, los palacios, los banquetes, la servidumbre doméstica, tan característicos de los señores y latifundistas coloniales y semicoloniales, que sin embargo en las épocas más recientes se doblan de la personalidad de banqueros.

De ahí surge una *superexplotación combinada y mucho más racional que la del feudalismo clásico* que es la esencia del latifundio y la plantación coloniales, y que determina la supervivencia del trabajo forzado, incluso en la etapa del capitalismo monopolista más cabal. El esclavismo sólo es negado formalmente en estos territorios y países para reconocer los derechos del hombre y en ocasiones ni siquiera se pasa al salario como forma oculta de explotación: no se pasa al llamado “trabajo libre”. El salario opera como otra forma más de trabajo forzado, que esclaviza físicamente al trabajador asalariado y le impide—física y militarmente—abandonar el latifundio y la plantación, fenómenos que hoy todavía se dan en América Latina, África y Asia.

En las formas de reclutamiento de trabajadores se emplean todas las medidas conocidas desde el esclavismo hasta el capitalismo, para

destruir la vida comunal, la vida tribal, la economía de autoconsumo y la pequeña propiedad, que por sí solas no generan una fuerza de trabajo suficiente para la explotación imperialista. Ya Hobson señalaba los distintos métodos a que se recurre en las colonias para obligar a trabajar a los nativos, cuando no basta para satisfacer la demanda de trabajo el incremento natural de la población. El más simple es el empleo de la fuerza –de la policía y el ejército– para “colectar trabajo”. También existe el servicio militar obligatorio, en que los conscriptos son asignados a las compañías, a las plantaciones, a las obras públicas, a los latifundios y cacicazgos; o el más socorrido de la invasión y expropiación de tierras de los nómadas y agricultores nativos; o la importación de esclavos, o la importación de trabajadores contratados que durante su contrato son de hecho esclavos (como el llamado “comercio de puercos” que se hace durante el siglo XIX) ; o el uso de los jefes de tribus a los que se interesa económicamente o se obliga políticamente a contribuir en la recolección de trabajadores; o el uso de reglamentos y leyes muy complicados que obligan a los nativos a violarlas y cuya sanción es el trabajo obligatorio; o el sistema de “pases” que inmoviliza al trabajador en una zona determinada. A estas formas tradicionales de reclutamiento del trabajo se suman las formas monetarias, entre las que están el pago de impuestos en dinero, que obliga a los nativos a contratarse en las fincas y plantaciones; la prohibición de cierto tipo de cultivos que pasan de la economía natural a la economía monetaria e inducen a los nativos al trabajo asalariado, los aumentos en los precios de artículos de consumo que aumentan a su vez la necesidad de dinero del trabajador y de crédito al trabajador; que lo endrogan e inmovilizan, dejándolo en una situación próxima a la del esclavo¹²⁵.

Estas formas de reclutamiento no sólo tienen causas sino efectos distintos de los que tuvo el reclutamiento de trabajadores, al nacimiento de la burguesía europea. En los siglos XVI a XVIII los grandes propietarios feudales expropiaron a los pequeños productores y a las comunidades que huyen a las ciudades, donde el crecimiento de las manufacturas y de la demanda exterior, dan lugar a una demanda de mano de obra barata y generan altas utilidades. Crecen los trabajadores asalariados y al mismo tiempo se tecnifican los grandes latifundios. En los países coloniales y semicoloniales también hay una expropiación de los pequeños propietarios y de las comunidades agrarias; pero la población desplazada no encuentra una demanda correlativa de trabajo en las ciudades, las manufacturas y las fábricas. En esas condiciones aumenta la

125 John A. Hobson, *op. cit.*, pp. 254-272, y E. A. Walker, *Colonies*, Cambridge, University Press, 1944, pp. 87-88.

presión económica sobre los despojados, que incluso sin coerción personal caen en el esclavismo o en formas que se le parecen mucho.

Trabajadores se venden por su propia voluntad, se endrogan por generaciones. La coerción se realiza para hacerlos cumplir sus contratos de peonaje y servidumbre. Esta situación ejerce presión en la propia situación de los trabajadores de las manufacturas, de las industrias y los servicios, abate sus salarios y en muchos casos los conduce también al esclavismo oculto. Si en Europa se ve el paso de los siervos a los asalariados, en las colonias el paso más frecuente va de la servidumbre o la economía natural a una explotación combinada de esclavismo, feudalismo y capitalismo, en que este último domina todas las demás formas de explotación, las combina para el mercado.

La explotación combinada se intensifica por las características coloniales que reviste: las discriminaciones raciales y culturales funcionan con su máxima acritud en latifundios y plantaciones, y tanto los latifundios como las plantaciones ejercen un monopolio de la vida económica, social y política, dentro de sus linderos. Con todos estos elementos los “señores de horca y cuchillo” de la Edad Media resultan seres angélicos cuando se les compara con los encargados de las compañías, los capataces de las haciendas, los altos empleados de plantaciones. Y aunque la explotación combinada pueda presentar distintos grados y tipos de combinaciones del esclavismo, el feudalismo, el capitalismo, o de la comunidad nativa, el monopolio latifundista y el plantacionista, no por ello la explotación colonial deja de ser la más racional, variada y dramática de la historia.

Ningún hombre de ciencia que se asome al problema puede eludir el registro de las notas dramáticas que caracterizan al latifundio y las plantaciones coloniales y semicoloniales, en lo económico, lo cultural y lo político. No es extraño por eso que las más violentas revoluciones hayan estallado en las sociedades que se basan en este tipo de explotación, y hayan estallado cuando las condiciones empeoran por las crisis, o los dirigentes nativos ven dentro de la crisis permanente en que vive la población trabajadora, una pequeña posibilidad de romper el sistema de explotación, o a veces ninguna, en que se lanzan a la rebelión como forma de lucha *desesperada*.

El sistema colonial de explotación es –en efecto– mucho más refinado y riguroso que el del feudalismo clásico, y dándose como se da en los países coloniales y semicoloniales tiende a abarcar toda la vida de la colonia o semicolonia, haciendo del ejército colonial o nacional, de los gobernadores y autoridades coloniales y de los reyes nativos o de los “presidentes republicanos”, instrumentos que basan su poderío interno en los latifundistas, caciques, compañías plantacionistas, y en su propio aparato político y militar, destinado a mantener el *statu quo*. Esto ocurre dentro de una economía monetaria que domina las capas

superiores de la vida colonial y nacional, aunque queden ciertas regiones no “conquistadas” de economía natural que generalmente son las más inaccesibles, insalubres, pobres, y cuya población se ve amenazada constantemente de invasión y sometimiento.

Todos los instrumentos de poder se combinan para prolongar y extender artificial y racionalmente el esclavismo-monetario, la explotación colonial y semicolonial, el monopolio de la colonia y el del latifundio o la plantación, así como la verdadera dualidad social de la colonia o semicolonía, o del latifundio y la plantación, que separa claramente los niveles de vida de los trabajadores y los empresarios.

Convertidos en un verdadero sistema de explotación y gobierno, el latifundio y la plantación coloniales y semicoloniales imprimen su sello en todas las relaciones humanas de amos-esclavos, señores y peones, extranjeros o blancos y nativos de color; extienden las formas de esclavismo-monetario y colonialista a la minería e incluso a la industria colonial, en las que también se da el mismo tipo de trabajo forzado y la misma combinación de formas de explotación; extienden el trato deshumanizado del “pueblo” a las formas reales de la política interna y a las formas reales de la cultura.

Cuando este sistema cae –en las grandes revoluciones– cae el sistema combinado de explotación colonial, y es un error pensar que en estos países la revolución sustituye al feudalismo, cuando en realidad está sustituyendo a un sistema *sui generis* que acumula y combina las formas de explotación esclavista y feudal, con las de un sistema capitalista e imperialista dominantes.

LA EXPLOTACIÓN COLONIAL Y EL CAPITALISMO NATIVO

La explotación colonial como explotación de una región, de una nación o de un conjunto de habitantes (comunidades, tribus, nacionalidades) que se hallan bajo el dominio imperialista, enfrenta a la población extranjera con la nativa, pero no impide que se realicen alianzas de las clases dominantes nativas con los instrumentos de poder del imperialismo y con las clases dominantes del imperialismo, y que ambas se unan para realizar en el interior de las colonias la explotación combinada.

En las colonias y países dependientes hay, en efecto, una lucha permanente entre los nativos y los extranjeros por la posesión de la tierra y demás recursos naturales. Dentro de esta lucha los latifundistas, caciques y jefes militares nativos pueden presentar distinto tipo de resistencias y alianzas –desde la resistencia victoriosa de los samurai japoneses– hasta las más comunes derrotas de otras regiones del mundo pobre, que terminan en la aniquilación total de los jefes nativos –como ocurrió en Estados Unidos y Australia– o en los compromisos y alianzas que se dan en la India del siglo XIX o en la América Central del XX.

Con frecuencia las tierras de explotación que sirven para el mercado mundial y las mejores tierras son primordialmente controladas por los extranjeros, o los latifundistas aliados a ellos. Los extranjeros incluso llegan a poseer la mayor parte de la tierra (en la Unión de África del Sur sólo el 13% de la tierra pertenece a los africanos, que constituyen el 64% de la población total).

Esta lucha entre los dos tipos de grandes propietarios –extranjeros y nativos– puede presentar resultantes distintas, pero siempre ocurre que la expropiación de tierras afecta sobre todo a las comunidades indígenas y a los pequeños propietarios nativos. La presión que ejercen constantemente los latifundistas y las compañías extranjeras contra los pueblos indígenas y los pequeños propietarios es una característica de todos los pueblos coloniales y semicoloniales. Ligada estrechamente al imperialismo es parte de la acumulación original y de la capitalización occidental, que se basan en “el saqueo de las colonias” y de los países dependientes. Por otra parte esta lucha afecta también el desarrollo del capitalismo nativo y limita la capitalización autóctona, sin que por ello dejen de presionar conjuntamente a las comunidades indígenas o a los pequeños propietarios, empleando el sistema combinado de explotación colonial. La circunstancia anterior no se puede olvidar cuando se analiza el desarrollo del capitalismo nativo y su forma de estar sometido al capitalismo extranjero, y de ser a la vez impulsado y contenido por éste.

Ahora bien, ¿cómo surge en las colonias y semicolonias, cómo se desarrolla el capitalismo nativo y la burguesía nacional? Ya hemos visto cómo el tránsito del feudalismo al capitalismo, característico de la evolución europea, no se da en igual forma en las colonias, y cómo es un error identificar la explotación colonial –combinada– con una explotación feudal o semifeudal. ¿Pero cuáles son las diferencias entre el surgimiento de la burguesía nativa en un imperio y una colonia?

La burguesía europea proviene de los siervos liberados que se van a las ciudades, donde se establecen como mercaderes y artesanos. A ellos se suman los extranjeros expulsados de otros países. Las ciudades se enfrentan a los feudos y llegan a dominarlos constituyendo el Estado. En las colonias y semicolonias la burguesía nativa surge en dos formas principales, según sea eliminada la población nativa, o sea sometida y colonizada. El primer caso es característico de las primeras etapas de la expansión del capitalismo europeo, cuando emigran el capital y el trabajo europeos a regiones con muy poca población autóctona, como ocurrió en Estados Unidos, Canadá o Nueva Zelanda. Este tipo de aventureros-empresarios se trasladan a las colonias, se naturalizan y convierten en burguesía nacional.

En el segundo caso, los países imperialistas abren por la fuerza nuevos mercados (como en la India, China, Indonesia) para la importación de materias primas y la exportación de productos elaborados por

ellos, sometiendo a la población indígena. En este caso –que tipifica la explotación colonial– la burguesía nativa surge: *a*] de los artesanos, mercaderes, aventureros de las bajas clases emigradas, *b*] de los gremios, artesanías, mercaderes indígenas, *c*] de la expansión de los servicios administrativos y privados que da empleo a los emigrados y nativos, *d*] de los príncipes, caciques, latifundistas, generales, etc., que actúan como intermediarios en el mercado interno e internacional, o que establecen manufacturas e industrias para satisfacer la demanda interna.

La diferencia fundamental de este desarrollo y el europeo no radica en la emigración de extranjeros ni en la emigración de capitales, sino en una emigración que cuenta con el apoyo de un Estado extranjero y que coloca el desarrollo del capitalismo nativo en una situación de inferioridad, bajo el control de capitales que por su sola magnitud y fuerza logran (desde los finales del siglo XIX) dominar a los gobiernos nativos, cuando no desplazarlos totalmente. La diferencia fundamental es que esta burguesía nativa no logra formar un Estado propio (cuando es colonia), o forma una ficción, una simulación de Estado (cuando es semicolonia), y no tiene en su apoyo ese instrumento formidable del desarrollo del capitalismo que es el Estado, mientras tiene en su contra al Estado imperialista, al capital política y económicamente predominante del imperialismo, un mercado exterior que no controla y un mercado interno raquítico, obstruccionado por la estructura misma de la producción colonial o semicolonial. En todos estos hechos aparecen diferencias notables entre el desarrollo del capitalismo europeo y el desarrollo del capitalismo nativo de una colonia o semicolonia.

En los inicios del desarrollo del capitalismo europeo los siervos, mercaderes, artesanos y extranjeros que se van a las ciudades hacen de éstas verdaderos bastiones políticos y militares. Originalmente las ciudades se van oponiendo a los feudos que siguen dominándolas y dominan también al campesinado; pero las ciudades logran constituir hegemonías político-militares, y a la postre la burguesía, en su lucha contra el feudalismo, establece el Estado moderno, el Estado burgués.

En efecto, en Europa el Estado se convierte desde fines del siglo XV y principios del siglo XVI en instrumento de desarrollo del capitalismo mercantil e industrial, y en los siglos XVII, en Inglaterra, y XVIII, en Francia, el control del Estado pasa directamente a manos de la burguesía. En el desarrollo del capitalismo de las grandes potencias contemporáneas el Estado acompaña la empresa de desarrollo constantemente. Conforme más fuerte es la burguesía más funcional es el Estado. En Inglaterra el Estado interviene para impulsar la marina mercante y los intercambios internacionales; en Francia para promover el desarrollo industrial y técnico dirigiendo el financiamiento y la demanda; en Estados Unidos para promover el desarrollo de la estructura, establecer una política rigurosa de control de las importaciones, provocar la expan-

sión interna y exterior de los mercados; en Alemania para defender a la burguesía nacional de una competencia desigual; en Japón (a partir de 1870) para promover decisivamente el desarrollo.

Unas veces como instrumento, otras como tutor del desarrollo, el Estado siempre intervino en la formación de las grandes potencias capitalistas de nuestro tiempo. Y el Estado en estos países no sólo es instrumento para una política interna, o para una política defensiva, sino es el instrumento de la expansión del capitalismo de las grandes potencias al exterior.

Es un hecho que el capitalismo de las grandes potencias logra el control colonial con la ayuda directa, militar, política, económica, de los respectivos estados, de los estados imperialistas. Desde la emigración de las empresas capitalistas más pequeñas hasta la emigración de los capitales monopolistas, el desarrollo del capitalismo en el extranjero no se ha logrado sin la intervención del Estado imperialista. La intervención, directa o indirecta, se ejerce efectivamente en las colonias y semicolonias, o se cierne como una de las múltiples amenazas que pesan sobre ellas y sobre sus débiles instrumentos de poder.

El uso o la amenaza de usar el poder del Estado imperialista contra los países débiles y las burguesías nativas existe siempre. En la época de los monopolios el Estado se suma a los instrumentos que aquéllos emplean para luchar en el interior de un mismo Estado. En efecto a las distintas formas de lucha que los monopolios usan en el interior de un Estado para destruirse unos a otros, se añade el uso del Estado imperialista y de su poderío en la lucha por el dominio de las naciones. Así, para someter a las naciones o mantenerlas sometidas, se les priva de materias primas, de medios de transporte, de mercados, se les compromete a no tener relaciones comerciales sino con el país imperialista que las domina; se abaten los precios para arruinar a los competidores internos y exteriores de otros países; se suprimen los créditos o se declara el "boycot" y se practican otras formas de intervención económica. Todas éstas son formas características de la competencia monopolista, y todas son aplicadas a las pequeñas naciones para someterlas o mantenerlas sometidas. A esas formas de lucha y de intervención económica se añaden las formas de intervención política y militar, las presiones del Estado dominante sobre el dominado, y las agresiones, las expediciones punitivas, las intervenciones armadas. El Estado es el instrumento de desarrollo de la burguesía en su período de formación y en su período de expansión, en la época del capitalismo mercantil, industrial y financiero. En la historia de las grandes potencias nunca se da el desarrollo del capitalismo sin la intervención del Estado.

Los contrastes y diferencias en el desarrollo del capitalismo europeo y del capitalismo nativo de los países coloniales y semicoloniales son muy grandes. Mientras la burguesía de Europa se enfrenta a un gobierno feudal –destruyéndolo o dominándolo hasta convertirlo en Esta-

do propio— la burguesía nativa de los países coloniales surge a la zaga de la burguesía desarrollada de los países imperialistas y se enfrenta a un Estado imperialista. Mientras la empresa capitalista europea se enfrenta a unidades de producción que son económicamente menos eficaces, la empresa capitalista nativa se enfrenta a unidades de producción que son más poderosas y que acentúan considerablemente su poder en la etapa de los monopolios. Ambas circunstancias retrasan —desde luego— en las colonias y en las semicolonias la aparición de un *estado nacional* que sea instrumento del desarrollo del capitalismo nativo. El capitalismo nativo de los países coloniales y semicoloniales se desarrolla en forma fundamentalmente distinta del capitalismo de las grandes potencias, y la diferencia esencial, en lo político, consiste en que se desarrolla sin Estado propio o con la intervención de un Estado ajeno.

Las burguesías nativas lo más que logran es constituir hegemonías político-militares en sus ciudades, particularmente eficaces frente a su propio *hinterland*. Ahí se *detienen*, mientras el Estado-Nación es una entidad relativamente ficticia e ineficaz frente al mundo exterior y los países dominantes. Por ello la *ciudad* de los países coloniales y dependientes es la categoría más significativa para el análisis político-militar de los mismos. En lugar del Estado-Nación se da el Estado-Ciudad y una ficción de aquél; en lugar del Ejército Nacional se da el Ejército Urbano, útil para la seguridad interna, excepcionalmente útil para la lucha con otras naciones dependientes, pero del todo inútil para una lucha con los países metropolitanos. El Estado-Ciudad-Colonial es así bien distinto del griego, en su lucha eficaz con los bárbaros, y de la Ciudad burguesa de la baja edad media, que va dominando a los feudales hasta integrar el Estado-Nación. El Estado-Ciudad de los países coloniales y semicoloniales depende en gran medida de los monopolios, se queda en larva de Estado-Nación, y ejerce su control político-militar —con los plantacionistas y latifundistas— sobre todo entre los campesinos y su área de influencia rural.

De otra parte, en lo económico, la diferencia del desarrollo consiste en que ocurre a la zaga y en contra de un capitalismo mucho más avanzado, como subproducto del capitalismo de las grandes potencias y como débil imitador o competidor de su poderío. Con todo no puede ignorarse que el capitalismo extranjero sí se desarrolla en las colonias y semicolonias.

En efecto, el imperialismo, lejos de provocar un *estancamiento* en las colonias y semicolonias provoca un desarrollo *sui generis* de éstas, una de cuyas resultantes es el nacimiento del capitalismo nativo. “Las exportaciones de capitales influyen, acelerándolo poderosamente, en el desarrollo del capitalismo de los países a las que son dirigidas”¹²⁶. Generan así “un desarrollo en extensión y profundidad en el mundo entero”.

126 Lenin, *op. cit.*, p. 174.

Con ello el origen y el comportamiento económico del capitalismo nativo de las colonias y semicolonias también es distinto al de las grandes potencias, donde este sistema económico-social surge originalmente.

El imperialismo influye en el desarrollo del capitalismo nativo porque pone en juego varios factores: la especialización de regiones y sectores de las economías coloniales y semicoloniales; las inversiones en la estructura de la economía (particularmente en los transportes); el incremento de la demanda de la metrópoli por encima de su capacidad de producción (particularmente en las guerras interimperialistas), todo lo cual provoca una inversión nativa inducida, en el comercio y las manufacturas, y da lugar al nacimiento de una burguesía nativa mercantil, burocrática e incluso industrial.

El imperialismo no es sólo una forma de explotación de unas naciones por otras, sino también una forma de desarrollo de las fuerzas de producción en las colonias y semicolonias; es la forma de desarrollo que se da por la desigualdad original en el desarrollo de la técnica militar y productiva. Conduce al dominio y control de unas naciones por otras, a la explotación de unas naciones por otras, y *también* al desarrollo de unas naciones por otras, a la expansión de la revolución industrial y a la expansión del capitalismo en el mundo.

Este desarrollo irracional, inducido y no controlado, en que unas naciones a la vez explotan y desarrollan a otras, provoca el nacimiento y crecimiento de un capitalismo nativo que se encuentra en condiciones permanentes de desigualdad, de inferioridad, de *raquitismo*. Las tasas de desarrollo del capitalismo nativo no alcanzan nunca las tasas sostenidas de desarrollo del capitalismo imperialista o independiente, y en la región donde se desarrolla el imperialismo y el capitalismo nativo, surge una explotación de la población en su conjunto. Esa explotación afecta a la propia burguesía nativa que transfiere la carga a las masas trabajadoras, particularmente a las rurales, apoyada en el aparato represivo del Estado-Ciudad. Todo ello da al crecimiento del capitalismo nativo características económicas, ideológicas y políticas bien distintas a las del capitalismo de las grandes potencias y de los países independientes, y afecta profundamente las condiciones del mercado interno de las economías nativas.

FINANCIAMIENTO DEL DESARROLLO Y MERCADO

En Europa el desarrollo del capitalismo, hasta 1870, se realiza sobre todo por autofinanciamiento. En Japón el desarrollo del capitalismo se realiza por autofinanciamiento: “Ni el capital extranjero, ni las ideas, ni el personal, ni los bienes importados contribuyeron a crear la fuerza dirigente de la evolución del Japón. Esa fuerza fue indígena, y consistió en una reacción peculiarmente positiva y constructiva frente a

las tendencias internas y las influencias exteriores. Los contactos con Occidente sólo sirvieron como estímulo y guía porque la sociedad contribuyó con una respuesta creadora"¹²⁷.

Aunque en Estados Unidos el capitalismo se desarrolló con una contribución muy importante de capital extranjero, el arranque del desarrollo fue, como en los demás casos, fundamentalmente interno. Es cierto que la contribución del capital extranjero tuvo un peso específico mucho mayor que en los demás casos, y que el país se desarrolló gracias a una inmigración considerable de hombres y capitales. Pero esta inmigración se realizó en condiciones estructurales y políticas que no se pueden desconocer. Las unidades de capital que contribuyeron al desarrollo de Estados Unidos son anteriores a la existencia de los monopolios: en su mayoría eran capitales extranjeros que se iban a radicar con sus poseedores, y durante todo el período de inmigración de hombres y capitales, Estados Unidos tuvo una política en materia de inversiones extranjeras y sujetó éstas al control nacional.

Dos proposiciones principales se pueden destacar de los hechos históricos señalados: 1. Que originalmente el capitalismo se desarrolla por autofinanciamiento y que las grandes potencias de nuestros días en todos los casos dieron a las inversiones extranjeras un papel complementario, secundario, en el desarrollo; y 2. Que las grandes potencias donde el desarrollo del capitalismo se realizó por un considerable financiamiento externo, esto ocurrió antes del advenimiento de los grandes monopolios y con un control, con una política nacional en materia de inversiones extranjeras.

Ninguno de estos dos hechos se da en igual forma en el desarrollo del capitalismo de los países coloniales y semicoloniales. Aunque en ellos el capital nativo también se desarrolló por autofinanciamiento, es precisamente el capital nativo el que tiene un papel complementario, secundario en el desarrollo de las fuerzas de producción. El financiamiento externo, predominante en el desarrollo de la producción no se enfrenta a una política nacional (las colonias no tienen política nacional y las semicolonias tienen una ficción de política nacional), sino que obedece directamente a la expansión de la economía metropolitana y sigue los lineamientos de la política metropolitana. Esto ocurre en todas las etapas de expansión del capitalismo de las grandes potencias hacia la periferia.

En la etapa de los monopolios se acentúa el carácter marginal del capitalismo nativo y su situación dependiente. De las formas tradicionales en que se monopoliza la economía, el poder y la cultura de las colonias, se pasa a las formas nuevas de colonialismo en que los monopolios financieros de la metrópoli adquieren el control directo o indirecto de los paí-

127 E. P. Reubens, *Foreign Capital in Economic Development. A Case Study of Japan*, Nueva York, Milbank Memorial Fund, 1955, p. 180.

ses coloniales y semicoloniales. Las grandes empresas extranjeras, cuya cabeza permanece siempre en la metrópoli, aúnan a sus propias fuerzas económicas y políticas las del Estado metropolitano, y contienen el desarrollo del capitalismo nativo, manteniéndolo en su situación marginal, dependiente y subdesarrollada. A ello contribuye de modo muy directo el control del mercado y las características que tiene en estos países.

El papel del mercado en el desarrollo del capitalismo de las grandes potencias y de los países coloniales y semicoloniales es fundamentalmente distinto. En Europa el capitalismo se desarrolla con el comercio exterior y los grandes descubrimientos (siglos XVI y XVII) para satisfacer la demanda suntuaria de los feudales y de las cortes e incluso de los propios mercaderes. Se acumulan además capitales en los países colonizados, cuya economía es dominada por las potencias europeas¹²⁸.

Los países de la periferia contribuyeron así poderosamente a la industrialización de Europa¹²⁹, mediante “transferencias unilaterales” que sirvieron para el desarrollo del capitalismo de las grandes potencias¹³⁰. Algo semejante ocurrió con el desarrollo de Japón, que sin el comercio exterior de tipo imperialista seguramente no habría adquirido el desarrollo que tuvo¹³¹.

La expansión del mercado exterior y del mercado interno, y el control de uno y otro, constituyen pues el factor determinante del desarrollo del capitalismo desde sus inicios hasta nuestros días. Esa expansión del mercado y el control que se tiene del mismo son el elemento racional que determina la aparición del espíritu de empresa y su incremento, cuyos orígenes nada tienen de misterioso o especial, como querrían Lundberg, Hoselitz, y otros autores que parecen pensar que en ciertos pueblos, por extrañas y privilegiadas circunstancias apareció el empresario y el espíritu de empresa, “cuyos orígenes –según dicen– tienen algo de misterio”¹³². En realidad no hay tal misterio. El mercader conoce y domina en buena medida el mercado interno y busca incrementar sus ganancias convirtiéndose en industrial¹³³. Después es dueño y señor de los mercados coloniales.

128 Jawaharlal Nehru, *The Discovery of India*, Londres, Meridian Books, 1956, p. 22.

129 Aldo Ferrer, *et al* (ed.), *El Estado y el desarrollo económico*, Buenos Aires, Ed. Raigal, 1956, p. 89.

130 Paul Baran, *op. cit.*, p. 142.

131 William W. Lockwood, “Economic Growth in Japan, 1868-1938”, en Simon Kuznets *et al*, *Economic Growth: Brazil, India, Japan*, (eds.) Dunham, Duke University, 1955, p. 145.

132 Cf. Berthold F. Hoselitz (ed.), *The Progress of Underdeveloped Areas*, Chicago, University Press, 1952. Del mismo autor; *Theories of Economic Growth*, Glencoe, Free Press, 1960.

133 No cabe duda que el dominio del mercado es relativo; los ciclos y su carácter inexplicable para el empresario lo demuestran. Pero *en todo caso* la falta de control del mercado es aún mayor para los nativos de las colonias y semicolonias.

Ya hace mucho Adam Smith indicó que la limitación en el tamaño del mercado es un factor determinante para ahuyentar la inversión y para impedir el cambio tecnológico, es decir, para limitar el desarrollo del capitalismo¹³⁴. La reducción relativa del mercado en las crisis de sobreproducción o de subconsumo, es un factor histórico determinante para desalentar y disminuir la propensión a invertir.

En los países coloniales y semicoloniales el mercado exterior funciona de modo adverso para el país en su conjunto y su funcionamiento sólo permite el desarrollo de un capitalismo mercantilista nativo que ocupa un lugar complementario, minoritario y *dependiente*. A la sombra del imperialismo surgen y se desarrollan los capitalistas “compradores”¹³⁵, los cuales satisfacen la demanda suntuaria de los latifundistas, funcionarios e intermediarios nativos, mediante la importación y el intercambio de artículos extranjeros, y se encargan de la compra de los artículos primarios que se producen en la región para su venta y exportación a la metrópoli. En todos los casos ocupan un lugar secundario, de intermediarios, y hacen el comercio de la importación de productos elaborados en la metrópoli y de la exportación de productos nativos primarios a la metrópoli, característico de la colonia. Ellos mismos constituyen una burguesía dependiente que es parte de la economía colonial con la que se identifican y de la que forman parte.

La estructura económica del mercado colonial, con importación de productos elaborados en la metrópoli y exportación de productos primarios a la metrópoli, y la estructura social del mismo –el dominio de la burguesía imperialista, de la que depende y a la que apoya la burguesía compradora– serían suficientes por sí mismas para desalentar la aparición del empresario nativo y para impedir la evolución del capitalismo mercantil en capitalismo industrial tal y como ocurrió en Europa. Pero, el control del mercado colonial por el imperialismo y, además, el control de la evolución de las técnicas de producción y de las relaciones de producción en función de los intereses del imperio y sus empresas, derivan en una serie más de fenómenos que desalientan la inversión, que contienen la capitalización nativa, y que obstaculizan la aparición del empresario nativo y de la industria nativa.

“Todo mercado para bienes manufacturados, surgido en los países coloniales y dependientes no se convierte en el ‘mercado interno’ de estos países. Destruído por la colonización y por los tratados desigua-

134 Adam Smith, *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

135 El término originalmente se usó en Manila y hoy se usa para caracterizar al tipo de burguesía nativa y *dependiente* de los países coloniales y semicoloniales.

les, se convierte en un apéndice del 'mercado interno' del capitalismo occidental"¹³⁶. Todo aumento de la productividad en la periferia, en los países coloniales y semicoloniales, lejos de derivar en aumento equivalente de salarios y utilidades para los nativos, es transferido en gran parte a los centros metropolitanos e industrializados¹³⁷ que absorben el progreso técnico de la periferia mediante un deterioro de los precios de intercambio¹³⁸, por el cual los países coloniales y semicoloniales cada vez compran más caro y venden más barato. En cambio el progreso técnico de las metrópolis les permite a éstas utilizar más racionalmente y con menos desperdicio los productos primarios, sustituir los productos primarios por productos sintéticos (nitratos, fibras artificiales, plásticos), y la política metropolitana de defensa de sus productos primarios permite restringir la importación de los que se elaboran en las semicolonias¹³⁹. Las fluctuaciones de los precios y volúmenes de la exportación someten "el valor de las exportaciones de los países poco desarrollados a fuertes oscilaciones que alcanzan un promedio anual de 22% y que en la realidad hacen que de un año a otro el valor de las exportaciones en un país colonial y semicolonial pueda disminuir en una tercera parte y más". Y esto ocurre a países para los que las exportaciones constituyen "el componente principalísimo de la capacidad de pagos exteriores. En América Latina, alrededor del 95% de esa capacidad proviene de dichas exportaciones. El remanente es la participación de capitales extranjeros y de los servicios invisibles activos que, como se ve, es sumamente pequeña"¹⁴⁰. Todo esto provoca un desequilibrio permanente en los países coloniales y semicoloniales, un desequilibrio secular. En ellos "lo normal es el desequilibrio"¹⁴¹ y los factores de inestabilidad tienden a agravarse con el tiempo, tanto en lo que respecta a la magnitud como al valor de las exportaciones y de las importaciones. A estas condiciones estructurales del mercado exterior y de la burguesía imperialista y compradora, se suman las medidas políticas que emplean para acentuar el carácter dependiente del mercado colonial, y su condición funcional para la metrópoli. Tales son los obstáculos para el desarrollo de la burguesía colonial y semicolonial, y para el paso de la burguesía mercantil nativa a una burguesía industrial. Pero éstos son los obstáculos que presenta el mercado exterior.

136 Paul Baran, *op. cit.*, p. 174.

137 Aldo Ferrer, *op. cit.*, p. 19.

138 *Ibid.*, pp. 127-128.

139 Cf. CEPAL, *Problemas teóricos y prácticos del desarrollo económico*, 1956.

140 *Ibid.*, p. 106.

141 Prado Junior, *op. cit.*, p. 106.

Por lo que respecta al mercado interno la demanda de bienes de lujo, que en los países europeos generaba la nobleza y la propia burguesía, y que contribuyó poderosamente al desarrollo de la industria, no tiene ni la misma magnitud ni los mismos efectos. Estas clases, de por sí reducidas en los países coloniales y semicoloniales, pasan de la economía autárquica y el consumo de productos artesanales a la adquisición de bienes de lujo del extranjero, y después el extranjero absorbe la mayor parte de la demanda de vestidos, alimentos, medicinas, artículos de uso doméstico de los grupos de ingresos medios y altos ingresos.

De otro lado el auge de las ciudades metropolitanas, que surge por el comercio suntuario con las colonias y con los feudales, por la explotación de los recursos coloniales, por los bajos costos de la producción colonial, y que aumenta el mercado interno de las ciudades en los grupos de ingresos altos y medios, e incrementa la demanda de artículos manufacturados no se da en igual forma en las colonias. En las colonias el auge de las ciudades se limita a las ciudades “coloniales”, que son centros de comercio con el extranjero, y contribuye a la demanda de artículos manufacturados en el extranjero. La explotación de los recursos coloniales y el abatimiento de los costos de producción tienden a incrementar la demanda de bienes metropolitanos.

Al mismo tiempo en los países subdesarrollados, debido en buena medida a la falta de comunicaciones internas, se desarrolla un mecanismo distributivo que no sólo absorbe una proporción excesivamente elevada de los ingresos gastados por los consumidores¹⁴², sino que ocupa un exceso de personal dedicado al comercio, particularmente al comercio minorista¹⁴³. Este personal constituye buena parte de una burguesía mercantil que tiene una inmensa gama de ingresos, desde los más altos –de los especuladores, acaparadores, etc.– hasta los más bajos, de mercaderes subempleados que se encuentran en condiciones misérrimas. Y esta burguesía mercantil evoluciona con dificultad y raquitismo hacia una burguesía industrial, perdiendo además en buena medida sus vínculos directos e indirectos con las artesanías, para ir comerciando con artículos elaborados en las metrópolis. Sólo en formas intermitentes –en los períodos de guerra y auge mundial– logra avanzar, a veces en forma considerable, para resentir un poco después el acoso y el cerco.

En las metrópolis el capital mercantil evoluciona hacia el capital industrial desde el momento en que no se limita a vender las materias primas a los artesanos y a comprarles los productos elaborados, sino que organiza por su cuenta la producción y paga salarios a los trabajadores. En esa forma la industria desplaza a las artesanías. En los países

142 Aldo Ferrer, *op cit.*, p. 21.

143 *Ibid.*, p. 22.

coloniales y semicolonias las artesanías sufren también un proceso de destrucción y eliminación; pero el capital mercantil nativo no cubre el vacío que dejan, convirtiéndose en capital industrial, y si lo hace, tiene siempre como un fuerte competidor al capital industrial de la metrópoli o a las sucursales del mismo. De este modo se da durante largos períodos una destrucción de las artesanías “sin alternativa”, en que la demanda de bienes artesanales es sustituida por la demanda en bienes industriales producidos en el extranjero.

Así, mientras en Europa desaparece el artesano para convertirse en empresario o asalariado, al tiempo que la burguesía mercantil se convierte en burguesía industrial, en las colonias y semicolonias la desaparición de las artesanías no contribuye con igual celeridad y magnitud a la creación de manufacturas y fábricas nativas, a la formación de capital nativo, ni genera fuentes de trabajo con altos coeficientes de crecimiento; no deriva en la conversión del mercader en empresario e industrial dueño de su mercado, sino que contribuye sobre todo a incrementar la industrialización –ya existente– de las metrópolis, a aumentar las fábricas metropolitanas, a aumentar la capitalización metropolitana, a aumentar el espíritu de empresa y de la organización de empresas en las metrópolis, a aumentar los salarios y el trabajo asalariado de las metrópolis, mientras en las colonias “la liquidación de la clase artesanal conduce al desempleo en una escala prodigiosa”, y en el mejor de los casos a la creación de sucursales con alta densidad de capital.

El proceso de destrucción de artesanías y de expansión de la industria extranjera y del mercado para artículos de consumo elaborados en el extranjero, llega incluso a producir un proceso de “ruralización de las ciudades” bien distinto del proceso de urbanización que es característico del desarrollo del capitalismo europeo; en todo país progresista existió en el siglo pasado –dice Nehru– un movimiento de la población de la agricultura a la industria, del pueblo a la ciudad: en la India este proceso fue exactamente contrario como resultado de la política británica. A mediados del siglo XIX aproximadamente el 55% de la población dependía de la agricultura; recientemente esta proporción se estimó en 74%¹⁴⁴. La industria metropolitana obstruye pues la transición de los hombres y el capital a la producción industrial, y no solamente no da salida en las industrias a los excedentes de trabajo agrícola, sino que al arruinar las artesanías locales no crea correlativamente una demanda de trabajo asalariado. El problema se complica conforme destruye la producción de las comunidades y de los pequeños productores agrícolas.

144 Nehru, *op. cit.*, p. 298.

La aparición del empresario nativo se ve fuertemente obstaculizada. De un lado el mercado interno es reducido y taponeado por la explotación combinada de tipo colonial; por los oligopolios que establecen en los latifundios y explotaciones los hacendados y las compañías; por la baja tasa de crecimiento de los empleos y los salarios; por la canalización de la demanda hacia artículos de consumo manufacturados en el extranjero; de otro los pequeños empresarios nativos se enfrentan a la política del gobierno metropolitano que protege los intereses de los industriales extranjeros, o no cuentan –en las semicolonias– con una política nativa de promoción industrial que opere en los límites ficticios del Estado-Nación y, menos aún, en el mercado internacional.

Los factores anteriores provocarían exclusivamente el estancamiento y aun el retroceso económico de las colonias y semicolonias, si no operaran en un marco más amplio que produce el desarrollo típico del capitalismo colonial. Si se analiza este desarrollo en toda su amplitud, se advierte que la resultante de todos estos factores es el desarrollo de una economía dependiente, en que se desarrolla *todo* lo que es *dependiente* y se elimina o estanca lo que es *independiente*. Así, se desarrolla un capitalismo nativo *dependiente* del mercado exterior y de los mercaderes y productores imperialistas que controlan el mercado exterior; o de los que sirven como intermediarios para la adquisición de productos nativos; se desarrolla un capitalismo nativo *dependiente* de la adquisición de productos elaborados en la metrópoli para su venta en la colonia, y se desarrolla todo lo que sirve al capitalismo dominante: “feudalismo” dependiente, “esclavismo” dependiente, “industrialización” dependiente. En cambio las unidades o estructuras económicas independientes tienden a desaparecer o encuentran serios obstáculos para desarrollarse: artesanías, industrias de nativos, empresas agroindustriales.

En los países coloniales y semicoloniales se desarrollan las ciudades que dependen del comercio exterior; los capitalistas nativos estrechamente ligados a capitalistas extranjeros, los mercaderes nativos que se encargan de la distribución interior de las mercancías extranjeras. Se desarrolla la burguesía “compradora”, que en ocasiones acumula inmensas fortunas y cuya tendencia al atesoramiento, al exceso de consumo, particularmente en bienes de lujo, y a la inversión improductiva, se suma a la tendencia general de la colonia a este tipo de gasto e inversión. La burguesía nativa tiene una sola salida: el comercio dependiente, de socio menor, la especulación y la industrialización asociada al imperialismo.

En cuanto a la industrialización de nativos, a la aparición de empresarios nativos, ésta ocurre en condiciones muy difíciles: en los bienes de poca densidad económica los nativos mantienen sus artesanías o logran establecer manufacturas y hasta pequeñas industrias; en los momentos de guerra interimperialista, cuando el imperio se ve obliga-

do a hacer concesiones o requiere del auxilio de la colonia en el terreno de la producción, cuando los “compradores”, acaparadores, usureros nativos ven un mercado seguro, les nace un espíritu de empresa que provoca, desde la primera guerra mundial, los grandes fenómenos de industrialización de la India, China, México, que coinciden con los dos grandes conflictos mundiales. En esas condiciones parte de la burguesía nativa se convierte en burguesía industrial, y trata de competir con la burguesía imperialista, de la que ha ido aprendiendo sus prácticas para el control del mercado, la inversión, la técnica, la política. Pero el capitalismo industrial nativo se desarrolla sólo en pequeños sectores, en condiciones extraordinarias de auge mundial, y se enfrenta débilmente a las políticas del imperialismo, en forma discontinua, durante las crisis políticas internas o internacionales de éste.

A su desarrollo se añade un obstáculo más de gran importancia: la tecnología.

LA TÉCNICA, LA MÁQUINA Y EL TRABAJO

En la evolución del capitalismo europeo se advierte que la división del trabajo y la especialización de los individuos y de los instrumentos de trabajo surgen para aumentar la productividad. Del útil simple se pasa a la máquina y al uso de los motores mecánicos. En las colonias la división del trabajo por especialidades y actividades es importada de acuerdo con las necesidades, experiencias técnicas y organización del país metropolitano. Las máquinas sustituyen a los útiles simples, sin creación, por importación. Los instrumentos *importados* de trabajo diferenciado condicionan la especialización.

En Europa el maquinismo destruye los antiguos trabajos calificados y crea nuevos tipos de trabajo calificado. En las colonias el maquinismo destruye durante un largo período los antiguos trabajos calificados artesanales y no crea en forma correlativa un nuevo trabajo calificado: importa mercancías y trabajo calificado; los mecánicos, maquinistas, ingenieros y técnicos son importados. Y después, cuando los forma, tras duras penas, los empieza a exportar.

Los obstáculos para la aparición de un trabajo calificado nativo son muy grandes: el difícil, desequilibrado e inconstante desarrollo de la empresa nativa es un obstáculo primordial para el desarrollo del trabajo calificado y técnico nativo; de otro lado la discriminación racial y colonialista de la población nativa hace que no sólo se le impida el acceso al trabajo calificado y técnico –promoviendo en cambio la importación de técnicos metropolitanos–, sino que cuando logra colaborar en el trabajo calificado de las empresas extranjeras, se le descalifica abatiendo salarios y prestaciones. Así el trabajo calificado que se desarrolla en las colonias es primordialmente el de las empresas extranjeras o

dependientes del extranjero y el de los técnicos extranjeros, y en segundo término el de los nativos, que ocupando las posiciones ínfimas del trabajo calificado, trabajan para las empresas extranjeras.

En Europa la concurrencia que se hacen entre sí los empresarios les obliga a acumular capitales para mejorar sus técnicas de producción, aumentando sus inversiones en máquinas y unidades de producción, y disminuyendo el número relativo de obreros. Esto ocurre siempre que hay competencia entre los empresarios y cuando no pueden ser reducidos los salarios de los obreros o aumentado su tiempo de trabajo. En los países coloniales y semicoloniales las condiciones monopolistas de las empresas extranjeras anulan la competencia en grandes sectores de la economía, y las resistencias obreras a los bajos salarios y al aumento del tiempo de trabajo, no sólo son mucho más débiles que en las metrópolis sino más duramente reprimidas. La mejoría en las técnicas de producción y el aumento proporcional de las inversiones en máquinas sólo se realiza en función de la competencia en la metrópoli, o cuando hay excedentes de dinero y máquinas en la metrópoli. En ambos casos el mercado del trabajo nativo no es la determinante fundamental en la densidad de los capitales: en un caso porque no hay competencia ni resistencia obrera; en el otro porque aun cuando exista trabajo barato y no sean necesarias las máquinas ni mayores inversiones para abatir los costos, los grandes monopolios tienen excedente de maquinaria y dinero. El uso de la máquina y la tecnificación es, pues, una función del mercado y el capital extranjero.

En Europa y Estados Unidos el obrero se convierte en un accesorio de un imponente mecanismo independiente de él; se enajena en un trabajo determinado en función de la voluntad del empleador. En los países coloniales y semicoloniales el maquinismo y el uso de máquinas constituyen –durante largos períodos– un mecanismo independiente de la población nativa, y sirven para realizar trabajos determinados en función de la voluntad de los empleadores extranjeros. Los obreros nativos se acercan a los empleadores como accesorios descalificados, fácilmente sustituibles, y los grupos de ingresos altos –hacendados, funcionarios, mercaderes–, que reciben los beneficios de la máquina como consumidores ignoran el origen y comportamiento de la máquina y la industria. La inversión extranjera difícilmente deja la dirección de la producción industrial en manos nativas. Los innovadores industriales son por lo general extranjeros que se radican; los directores y técnicos de las empresas son extranjeros. Los nativos sólo son intermediarios de la producción extranjera, o que dirigen los extranjeros; el éxito de las industrias extranjeras provoca en ellos una actitud admirativa y un deseo de participar como socios menores, por razones de prestigio o de beneficio; o una actitud admirativa y repulsiva, de fascinación y odio a instrumentos que les son ajenos, que destruyen sus industrias y artesanías y de los que no se pueden apoderar por ignorancia técnica, por falta de capital suficiente, o por los peligros que entraña el mercado colonial.

La enajenación de la máquina en los países coloniales y semicoloniales se refiere al objeto o fin del trabajo en los obreros, y al origen y mecanismo del trabajo en las clases altas y medias que consumen artículos industriales elaborados por el extranjero. El sentido de la máquina se pierde para la población colonizada, y difícilmente lo alcanza en los momentos de su liberación.

En estas condiciones no es extraño que la religión y las tradiciones sirvan para racionalizar la desconfianza a las innovaciones técnicas con mucho más fuerza y perseverancia que en la Europa moderna¹⁴⁵. No es raro que los medios de producción técnica e industrial sean un “elemento extranjero” en las poblaciones coloniales y semicoloniales, y que encuentren fuertes resistencias en grandes sectores de la población; o que muchas máquinas entregadas a los pueblos se queden sin usar y se arruinen¹⁴⁶, o que los nativos no crean en “el progreso”, ni en el “dominio de la naturaleza”¹⁴⁷, tengan una “alta preferencia por el ocio” y mantengan la vista puesta en “el más allá”¹⁴⁸; o que el prestigio social lo busquen en el único terreno donde lo pueden encontrar: el de los hacendados, militares, mercaderes, etc.¹⁴⁹; o que las colonias y semicoloniales otorguen poca o ninguna importancia a la enseñanza técnica¹⁵⁰. Todo esto se explica por la condición que guarda el desarrollo industrial y técnico en las colonias y semicoloniales: con la destrucción de empresas y artesanías nativas provoca la descalificación del trabajo nativo independiente, y sólo en última instancia permite la tecnificación del trabajo nativo dependiente, tecnificación que ocurre en la medida en que es funcional a la empresa extranjera.

En cuanto a la burguesía nativa que intenta ser industrial, apoderarse de la máquina y tecnificarse, sólo lo logra en forma desequilibrada y discontinua. La imitación abstracta y el uso no funcional de la máquina y la técnica, sumados a las dificultades que tiene el capitalismo mercantil para convertirse en capitalismo industrial, provocan una serie de experiencias grotescas y fracasos que distinguen su desarrollo del proceso continuo de tecnificación, y de la evolución gradual de los métodos de producción característicos del desarrollo del capitalismo industrial europeo. La tecnificación nativa –como la burguesía nativa industrial– evoluciona así en forma discontinua, y florece sólo en condiciones extraordinarias, en los auges de guerra, para perder después par-

145 United Nations, *Economic Development*, 1951, pp. 14-15.

146 Bonné, *op. cit.*, p. 156.

147 *Op. cit* [145], p. 13.

148 *Ibid.*

149 *Op. cit.*, [145], p. 13-14.

150 *Op. cit.*, [145], p. 29.

te de sus capitales y sus técnicas que emigran a las metrópolis en busca de seguridad y trabajo. Sólo unos cuantos enclaves urbanos resisten la caída y continúan el proceso de industrialización dependiente.

EXPLOTACIÓN DE CLASE Y EXPLOTACIÓN DE NACIONES

En sus inicios el desarrollo del capitalismo provoca dentro de la misma Europa el empobrecimiento de la clase obrera (disminución de salarios nominales y reales, aumento de horas de trabajo, abatimiento de los niveles de vida) de donde surge una reacción de la clase obrera, que se organiza en sindicatos y en grupos y partidos políticos. A su vez el capital reacciona aumentando los salarios y fortaleciendo la clase media. Para equilibrar las pérdidas se incrementan las inversiones en los países coloniales y semicoloniales, a los que se explota en su totalidad estableciendo poderosos oligopsonios, y a cuya población trabajadora se explota en formas combinadas de feudalismo, esclavismo y capitalismo.

El desarrollo del imperialismo y el colonialismo transfiere a los países dominados el empobrecimiento original de las clases trabajadoras, y pesa sobre el conjunto de los países coloniales y semicoloniales, y de los grupos y clases sociales que resienten la explotación nacional. Esta explotación abarca al conjunto de los nativos, afectando incluso a aquellos que sirven de aliados al imperialismo, que se asocian a él como mercaderes, que le sirven como políticos, militares o burócratas, y que encontrándose siempre en un *status* superior al del resto de la población nativa, mantienen siempre una posición inferior a la de la población metropolitana. Gozan de los beneficios del colonialismo pero como socios menores, aliados débiles y empleados. Este grupo de la burguesía nativa “compradora” y “burocrática”, en medio de sus contradicciones propende a la dependencia, tiende a hacer el juego del imperialismo, y en los momentos críticos constituye el más encarnizado enemigo de la independencia nacional y de la liberación de los pueblos coloniales y semicoloniales.

De este grupo eventualmente se desprenden algunos elementos que se suman a la burguesía *nacional*, cuyo desarrollo es escaso y cuya evolución hacia la manufactura y la industria siempre está contenida por el avance imperialista. La burguesía nacional –símil de la que construyó Estados-Naciones en Europa–, formada por los pequeños industriales, por la burguesía agrícola, las profesiones liberales, los estudiantes, y la baja burocracia nativa, evoluciona hacia una postura nacionalista y antiimperialista. Dominada por el gobierno metropolitano o por las hegemonías militares latifundistas de la burguesía compradora y empleada, de los plantacionistas y los monopolios, sólo logra

derrocar *provisional y parcialmente* el sistema colonial y semicolonial, cuando se alía a los peones, aparceros, esclavos-asalariados, obreros y pequeños propietarios en las coyunturas internacionales favorables, y cuando lleva a cabo una revolución social, de tipo capitalista, como la mexicana, o la india. En cualquiera de estos casos surge una política populista que en los momentos críticos desaparece, descubriendo su esencia más significativa: la hegemonía político-militar de la ciudad-colonial sobre el campo-colonial, la explotación combinada de la población trabajadora, y la dependencia de la Ciudad-Estado y la burguesía colonial respecto de los grandes centros de poder del capitalismo metropolitano. La Ciudad-Estado y la explotación combinada, dentro de una estructura mundial que dominan los grandes monopolios son así la clave para estudiar el desarrollo del capitalismo en los países coloniales y dependientes. Sus variantes se encuentran en la gama que va de la Ciudad-Estado-Colonial al Estado-Nación dependiente, y en las distintas combinaciones de las formas de explotación esclavista, feudal y capitalista.